Jack Weatherford

La historia del dinero

De la piedra arenisca al ciberespacio

EDITORIAL ANDRES BELLO

LA HISTORIA DEL DINERO

JACK WEATHERFORD

LA HISTORIA DEL DINERO

De la piedra arenisca al ciberespacio

Traducción de Jaime Collyer

EDITORIAL ANDRES BELLO
Barcelona • Buenos Aires • México D. F. • Santiago de Chile

Título original: *The History of Money*
Edición original: Crown Publishers, Inc, 1997

Av. Ricardo Lyon 946, Santiago de Chile

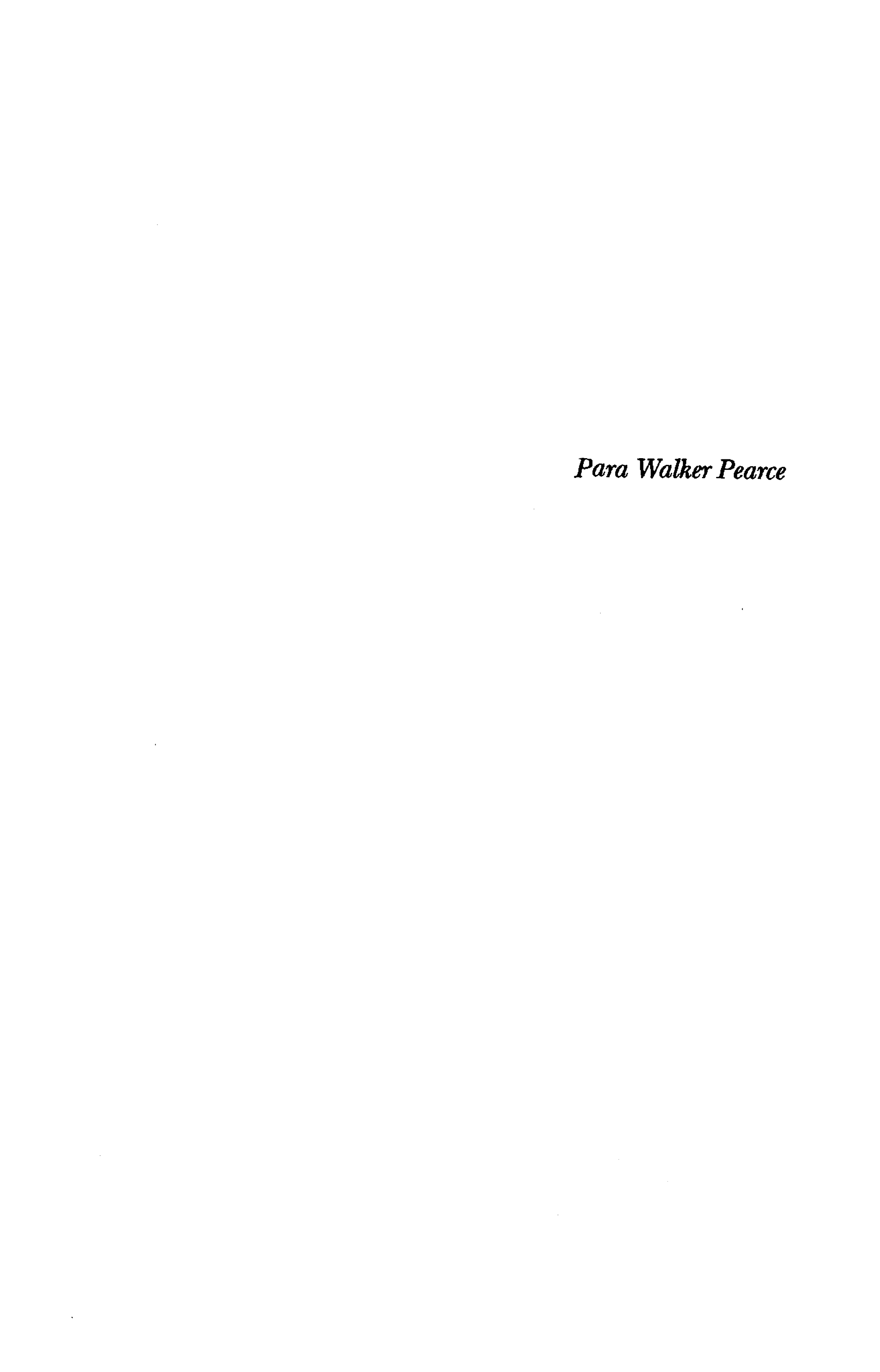
Editorial Andrés Bello Española
Enrique Granados, 113, pral 1.ª - 08008 Barcelona
http://www.librochile.cl/andresbello/

ISBN: 84-89691-45-2

Depósito legal: B. 18.438 - 1998

Impreso por Romanyà Valls, S.A. - Pl. Verdaguer, 1 - 08786 Capellades

Printed in Spain



Para Walker Pearce

CONTENIDOS

Agradecimientos 13
Prólogo: La reinvención del dinero 15
Introducción: El mercado mundial 19
La red del dinero 23
La configuración del efectivo 28
Un lenguaje que todas las naciones entienden 32

PRIMERA FASE

TIPOS CLASICOS DE EFECTIVO

1. Caníbales, chocolate y efectivo 37
Dinero de chocolate 40
El dinero-mercancía 43
Mercancías modernas 46
La idolatría del oro 49
Protodinero 52
2. El quinto elemento 54
Rico como Creso 56
La revolución del mercado 61
El genio griego 64
Los primeros economistas 68
3. La prematura muerte del dinero 76
Un imperio financiado por la conquista 79
La voracidad del gobierno 83
El primer Estado de Bienestar 90
Ganancias de la persecución 93
Hacia el feudalismo 96
4. Caballeros del comercio 99
Banqueros vírgenes 100
Los riesgos del éxito 104
Surgen las familias italianas de banqueros 108
La magia del dinero bancario 112
5. El Renacimiento: dinero renovado para un arte de siempre 119
Demasiada historia para una sola ciudad 119

Primus inter pares 121
El misterio monetario de los números 125
La banca en el Renacimiento 129
6. Dorada maldición 135
Tesoros de las Américas 137
El puente de plata 142
La revolución de los precios: de ricos a harapientos 145
El oro del barroco 150
La cultura del dinero 152

SEGUNDA FASE
EL PAPEL MONEDA

7. El nacimiento del dólar 157
Expansión del dólar 162
El dólar del Pacífico 168
El último dólar de plata 170
8. La casa de moneda del demonio 172
Dinero de la morera 175
El duque de Arkansas 180
El padre del papel moneda 184
Un experimento continental 188
La casa de moneda de Mamón 190
9. Dinero métrico 195
Estados Unidos adopta el sistema decimal 196
El fetiche métrico 198
La revolución científica 203
10. La comezón del oro 209
La vieja dama de Threadneedle Street 214
Historia de dos ciudades 218
La disciplina del oro 220
El retrato de la reina 225
11. El camino de ladrillos amarillos 228
De los gatos monteses a los dorso verde 229
La cruz de oro y el mago de Oz 235
12. El corralito dorado de la política 241
La nacionalización del oro 243
El disparate de Nixon 248

TERCERA FASE
DINERO ELECTRONICO

13. Dinero fuera de control e impuestos bajo cuerda 259
Efectivo en cocaína 261
Más de cuatro billones de marcos por dólar 267

La nueva hiperinflación 272
El impuesto encubierto 273
14. El *ghetto* del efectivo 279
Una cultura de la pobreza 281
Economía informal 285
El valor del efectivo 286
15. Interludio en plástico 292
Democracia para las deudas y socialismo para los riesgos 297
La tarjeta mágica 301
Prestigio en platino 305
Gratificaciones de clase media 306
16. Vida erótica del dinero electrónico 310
Dinero invisible 310
El embotellamiento de las máquinas expendedoras 314
Las guerras por el efectivo electrónico 319
De vuelta al dinero primitivo 328
17. El arte de manejar las divisas 333
Pegados al monitor 335
Bellum omnium in omnes 341
"El sida de nuestras economías" 345
18. La era del dinero 350

Notas 357
Bibliografía 363
Indice temático 371

AGRADECIMIENTOS

Quisiera reconocer la singular inspiración que para mí supuso, durante la redacción de estas páginas, el comentario de Voltaire de que "es más fácil escribir acerca del dinero que obtenerlo, y quienes saben obtenerlo se ríen muchísimo de quienes sólo saben escribir acerca de él".

Agradezco los múltiples aportes de mis colegas del Macalester College: Ellis Dye, Arjun Guneratne, David McCurdy, Anna Meigs, Emily Schultz y Anne Sutherland. Agradezco al personal de la Biblioteca DeWitt Wallace, y a mis espléndidos alumnos por sus comentarios, sugerencias y aportes críticos.

Aprecio enormemente la ayuda brindada por Lois Wallace, mi agente, por mi editora universitaria Mary Vincent Franco y mis editores en Crown, Karen Rinaldi y James O. Wade. Agradezco asimismo a Edward DeCarbo, Dan Getsch, Kathy Hyduke, Edward M. Kadletz y Carolyn Ybarra su asesoría profesional. Tengo una deuda en particular con George McCandless, del Departamento de Ciencias Económicas de la Universidad de San Andrés en Buenos Aires, Argentina. El hecho de trabajar con él me trajo con frecuencia a la mente esa advertencia que Georg Simmel hacía a sus lectores en *La filosofía del dinero*: "Ni una sola línea de estas indagaciones aspira a constituir una afirmación propia de las ciencias económicas".

Por su especial apoyo en el curso de mi labor, agradezco a Cindy Hermann, Peter Johnson, Rochelle Jones, Kirk Frederick y a mi familia.

Ni la investigación contenida en este ensayo, ni su escritura o publicación, han contado con dinero alguno de ningún gobierno o fundación.

PROLOGO

La reinvención del dinero

El dinero es una de las nociones más asombrosamente simplificadoras de todos los tiempos... ha engendrado su propia revolución.
PAUL J. BOHANNAN

El dólar agoniza y otro tanto le ocurre al yen, al marco alemán y a otras divisas del mundo contemporáneo. Un virus mortal ha infectado nuestro sistema monetario de carácter global, ya seriamente debilitado, y su deceso es sólo cuestión de tiempo. El dólar, el marco y el yen terminarán por sumarse al gran cajón de desperdicios de la historia, donde ya se hallan el ducado, las conchitas de caurí y la guinea, y se transformarán en objetos del exclusivo interés de los anticuarios y los espíritus excéntricos.

En el preciso momento de la historia en que el dinero ejerce su poder sobre la totalidad de la sociedad, se enfrenta a ciertos desafíos extraños y amenazantes. En las últimas décadas del siglo veinte, el sistema monetario global comenzó a toser y espectorar, a sufrir espasmos y tambalearse. Las divisas de varias de las naciones más débiles enfermaron y murieron de manera inesperada en un paroxismo de inflación, a la par que los tipos de cambio de las divisas más fuertes y sanas oscilaban y se disparaban de manera incontrolada en un sentido y luego en otro. Tras reinar desde el Renacimiento como las principales instituciones financieras, los bancos comenzaron a mostrarse vacilantes y sufrieron pérdidas de varios miles de millones de dólares que parecieron ocurrir de la noche a la mañana. En Estados Unidos, siguió creciendo la deuda nacional, aumentando los desequilibrios comerciales, los brotes inflacionarios y la caída a largo plazo en el valor del dólar. Pese a las intervenciones más bien inoportunas pero de

amplio alcance en múltiples niveles, ningún gobierno parece hoy capaz de controlar su divisa, y nuevas instituciones financieras extienden su actividad a lo largo y ancho del globo en una red de negocios interconectados, con un poder nunca antes visto en la historia. Algunos organismos pretendidamente globales, como el Fondo Monetario Internacional, las Naciones Unidas y el Banco Mundial, se han vuelto irrelevantes para las finanzas de cualquiera a excepción de los actores más débiles, que están desde ya entre los desahuciados de la escena internacional.

A pesar de la alarmante situación monetaria, el fallecimiento del actual orden monetario no implicará el fin del comercio o la muerte del dinero en sí. Y en el preciso momento en que el viejo sistema comienza a dar estertores en su tumba, es posible intuir el nuevo sistema aflorando en el horizonte. Podemos apreciar una imagen parpadeante de ese nuevo sistema en el suave resplandor de las pantallas computacionales, y podemos oler su acre fragancia en el cableado eléctrico a ras del piso en cualquier entidad de cambio de divisas. Podemos oírlo en el zumbido electrónico de los microprocesadores codificados en tarjetas de plástico cuando pasan a través de los lectores electrónicos que están sustituyendo a las antiguas cajas registradoras. En los dominios del ciberespacio, hoy el dinero se reinventa en la forma de una fuerza autónoma y flotante que puede aparecer instantáneamente en cualquier parte del mundo y en cualquier momento. Ya no está atado por su extremo a la fortuna de un gobierno o un país determinados, y surge en una gran variedad de formas nuevas. El nuevo dinero es el poder a secas, el poder en bruto.

La nueva tecnología está modificando la forma en que obtenemos y empleamos ese dinero, y generará un sistema de clases enteramente nuevo, de ricos y pobres diversos a los precedentes. El nuevo sistema monetario transformará la forma en que se distribuyen los bienes y el financiamiento de la vida cívica. Reacomodará el mapa político del mundo actual y

engendrará nuevas entidades locales y globales difíciles de imaginar hoy en día. Más aún, trastocará el significado mismo del dinero.

El cambio revolucionario que hoy se verifica en la naturaleza y los usos del dinero constituye su tercera gran mutación. La primera se inició con la invención de la moneda en Lidia, cerca de tres mil años atrás, y redundó en el primer sistema de mercados libres y abiertos. La invención y difusión de las monedas y el mercado asociado a ellas creó un nuevo sistema cultural: el de las civilizaciones clásicas del Mediterráneo. El nuevo sistema monetario y de mercado se difundió a todo el mundo conocido y poco a poco arrasó con los grandes imperios tributarios de la historia.

La segunda generación del dinero dominó desde los albores del Renacimiento y a través de la revolución industrial, y redundó en la creación del sistema capitalista identificado con el mundo moderno. Se originó en los bancos de Italia y terminó por crear el sistema de los bancos nacionales y el papel moneda que éstos emitían para que se lo utilizara diariamente en el comercio. La invención de la banca y el sistema del papel moneda acabó con el feudalismo, alteró las bases de la organización social, haciéndolas orbitar desde los títulos hereditarios a la posesión de dinero, e hizo derivar la base del poder económico desde la propiedad de tierras a la de acciones, valores bursátiles y corporaciones.

Cada uno de los dos tipos iniciales de dinero engendró su propia cultura, de carácter único, que difería significativamente de las precedentes. Y ahora, en los albores del siglo veintiuno, el mundo está ingresando en la tercera fase de su historia monetaria: la era del dinero electrónico y de la economía virtual. El auge del dinero electrónico producirá cambios tan radicales y de tan largo alcance en la sociedad como los que las dos revoluciones monetarias precedentes provocaron. El nuevo dinero engendrará cambios profundos en los sistemas políticos, en la configuración de empresas comerciales y en la

estructura de clases. El dinero virtual promete brindarnos su propia versión de la civilización, la que será tan distinta del mundo moderno como lo es de ese otro mundo en que habitaban los aztecas y los vikingos.

INTRODUCCION

El mercado mundial

Lo que diferencia al hombre de
las bestias es el dinero.
GERTRUDE STEIN

Una joven madre, con los pies descalzos y los pechos al aire, abandona a toda prisa su choza de barro con su bebé adosado al cuerpo en un cabestrillo de tela y media docena de huevos bamboleándose en un cuenco de leche sobre su cabeza. Aunque el sol aún no acaba de asomar en el horizonte, el sudor ya le cubre el rostro y gotea del anillo dorado que le atraviesa el labio inferior. Del anillo, el sudor cae hasta el pecho y se extiende hacia abajo, a través de las cicatrices decorativas que brillan en su estómago.

Una de cada cinco mañanas, esta mujer se levanta antes del alba para cubrir el trayecto de poco más de diecisiete kilómetros entre su aldea de Kani Kombole, en Mali, Africa Occidental, y el poblado de Bandiagara, donde es día de mercado. A toda prisa abandona su hogar colectivo para unirse a sus hermanas, sus primas y otras mujeres de la aldea que ya han iniciado el lento ascenso del promontorio en que se hallan las tumbas de sus ancestros y que forma parte del Risco de Bandiagara, que se yergue a cuarenta y cinco metros por sobre la meseta.

A medida que el grupo de mujeres jadeantes trepa por la ladera rocosa, las chozas de barro y paja van desapareciendo de su vista hasta que se reducen, en apariencia, a poco más que unos cuantos castillos de arena en una playa. En el calor matinal, las chozas de dos y tres pisos, los desvencijados pesebres donde se guarda el maíz y los corrales para las cabras parecen a un paso de fundirse bajo los primeros rayos del sol

incisivo del trópico. Las mujeres caminan casi tres horas. Llevan consigo a sus hijos lactantes, pero deben dejar atrás a los que ya pesan mucho pero son muy pequeños para realizar el arduo viaje por sí mismos. Sobre la cabeza o la espalda, cada una lleva algo para vender en el mercado: una bolsa de tomates, un atado de pequeñas cebollas, un cuenco de ajíes o una saca de boniatos. Las moscas revolotean constantemente en torno de ellas, atraídas por el festín en movimiento de los alimentos frescos. A veces las mujeres se paran a descansar en algún promontorio rocoso en el camino, a la sombra de un baobab solitario y deforme en un paisaje por lo demás austero, y beben tragos cortos del cuenco de leche. Pero el descanso no puede durar mucho. Asediadas por el enjambre creciente de insectos y siempre con prisa por llegar al mercado antes de que arriben los primeros clientes y de que el sol alcance el punto más alto en el cielo, siguen adelante con aire solemne.

A corta distancia delante de ellas, una reducida caravana de hombres marcha con sus burros cargados de mijo, tan cargados que parecen una procesión de pajares ambulantes. Aun cuando todos los viajeros provienen de la misma aldea y con frecuencia de la misma familia, hombres y mujeres viajan en grupos separados, cada uno abocado a su propia misión.

En el otro extremo del mundo, en un edificio del Upper West Side en Manhattan, un joven con un flamante maletín de cuero, regalo de graduación, espera el ascensor. Vestido con un traje gris, zapatillas deportivas e impermeable, pero sin corbata, entra en el ascensor, que ya viene abarrotado. Con un saludo silencioso de la cabeza, el joven deposita el maletín entre sus pantorrillas y se anuda embarazosamente una corbata de seda con motivos florales, evitando rozar con los codos a sus vecinos. Al abandonar el edificio y alcanzar la calle, se une a una columna de gente que avanza a toda prisa y que proviene de los edificios vecinos, encaminándose todos al ferrocarril subterráneo, donde se unen a una nueva multitud,

que se comprime dentro de los vagones que la llevarán en dirección al sur, hacia el distrito financiero, ubicado en el extremo meridional de la isla. El hombre emerge del tren subterráneo y se para a comprar un panecillo de sésamo, que guarda en uno de sus bolsillos, y una tacita de café de Etiopía, recién tostado, que bebe a través de un agujero practicado en el reborde plástico. Cinco días a la semana hace el mismo traslado desde el edificio donde vive hasta la Bolsa de Nueva York, emplazada entre algunos de los más altos rascacielos del mundo.

El pueblo de Bandiagara, Mali, está en el Sahel, territorio fronterizo entre el Sáhara meridional y los densos bosques fluviales esparcidos a todo lo largo de la costa de Africa Occidental. Una vez en el mercado, las mujeres de Kani Kombole se separan. Una lleva sus cebollas al camión cargado de cebollas en que el comprador las transportará a la ciudad. Las que han traído tomates despliegan sus fajines en el piso y luego sus productos sobre ellos, resguardándolos del sol con un techito de paja finamente trenzada y dispuesta sobre cuatro palos retorcidos. La mujer que traía en equilibrio sobre la cabeza la leche y los huevos lleva su cargamento al sector de productos lácteos y deposita los huevos en una pequeña calabaza próxima al cuenco más grande que contiene la leche. Una vez que ha vendido sus productos a la gente del pueblo o a los vendedores mayoristas de paso, puede que adquiera un balde de plástico, algo de tabaco, un bloque de sal, unas cuantas tazas de azúcar o algún otro lujo para llevar a casa. La comida, sin embargo, la compra la gente del pueblo, no ella. Los pocos plátanos demasiado maduros del litoral, los resecos dátiles traídos de un oasis en el Sáhara y las costosas naranjas de las granjas costeras valen más que todo el cargamento de vegetales o leche que ella ha podido traer al mercado.

Excepto en las comunidades musulmanas, donde casi todas las actividades públicas se sitúan en el ámbito masculino, las mujeres operan y administran los mercados en toda Africa

occidental. Ellas llevan lo producido a y desde los mercados, y negocian la compra y venta. La mayoría de la gente que va al mercado, como comprador o vendedor, son mujeres. Los varones pueden ir también hasta allí con alguna misión especial, pero el estilo interactivo del mercado es esencialmente femenino y se basa en buena medida en lazos perdurables de parentesco, amistad y conocimiento personal.

Pese a su analfabetismo y a carecer de enseñanza formal, la mayoría de las mujeres que opera en el mercado de Bandiagara es capaz de negociar, comprar y vender cualquier cosa con gran habilidad. Permutan producto por producto, aceptan pagos en monedas y billetes –a menudo en varias divisas– y pueden dar cambio. Aun cuando son incapaces de leer las palabras escritas en los billetes, reconocen el valor de ellos por el color, la forma, el tamaño y las imágenes impresas. Como las transacciones se realizan en público y ante una hilera de otras mujeres atentas, el mercado es abundante en consejos y en ayuda que se presta a cada transacción, para asegurarse de que se realice de acuerdo con la tradición. A menudo, las mujeres regatean y permutan sin siquiera hablar el mismo idioma. Todo lo que necesitan es un par de términos y una serie de gestos con las manos para dar a entender las cifras en juego. El puño cerrado significa cinco; el dar palmas una vez equivale a diez.

Los competidores fundamentales de las vendedoras de leche en Bandiagara no son otras mujeres de la localidad; son granjeros que poseen lecherías en Wisconsin, Nueva Zelanda y Holanda. La leche importada se condensa, enlata y distribuye gratuitamente en los países pobres de Africa. Aunque lleva claramente el sello "NOT FOR SALE", circula de manera persistente y se vende en el puesto inmediato a la joven madre de Kani Kombole. La cantidad de leche enlatada que haya para vender depende, en parte, de las condiciones económicas prevalecientes en Norteamérica, Europa y el Pacífico Sur. Depende de cuánta leche compren para su producción anual las

industrias Nestlé, Hershey o Kraft, y del valor fluctuante del dólar estadounidense, el florín holandés y el dólar neozelandés en relación con el franco francés, al que está ligado el franco empleado en Africa Occidental y en Mali. Depende de cuán intenso sea el calor veraniego y de cuánto helado consuma la gente; depende de la cosecha anual mundial de frijoles de soja, uno de los mayores competidores de los productos lácteos. La cantidad de leche enlatada a la venta en Bandiagara en un mes cualquiera depende a la vez de los subsidios a la leche y la ayuda extranjera asignada por el Congreso norteamericano, en Washington, D.C.; de las políticas alimentarias del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados, con sede en Ginebra, y del Mercado Común Europeo, con sede en Bruselas; y de los veleidosos programas de ayuda de las organizaciones religiosas y otras entidades caritativas del sector privado que proliferan por todo el globo.

Cuando hay abundancia de leche donada en el mercado de Bandiagara, la joven madre tiene menos probabilidades de vender su leche fresca. Cuando las latas de leche escasean, ella obtendrá más dinero y ese día podrá llevar más bienes a su hogar. Sus huevos le brindan un pequeño colchón financiero que sirve para estabilizar de algún modo sus ingresos, puesto que los programas alimenticios internacionales donan con frecuencia productos lácteos pero rara vez huevos. Así pues, es capaz de vender sus huevos incluso en los días en que ella y su familia han de beberse el cuenco de leche no vendida, para no llevarlo de vuelta por el largo camino de regreso a Kani Kombole.

La red del dinero

El suelo de la Bolsa de Nueva York se ve tan desaseado como el terreno que acoge al mercado en Bandiagara. Sin embargo, en lugar de cáscaras de maní, vainas de maíz y cáscaras de plátano, aquí el piso está cubierto de multicolores hojitas de papel derivadas de las transacciones financieras. Cualquier

corredor de bolsa experimentado puede determinar al instante el volumen de la actividad y las áreas donde ha tenido lugar por la cantidad de hojitas de papel blancas y amarillas tiradas en torno de una zona caliente, como potes de cerámica alrededor de un horno.

Aparte del aspecto desaseado del suelo, el cavernoso recinto de la Bolsa luce, engañosamente, como la cadena de montaje altamente tecnificada de una fábrica de automóviles, con bancos de equipos electrónicos, kilómetros de cable de color azul del que se emplea en los computadores y monitores colgantes de brazo flexible, similares al equipo robotizado que se utiliza para armar los coches. Los caracteres en verde de las pizarras electrónicas proyectan un resplandor etéreo en la atmósfera antiséptica de la enorme caverna. Pese al caos aparente del suelo, la actividad está cuidadosamente reglamentada por un sistema de colores. Los monitores brindan la última información financiera con la luminosidad imponente de los computadores; cada trabajador tiene su propia chaqueta de un color particular y un tipo distinto de tarjeta plástica de identificación; y los teléfonos, de un amarillo brillante, son fáciles de localizar. Los trabajadores en el piso comentan ociosamente algún resultado deportivo, mastican goma de mascar o toman un refrigerio en grupos reunidos al azar, los que repentinamente vuelven a la vida, agrupándose al instante en corrillos frenéticos de compradores y vendedores potenciales que saltan, vociferan y gesticulan furibundos siempre que el stock de una compañía en particular sale al mercado.

Aun cuando se permite que las mujeres operen en el piso de las transacciones bursátiles, éste sigue siendo en esencia un dominio de los varones, con un estilo decididamente masculino de interacción entre las partes, ruidoso y de alta intensidad. Los trabajadores de planta disputan y realizan negocios en nombre de gente y de instituciones dispersas por todo el mundo. En las cabinas de la era espacial que allí existen, reciben requerimientos de compra o venta de parte de su

oficina, situada en algún punto cercano del distrito financiero, la cual a su vez ha recibido órdenes de las filiales y los clientes en todo el mundo. Dependiendo de las zonas horarias, pueden conectarse casi con cualquier nexo financiero del globo a través del teléfono y el computador.

Cada etapa del proceso puede ejecutarse electrónicamente hasta el último momento, en que el comprador se encuentra con el vendedor, como dos negociadores cara a cara en la sala de transacciones, prestos a ultimar los detalles. Poco importa que uno de ellos negocie en nombre de un belga establecido en Osaka y el otro en nombre de los profesores retirados de Omaha. Puede que ni siquiera sepan dónde se hallan Osaka u Omaha, pero en el último minuto todas estas transacciones, provenientes de todo el mundo, concluyen en un encuentro personal entre el negociador que intenta vender al más alto precio y el que desea comprar al precio más bajo; ambos operan en nombre de gente que probablemente jamás llegarán a conocer o siquiera a ver. Las mismas vías de comunicación que trajeron los requerimientos transmitirán a su vez, en forma instantánea, información acerca de la venta a los monitores en todo el mundo y así influirán en otros actores y en su decisión de acceder al mercado, o mejor rehuirlo, en ese momento en particular.

Cuando el sol se pone en el horizonte y el calor abrasador del mediodía decae, la joven madre africana recoge a su bebé, el cuenco de leche vacío y las tres nueces de kola que ha adquirido con sus ganancias y se une a la larga fila de mujeres que marchan hacia las afueras del pueblo y a sus respectivas aldeas, para retomar las faenas que las esperan en casa al atardecer. Sin la pesada carga de la leche sobre su cabeza, sus pies se mueven con mayor ligereza y avanza a toda prisa en dirección del hogar colectivo en Kani Kombole, donde ordeñará a las cabras de la familia antes de que oscurezca.

Al final de una larga jornada en el mercado de valores, el joven ejecutivo se afloja la corbata y se suma a sus amigos para

beber una cerveza y compartir algunos rumores de pasillo, entreverados con un vasto análisis de lo que ha ocurrido ese día en los mercados y especulaciones acerca de hacia dónde se orientará el mercado en los días venideros. Camino de su hogar, pasa a comprar comida italiana para él y su compañero de apartamento, que resulta no estar en casa; en virtud de ello, comparte su cena con el perro de su compañero y ambos ven un partido de baloncesto en la televisión. Después de comer, enciende su computador portátil, actualiza los valores de sus propias inversiones y revisa los anuncios y cuentas que han llegado con el correo.

La joven madre del mercado en Mali y el joven corredor de bolsa en Nueva York no viven en el mismo país, y ni siquiera en el mismo continente. Es probable que nunca se conozcan o que sepan de la existencia del otro. El es un católico de origen irlandés, habitante de una de las ciudades más avanzadas desde el punto de vista tecnológico, más ricas y más abigarradas del mundo; ella pertenece a la tribu animista de los dogones y vive en una pequeña aldea sin agua ni electricidad. El se vale de la tecnología comunicacional más adelantada de la Tierra, en tanto ella es incapaz de leer o escribir y debe regatear por señas. Hablan idiomas distintos, viven en mundos diversos y, pese a los estilos contemporáneos de comunicación y de transporte, puede que tengan serios problemas para entender los valores y el estilo de vida del otro.

Con todo, están unidos en una única red, en un entramado de instituciones interconectadas que se extiende por todo el mundo y relaciona los mercados bursátiles de Hong Kong, San Francisco y Nueva York con los de Amsterdam, Londres y Lima, y con todos los pueblitos, aldeas y granjas dispersos por el globo. El mismo mercado conecta cada país, cada idioma y cada credo y grupo étnico. Hubo una época en que operaban en el mundo varios mercados independientes. Algunos vendían leche y frijoles; otros, acciones y bonos. Algunos vendían seguros o futuros agrícolas, o hipotecas o automóviles. Hoy en

día, las comunicaciones electrónicas relacionan eficazmente todos estos mercados en un único mercado internacional, uniendo todos los rincones del globo y, tan importante como eso, todos los sectores del mercado.

Los une una sola cosa: el dinero. Independientemente de que designen a su moneda como dólares, rublos, yenes, marcos, francos, libras, pesos, bahts, ringuits, kroners, kwansas, levs, escudos, liras, biplwelles, reales, dracmas, shekels, yuanes, quetzales, pa'angas, ngultrumes, ouguiyas, rupias, chelines o afganis, cada una de ellas opera esencialmente de la misma forma, como partes más pequeñas de un sistema monetario internacional que llega a cada granja, isla y aldea del planeta. Sin importar dónde esté y cuál sea la divisa local, este moderno sistema posibilita el flujo rápido y fácil de dinero de un mercado a otro.

Si uno pudiera hacer a un lado el tintineo de la maquinaria, los *beepers*, los monitores de video, los teléfonos celulares, los teclados computacionales y los varios kilómetros de cableado azul, el mercado de valores tendría en buena medida el mismo aspecto que un día cualquiera de feria en Bandiagara, con los comerciantes armando jaleo en sus puestos en miniatura, ofertando con insistencia sus exiguas mercancías. Ya sea la transacción de pilas de ropa, bolsitas con especias, láminas de sal, rollos de piel curtida, cuencos de leche fresca o una negociación relacionada con una pequeña fracción de una gran corporación, las actividades fundamentales del mercado no difieren gran cosa.

El dinero ha creado una economía mundial unificada que incluye el precio de la leche y los huevos en el mercado de Bandiagara al igual que el precio de las acciones de Sara Lee Foods o PepsiCo en la Bolsa de Nueva York. Aunque las fluctuaciones en el terreno político, religioso, tecnológico y hasta del clima pueden jugar un papel en cualquiera de estos empeños, el dinero constituye la base de todo el sistema y crea el nexo crucial al fijar el valor, facilitar el intercambio y crear

el comercio. El dinero los une a todos en un único sistema global. Es el lazo que nos vincula a todos de modo recíproco.

En cien años más, las mujeres del mercado en Africa estarán aún haciendo un negocio provechoso, pero con toda probabilidad el mercado bursátil habrá desaparecido. La gente siempre necesitará del contacto personal para cubrir sus necesidades diarias, pero no requiere de él para realizar transacciones financieras. El mercado electrónico está sustituyendo rápidamente al intercambio cara a cara en la esfera bursátil, de un modo que jamás podrá hacerlo con el de los alimentos.

La configuración del efectivo

Aun cuando el joven norteamericano de Nueva York y la mujer dogón de Mali vivan en un mundo económicamente unificado y trabajen en mercados similares, hay muchas y muy obvias diferencias relevantes entre sus culturas y estilos de vida. En la esencia de estas distinciones se halla el papel fundamental que ejerce el dinero en las vidas del pueblo dogón en comparación con la fracción que ocupa en las vidas de los norteamericanos. La mujer dogón emplea el dinero sólo una vez cada cinco días, al ir al mercado; el individuo de Nueva York lo emplea cada día y prácticamente a cada hora que está despierto.

El dinero constituye una parte ínfima de la vida de la mujer dogón cuando se aleja de su aldea y rara vez lo emplea en la aldea misma, donde las interacciones se concentran en su parentela y su cónyuge. Como contrapartida, el dinero forma parte de casi cada interacción durante la jornada del joven norteamericano, desde las interacciones en el trabajo y sus comidas hasta que se halla jugueteando con su computador en su hogar; el dinero penetra en el corazón de su existencia. El norteamericano y la mujer dogón viven en culturas que poseen distintos valores centrales y distintos puntos de focalización.

Cada cultura organiza su vida alrededor de unos cuantos principios, actividades y creencias muy simples. Las demás instituciones y actividades de la sociedad se derivan de ese núcleo como ramas de un tronco. Estas acciones, instituciones y valores centrales conforman lo que Ruth Benedict –con seguridad, la antropóloga norteamericana más perspicaz del siglo veinte– denominó una "configuración cultural".

La cultura dogón se configura en torno de un núcleo en que prevalecen el arte, el ritual y el mito. En todo el mundo, los museos exhiben las esculturas, máscaras y los tocados únicos de los artesanos dogones. Sumándose a esas manifestaciones artísticas, la gente de la tribu decora sus chozas de barro, sus vestimentas y sus cuerpos y pasa buena parte de su tiempo en un ciclo de danzas ceremoniales y rituales íntimamente vinculado con su cosmología y sus mitos, de carácter único. El ritual y el arte son sus formas primordiales de expresión, y los dogones organizan su vida política, económica y social en torno y a través de ellas.

El hincapié dogón en las artes no es frecuente en el inventario de las culturas del mundo, pero no es un rasgo único. Los balineses de Indonesia, los indios hopi y los indios pueblo de Estados Unidos, entre otros, comparten este eje que pasa por el arte, lo mítico y el ritual. Sin embargo, la mayoría de las culturas exhibe configuraciones bastante más mundanas que las de estas culturas esteticistas.

En Africa Oriental, las culturas y los sistemas sociales de las tribus nómades giran en torno del ganado. En su estudio clásico del pueblo nuer de Sudán, el antropólogo británico E. E. Evans-Pritchard lo describía como un pueblo obsesionado con el ganado. Los chicos adoptan el nombre de su toro favorito y escriben canciones de amor al ganado. Las mujeres se llaman a sí mismas vacas y a sus hombres toros. Los matrimonios se vuelven oficiales sólo cuando se ha realizado una transferencia de vacas a la familia de la novia, y los homicidios son reparados y expiados suministrando unas cuantas reses a la

familia de la víctima. El ganado es más que un reservorio de los bienes disponibles o de ciertos valores; las vacas constituyen el léxico social de la vida nuer.

La vida de los beduinos de Arabia y el norte de Africa gira en torno de los camellos. El indio navajo y los antiguos hebreos orbitaban alrededor de las ovejas. La vida de los indios de las praderas de Norteamérica, los gauchos de Sudamérica y los mogoles y turcos de Asia depende de los caballos. La cultura y el sistema social de los saami, o lapones, del norte de Escandinavia, se centraban en el reno, y lo mismo sucedía con la tribu cree de Canadá y el caribú. Esta especie de obsesión era algo más que un interés apasionado por el objeto en cuestión, como el interés que demuestran los norteamericanos por los coches o la fascinación de los japoneses por los artículos electrónicos; esos animales se convirtieron en el punto focal en torno del cual se configuraba la totalidad de esas culturas.

Los antiguos egipcios ordenaban sus vidas a partir de la autoridad de una poderosa burocracia estatal centrada en el culto a la muerte y las sepulturas. Los braceros pasaban décadas edificando las pirámides y otras tumbas para sus faraones, y la organización económica de todo el país se concentraba en el suministro y la conclusión de esos proyectos grandiosos. El oro, que en las culturas monetarias sirve como un medio de intercambio y de organización económica, en el antiguo Egipto servía como objeto para enterrarlo en las ceremonias funerarias. Los egipcios enterraron más oro y otras mercancías preciosas que cualquier otra civilización conocida en la historia.

El eje cultural no es siempre un animal o un objeto. La cultura del Tíbet, por ejemplo, se centra en los rituales, ritos y meditaciones de la variedad única de budismo que existe en esa nación. Los mayores edificios tibetanos fueron siempre templos y monasterios, que sirvieron como centros de la actividad política y económica, religiosa y educativa. Antes

de que China sometiera al Tíbet, los monjes gobernaban el país y cerca de un cuarto de la población masculina se dedicaba al sacerdocio.

Muchas de las sociedades tribales de Nueva Guinea y Melanesia se organizaban alrededor de competiciones políticas entre sus "grandes hombres", quienes disponían los matrimonios, cultivaban la batata y distribuían los cerdos. Entre el pueblo papúa, esos "grandes hombres" negociaban los matrimonios para formar buenas alianzas y conseguir esposas que pudieran cultivar batatas y criar cerdos gordos, con los cuales el "gran hombre" podría celebrar más alianzas que lo favorecieran, a él y sus hijos, quienes a su vez lo ayudarían a producir más batata y más cerdos. El ciclo culminaba en la *moka,* una gran celebración donde había fiesta, bailes y oratorios en que el "gran hombre" repartía tantos cerdos y tanta comida como le era posible para efectuar aún más alianzas económicas y políticas e iniciar así una nueva ronda de matrimonios, batatas, cerdos y *mokas.*

El sacrificio humano era un principio rector de la organización del imperio azteca, en el antiguo México. En los primeros tiempos, los aztecas sacrificaban a los prisioneros de guerra, pero, una vez que hubieron derrotado a todos sus vecinos, se vieron enfrentados a una carencia de víctimas sacrificiales; resolvieron el problema realizando guerras ceremoniales, las "guerras floridas", que libraban contra los pueblos sometidos con el único propósito de capturar hombres jóvenes para el sacrificio. Para llevar a cabo estos rituales construían gigantescas pirámides y organizaban sus guerras e incluso sus juegos de pelota alrededor de los rituales fundamentales en que se manifestaban las principales creencias de su cultura.

Nos cuesta entender que los dogones hayan organizado su vida en torno del arte y el ritualismo, los nuer en torno de las vacas, los antiguos egipcios alrededor de la muerte, los aztecas de los sacrificios humanos y los papuanos del matrimonio, las batatas y los cerdos, pero cada una de estas

opciones brinda una directriz para regir las facetas primordiales de la existencia.

Sería igual de difícil para todos ellos entender nuestro mundo, organizado como se halla en torno de esa extraña abstracción a la que denominamos "dinero". Los papuanos saben que las batatas y los cerdos pueden comerse. El matrimonio brinda gratificación sexual y la creación de una prole. Los dogones reconocen que el arte es bello de contemplar, y los rituales pueden ser actividades gozosas y auténticos pasatiempos. En contraposición a estas formas de satisfacción estética y biológica, el dinero carece de inmediatez; con todo, en la sociedad moderna opera como la llave maestra que brinda acceso a prácticamente todos los placeres..., y a infinidad de pesares.

El dinero constituye el eje de la cultura del mundo moderno. Define las relaciones entre las personas, no sólo entre un cliente y un vendedor cualquiera en el mercado o entre el empleador y su empleado en el lugar de trabajo. En nuestra sociedad moderna, el dinero perfila cada vez más los nexos entre un progenitor y su hijo, entre los amigos, entre los líderes políticos y sus electores, entre los vecinos y entre el clero y su grey. El dinero configura las instituciones fundamentales del mercado y de la economía modernos y en torno de él se ordenan las instituciones fundamentales del parentesco, la religión y la política. El dinero es la lengua por antonomasia del comercio en el mundo moderno.

Un lenguaje que todas las naciones entienden

Aphra Behn, una dramaturga del siglo diecisiete, criada en Surinam, escribió en su obra *The rover* (*El vagabundo*), de 1677, que "el dinero habla con sentido en un lenguaje que todas las naciones entienden". El dinero no sólo habla con sentido, también impone ese sentido a cualquier sociedad que logra conquistar, y lo hace de un modo que subyuga a todas las demás instituciones y a los sistemas. Se diría que, desde su

invención, el dinero se ha vuelto cada vez más relevante en la sociedad occidental, logrando sobrepasar el sistema feudal y la jerarquía aristocrática de las civilizaciones más tempranas. Al difundirse a través de la historia y en las distintas sociedades, su incidencia ha resultado sorpresivamente equivalente en todas ellas, desde las antiguas Grecia y Roma al moderno Japón y la moderna Alemania.

La tendencia del dinero a sustituir los valores familiares aparece tempranamente en Japón en las obras del autor del siglo diecisiete Saikaku Ihara, quien escribió al mismo tiempo que Aphra Behn, pero en el otro extremo del mundo; pese a ello, sus observaciones acerca de la vida parecen muy similares: "El nacimiento y el linaje no significan nada; el dinero es el único árbol genealógico de un ciudadano... Aun cuando nuestra madre y nuestro padre nos dan la vida, es el dinero a secas el que nos permite conservarla".[1] Lo que Ihara escribió entonces lo reiteraría en 1936 Gertrude Stein, quien señaló que "lo que diferencia al hombre de las bestias es el dinero".

Aun cuando existen pocas cosas en común entre sus respectivas culturas, el dinero ha generado sentimientos parecidos en un poeta del siglo veinte, un filósofo romano del siglo segundo y un japonés del siglo diecisiete que escribía acerca de los negocios. Sus comentarios nos muestran la forma en que el dinero fue evolucionando hasta convertirse en un elemento clave dentro de un tipo nuevo y complejo de sociedad, tan distinta a la de los dogones, los hopi o los nuer.

El dinero ha tenido, evidentemente, un mayor impacto en la vida del norteamericano que trabaja en la bolsa neoyorquina que en la existencia de la mujer dogón que acude al mercado de Bandiagara, pero la diferencia es sólo de grado y no de esencia. Es un factor cuantitativo antes que cualitativo, porque los dogones han seguido, a fin de cuentas, el mismo patrón que las culturas monetarias del mundo. Avanzan a un paso algo más lento que el resto de nosotros; de todas formas,

nuestro estilo de vida en lo económico puede estar a un paso de desaparecer tan rápidamente como surgió.

El joven operador del mercado bursátil de Nueva York puede empezar a resultarnos, muy pronto, tan pintoresco y anticuado como la mujer que porta la leche y los huevos sobre su cabeza. Ambos laboran en sistemas mercantiles que rápidamente se están quedando obsoletos, a medida que el dinero muta en una nueva forma que exigirá nuevos tipos de mercado, nuevas formas de realizar transacciones financieras y nuevas modalidades de negocios.

PRIMERA FASE

Tipos clásicos de efectivo

El dinero por sí solo mueve al mundo
PUBLILIO SIRIO

1

Caníbales, chocolate y efectivo

El conflicto último está a la vista, y en él
la civilización adopta su forma definitiva:
es el conflicto entre el dinero y la sangre.
OSWALD SPENGLER

En el centro de Tenochtitlán, la capital del imperio azteca, los sacerdotes ejecutaban sus diarios sacrificios conduciendo a la víctima por las empinadas escalinatas de piedra hasta la cima de la pirámide, donde cuatro sacerdotes sujetaban al sacrificado contra el enorme altar de piedra, de espaldas con los brazos y piernas extendidos. Uno de ellos, de aspecto temible y salpicado de sangre, alzaba un cuchillo de obsidiana en el aire y lo dejaba caer en mitad del agitado pecho de la víctima, a quien sostenían con firmeza. Rápidamente, aunque con delicadeza, le abría el pecho y tanteaba con sus dedos por entre las costillas, en busca del corazón de la víctima. Un segundo después, el sacerdote le arrancaba el corazón aún latiendo y lo arrojaba a un brasero al rojo vivo, a modo de ofrenda al dios Huitzilipochtli. El sacrificio podía realizarse en apenas veinte segundos; el corazón podía seguir latiendo sobre el brasero por un lapso de hasta cinco minutos.[1]

Para los comerciantes aztecas, el clímax del año litúrgico y sacrificial tenía lugar durante el festival de Panquetzaliztli, o "alzamiento de los estandartes", celebrado a mediados del invierno, cuando podían evidenciar sus éxitos y su riqueza auspiciando uno de estos sacrificios humanos. A diferencia de los guerreros, que capturaban personalmente a los soldados enemigos en el campo de batalla para sacrificarlos, los comerciantes debían comprar a sus víctimas sacrificiales a un precio de hasta cuarenta capas tejidas.[2] Tras pagar por su víctima, el

comerciante debía alimentarla, vestirla y velar por ella durante meses con gran lujo, mientras se la preparaba para el magno espectáculo. Para auspiciar el sacrificio, el comerciante debía ofrecer cuatro pródigos banquetes y celebraciones a otros mercaderes y líderes militares. Cada banquete requería de nuevas vestimentas, alhajas y emblemas para el comerciante y su víctima sacrificial. Después de procurarse los lujosos bienes que los banquetes requerían, el comerciante debía obsequiarlos a los invitados como muestra de aprecio por su participación en las celebraciones. Sólo una vez que se hubieran celebrado todas las ceremonias establecidas, efectuado los banquetes y obsequiados los costosos regalos, el comerciante escoltaba a su víctima por el prolongado tramo de escalones hasta el altar, donde los sacerdotes le extraían el corazón. Tras el sacrificio, el comerciante se llevaba a casa el cuerpo mutilado, que las mujeres limpiaban y cocinaban. Entonces, el comerciante lo servía en otra comida ritual con maíz y sal, pero sin los acostumbrados ajíes. Y cada persona era libre de disfrutar de la carne ofrecida excepto el anfitrión, para quien la víctima sacrificial era algo así como un hijo.

Bajo la guía del sumo sacerdote, el *tlenamacac* o dador del fuego, los aztecas orquestaban una sucesión de sacrificios a lo largo del año. Como preparación para estos rituales se perforaban el cuerpo, incluida la lengua y los genitales, con espinas de maguey, como una ofrenda de su propia sangre a los dioses. Un sacerdote suficientemente piadoso siempre exhibía pequeñas heridas abiertas en las sienes, de las que manaba la sangre y le chorreaba por ambos flancos de la cara. Su cabello largo se enmarañaba con la sangre, lo que le confería un aspecto aterrador y una fragancia horrenda que lo diferenciaba claramente del resto de la sociedad azteca.

Cada deidad y cada conmemoración dentro del complejo calendario azteca requería de su propia forma sacrificial. A comienzos de la primavera, por ejemplo, la gente ayunaba por la lluvia y sacrificaba tamales y niños pequeños a Tlaloque y

Chalchiuhtlicue. Ya avanzada la primavera, realizaban más ceremonias de la lluvia para Xipe Totec, la deidad de la fertilidad, en la forma de sacrificios de gladiadores. Los sacerdotes ataban a la víctima a una piedra y la armaban con un garrote tachonado de plumas en lugar de hojas filosas. Con esta arma ritual debía batirse con guerreros provistos de verdaderos garrotes erizados de hojas de obsidiana. Los guerreros se esforzaban por cortar a la víctima tan sólo superficialmente, de modo que fuera herida muchas veces y sangrara tanto y tan lentamente como fuera posible, para prolongar el influjo y el espectáculo sacrificial. Los sacerdotes atrapaban a las víctimas menos cooperadoras, que se negaban a adoptar el papel de gladiador ritual, las amarraban con cuerdas y las ofrecían al dios del fuego, asándolas a fuego lento.

En las demás ceremonias del año ritual, los sacerdotes desollaban a hombres adultos y torturaban a niños hasta matarlos, de modo que sus lágrimas indujeran a los dioses a enviar más lluvia. Se suponía que los dioses tenían predilección por los bebés nacidos con un doble mechón en la frente; los sacerdotes arrebataban esos bebés a sus madres apenas nacían y los mantenían en un lugar especial de crianza hasta que llegaba la hora de sacrificarlos. Ciertas víctimas especiales encarnaban a los dioses. Una encarnación del dios Tezcatlipoca debía ser un hombre joven y apuesto, sin ninguna mancha. Durante un año vivía como el dios, participando en variados rituales, cantando, danzando y tocando su flauta por la ciudad. La gente le obsequiaba presentes y flores. Disponía de cuatro bellas esposas, pero al concluir el año debía dejarlas y subir a la pirámide, donde le extraían el corazón y le seccionaban la cabeza.

El sacrificio más dramático ocurría durante una danza en que los sacerdotes atrapaban a la encarnación de Xipe Totec y la desollaban a toda prisa. Uno de ellos se ponía entonces la piel del muerto y continuaba con la ceremonia. En una versión femenina de la misma ceremonia, se sacrificaba a una mujer y un sacerdote de la diosa Toci se ponía su piel.

Aun cuando los sacrificios propiciados por los comerciantes finalizaban en un banquete especial, la mayoría de las víctimas tenía un fin algo más mercantil. Tras el sacrificio, los sacerdotes arrojaban rodando el cuerpo sin corazón de la víctima por las mismas escalinatas que había subido por sí sola unos minutos antes. Al pie de la pirámide, un grupo de asistentes le cortaba la cabeza y la sumaba a un anaquel de trofeos donde se pudrían lentamente las cabezas de las víctimas precedentes. Además quitaban las vísceras al cadáver y enviaban los cortes de carne escogidos al *tianquiztli*, el mercado urbano, donde se vendían a cambio de chocolate.

Dinero de chocolate

Los aztecas empleaban el chocolate como dinero; más exactamente, utilizaban las semillas del cacao, habitualmente denominadas habichuelas. Con estas semillas de cacao se podía comprar frutas y vegetales como maíz, tomates, ajíes, calabazas, chayotes y maní; alhajas de oro, plata, jade y turquesa; bienes manufacturados como sandalias, ropas, capas emplumadas, armaduras acolchadas con algodón, armas, cerámicas y cestería; carnes varias como pescado, venado, pato; y bienes exclusivos como alcohol y esclavos.[3]

Los mercados aztecas solían hallarse a un costado de las edificaciones del gobierno central, de modo que el intercambio de bienes se realizara bajo la supervisión estricta de los funcionarios de gobierno. Mercados como el que había en el centro de Tenochtitlán ocupaban un área muy extensa, y el gobierno prohibía cualquier transacción fuera de la zona oficialmente designada para el comercio. Los funcionarios gubernamentales reglamentaban los precios y las ventas y estaban siempre listos para castigar e incluso ejecutar a cualquiera que violara la ley del mercado. El gobierno patrocinaba asimismo a una casta hereditaria de comerciantes viajeros, los *pochtecas*, quienes gozaban de un estatus oficial muy relevante dentro del estado y tenían su propio dios, Yahcateuctli. Además de

los pochtecas, los aztecas enviaban cobradores oficiales de los tributos, o *calpixque,* a todos los rincones del imperio para que trajeran de vuelta a la administración central, en las alturas del valle de México, un sinfín de bienes.

El imperio funcionaba sobre la base del tributo y los mercados eran elementos subsidiarios dentro de la estructura política; una serie de mercancías estandarizadas servía como modalidad próxima al dinero. Varios listados tributarios de la época han sobrevivido y nos muestran la cantidad debida por las provincias en maíz, amaranto, frijoles, armaduras de algodón, cuchillos de obsidiana, campanas de cobre, jade, oro, sandalias, escudos, capas emplumadas, cacao, conchitas, plumas y otros bienes de uso práctico u ornamental. El elevado volumen de mercancías desplazadas a lo largo y ancho del imperio azteca se debía ante todo a los tributos pagados por las regiones periféricas a su capital. En ese sentido, el azteca fue en la práctica como todos los imperios de la fase previa a la difusión del dinero. El Antiguo Egipto, Perú, Persia y China funcionaron todos como sistemas tributarios antes que mercantiles.

Dentro de este sistema tributario, los mercados locales aztecas desempeñaban un papel menor en la distribución de los bienes, pero el cacao tenía una función fundamental en esa esfera reducida de la actividad económica. Entre todas las modalidades de dinero de que disponían los aztecas, el cacao resultó la más asequible y de más fácil empleo. El árbol del cacao produce unas grandes vainas de un color amarillo verdoso, parecidas en aspecto a los cantalupes. Al pudrirse, el fruto exhibe una pulpa carnosa y blanca, deliciosa, aun cuando su sabor no guarda mayor relación con el del chocolate. Si se las seca y tuesta para preservarlas, las habichuelas pueden durar muchos meses antes de que se las muela para hacer chocolate.

El cacao crecía sobre todo en el sur de México, en lo que ahora son los estados de Oaxaca, Chiapas, Tabasco y Veracruz,

y en las naciones de América Central. Desde allí se comerciaba y enviaba como tributo a través del imperio azteca, en particular hasta su capital, Tenochtitlán, donde hoy se yergue la moderna Ciudad de México. El cacao llegó a ser tan importante como medio de intercambio que produjo su propia industria de falsificaciones. Los transgresores vaciaban los hollejos de la semilla de cacao y los rellenaban con barro. Luego sellaban la vaina y mezclaban las habichuelas del falso cacao con las verdaderas, para disimularlas aún más.

El dinero-mercancía, como el cacao, operaba en un sistema basado más en el trueque que en la compra de algo. Un azteca cambiaba una iguana por un cargamento de leña o un cesto de maíz por una trenza de ajíes, y si los bienes no tenían exactamente el mismo valor, se valían del cacao para emparejar las cuentas. La habichuela del cacao servía para estimar el valor y redondear el intercambio, pero no era el medio exclusivo de intercambio. El vendedor que deseaba intercambiar, por ejemplo, un nopal (equivalente a cinco habichuelas de cacao) por una espiga de maíz (equivalente a seis habichuelas) entregaba el nopal y añadía una habichuela para emparejar el valor.

En el caso de grandes adquisiciones, los mercaderes estimaban el valor en términos de bolsas de unas 24 mil habichuelas, pero esas cantidades resultaban muy engorrosas para utilizarlas en las transacciones diarias. Como ocurría en muchos sistemas primitivos en que el comercio se organizaba en torno de ciertas mercancías relevantes, los aztecas empleaban más de una mercancía para estandarizar los intercambios. Además de las habichuelas del cacao, tenían el *quachtli*, las capas de algodón, cuyo valor fluctuaba entre sesenta y trescientas habichuelas de cacao. El *quachtli* servía en transferencias financieras mayores, como la compra de esclavos o de víctimas sacrificiales, en las que los sacos de habichuelas hubieran resultado demasiado voluminosos.[4] Otras mercancías estandarizadas para el intercambio incluían las cuentas de vidrio, las conchitas y las campanillas de

cobre, que se intercambiaban incluso en puntos tan al norte como el actual estado de Arizona.

El dinero en la forma de una mercancía tiene la gran ventaja de ser un ítem de consumo y a la vez un medio de intercambio. Los aztecas podían fácilmente moler el cacao empleado como dinero y transformarlo en pasta de chocolate, luego lo batían vigorosamente en un recipiente con agua y obtenían una deliciosa bebida, muy valorada. A diferencia de los billetes y las monedas de bajo costo, que pueden perder fácilmente su valor nominal, el dinero-mercancía posee un valor por sí mismo y puede ser consumido siempre, sin importar cuál sea su estatus en el mercado.

Este valor intrínseco del chocolate, como de todos los demás tipos de dinero, no existe fuera de un determinado contexto cultural. Para que adquiera un valor, la gente ha de querer poseerlo y saber cómo emplearlo. La afición mesoamericana por el chocolate, entendido como un alimento y un medio de intercambio, contrastaba significativamente con los valores de los primeros piratas europeos que capturaron un barco cargado de habichuelas de cacao: los piratas confundieron las semillas con excremento de conejo y arrojaron todo el cargamento al mar.

El imperio azteca es un ejemplo de lo muy complicadas que pueden llegar a ser las relaciones económicas y políticas aun en ausencia del dinero. Su sistema de distribución alcanzó el nivel más complejo que podía ostentar un sistema imperial y de protomercado dentro de los confines de un imperio tributario y con una modalidad de dinero primitiva o consistente en mercancías. Mediante el empleo de mercancías particulares, llegaron al punto de casi crear un sistema monetario al estilo moderno, pero nunca cruzaron verdaderamente la línea.

El dinero-mercancía

En toda época y lugar se ha utilizado las mercancías, de la sal al tabaco, de los troncos al pescado seco y del arroz a las telas,

como dinero. Los nativos de ciertas regiones de India utilizaban almendras. Los guatemaltecos, el maíz; los antiguos babilonios y asirios, la cebada. Los nativos de las islas Nicobar se valían de los cocos y los mogoles valoraban los bloques de té. Para los pueblos de Filipinas, Japón, Myanmar (Birmania) y otras regiones del sudeste asiático, tradicionalmente el arroz en medidas estandarizadas ha servido como dinero.

Los noruegos empleaban como tal la mantequilla y en la época medieval utilizaron el bacalao seco, que podía trocarse fácilmente por otros bienes o por monedas al intercambiarlo con los mercaderes hanseáticos de Bergen. Estos vendían a su vez el pescado en Europa del sur, donde había gran demanda los días viernes, para la cuaresma y en otras festividades en que la Iglesia Católica prohibía comer carne.

En China, el norte de Africa y el Mediterráneo se empleaba la sal como dinero. Corriendo grandes riesgos y en algunos de los puntos más calientes del planeta, los pueblos tribales del Sáhara central extraían de las minas gigantescas láminas de sal, que alcanzaban un metro de largo y varios centímetros de grosor. La sal del Sáhara es una de las de mayor pureza en el mundo, y al ver una caravana de mercaderes de sal es fácil confundirse y suponer que lo que llevan son láminas de mármol blanco atadas al costado de sus camellos. Dada su pureza, es posible cortarla fácilmente en cierto número de porciones estandarizadas. Los mercaderes solían envolver las fracciones menores del producto en un carrizo protector que cubría la sal por entero, para reducir el riesgo de que se astillara y evitar que la gente le arrancara trocitos entre uno y otro intercambio.

La palabra inglesa actual *salary* y el término italiano, español y portugués "salario" se derivan ambos del término latino *sal*, o más precisamente de *salrius*, que significa "de sal". Se piensa que a los legionarios romanos se les pagaba en sal o que recibían dinero para comprarla y adobar con ella sus comidas, que de otro modo resultaban demasiado sosas.

Los pueblos pastores empleaban a menudo animales vivos como una forma de pago, con la que se estimaba el valor de todo lo demás. Las tribus siberianas se valían del reno, la gente de Borneo de los búfalos, los antiguos hititas estimaban el valor de algo en ovejas y los griegos de la época de Homero se valían de los bueyes. Dondequiera que la gente ha poseído ganado, ha tendido a usarlo como dinero. Los pueblos pastores calculan y pagan prácticamente todo –desde los esclavos y las esposas hasta las multas por adulterio y asesinato– en reses.

El ganado desempeñó un papel igualmente importante en la economía de muchos pueblos europeos antiguos, desde Irlanda a Grecia, y en todo el subcontinente indio. El complejo ganadero sobrevive en los tiempos modernos en Africa oriental y meridional, entre algunas tribus como los masai, los samburu, los dinka y los nuer.

La importancia tradicional del ganado subsiste a su vez, indirectamente, en varios idiomas europeos actuales. La palabra "pecuniario", que significa "relacionado con el dinero", se deriva del latín *pecuniarius,* equivalente a "riqueza ganadera". El as, una moneda romana, representaba un valor equivalente a la centésima parte de una res. Entre los términos ingleses relacionados se incluyen *pecunious,* un término obsoleto que significa "riqueza", y el más utilizado *impecunious,* "pobre".

La importancia del lenguaje bovino en la cultura europea también se ejemplifica mediante la palabra inglesa *cattle* (ganado), que se deriva de la misma raíz latina que dio origen a "capital", otro término ampliamente utilizado como sinónimo de dinero. *Chattel* –equivalente a "enseres" y a cualquier ítem de propiedad personal transferible, como un esclavo– deriva de la misma fuente. Así, uno puede remontarse hasta los sistemas basados en el ganado y encontrar allí la denominación actual de dos de los sistemas económicos más importantes de la historia europea: el capitalismo y el feudalismo.

Incluso los seres humanos han servido en ocasiones como unidad monetaria. En la antigua Irlanda, las niñas esclavas se

convirtieron en una unidad habitual del valor asociado a algo, con la que se tasaban reses, botes, la tierra y las viviendas. Los expedicionarios y mercaderes vikingos vendían a las muchachas a los tratantes de esclavos del Mediterráneo, donde eran altamente valoradas por su cabello pelirrojo o rubio. Los varones irlandeses tenían mucho menos valor como esclavos.

En ciertas regiones de Africa Ecuatorial, en cambio, los esclavos varones eran más codiciados que las mujeres o los niños, a quienes se valoraba como una mera fracción del valor total de un macho. De todas las formas posibles del dinero, los esclavos resultaron una de las menos confiables, por su elevado índice de mortalidad y su tendencia a escaparse.

Mercancías modernas

Nunca ha desaparecido del todo el uso de mercancías como dinero, y resurge cada tanto, cuando el flujo normal del comercio y la vida económica se ven interrumpidos. Los cigarrillos, el chocolate y la goma de mascar llenaron brechas monetarias transitorias en toda Europa al concluir la Segunda Guerra Mundial, y desde la caída del imperio azteca que el chocolate no cobraba un poder de compra tan grande como el que adquirió cuando los soldados norteamericanos llegaron a Europa.

Durante el tiránico reinado del Presidente Nicolae Ceausescu en Rumanía, el país dispuso ampliamente de papel moneda y monedas de aluminio, pero el dinero casi no tenía ningún valor porque el dictador y su esposa exportaban casi todo lo que se producía en el país. La comida estaba racionada y proporcionaba menos de dos mil calorías al día a cada ciudadano común, y no se permitía que la temperatura de los hogares y oficinas subiera por encima de los 13 grados Celsius. En un régimen de vida tan austero, los cigarrillos –particularmente los Kent– operaban como la auténtica moneda del país. Y cualquier cosa podía adquirirse con cigarrillos: alimentos, bienes electrónicos, sexo o alcohol. Los cartones de cigarrillos

tenían la ventaja de que se los podía dividir fácilmente en diez cajetillas por cartón, cada una de las cuales podía dividirse a su vez en veinte cigarrillos.

Los bienes de consumo como el tabaco y el chocolate sirven en ocasiones como medios adecuados de intercambio, pero no pueden cumplir todas las funciones que se atribuyen al dinero. Por ejemplo, tienen escaso valor como reservas. Quienquiera que acumulara sacos de grano o una provisión de tabaco como una forma de amasar fortuna pronto se daría cuenta de que el grano se pudre o lo devoran los insectos y las ratas, y que el tabaco pierde su sabor y comienza a resquebrajarse. Para conservar su valía y poder disponer de ellos en el futuro, la gente requiere de ítemes algo más durables, como telas, pieles, plumas, dientes de ballena, colmillos de jabalí o conchitas. Esos bienes perduran algo más que el alimento; así y todo, también se deterioran y al final pierden su valor. Los ítemes alimenticios pueden funcionar apropiadamente para el intercambio de bienes, pero no son buenos como reservas.

Las pieles de animales resultaron en extremo útiles en Rusia, Siberia y Norteamérica, pero tenían escaso valor práctico en mercados más cálidos como el Caribe, Africa, Sudamérica y el sur de Asia. Los canadienses empleaban las gruesas y lujosas pieles de castor que su nación producía y que eran muy populares entre los sombrereros y modistos europeos. Un poco más al sur, dentro de las mismas colonias británicas, los colonos se valían de la piel del ciervo norteamericano, que adquirió gran importancia en el comercio. Cada piel era conocida como un *buck*, término que ha sobrevivido hasta hoy en el habla popular para aludir a un dólar.

A través de la historia, las mercancías y los artículos de valor crearon en ocasiones sistemas económicos que se asemejaban superficialmente a un sistema monetario, pero que invariablemente presentaban limitaciones en sus alcances y su utilidad. El dinero primitivo opera mejor en una comunidad

tribal o en un mercado fuertemente reglamentado. En un extremo del espectro político y económico, imperios como el de los incas organizaron sus dominios prescindiendo del empleo de un mercado o de dinero. En el otro extremo, la capital del imperio azteca, Tenochtitlán, dio pie a un estado tributario que permitía el uso limitado de dinero, con un sistema de protomercado en buena medida controlado por la casta militar dominante.

Los dientes de ballena servían como ítemes de gran valor en Fiji y unas cuantas islas de los alrededores, donde aún desempeñan un papel de importancia en la vida ceremonial y en el sistema de prestigio social. Sin embargo, no resultaron muy efectivos en el comercio con otros pueblos, que simplemente no tenían ningún interés en ellos. De igual modo, en las islas del Almirantazgo se valoraban los dientes de perro como un medio de intercambio, pero los extranjeros los encontraban repulsivos y no querían comerciar nada a cambio de ellos.

El anhelo de poseer objetos raros y valiosos inducía a individuos emprendedores a realizar arriesgados viajes a lo alto de las montañas, las profundidades de la jungla o los mares lejanos. Los objetos se volvieron relevantes como obsequios, particularmente en momentos importantes del ciclo vital, como el nacimiento, la pubertad, el matrimonio o la muerte. También cobraron importancia como regalos entre los amigos o como parte de las alianzas y rupturas de alianzas entre aldeas o grupos.

Los bienes durables, como las conchitas, las piedras y los dientes, tenían gran valor como reservas, pero, como se dan en la naturaleza, sus dimensiones, textura, color y calidad varían en extremo y ese hecho les impedía ser enteramente intercambiables. Un diente de ballena no será exactamente igual a otro en su valor y así se vuelve difícil emplearlo en forma indiferenciada dentro de un sistema comercial. Ciertos ítemes como las conchitas pueden ser tan abundantes en las

áreas costeras que resultan demasiado vulgares para que se las emplee como dinero, y en un área montañosa pueden ser demasiado raras para servir como moneda de uso general.

Incluso la conchita de caurí, que gozó de enorme popularidad en buena parte de Africa y las regiones fronterizas con el océano Indico, no tenía utilidad alguna para la mayoría de los habitantes del globo. No percibían su valor y, por lo tanto, tuvieron siempre una circulación limitada a áreas específicas. Con todo, con objetos como las conchitas los pueblos tribales estuvieron muy cerca de desarrollar verdaderas economías en que se utilizaba dinero contante y sonante. Las conchitas partieron como una faceta meramente decorativa de la cultura y se convirtieron en una forma de acumular y almacenar riqueza, a la vez que en un mecanismo de intercambio.

El dinero nunca se da en un vacío cultural o social. No es un objeto sin vida, sino una institución social.[5] Para que opere enteramente como dinero, un material determinado no puede existir pura y simplemente como un objeto; requiere de un sistema social y cultural en particular. Una vez que el sistema está operando, muchos y muy diversos objetos pueden emplearse como dinero. A menudo estos usos afloran en la esfera política o de prestigio dentro de la vida social, antes que en las esferas comercial o de la mera subsistencia. Puede que se emplee estos objetos para comprar títulos, para señalar las muertes, para arreglar matrimonios, para reclamar el derecho a utilizar determinados hechizos o para adquirir canciones influyentes en los rituales. Más raramente, se los ha utilizado en el intercambio de tierras, ganado y otros bienes fundamentales, pero incluso esos intercambios ocurren a menudo en forma subsidiaria a una negociación política o conyugal más vasta, antes que como una actividad puramente comercial.

La idolatría del oro

Después del alimento, uno de los bienes de intercambio más valorados y populares entre los seres humanos es el metal. De

todas las sustancias que pueden utilizarse para fabricar dinero, el metal tiene más aplicaciones prácticas que otras y ha conservado su valor por más tiempo y en un radio mayor que ninguna otra. Como es un bien perdurable, sirve como reserva. Como se lo puede reducir a piezas más o menos pequeñas, es un buen medio de intercambio. No es tan voluminoso como los troncos empleados por los hondureños, ni tan engorroso como las sacas de maíz de los guatemaltecos. A diferencia de los bienes alimenticios, que desaparecen cuando se los consume, el metal puede ser convertido en algo de utilidad en cualquier momento y pese a todo conservar su valor. Puede convertirse en una joya o la punta de una lanza un día y, al siguiente, ser utilizado nuevamente como dinero.

De los países escandinavos a Africa Ecuatorial, siempre los pueblos han empleado objetos particulares y estandarizados de hierro como dinero. Los sudaneses hacían azadas de hierro. Los chinos tenían una azada de bronce, de una forma ligeramente distinta, y unos cuchillitos en miniatura del mismo material. Los antiguos egipcios empleaban el cobre, mientras los pueblos de Europa meridional preferían el bronce. La gente de Myanmar (Birmania) se valía del plomo y la de la península malaya usaba el estaño, que allí abunda.

En Africa Occidental, la gente utilizaba manillas de cobre como una modalidad específica de dinero. En Liberia y otras regiones se valían de tiras alargadas de hierro, aplanadas por ambos lados y conocidas como peniques Kissi, en honor de la tribu kissi que las fabricaba. Las tribus del Congo utilizaban varillas de latón, y en Africa Oriental muchas tribus fabricaban objetos de metal con formas distintivas, para utilizarlos sólo en su propia sociedad. La forma de su moneda de hierro era tanto una forma de identificación para su gente como un lenguaje particular.

Con el desarrollo tecnológico, el tipo de objeto se volvió más refinado y sufrió grandes avances con el descubrimiento de los diversos metales. De todos los metales, el oro ha sido el

más valorado en todo el mundo. El oro tiene relativamente pocos usos prácticos fuera del decorativo y en sofisticadas aplicaciones tecnológicas ultramodernas; con todo, la gente se ha sentido siempre atraída por él. Aun cuando carezca de utilidad, la evidencia empírica demuestra que los seres humanos han ansiado siempre tocarlo, emplearlo, jugar con él y poseerlo. A diferencia del cobre, que se vuelve de color verde, del hierro, que se oxida, y de la plata, que pierde su brillo, el oro puro conserva toda su pureza y permanece inmutable.

La gente en todo el mundo ha asociado el oro y la plata con la magia y la divinidad. A veces, la lista de substancias divinas incluía otros bienes preciosos como la seda en India, las prendas de vicuña en el antiguo Perú, el aceite de oliva en Judea y la mantequilla en el Tíbet, pero en casi todas partes se consideraba el oro y la plata como substancias de carácter sagrado. En la mayoría de las culturas, los dioses valoraban las ofrendas en metales preciosos más que las flores, los alimentos, los animales o incluso los seres humanos.

Los mayas de Yucatán sacrificaban a sus deidades objetos de oro, plata y jade en los cenotes sagrados, hondas lagunas que se formaban en la base de piedra caliza de la península. En una comunidad de las tierras altas de Colombia, antes del arribo de los europeos, los indios chibchas realizaban cada año un ritual en que recubrían a su jefe de polvo de oro y, cuando éste se sumergía en el lago sagrado, el agua lo limpiaba del oro y éste se transformaba en ofrenda a los dioses. Los españoles llamaban al jefe "El Dorado", y su riqueza se convirtió en objeto de la mayor persecución en la historia del mundo.

Al oro, en particular, se lo consideraba substancia divina.[6] Los pueblos advertían la semejanza de su colorido con el sol, una coincidencia a la que adjudicaban un significado profundo. Los antiguos egipcios creían que el oro era sagrado para Ra, el dios sol, y enterraban grandes cantidades del metal con los cadáveres de sus faraones, también figuras divinas. Entre

los incas, el oro y la plata representaban el sudor del sol y la luna, y recubrían las paredes de sus templos con estos metales preciosos. Incluso después de la conquista europea, después de que los españoles se apropiaran del oro y la plata indígenas, los nativos decoraron los nuevos templos cristianos con papel de aluminio, para imitar los materiales sagrados, y esparcían en el aire confeti dorado y plateado en lugar del polvillo de oro. Los pueblos antiguos de India creían que el oro era el semen sagrado de Agni, el dios del fuego; hacían donaciones en oro por cualquier servicio que los sacerdotes de Agni prestaban.

Protodinero

En fecha muy temprana, a fines del tercer milenio antes de la era cristiana, los pueblos mesopotámicos comenzaron a utilizar lingotes de metales preciosos a cambio de bienes. Las tablillas cuneiformes mesopotámicas de arcilla, inscritas en el 2500 a.C., mencionan el uso de plata como forma de pago. La gente denominaba a esos pesos uniformes de oro y plata minas, shekels o talentos. Un depósito completo de aceite de oliva, de cerveza o trigo podía reducirse en valor a un lingote fácilmente transportable de oro y plata. Dicho sistema demostró su efectividad con los mercaderes habituados a negociar con cargamentos o depósitos enteros de mercancías, pero el oro siguió siendo muy escaso y muy valioso para el individuo medio, que sólo deseaba vender una cesta de trigo o adquirir un cuero de vino. Esa gente no podía acceder al sistema de lingotes de oro y plata.

Una vez que la tecnología humana y la organización social se hubieron desarrollado al punto de emplear cantidades estandarizadas de oro y plata en los intercambios, fue sólo cuestión de tiempo que aparecieran monedas más pequeñas. Este salto tecnológico y cultural desde las primitivas monedas constituyó la primera revolución monetaria de la historia y, según todos los conocimientos numismáticos disponibles, ocurrió

sólo una vez. Tuvo lugar en Asia occidental, en lo que hoy es Turquía, y de allí se difundió alrededor del mundo para convertirse en el sistema monetario global y en el antecesor del sistema con el que hoy vivimos y trabajamos.

El dinero no se da en la naturaleza y no hay ninguna versión de él, o un elemento análogo, en el reino animal. El dinero, al igual que el lenguaje, es exclusivamente humano. Constituye una nueva forma de pensar y actuar que modificó el mundo al instante. Tan sólo hoy en día, transcurridos casi tres mil años, comienza a evidenciarse el poder real del dinero en los asuntos humanos, a medida que va suplantando o hegemonizando muchos de los lazos sociales tradicionales e inspirados en la familia, la tribu, la comunidad y la nación.

2
El quinto elemento

El dinero es uno de los materiales primordiales con que la humanidad diseñó la civilización.
LEWIS LAPHAM

La palabra más antigua de la que hay registros en la literatura europea es el antiguo vocablo griego para la ira, en el comienzo de *La Iliada.* En castellano, solemos traducir esa primera línea así: "Canta, oh, musa, a la ira del gran Aquiles", pero el texto original parte con la palabra equivalente a "ira", "cólera" o "furia", y esa emoción en particular se transforma en la más relevante en el recuento de Homero de la guerra de Troya, esos diez años de conflicto en que los griegos estuvieron sacrificándose, eliminándose, martirizándose, violándose, mutilándose y esclavizándose entre sí. Todos esos individuos, guiados por la ira, vivieron en lo que los modernos académicos denominan la época heroica u homérica, al filo de los grandes imperios antiguos. Seguramente su mundo se habría sumido en las tinieblas de la historia de no haber sido por los dos grandes poemas épicos griegos, *La Iliada* y *La Odisea* de Homero, que supusieron la iniciación del registro que la civilización ha llevado a contar de entonces de su propia y fatídica evolución. Los griegos que Homero nos presenta en su obra eran guerreros, no comerciantes. Los héroes de sus obras orientaban sus vidas hacia la guerra, incursionando contra sus vecinos y defendiendo el honor de sus familias. Homero describió, con gran viveza de detalles, las armas de sus héroes, la armadura que empleaban, los diseños en sus petos y cada implemento del que se valían en la batalla. Describió la belleza de sus embarcaciones, pero también refirió en tono adusto el punto en que la lanza entró en la cabeza de un guerrero y el punto por donde la abandonó, y

cuánto lloraron en sus exequias la madre y la esposa del guerrero caído.

El dinero no desempeña ningún papel en los poemas épicos de Homero, como no tenía ninguna función aparente en las vidas de sus héroes. Para emplear los términos de Voltaire, "puede que Agamenón tuviera un tesoro, pero ciertamente carecía de dinero". El comercio no aparece en la poética de Homero, en la que los individuos persiguen el honor, no la riqueza; imponían su voluntad sobre otros y a cualquier costo. No negociaban, ni adquirían compromisos o argüían respecto del valor de los bienes mundanos. Los más fuertes exigían que los bienes les fueran donados como tributo para utilizarlos en sus campañas; no se rebajaban a disputar con los tenderos.

Los palacios fortificados, como el de Agamenón en Micenas y el de Príamo en Troya, constituían el centro de la vida comunitaria en Grecia durante la era homérica, y los mercados no figuraban como lugares de importancia. Cada ciudad se afanaba en producir tantos bienes como pudiera, de modo de comerciar lo menos posible con otras ciudades. En sus momentos de esparcimiento los héroes homéricos cazaban, festejaban y realizaban juegos rituales de guerra.

Homero no brinda ningún indicio de reflexión o de autoconciencia en sus héroes. Sus ideas e impulsos provienen de un anhelo hondamente arraigado de incrementar su honra personal o bien como una inspiración súbita, susurrada en sus oídos por los dioses. Los héroes homéricos eran individuos apasionados, más que el tipo de individuo moderado que tanto admiraba la Grecia clásica. La frase *gnothi seauton* ("conócete a ti mismo"), que luego se convirtió en el lema de los griegos de la época clásica, de la época dorada de Atenas, casi no hubiera tenido significado para Aquiles, Ulises, Paris, Héctor, Agamenón, Príamo y los demás héroes homéricos. Eran hombres de acción, no espíritus reflexivos.

¿Cabe acaso imaginar a Ulises volviendo a su hogar tras diez años de aventuras y abriendo una tienda de cerámicas,

supervigilando una granja o inaugurando una tienda de vinos? Como otros héroes homéricos, Ulises se divertía con las entidades divinas, peleaba contra monstruos horrendos, bebía a destajo, seducía a las mujeres (divinas y mortales) y vivía junto a otros héroes como él, en un juego eterno de defender e incrementar su honra. El comercio tenía escaso significado para Ulises y sus camaradas, pues su mundo desconocía el dinero.

Pese a desconocerlo, fue precisamente muy cerca de los muros de Troya que nació el dinero. Fue allí, en el pequeño reino de Lidia, que los seres humanos produjeron las primeras monedas y allí donde se inició la primera gran revolución monetaria. Una revolución que habría de tener un mayor impacto en nuestro mundo que todos los héroes de la antigua Grecia.

Rico como Creso

Durante ese mismo milenio, varios reinos surgieron, florecieron y decayeron en la costa jónica y en las islas adyacentes. Y cada uno dejó como herencia algo que sus vecinos y sucesores adoptaron. De las muchas y grandes civilizaciones que florecieron y se marchitaron en la antigua Anatolia, la de Lidia no es, ciertamente, de las más conocidas. Los lidios hablaban una lengua europea y vivieron en Anatolia después del 2000 a.C, más o menos. Constituían un pequeño reino gobernado por la dinastía mermnadae, que se había originado en el siglo séptimo, pero, aun en su apogeo, el reino lidio fue poco más que una ciudad-estado más desarrollada que otras y que se había expandido en las afueras de Sardes. Los monarcas lidios no eran celebrados en los mitos o las canciones como grandes guerreros, conquistadores, edificadores o incluso amantes.

Los nombres de las dinastías y los reyes han llegado hasta nosotros a través de las tablillas hititas y los libros del historiador griego Herodoto, pero de la antigua Lidia se conoce tan sólo un nombre: el de Creso. "Tan rico como Creso" es

una expresión habitual en el inglés moderno, el turco y otros idiomas.

Creso ascendió al trono lidio en el 560 a.C. y gobernó un reino que era ya muy rico. Sus antepasados habían dejado una base económica muy firme para el bienestar del reino, fabricando algunos de los mejores perfumes y cosméticos del mundo antiguo; con todo, por sí solas esas mercancías hubieran sido incapaces de incrementar la riqueza de Creso a los niveles que el mito le atribuye. Para ello se sirvió de otra invención de sus antepasados: las monedas, una nueva y revolucionaria forma de dinero.

En Mesopotamia, China, Egipto y otros muchos lugares del mundo antiguo pueden hallarse elementos parecidos al dinero e instancias parecidas al mercado, pero, en rigor, en ninguno de ellos se utilizó verdaderamente la moneda hasta el surgimiento de Lidia y el subsiguiente acuñamiento de las primeras monedas, ocurrido entre el 640 y el 630 a.C.[1] El genio de los monarcas lidios consistió en reconocer la necesidad de lingotes muy pequeños y fácilmente transportables, equivalentes a no más de unos pocos días de labor o una pequeña fracción de una cosecha. Al confeccionar esos lingotes más reducidos, de un tamaño y peso estándar, y al imprimir en ellos un emblema que indicaba su valor incluso a los analfabetos, los reyes de Lidia ampliaron exponencialmente las posibilidades de cualquier empresa comercial.

Las primeras monedas que confeccionaron fueron de electro, una aleación de oro y plata de color ámbar que se da en la naturaleza. Convertían el electro en fichas ovaladas, varias veces más gruesas que las monedas actuales o equivalentes en tamaño al tercio superior de un dedo pulgar adulto. Para garantizar su autenticidad, el rey hacía estampar en cada una de ellas su emblema, una cabeza de león. El proceso de estampar el sello aplanaba las unidades, iniciando de ese modo su transición desde un trocito ovalado a una moneda plana y circular como las actuales.

Al elaborar los trocitos del mismo peso y, por ende, de aproximadamente el mismo tamaño, el rey eliminaba una de las fases más engorrosas del comercio: la necesidad de pesar el oro cada vez, en cualquier transacción que se hacía. De ahora en adelante, los mercaderes podían estimar el valor a simple vista o bien contabilizar el número de monedas. Esa estandarización redujo en buena medida la posibilidad de hacer trampas con la cantidad o la calidad del oro y la plata en cualquier intercambio. Uno no precisaba ser un experto en el manejo de una escala o en el arte de valorar la pureza del metal para adquirir una cesta de trigo, un par de sandalias o un ánfora de aceite de oliva. El empleo de monedas que habían sido pesadas y estampadas con un sello en el taller real hacía posible que el comercio fluyera más rápida y más honestamente y le permitió a la gente participar incluso si no disponía de una escala de medidas. El comercio con monedas abrió nuevas posibilidades a nuevos segmentos de la población.

La riqueza de Creso y de sus antepasados no surgió de las conquistas militares sino del comercio. Durante su reinado (560-546 a.C.), creó nuevas monedas de puro oro o pura plata en lugar de las de electro. Empleando sus monedas recién inventadas como un medio estandarizado de intercambio, los mercaderes lidios negociaban las necesidades cotidianas de la existencia –granos, aceite, cerveza, vino, cuero, cerámica y madera– y también mercancías de lujo, como perfumes, cosméticos, alhajas, instrumentos musicales, cerámicas vidriadas, figurillas de bronce, lana mohair, telas purpúreas, mármol y marfil.

La variedad y abundancia de bienes comerciales condujo rápidamente a otra innovación: el mercado minorista. En lugar de permitirle a ciertos compradores que localizaran a alguien con disponibilidad de aceite o de joyas para la venta, los monarcas de Sardes establecieron un sistema nuevo e innovador en el que cualquiera que tuviera algo que vender, incluso un extraño, podía acudir a un mercado central. Numerosos

pequeños negocios se alineaban en el mercado y cada comerciante se especializaba en determinadas mercancías. Uno vendía carne y el otro ofrecía granos. Uno vendía joyería, el otro ropas. Uno instrumentos musicales, otro cacerolas. Dicho sistema de mercado se originó a finales del siglo séptimo a.C., pero sus herederos subsistirían, en el ágora griego de etapas posteriores, en las plazas medievales y ferias de la Europa septentrional y en los *malls* comerciales del moderno Estados Unidos.

El mercadeo se volvió tan relevante para los lidios que Herodoto los calificó como una nación de *kapeloi*, que significa "mercaderes" o "vendedores" pero con alguna connotación negativa equivalente a "mercachifles" o "charlatanes". Herodoto apreció que los lidios se habían convertido en una nación de tenderos. Habían transformado el simple intercambio y el trueque en un verdadero comercio.

La revolución comercial en la ciudad de Sardes provocó grandes cambios en toda la sociedad lidia. Herodoto informa con gran asombro de la costumbre lidia de permitir que las mujeres escogieran a sus esposos. A través de la acumulación de monedas, la mujer se volvió libre de conformar su propia dote y así disponía de mayor libertad para escoger a un esposo.

Muy pronto se incorporaron nuevos servicios al mercado. No había pasado mucho tiempo desde los primeros negocios y tiendas cuando algún espíritu emprendedor montó una casa especializada en servicios sexuales para los muchos varones involucrados en la actividad comercial. Los primeros burdeles conocidos se edificaron en la antigua Sardes. Al parecer muchas mujeres solteras de Sardes trabajaron en los burdeles el tiempo suficiente para asegurarse el dinero requerido para realizar el enlace matrimonial que anhelaban.

A ello le siguieron muy pronto las apuestas, y a los lidios se atribuye el haber inventado también los dados. Las excavaciones arqueológicas indican claramente que las apuestas y

los juegos de azar, como los que utilizaban huesos de los nudillos, proliferaron en el área en torno del mercado.

El comercio dio pie a la fabulosa riqueza de Creso, pero el monarca y las familias más escogidas de Lidia malgastaron su fortuna, desarrollando una gran afición por los bienes lujosos en una auténtica escalada consumista y suntuaria. Cada familia buscaba, por ejemplo, edificar un sepulcro más grande que el de las familias a su alrededor. Y los decoraban con marfil ornamental y mármoles, realizando costosos funerales, enterrando a sus deudos con cintillos de oro, brazaletes y anillos. En lugar de generar más riqueza, estaban destruyendo la que sus antepasados habían acumulado. La elite de Sardes se valió de su novedoso bienestar para el consumo en lugar de reinvertirlo en la producción.

En última instancia, Creso dilapidó su riqueza en los dos pozos sin fondo habituales del consumo conspicuo entre los monarcas de la época: las grandes edificaciones y los grandes ejércitos. Conquistó y edificó, en suma. Empleó su vasta fortuna para conquistar casi todas las ciudades griegas de Asia Menor, incluida la grandiosa Efesos, que reedificó en un estilo incluso más fastuoso. Aun cuando era lidio, desarrolló gran afición por la cultura griega, incluidas su lengua y su religión. Suerte de helenófilo, gobernó las ciudades griegas con mano blanda.

En un célebre episodio de la historia griega, Creso consultó al oráculo griego de Apolo para averiguar cuáles eran sus auténticas posibilidades en una guerra contra Persia. El oráculo le replicó que, si atacaba a la poderosa Persia, un gran imperio caería. Creso entendió la profecía como propicia y atacó a los persas. En la sangrienta campaña que va del 547 al 546 a.C., el imperio que cayó fue, precisamente, el gran imperio mercantil de los lidios. Ciro derrotó sin dificultad al ejército mercenario de Creso y luego marchó sobre la capital lidia.

Mientras el ejército persa saqueaba e incendiaba la rica ciudad de Sardes, Ciro se mofaba del monarca derrotado jac-

tándose de lo que sus soldados estaban haciéndole a la ciudad y a las riquezas del gran Creso. Este respondió: "Ya no es mía. Nada de esto me pertenece ya. Es tu ciudad la que estás destruyendo y tu tesoro el que están saqueando".

Con la conquista de Lidia por Ciro concluyó el reinado de Creso, su dinastía mermnadae se extinguió y el reino lidio desapareció de las páginas de la historia. Aun cuando los lidios y sus gobernantes no volvieron a alzar la cabeza, el impacto de ese reino pequeño y relativamente desconocido ha persistido en forma claramente desproporcionada en relación con su tamaño y su papel relativamente menor en la historia antigua. Muchos pueblos circundantes adoptaron la práctica lidia de hacer monedas y el mundo mediterráneo asistió a una revolución comercial que se extendió por todo su ámbito, y particularmente hacia el vecino inmediato de Lidia: Grecia.

La revolución del mercado

Los grandes ejércitos de Persia conquistaron Lidia y muchos de los estados griegos, pero el sistema persa altamente centralizado no podía competir con el nuevo sistema de un mercado basado en el uso de dinero. Con el tiempo, esos nuevos mercados basados en el dinero se difundieron a todo lo largo y ancho del Mediterráneo y siguieron chocando con la autoridad de los estados tributarios tradicionales.

La gran lucha entre las ciudades mercantiles de Grecia y el imperio de Persia representó un choque entre el viejo y el nuevo sistema de crear riqueza; entre el sistema de mercado, basado en principios democráticos, y un sistema tributario basado en el poder autocrático, un choque que se ha repetido varias veces en la historia, incluso hasta nuestros días.

Enriquecidos por sus mercados emergentes, los griegos desplazaron a los conservadores fenicios como los grandes mercaderes del Mediterráneo oriental. La revolución monetaria gatillada por los reyes de Lidia dio por concluida la tradición heroica griega e inició la evolución que los convertiría en

una nación inspirada en el comercio. Con la difusión de la moneda y el alfabeto jónico, surgió una nueva civilización en las islas griegas y a lo largo del continente anexo.

La acuñación de moneda dio gran ímpetu al comercio, al proveerlo de una estabilidad de la que antes había carecido. Las monedas se convirtieron, de modo literal, en una base con la cual se comparaban otras mercancías y servicios que ahora podían medirse y venderse con mayor facilidad. La moneda brindó a los antiguos comerciantes, granjeros y consumidores un medio de intercambio permanente que era fácil de almacenar y transportar. Esa facilidad de uso, la estandarización del valor y su duración como reserva para almacenar la riqueza familiar atrajo cada vez más gente hacia la nueva mercancía.

Los atenienses de la época clásica tuvieron la ventaja de descubrir ricos depósitos de plata en Laurio, a unos cuarenta kilómetros al sur de Atenas. Las minas en cuestión produjeron plata desde el siglo sexto al siglo segundo a.C. Tenían en promedio una profundidad de entre 22 y 45 metros y algunas de ellas alcanzaban a cerca de 120 metros.

La especificidad de la cultura griega, en contraposición a la de Persia y Egipto, no descansaba en la autoridad fuerte de un estado apoyado por un gran ejército. Los griegos ni siquiera fueron capaces de unirse en un único estado; siguieron divididos en una multiplicidad de ellos, cada uno aportando en diverso grado al florecimiento económico y cultural de esta nueva tierra. El poder y la fuerza de Grecia jamás dependieron de las armas. No fue sino hasta después del apogeo de la civilización clásica que toda el área se unió bajo un único líder y un solo ejército, cuando el rey Filipo de la vecina Macedonia conquistó las ciudades-estado y su hijo Alejandro efectuó su breve pero espectacular incursión militar, primero en torno del Mediterráneo oriental y luego en el subcontinente indio. La grandeza de Grecia fue un subproducto de la revolución monetaria y mercantil de Lidia, de la

introducción del dinero, los mercados modernos y la distribución mayorista y minorista.

El dinero posibilitó una organización de la sociedad en una escala mayor y mucho más compleja de la que hubieran hecho posible el parentesco o la fuerza. Las comunidades basadas en el parentesco tienden a ser de tamaño muy reducido: son facciones de sesenta a cien personas unidas a través del parentesco, o por el matrimonio, a facciones vecinas y similares. La capacidad de los sistemas tributarios y del estado de organizar a los individuos resultó bastante más significativa que la del mero parentesco. Un sistema tributario podía incluir fácilmente a millones de personas diseminadas en provincias y en varias clases sociales, administradas por una burocracia que contaba con un sistema de registros bien consolidado. El uso del dinero no requiere de la interacción cara a cara y las relaciones intensivas de un sistema basado en el parentesco. Ni requiere de sistemas administrativos, policíacos y militares de vasto alcance. El dinero se volvió el nexo capaz de relacionar a los seres humanos en bastantes más formas de las que antes era posible, sin importar cuán distantes o transitorias fueran estas relaciones. El dinero comunicaba a los individuos de una forma mucho más vasta y más eficaz que cualquier otro recurso humano. Creó nuevos nexos sociales, pero, al volverlos más expeditos y transitorios, debilitó los lazos tradicionales basados en el parentesco y el poder político.

El dinero se volvió también el medio en que se expresaban otros valores, y dio un gran salto adelante cuando su utilización se amplió desde el dominio de los artículos y mercancías a algo tan abstracto como el trabajo. Ahora se le podía pagar a un hombre o una mujer por limpiar las caballerizas, por un día de labor en la rueca, por ayudar a cortar leña o alimentar a los animales, o por una cópula. El trabajo y las labores humanas en sí se convirtieron en un bien, con un valor que era posible fijar en dinero según su importancia, las habilidades o

esfuerzos involucrados y el tiempo que requería. Al transformarse el dinero en el valor estándar del trabajo, se convertía en el estándar para valorar el tiempo.

La gente descubrió que el dinero era un sucedáneo conveniente de varios servicios y tributos que había que pagar a las autoridades políticas o religiosas. En lugar de entregar una fracción de sus cosechas al señor, el campesino se limitaba a pagar un tributo. En lugar de dar una fracción de lo que producía a la iglesia o al templo, la gente podía hacer aportes monetarios. Incluso el servicio divino comenzó a ser valorado en términos monetarios. Dios ya no quería los primeros frutos de la cosecha o los primeros animales nacidos en la primavera; Dios, o cuando menos los sacerdotes, querían dinero.

El valor de una obra de arte o una ejecución musical podía expresarse en términos monetarios tan fácilmente como el valor de una cabra o una manzana. Incluso la justicia se convirtió en una actividad monetarizada. En lugar de pagar ojo por ojo, diente por diente o una vida por otra, la gente podía pagar por sus crímenes con dinero. El dinero se difundió al ámbito matrimonial y el de la herencia a través de las dotes, la compra de la novia y los repartos en dinero tras el divorcio o la muerte de alguien.

Con la acelerada monetarización del valor, prácticamente todo pudo expresarse en términos de un común denominador: el dinero. Así se estableció un sistema de valores compartidos para estimar la valía de prácticamente todo, desde una hogaza de pan a un poema, desde una hora de prestaciones sexuales a los impuestos, o desde una pierna de cordero al alquiler mensual. Todo podía expresarse en los términos de un único sistema simplificado.

El genio griego

La introducción del dinero acuñado tuvo un inmediato y tremendo impacto en los sistemas políticos y en la distribución del poder. Las tensiones en la antigua sociedad griega se hicie-

ron patentes en las reformas introducidas a la ley ateniense por Solón, el gran legislador, entre 594 y 593 a.C. Las deudas, por ejemplo, se habían vuelto un fenómeno tan incontrolado en la vida ateniense que Solón prohibió la esclavitud por deudas y canceló todas las deudas significativas, para partir con un sistema financiero y mercantil saneado. Otros líderes políticos, durante el milenio transcurrido desde Solón, han intentado valerse de la misma estrategia, pero, invariablemente, la cancelación de las deudas ha significado tan sólo un respiro político y los mismos problemas financieros han resurgido con prontitud.

La más radical de las reformas de Solón fue, sin embargo, la abolición de la práctica tradicional que limitaba la elegibilidad para un cargo público a los varones de linaje noble. El dinero tuvo un efecto liberador en los atenienses y, en adelante, la opción de resultar elegido para un cargo público se basaría en la tenencia de tierras. Por esa época fue un giro radical y se consideró mucho más democrático que el viejo sistema. El dinero estaba contribuyendo a la democratización del proceso político; arrasaba con la vieja aristocracia y con los derechos, las relaciones y los cargos heredados.

La democracia surgió en ciudades-estado como Atenas, que contaban con un mercado fuerte, basado en una moneda sólida. De todas las ciudades griegas, Esparta fue la que más resistencia opuso a la práctica de la democracia, a la acuñación de moneda y al surgimiento de un sistema de mercado. La leyenda sostiene que los gobernantes de Esparta autorizaron únicamente la circulación de barras de hierro y puntas de lanza para que se las empleara como dinero; ello posibilitó cierto grado de comercio interior pero minimizó de hecho el comercio privado fuera de la ciudad-estado. Solo en el siglo tercero Esparta comenzó a acuñar su propia moneda.

Las repercusiones de esa oleada revolucionaria que fue el comercio hicieron surgir entre los griegos nuevos templos, edificios públicos, estadios y anfiteatros, además de un

conglomerado de obras artísticas, filosóficas, dramáticas, poéticas y científicas sencillamente gloriosas. El centro de la ciudad griega de la época clásica no fue el palacio de un gran monarca, la fortaleza de un ejército o siquiera el templo de oración. La vida pública griega se centró en el ágora: el mercado. La suya fue, en lo esencial, una civilización mercantil.

Tras varios milenios de sucesivos imperios en todo el mundo, el mercado surgió durante la Grecia clásica y vino a modificar definitivamente la historia. Cada civilización mayor, anterior a Grecia, se había basado en la unidad política y la fuerza respaldada por el poder militar. Grecia, para entonces unificada, se cimentó en el mercado y el comercio. Había creado un tipo completamente nuevo de civilización.

La riqueza generada por el comercio permitió que la elite griega dispusiera de más tiempo libre, lo cual propició una vida cívica de gran riqueza y el cultivo de ciertos lujos sociales entre los que se incluía la política, la filosofía, los deportes y las artes, al igual que la buena comida y los festejos colectivos. Nunca antes en la historia del hombre había ocurrido que tanta gente disfrutara de tanto bienestar; y aun cuando era un mundo en el que sólo había unos pocos bienes de lujo, los individuos destinaban la riqueza disponible a los pasatiempos y el ocio. Los modernos académicos hasta hoy rastrean en el reservorio intelectual de grandes conceptos e ideas que los griegos de esa época nos legaron, y su era marcó el inicio de varias disciplinas académicas como la historia, la ciencia, la filosofía y las matemáticas.

La irrupción del sistema monetario y de su hermano menor, el mercado público, impuso un nuevo tipo de disciplina mental a los seres humanos. Mucho antes de que la gente necesitara alfabetizarse, el mercado le había impuesto la necesidad de contar y emplear cifras. La gente se vio forzada a equiparar cosas que nunca antes habían sido equiparadas. Es difícil para nosotros imaginarnos la era premonetaria, por lo muy acostumbrados que estamos hoy a

razonar en términos de grupos, conjuntos y categorías de elementos.

La contabilidad existió mucho antes que el dinero, pero fuera de las ciudades tenía una utilidad muy limitada. Un buen pastor no necesitaba saber tan sólo *cuántas* vacas u ovejas estaban bajo su cuidado; debía reconocer a cada una de ellas por su apariencia, por su balido y sus huellas. No le servía de mucho saber que una vaca estaba perdida; precisaba determinar *qué* vaca era la que se había perdido. Si conocía a esa vaca, su apariencia, su historial y sus hábitos, el pastor podía saber si estaría en el arbusto pariendo o si habría vuelto al abrevadero para beber otro poco de agua. Sabía dónde buscar a la vaca y cómo localizarla en caso de que se hubiera unido a otro rebaño.

El uso de la contabilidad y los números, del cálculo y las cifras, impulsó una tendencia a la racionalización en el pensamiento humano que no aparece en ninguna cultura tradicional en que no se emplee el dinero. El dinero no hizo a la gente más inteligente; la hizo pensar de un modo nuevo, en números y sus equivalencias. Hizo del pensamiento algo bastante menos personalizado, mucho más abstracto.

Durante buena parte de la existencia humana, la religión utilizó historias y rituales para apelar a emociones como el miedo o la avidez de controlar lo invisible, de disfrutar de la vida eterna o algún otro bien no alcanzable de otro modo en la Tierra. Las instituciones políticas apelaban también a emociones, con mayor frecuencia al temor de la gente a los extranjeros o a sus propios gobernantes. El dinero y las instituciones que generó apelaban al intelecto antes que a las emociones. La cultura monetaria forzó un tipo de proceso intelectual decididamente lógico y racional, como ninguna otra institución humana. Como lo estableciera Georg Simmel en *La filosofía del dinero*, "la idea de que la vida se basa esencialmente en el intelecto y de que el intelecto sea aceptado en la vida práctica como la más valiosa de nuestras energías mentales

va aparejada al crecimiento de la economía monetaria".[2] Con el surgimiento de esa nueva economía basada en el dinero, los griegos estaban modificando la forma de pensar de la gente en todo el mundo. Esas nuevas formas de pensar y organizar el mundo dieron origen a nuevas ocupaciones intelectuales. Simmel escribió que "esas categorías profesionales cuya productividad descansa fuera de la esfera económica propiamente tal han surgido única y exclusivamente en la economía del dinero: las relacionadas con actividades intelectuales específicas, como las de los maestros y literatos, los artistas, médicos, académicos y funcionarios públicos".[3]

Los primeros economistas

Los antiguos griegos creían que el aire, el agua, el fuego y la tierra eran los cuatro elementos naturales de los que estaban hechas todas las substancias. Para muchos de ellos, sin embargo, el dinero constituía un quinto elemento, de orden cultural antes que natural. Ello se corresponde con un dicho griego: "*Chremata aner*" ("el dinero hace al hombre").[4]

Los textos griegos nos ofrecen un sinfín de perspectivas por boca de ciudadanos particulares e incluso esclavos que escribieron sus propias obras teatrales, o poemas y diálogos filosóficos. Entre los griegos proliferaba el registro de las facetas más pedestres de la vida cotidiana, en el hogar o los viñedos, al igual que las especulaciones acerca de todo, desde el origen de la vida hasta la fluctuación del precio del trigo.

La trinidad filosófica de Sócrates, Platón y Aristóteles parece el epítome de la época clásica, pero, ¿cuán representativos son ellos tres del espíritu y la cultura que los rodeaba? Después de todo, fueron los propios atenienses quienes condenaron a Sócrates a muerte. En general, los filósofos eran una fracción más bien aberrante de la psiquis griega, una psiquis que ostentaba una inclinación mucho más práctica que la que percibimos en las grandes obras de la época.

El carácter de la cultura griega de la época clásica queda mucho mejor ejemplificado por Jenofonte. En su vida adulta y su carrera de político, maestro, general y escritor, siguió variados derroteros, pero la forma más precisa de caracterizarlo es como un filósofo práctico. En una expedición militar a Persia, él y sus compañeros mercenarios atenienses derrotaron a sus adversarios, pero su líder, Ciro el Joven, murió en la batalla. Esto dejó a los mercenarios griegos aislados, a cientos de kilómetros de su hogar, en una nación enemiga. Las fuerzas griegas –conocidas históricamente como el Ejército de los Diez Mil– pusieron su empeño y sus vidas en las manos de Jenofonte, quien las guió de vuelta a Grecia en un exitoso viaje de tres meses por territorio hostil. Y, al igual que muchos otros afamados generales, escribió luego un "superventas" acerca de su aventura.

En su *Anábasis*, Jenofonte describe la prolongada campaña, pero no se convierte él mismo o a sus oficiales en héroes al estilo de los que describía Homero. Como el individuo práctico que era, reconocía que el eje del relato eran los propios soldados. Sin frases grandilocuentes o una retórica de alto vuelo, la *Anábasis* representa la mejor prosa jamás escrita en el Atica. En ciertos aspectos Jenofonte, el hombre práctico que se sentía tan cómodo con los trabajadores, los soldados y los granjeros como con los académicos, parece mucho más un antecesor de espíritus más modernos como Montaigne, Goethe y Benjamín Franklin.

En medio de sus deberes cívicos y su labor mercantil, Jenofonte escribió otro texto, *Economía*, en que describe en detalle la administración hogareña. Allí introdujo el término *oikonomikos*, que significaba literalmente "apto en la administración de un hogar o un estado". La administración de una casa –una labor femenina en el mundo griego– era ciertamente algo en lo que Homero no habría demostrado el menor interés. Para Homero, las mujeres eran trofeos de guerra que realzaban el honor de un guerrero, ofrendas sacrificiales en

tiempos difíciles o meras posesiones domésticas que tejían y aguardaban eternamente a que sus padres, esposos e hijos volvieran de su última asonada o campaña.

Aunque Jenofonte no era un feminista al estilo moderno, se tomaba el trabajo hogareño muy seriamente y perfiló a la mujer como la abeja reina de la colmena. Y repletó su texto de la información más simple y más práctica acerca de cómo organizar un hogar, entrenar a la servidumbre, almacenar el vino y los alimentos e imponer orden en cada faceta de la economía doméstica.

En tanto la esposa administraba la casa, el marido atendía el huerto y manejaba su propio negocio, al igual que los asuntos cívicos de la polis. Tal como muchos libros de su época, *Economía* se presenta en la forma de un diálogo, en este caso entre Sócrates e Iscómaco, uno de los hombres de negocios más ricos de Atenas. En *Economía,* sin embargo, Sócrates el filósofo no asoma con tanta grandeza ni aparece tan perspicaz como ocurría en los diálogos socráticos más conocidos, redactados por Platón. En lugar de ello, Iscómaco, el simple hombre de negocios, tiene mucho más que decir y aflora como el "héroe" del relato. Iscómaco no alcanza un lugar demasiado relevante en la literatura o la filosofía e incluso admite que, en virtud de su riqueza y su estilo de vida sencillo, no es muy querido por mucha gente. En la escala de valoración literaria, las obras de Jenofonte no pueden compararse con las de Homero; Iscómaco no es Agamenón ni Aquiles. Con todo, fueron los ciudadanos de espíritu práctico como él quienes elevaron el mundo griego de la época clásica al pináculo del éxito comercial y la resonancia artística.

La mayoría de los académicos griegos carecía del vasto compromiso de Jenofonte con la guerra y la paz y no compartía su interés por las actividades financieras. Con una actitud que presagiaba la de múltiples generaciones de académicos en el futuro, tanto Platón como Aristóteles, su discípulo, tuvie-

ron grandes dificultades con algunos de los conceptos asociados al dinero y el mercado.

Platón, eterno dictador en cuestiones de moral, deseaba ilegalizar el oro y la plata, al igual que las monedas foráneas. Según dice en *Las leyes*, en lugar de auténtico dinero debía haber unas pocas monedas sin valor, un tipo de ficha o escrito gubernamental para llevar un registro entre los mercaderes. Quienquiera que volviese de un lugar foráneo con dinero debía ser obligado a entregarlo al arribar. Según Platón, ningún individuo honesto podía ser nunca rico, pues la deshonestidad era siempre más rentable que la honestidad; por ende, cuanto más rico era un individuo, menos honesto y virtuoso debía de ser. Desde la perspectiva de Platón, había que castigar a la gente si intentaba comprar o vender su terreno o la casa que se les había asignado.

Las propuestas del insigne Platón para la reglamentación del mercado nos parecen hoy en extremo severas, incluso en un siglo en que subsisten economías rigurosamente planificadas. En el Libro VIII de *Las leyes*, por ejemplo, escribe que el mercado debiera estar controlado por vigías que impusieran castigos a quienquiera que violara las reglas, de las que había muchísimas. Aparte de las ventas al detalle que se realizaran entre vecinos, Platón consideraba la posibilidad de autorizar, cada mes, tres mercados de ciertos productos específicos, uno cada diez días, donde la gente adquiriría provisiones suficientes para que les duraran el mes entero. El primer mercado vendería granos; el segundo, organizado diez días después, vendería líquidos; y el tercero vendería ganado, esclavos y otros productos relacionados como pellejos, textiles y ropas.

Aristóteles nunca compartió las propensiones totalitarias de Platón, pero tenía sus propias y muy extrañas ideas acerca del mercado. Le parecía, por ejemplo, que no se debía cobrar el mismo precio a todo el mundo en el mercado. Y consideraba muy natural que la gente con más dinero pagara precios más altos que la gente más pobre. No concebía los principios

de un mercado impersonal en funciones; sólo percibía relaciones personales. El resultado de la interacción debía quedar determinado por el estatus de los participantes, no por el valor de la mercancía. Para él, el propósito del mercado no era sólo el de intercambiar bienes sino el de satisfacer la codicia. Por lo tanto, el mercado atendía a un instinto humano básicamente indeseable y había de ser supervisado cuidadosamente. Aristóteles veía la operación del mercado en términos personales antes que abstractos. Aun cuando estaba ciertamente dotado para el pensamiento abstracto, podemos apreciar en sus obras la lucha de un individuo que intenta entender el fenómeno incipiente del dinero y el mercado.

Antes de la invención del dinero en forma de monedas, la historia es pródiga en civilizaciones, en los diversos continentes, que hablaban lenguas diferentes y adoraban a distintas deidades, pero en casi todas ellas podemos apreciar un patrón común. Ya sean los antiguos egipcios o los aztecas, los hititas o babilonios, los cretenses o el enigmático pueblo de Mohenjo-Daro, vemos que todos ellos parecían haber alcanzado un nivel similar de civilización. Es como si todos ellos se hubieran topado con la misma pared invisible y hubieran sido incapaces de horadarla. Desarrollaron su propia arquitectura y religión, su propia ciencia y formas peculiares del comercio, la poesía y la música tan sólo hasta un punto, que precedió al estancamiento.

Los griegos, sin embargo, rompieron esta barrera. De pronto, la arquitectura, la filosofía, la ciencia, la literatura y otras artes y ciencias alcanzaron un nivel de desarrollo que las civilizaciones precedentes no conocieron. Ciertos estudiosos quieren hacernos creer que este quiebre surgió de alguna cualidad superior en la mentalidad, la psiquis, la raza o la cultura griegas, de una sensibilidad un punto más avanzada en relación con los seres humanos y la naturaleza; pero hay escasa evidencia en la historia, antes o después de aquella época, de que los griegos fueran en algún sentido únicos entre los muchos pue-

blos del mundo. Lo verdaderamente distinto en su caso fue que eran vecinos de los lidios, los inventores del dinero. A diferencia de otros vecinos, como los fenicios y los persas, que ya poseían refinados sistemas sociales aunque no existía en ellos el dinero, los griegos eran en buena medida una civilización aún incipiente, y su adopción del dinero los impulsó hacia adelante hasta que sobrepasaron a todos los demás pueblos de la región. Grecia fue la primera civilización transformada por el dinero, pero en un período relativamente breve todas las culturas siguieron a la griega por la misma senda y experimentaron similares transformaciones.

Los seres humanos se han valido de múltiples formas para organizar el flujo fenoménico de la vida, y el dinero es una de las más relevantes. Se trata de una invención estrictamente humana, pues constituye, en sí mismo, una metáfora; es algo que alude siempre a algo más. Permite a los seres humanos estructurar la vida de ciertas formas increíblemente complejas, que no estaban a su alcance antes de que se lo inventara. Esta cualidad metafórica le confiere un papel central cuando se trata de ordenar el sentido de la vida. El dinero representa una forma infinitamente expandible de estructurar el valor y las relaciones sociales: personales, políticas y religiosas, a la par que las comerciales y económicas.

Dondequiera que estuvo el dinero, creó mercados. Y creó una nueva geografía urbana, dando origen a pueblos y ciudades focalizadas en el mercado antes que en el palacio. El intercambio de bienes requirió de nuevas rutas comerciales por tierra y mar, de un nódulo urbano al otro, vinculando así a Grecia y las tierras vecinas en una novedosa red comercial.

Esta nueva red social, fundada en el comercio y el dinero, generó un nuevo sistema político. Filipo de Macedonia vio una oportunidad de reunir todos estos puntos interrelacionados en un reino único bajo su dominio. Su hijo Alejandro expandió dicho sistema a regiones del orbe que aún no se incorporaban del todo a la nueva cultura mercantil. A medida

que conquistaba nuevas tierras, fundaba nuevas ciudades comerciales, que a menudo bautizó con su nombre, y que unirían esa nueva tierra al universo mercantil en expansión de su imperio. En Egipto, fundó Alejandría a orillas del Mediterráneo, para que sirviera de nexo entre los comerciantes griegos y los ricos más aislados del valle del Nilo.

Gracias a Alejandro, el griego pasó a ser la lengua del comercio. Los mercaderes del delta del Nilo, de la isla de Sicilia, a lo largo de la costa tunecina y en las ciudades de Israel se valían del griego para comerciar.

El griego hablado en los mercados de Iberia y Palestina no era el griego clásico de Aristóteles y, por cierto, tampoco el griego antiguo de Homero. Los mercaderes empleaban una forma simple, casi un híbrido, un griego de tenderos, pero este lenguaje se mostró capaz de transmitir grandes ideas, muy por encima de las necesidades del sencillo intercambio mercantil. Los mercados del Mediterráneo se convirtieron en puntos focales de discusión de un nuevo credo. Los seguidores de Jesús utilizaron este griego simplificado para difundir sus ideas de un centro mercantil al otro. Sus discípulos y seguidores hablaban en los mercados de ciudades como Efeso, Jerusalén, Damasco, Alejandría y Roma. Escribían sus historias en el griego mercantil –a veces denominado "el griego pobre de Dios"– y esos escritos se convirtieron después en el Nuevo Testamento.

En la fase previa al florecimiento del sistema mercantil griego, cada nación contaba con sus propias deidades. Los dioses de los egipcios eran distintos a los de los griegos, de los persas y los hebreos. La cultura mercantil ahora común brindó una oportunidad al surgimiento de un credo también compartido, abierto a todos los pueblos. El cristianismo se difundió en las ciudades del Mediterráneo como un concepto religioso absolutamente nuevo y revolucionario. Era un credo por entero urbano, sin las deidades de la fertilidad, o climatológicas, del sol, el viento, la lluvia y la luna asociadas con los agriculto-

res. Fue el primer credo que buscó superponerse a las divisiones sociales y culturales y unirla en un único credo dominante en todo el mundo conocido. Sus seguidores buscaron activamente hacer del cristianismo esa religión universal, en la misma medida que el dinero iba creando una economía universal.

El acuñamiento de la primera moneda en Lidia desencadenó una revolución que se inició en el comercio pero se difundió, en forma simultánea, al diseño urbano, la política, la religión y la búsqueda intelectual. Creó una forma enteramente nueva de organizar la existencia humana. Después de casi quinientos años de acelerado cambio social, todas estas fuerzas se concentraron en el auge de un nuevo tipo de imperio cuyo centro estaba en Roma. Ese imperio único marcaría la mayor expansión de la civilización clásica engendrada por el dinero, pero también perfilaría el principio del fin del dinero como un sistema basado en monedas de metal. Roma supuso, al mismo tiempo, la cima del mundo clásico y su destrucción.

3

La prematura muerte del dinero

Que perezca el dinero contigo.
HECHOS DE LOS APÓSTOLES, 8:20

Las ruinas añosas de la época imperial yacen diseminadas en el centro de la Roma actual, como huesos de ballena que hubieran ido desgastándose en un litoral rocoso y hubieran sido despojados de todo residuo por las aves y los roedores que edifican sus nidos y madrigueras entre los desperdicios. El Coliseo se yergue como la mayor de las ruinas, símbolo de la civilización romana en su apogeo arquitectónico y de su decadencia moral. Los ingenieros romanos convirtieron el piso del anfiteatro en un gran acuario en el que se llevaban a cabo simulacros de batallas acuáticas, con muertes y sangre auténticas. Un vasto sistema de pasadizos subterráneos y jaulas mantenían encerrados a los animales y los gladiadores, y varias compuertas los empujaban repentinamente a la arena, entre los bramidos entusiastas de la multitud, siempre dispuesta a nuevas sorpresas.

Los emperadores importaban leones, tigres, elefantes, rinocerontes, avestruces, cocodrilos, osos y otros animales exóticos para que libraran combates entre sí y contra seres humanos. Enanos combatían contra osos; pigmeos africanos se enfrentaban con pálidos gigantes celtas. Los gladiadores perseguían a los cristianos por la arena, hiriéndolos hasta matarlos o dejándolos allí para que fueran atacados y devorados por animales hambrientos.

La construcción del Coliseo –oficialmente conocido como el Anfiteatro Flaviano de Roma– se inició el año 69 de nuestra era, durante el reinado de Vespasiano, y concluyó una década

más tarde, durante el reinado de Tito, quien lo inauguró con un ciclo de cien días de representaciones religiosas, juegos de gladiadores y otros espectáculos. El nombre vulgar con el que llegó a ser conocida la estructura incluso en la era romana probablemente deriva del término *colossus*, en alusión a la enorme estatua del emperador Nerón próxima a la arena.

El Coliseo tenía capacidad para unos 45 mil o 50 mil espectadores y, para resguardarlos del fiero sol veraniego, los operarios desplegaban un gran techo de lona sobre el público. Durante el medio milenio en que se lo utilizó, experimentó siete grandes renovaciones, pero al caer Roma acabó transformado en una verdadera cantera de las futuras generaciones, que requerían de piedras para edificar. Hoy en día, sólo permanece en pie un tercio de la estructura original.

Pese a las sangrientas historias asociadas al Coliseo y a su importancia simbólica para el cristianismo como un sitio donde incontables santos y mártires encontraron una muerte espeluznante, la estructura fue mucho más un síntoma que la causa de la putrefacción romana. Detrás de la evidencia de la sangre reposa otra historia, la de una economía aparentemente fuera de control, una situación en que las entretenciones bizarras del Coliseo y la persecución de los cristianos parecían algo muy normal. Para entender el pulso económico y la historia del dinero en Roma, a la par que la causa última del colapso del imperio, debemos mirar más allá del Coliseo, hacia el Monte Capitolino, morada del gran dios Júpiter Capitolino, la deidad oficial de los juegos que se celebraban en el Coliseo.

Aunque es la más baja de las siete colinas de Roma, Monte Capitolino siempre ocupó el primer lugar en importancia, pues allí se hallaban la gran ciudadela de Roma y el Capitolio, el principal templo del imperio. El templo servía de morada al rey de todas las deidades, Júpiter Optimo Máximo, que ocupaba el centro del templo; las cámaras colaterales honraban a Minerva, la diosa de la sabiduría, y a Juno, la hermana y

consorte de Júpiter y madre de Marte. Juntos, Júpiter, Juno y Minerva conformaban la trinidad romana conocida como la Tríada Capitolina, pero cada una de ellas se presentaba con varios y muy diversos aspectos, con diferentes apodos para cada uno.

El dinero ocupaba un lugar sagrado en muchos templos, pero particularmente en el dedicado a Juno Regina, la alta diosa romana que dominaba en los cielos como su reina y ocupaba una posición similar a la de Hera, la esposa de Zeus, en la mitología griega. Juno representaba el genio de la femineidad y era la patrona de las mujeres, del matrimonio y la procreación. Como Juno Pronuba supervisaba los acuerdos matrimoniales; como Juno Lucina protegía a las mujeres embarazadas, y como Juno Sospita presidía el trabajo y el nacimiento de los hijos.

Por extensión de su papel como protectora de las mujeres y guardiana de la familia, Juno se convirtió en la patrona del estado romano. Según los historiadores romanos, en el siglo cuarto a.C. los intensos graznidos de los gansos sagrados en torno del templo de Juno en Monte Capitolino advirtieron al pueblo de un inminente ataque nocturno de los galos, que escalaban en secreto las murallas de la ciudadela. A partir de este hecho, la diosa adquirió incluso otro apodo: el de Juno Moneta, por el latín *monere* (poner sobre aviso).

Como patrona del estado, Juno Moneta regía sobre múltiples actividades, incluida la función primordial de la emisión de moneda. En el año 269 a.C., los romanos introdujeron una nueva moneda de plata, el denario, que fabricaban en el templo de Juno Moneta. La moneda llevaba la imagen de la diosa y su apodo, Moneta. De su primer nombre, Juno, se deriva la denominación del mes de Junonius, o junio, el más auspicioso para los casamientos. De Moneta, pues, que a su vez deriva del término latín para poner sobre aviso, provienen los términos ingleses actuales *mint* (acuñar) y *money* (dinero), así como el castellano “moneda”.

Desde la época clásica más temprana el dinero resultó muy cercano a lo divino y a lo femenino. Podemos aún apreciar ese nexo en palabras relacionadas con el dinero en las lenguas europeas, habitualmente femeninas en su género, como ocurre con *la moneda* en castellano y *die Mark* (marco) y *die Münze* (moneda) en alemán.

La fundición y reemisión frecuente de monedas mantuvo la casa de moneda del templo de Juno Moneta en operaciones casi todo el tiempo, ya fuera que aumentase o no la provisión de oro y plata. Pareciera que las monedas afloraban como un arroyo incesante de la casa de moneda, y es del término latino *currere*, que significa "correr" o "fluir", que se deriva el término inglés actual de *currency* ("moneda" o "divisa"), junto con palabras relacionadas como *current* y *courier*. Las devaluadas monedas afloraban como un gran riachuelo del Monte Capitolino para difundirse por todo el imperio.

Hoy, el templo de Juno Moneta, la fuente del gran arroyo por el que fluía la moneda romana, ha dado paso a la antigua pero feísima iglesia de ladrillo de Santa María en Araceli. Siglos atrás, los arquitectos que la diseñaron incorporaron las ruinas del antiguo templo al nuevo edificio; sin embargo, con tantos y tan atractivos e impresionantes lugares diseminados por toda la ciudad, el sitio de la antigua casa de moneda atrae hoy escasa atención.

Un imperio financiado por la conquista

Roma desarrolló una economía más refinada que ninguna otra civilización hasta entonces. Tan sólo unos pocos siglos después de acuñadas las primeras monedas en Lidia, los griegos habían difundido la economía monetaria a todo el Mediterráneo. Los romanos la expandieron a su vez por la mayor parte de la Europa meridional y occidental. Como no lo había hecho ningún otro imperio, Roma tomó bajo su tutela un área inmensa y la administró según un nuevo sistema, que tomaba muchas cosas prestadas de la tradición de los antiguos

imperios pero las combinaba con nuevas y revolucionarias ideas inspiradas en el mercado y el dinero.

Roma edificó el primer imperio de alcance mundial organizado en torno del dinero. En tanto el gran imperio egipcio, el persa y otros imperios tradicionales habían descartado el dinero como un principio de organización fundamental y preferido en su lugar el gobierno, Roma propició el uso del dinero y organizó todos sus asuntos alrededor de esta nueva mercancía.

El imperio romano alcanzó su auge económico en algún momento del reinado de Marco Aurelio. Por primera vez en la historia, casi todo el Mediterráneo y muchos de los territorios adyacentes se vieron unificados bajo un único gobernante: el emperador romano. La unificación brindó protección y estimuló por ende el comercio. También promovió la estandarización de los productos y las medidas e incrementó las categorías y la calidad del dinero disponible en el mercado.

Buena parte de la expansión comercial de Roma ocurrió durante la era republicana, antes de que ascendiera al poder Julio César y la prolongada secuela de emperadores que le seguiría. César y los emperadores tempranos supieron advertir la utilidad del comercio y el mercado para su poder imperial. Valiéndose de este conocimiento, se las ingeniaron para mantener e incluso mejorar varios de los logros obtenidos en la fase republicana. Sin embargo, pese al éxito comercial alcanzado en la era imperial temprana, los emperadores posteriores no dieron muestras de un interés significativo o de un gran entusiasmo por el comercio. Su fama y su gloria provinieron de la esfera militar y las conquistas, y su riqueza se derivó de los logros de sus ejércitos antes que de los mercaderes. A medida que el imperio siguió expandiéndose, el emperador pudo apropiarse de la riqueza de los territorios conquistados y emplearla para financiar al ejército, para pagarle al gobierno y apoyar cualquier proyecto que tuviera en mente. Cada nueva conquista traía un nuevo filón de oro y plata como botín y

también esclavos para vender en los mercados, y proporcionaba al emperador nuevos soldados que entrenar para hacerlos batirse contra el siguiente adversario.

A diferencia de Atenas y Sardes, Roma produjo muy poco de todo; tampoco fue un centro neurálgico fundamental para el comercio. Fue, pura y simplemente, un importador de riqueza. Lo que afluía hacia ella permanecía allí. Como escribió H. G. Wells en su *Introducción a la historia*, Roma fue "una capital política y financiera (...), un nuevo tipo de ciudad. Importaba ganancias y tributos, y daba muy poco a cambio".

Roma había descubierto el dinero: no tan sólo la riqueza y el tributo que todas las civilizaciones precedentes habían codiciado, sino el dinero, que podía emplearse para especular, para comprar y vender tierras y para sustentar a una nueva clase ecuestre, la cual rivalizaba con los tradicionales patricios. En los términos de Wells, "el dinero era un elemento aún inmaduro dentro de la experiencia humana y su carácter era agreste: nadie había conseguido controlarlo todavía. Fluctuaba una enormidad. Era abundante en ocasiones y en otras muy escaso. Los hombres desarrollaban planes furtivos y muy rudimentarios para acapararlo, reunirlo y disparar hacia arriba los precios, liberando los metales acumulados".[1]

Los emperadores romanos no operaban sobre la base de un presupuesto; unos pocos de ellos promovieron el ahorro, pero la mayoría se lo gastó todo en aquello que pudiera conseguir. La adquisición de cada nuevo reino o provincia propiciaba por un tiempo un salto en los ingresos de la Roma imperial y, por ende, en sus gastos. El gasto gubernamental se duplicó de cien a doscientos millones de sestercios con la apropiación del tesoro del reino de Pérgamo en el 130 a.C. (un sestercio equivalía a un cuarto de denario). Hacia 63 a.C., el presupuesto había aumentado a 340 millones de sestercios tras la conquista de Egipto, Judea, Galia, España, Asiria, Mesopotamia y todas las restantes naciones a lo largo del Mediterráneo.[2] Durante el reinado de Augusto, con el imperio en su

apogeo, el gasto del gobierno sobrepasó por primera vez el millón de sestercios. Tras la muerte de Augusto, se volvió cada vez más difícil calcular los dispendios de sus sucesores –Calígula, Claudio y Nerón– en campañas militares, proyectos de edificación y placeres personales.

La conquista y el saqueo sirvieron para financiar el imperio tan sólo por un breve período. Muy pronto, las legiones romanas habían conquistado y saqueado las regiones más ricas de los alrededores. Durante el reinado de Trajano, del 98 al 117 d.C., el costo de la conquista había sobrepasado el valor de las riquezas que ésta aportaba al imperio. Para sus nuevas conquistas, los emperadores hubieron de adentrarse en regiones más bien marginales, como las Islas Británicas y Mesopotamia, y el costo de la conquista mereció escasamente la pena pues los recursos naturales y los bienes generados no bastaban para mantener las guarniciones necesarias para ocuparlas y tenerlas vigiladas.

Roma producía poco y, una vez que hubo saqueado las tierras a su alrededor, generó un desequilibrio creciente del comercio, en tanto siguió importando bienes desde Asia. Incapaz de ofrecer bienes manufacturados de calidad a cambio de estas mercancías importadas, hubo de pagar en oro y plata. Esto generó una auténtica sangría de lingotes, provocando la queja del emperador Tiberio, quien reclamaba que "nuestra riqueza es transferida a naciones lejanas e incluso hostiles a nosotros". En el año 77 d.C., Plinio el Viejo se quejaba a su vez de que una cifra próxima a los 550 millones de sestercios al año iba a parar a India para pagar por meros bienes suntuarios.[3]

Pero, ante todo, el mayor gasto del imperio romano surgió de la necesidad de financiar su vastísimo ejército, en extremo disperso en términos geográficos. Al expandirse las fronteras del imperio, las sinuosas y extensas líneas de transporte y comunicación se hicieron insostenibles. Se volvió cada vez más difícil para los emperadores de Roma preservar la lealtad de

sus soldados, que eran reclutados de muy diversas nacionalidades, hablaban distintos idiomas y servían lejos de la capital, la que muy pocos conocerían alguna vez. Incluso despúés de que los emperadores suspendieran la conquista de nuevos territorios, debieron seguir manteniendo un cuantioso ejército y con frecuencia debieron utilizarlo para aplacar rebeliones y ahuyentar a las tribus invasoras, que constantemente ponían en jaque la resolución de Roma de defender sus fronteras.

A pesar de su capacidad decreciente para generar ganancias en favor del estado, el ejército siguió aumentando de tamaño. Incluso durante los siglos tercero y cuarto, cuando las dimensiones geográficas del imperio ya se habían reducido, el número de soldados más que se duplicó, desde una cifra aproximada de 300 mil efectivos a unos 650 mil. El equipamiento militar y el armamento se hicieron cada vez más refinados y costosos, en tanto se requería de más caballos para el transporte del ejército a través de largas rutas interiores y porque las tácticas militares dieron un giro, comenzando a emplearse cada vez más la caballería en lugar de que el avance se apoyara en la infantería, como habían hecho tradicionalmente las huestes de Roma. El nuevo equipo y las cabalgaduras elevaron todavía más el presupuesto militar y esquilmaron el tesoro imperial.

La voracidad del gobierno

Aun cuando era significativamente menor en número que el ejército, la burocracia de Roma se incrementó, en términos generales, en la misma proporción, pese a que el imperio se iba encogiendo, y en la época de Augusto pasó a constituir una institución pagada. En ese momento se inicia pues la práctica de pagar a los funcionarios por cargos públicos que en la época de la República eran *ad honorem.* A contar del reinado de Augusto, el número de funcionarios y asesores pagados aumentó en forma permanente.

Incapaces de poner freno a la decadencia del imperio con el ejército, los emperadores organizaron y reorganizaron

sucesivamente sus administraciones imperiales, en una búsqueda desesperada de una fórmula que los ayudara a superar los problemas cada vez más graves a que se enfrentaban. Crearon más provincias pero más pequeñas, fragmentando el imperio, y dividieron la labor del gobernador entre un emperador y dos o más césares que operaban como asistentes o emperadores regionales. Cada nuevo cambio añadió, sin embargo, otro nivel administrativo a la jerarquía y generó nuevas capitales regionales y locales, junto con los supernumerarios, palacios, templos y otros edificios públicos a los que aspiraban incluso las capitales regionales. Pese al flujo constante de reformas administrativas, rara vez se suprimía a los funcionarios de la nómina del sector público; en lugar de ello, cada vez se sumaban nuevos funcionarios. Según la evidencia más precisa de que disponemos, tan sólo en el reinado de Diocleciano la burocracia estatal pareció duplicarse en tamaño.

Enfrentados a una espiral ascendente de gasto fiscal, los emperadores buscaban nuevos ingresos y nuevas formas de multiplicar los ingresos existentes. Nerón comenzó a manipular la acuñación de moneda en sí misma. En el año 64 de nuestra era, en un afán ingenuo por engatusar al pueblo, disminuyó el contenido de plata en las monedas e hizo levemente más pequeñas las unidades de plata y de oro. Al retirar de circulación las monedas existentes y refundirlas con su retrato en busto, empleando para ello menos plata, generó un superávit momentáneo de oro y plata. La misma libra de plata que antes había producido 84 denarios producía ahora 96, brindándole a Nerón casi un 15% de "utilidades". El emperador aumentó por la misma vía de 40 a 45 el número de áureos que se fabricaban a partir de una libra de oro; las monedas tenían un 11% menos de oro en su composición.[4]

Cuando sintieron la presión de requerir cada vez más dinero, los sucesivos emperadores siguieron la misma estrategia de Nerón y continuaron devaluando la masa monetaria del imperio. Empleando la provisión adicional de plata y oro para

producir más monedas, el emperador dispuso de más monedas para gastar sin elevar los impuestos. Al incrementar el número de monedas, sin embargo, no incrementó verdaderamente la masa de dinero.

Durante su reinado, Nerón había reducido el contenido de plata del denario a un 90%; por la época de Marco Aurelio, el denario tenía sólo un 75% de plata y, a fines del siglo segundo, Cómodo había reducido el contenido a sólo 67%. Entonces, cuando el emperador Lucio Séptimo Severo elevó la paga de los soldados, se vio obligado a rebajar el contenido de plata del denario a menos de un 50%. Caracalla introdujo una moneda enteramente nueva, el *antoninianus*, o denario doble, que contenía incluso menos plata pero tenía un valor nominal equivalente a dos de los viejos denarios. En el reinado de Galieno, entre el 260 y el 268, el *antoninianus* contenía menos de un 5% de plata. Así, en el curso de doscientos años, el contenido de plata se redujo de cerca de un 100% a casi nada. La cantidad de plata que antes se fundía para un único denario producía ahora ciento cincuenta denarios y, a medida que decrecía el contenido de plata, el precio de los bienes subía en proporción directa. El trigo vendido a cambio de medio denario en el siglo segundo se encareció a cien denarios un siglo después, vale decir, un alza de doscientas unidades.

En la medida que los emperadores mantuvieron el respaldo del ejército, ningún otro poder de Roma pareció capaz de desafiarlos. Con un poder político tan vasto, la codicia de los emperadores los impulsó a la adquisición de riquezas cada vez mayores. Además de adueñarse del patrimonio de los pueblos foráneos que sus ejércitos conquistaban, codiciaban la abundancia generada por el agro y el comercio dentro de su propio imperio, y buscaban siempre nuevas formas de hacerse con ella.

Desde el reinado de Augusto, si no antes, los impuestos del imperio se derivaban sobre todo de dos fuentes. El *tributum capitis* era un impuesto personal que pagaba anualmente cada adulto entre los doce y los sesenta y cinco años.[5] El *tributum*

soli era un impuesto anual a la propiedad que se aplicaba a la totalidad de la tierra, desde los bosques a los terrenos de cultivo, y a los barcos, esclavos, animales y otros bienes muebles. Este impuesto parecía equivaler a aproximadamente un 1% del valor total de la propiedad. El peso de esta carga impositiva recaía sobre la agricultura en mayor grado que sobre el comercio, incentivando de ese modo la actividad comercial.

La mayoría de estos impuestos iba a parar a la tesorería del gobierno central, ubicado en Roma, de modo que las ciudades y provincias cobraban sus propios impuestos para cubrir proyectos cívicos y los salarios. Además, crearon impuestos urbanos y provinciales sobre los bienes que se transferían dentro y fuera de su territorio.

Estas dos modalidades básicas de impuestos bastaron mientras el ejército aportó grandes botines con sus conquistas, pero comenzaron a hacerse insuficientes al elevarse los costos del gobierno y los gastos militares. Los emperadores debieron imponer nuevos tributos. Aumentaron los impuestos sobre la tierra, a raíz de lo cual los agricultores abandonaron los campos menos productivos y el rendimiento agrícola decayó. Los emperadores volvieron cada vez más su atención hacia la tributación del comercio y los bienes heredados, llegando al punto de idear un impuesto sobre las ventas. En busca de mayores ingresos por tributación, Tiberio ordenó a cada hombre dentro del imperio que llevara con él a su esposa e hijos a la comunidad donde había nacido, para censarlos y establecer un impuesto individual sobre todos ellos.

Según los Evangelios, fue durante aquella época que José de Nazaret volvió a su ciudad natal de Belén con su mujer María, quien dio entonces a luz a Jesús en un pesebre. La tributación imperial romana no sólo desempeñó un papel curioso e indirecto en el nacimiento de Jesús. El Nuevo Testamento incluye reiteradas alusiones al problema de la tributación impuesta por Roma, al resentimiento que ocasio-

ciaba, al odio de la gente a los cobradores de impuestos e incluso a la discusión acerca de si los seguidores de Cristo debían pagarlos o no. Jesús dirimió esta cuestión en un sentido afirmativo al enseñar a sus acólitos una moneda con el retrato del emperador y ordenarles en seguida que dieran "al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios" (Lucas, 20:25). El cristianismo nació justo en el inicio de la prolongada batalla económica del imperio romano y, aunque muy pocos podían sospecharlo por aquella época, el nuevo credo ejercería un importante protagonismo en esa lucha unos cuantos siglos después.

En el siglo tercero, el emperador emitió un *indictio,* una exacción de tributos supuestamente transitoria que implicó la requisición de aceite, vino, trigo, carne, cuero y ropas para apoyar al ejército. Esa sobretasa se transformó muy pronto en un grado adicional de tributación permanente, muy similar a los tributos exigidos en las viejas economías palaciegas.

Los pequeños negociantes y mercaderes soportaban la carga cada vez mayor del opresivo impuesto denominado *chrysargyron* sobre los bienes manufacturados y los negocios al por menor. Aunque dicho impuesto rindió relativamente poco a favor de las arcas nacionales, hizo mucho daño a los artesanos y pequeños comerciantes en todo el imperio. Mientras más producía la gente, más impuestos debía pagar. Por la época de Diocleciano, muchos súbditos romanos no estaban ganando suficiente dinero para costear sus impuestos anuales. Para cumplir con la obligación tributaria fueron obligados a vender sus animales, herramientas o incluso el terreno en que laboraban. Ocurrió cada vez más que esos comerciantes más pequeños, que carecían de tierras, no tuvieron otra alternativa que vender a sus propios hijos y a veces a ellos mismos, cayendo en la esclavitud para pagar sus impuestos. Así, cada vez más familias se vieron reducidas a la pobreza.

Con menos fuentes externas de las que profitar, el gobierno buscó formas cada vez más grotescas de explotar a sus

propios ciudadanos. Un método muy sencillo surgió de la vieja práctica de confiscar la propiedad de cualquiera que fuera juzgado como traidor a Roma o, más exactamente, al emperador. Pronto los emperadores se valieron de la artimaña de la traición para confiscar la propiedad de cualquiera que fuese lo suficientemente rico para atraer la atención del emperador pero que no fuera tan cercano a él que pudiera seguir gozando de su favor. Caracalla, por ejemplo, elevó el salario del ejército en un 50% para asegurarse su apoyo y luego financió buena parte del aumento confiscando la propiedad de una serie de personas que él consideraba desleales.

A fines del siglo cuarto, el soldado romano y académico Amiano Marcelino escribió una de las primeras historias del imperio romano. Allí reconocía que el imperio había alcanzado su punto álgido y atribuía la decadencia a los impuestos y la burocracia.[6] Incluso el emperador Valentiniano III reconoció la dificultad cuando señaló que "si le exigimos al propietario de tierras este desembolso adicional a lo que ya debe pagar, una exacción de esta índole acabará con sus últimas y débiles fuerzas; y si además las exigimos de los mercaderes, ellos también se hundirán, inevitablemente, bajo el peso de semejante carga".[7] Después de tan racionales y compasivas acotaciones, Valentiniano impuso de todas formas un nuevo impuesto a las ventas.

A medida que aumentaban los impuestos, el emperador y sus adeptos, exentos de impuestos ellos mismos, disfrutaban de una existencia cada vez más holgada y suntuosa, mientras los agricultores, comerciantes y artesanos, gestores de la abundancia, vivían en la más abyecta pobreza. Toda la economía se concentraba en mantener al gobierno. En el imperio romano, uno no emprendía la carrera conducente a la riqueza y la acumulación de fortuna mediante el expediente de trabajar duramente, en la agricultura o el comercio, o incluso por el hecho de nacer en una familia noble. Más bien se culminaba esa travesía por la vía de convertirse en favorito

de emperadores erráticos, recibiendo nombramientos en altos cargos que autorizaban a reclamar o a robar grandes sumas de dinero.

El gusto por lo suntuoso fue en continuo aumento dentro de la elite, que descartó, por ejemplo, las prendas de lino y de lana en favor de otras de seda importada de China a un altísimo costo. Empleaban perfumes árabes e incienso en grandes cantidades. Utilizaban con cada vez mayor asiduidad joyas de oro y plata, ámbar y pieles del Báltico y otras piedras preciosas originarias de diversos puntos del imperio, y preferían cada vez más los cosméticos originarios de Anatolia. El dinero cambiaba de manos en múltiples ocasiones a medida que esos bienes se desplazaban laboriosamente a lo largo de las rutas por las que discurrían caravanas desplazadas a los puntos más alejados del imperio, pero al final el dinero abandonaba el imperio romano para pagar por las mercancías a sus fuentes productoras en China, India, Africa y el Báltico. La avidez por estos bienes suntuarios consumía cada vez más recursos y creó un sumidero por donde se escapaban el oro y la plata de Europa hacia Asia y que se mantendría casi hasta el siglo diecinueve.

La avidez romana por los bienes asiáticos de lujo creó el primer gran desequilibrio comercial a gran escala. Puesto que los romanos generaban comparativamente poco, tenían poco que ofertar en el mercado mundial aparte del oro y la plata a cambio de las mercancías suntuarias de Asia. La continua avidez de bienes originarios de Oriente enriqueció a la dinastía Andhra del sur de India y a la dinastía Han de China. La amplitud del comercio entre Asia y Roma en la antigüedad se hizo evidente en décadas recientes, pues arqueólogos y constructores han descubierto los mayores escondrijos de monedas romanas que se conozca enterrados en puntos tan alejados como la India meridional.

El primer Estado de bienestar

La elite que rodeaba al emperador no era la única gente que se beneficiaba con los éxitos romanos. Ya en los días de la República, antes de la fundación del imperio, los políticos romanos descubrieron que a menudo podían aumentar su poder soliviantando a las masas con pan y circo. Aparte de las exóticas diversiones escenificadas en forma gratuita en el Coliseo, los políticos eximían a los ciudadanos libres de la ciudad de Roma de la tributación y les daban trigo gratis o fuertemente subvencionado, que se pagaba con los impuestos y tributos recolectados en el interior del imperio. Esta práctica muy pronto se institucionalizó como una limosna pública.

Cuando Julio César asumió el poder, cerca de un tercio del pueblo, unas 320 mil personas, recibió trigo gratuito dentro de esa limosna pública, pero mediante hábiles manipulaciones el emperador consiguió reducir la cantidad en más de la mitad, a una cifra de todos modos sustancial de 150 mil personas. Tras el asesinato de César, las cifras comenzaron a aumentar de nuevo,[8] y los beneficios también. Además del trigo, el emperador Severo dio al pueblo de Roma aceite de oliva; de cuando en cuando, los emperadores donaban dinero como parte de la limosna. Aureliano, quien adquirió el título de Restaurador del Imperio, cambió la donación de trigo por una ración de pan, para ahorrarle a las masas el costo de hornearlo. También subvencionó el precio del vino, la sal y el cerdo para los habitantes de Roma.

Como ocurre siempre, una vez que las cargas impositivas se hicieron demasiado elevadas en comparación con los beneficios y servicios ofertados por el gobierno, los súbditos romanos hallaron formas de eludir la tributación. El comercio decayó. La gente producía lo que necesitaba para ella misma y negociaba menos en el mercado abierto. Mientras que sobre los pobres recaían pesados impuestos a la propiedad, los *latifundia*, las grandes haciendas, crecieron una enormidad, en

particular aquellas a las que se había garantizado la exención de impuestos. Los elevados impuestos indujeron a más y más campesinos a abandonar su tierra y desplazarse a las haciendas libres de impuestos, donde por lo menos contaban con una provisión estable de alimentos y los bienes esenciales que se producían en la hacienda.

A medida que la gente fue abandonando las pequeñas granjas y las aldeas, las grandes haciendas aumentaron de tamaño; y, finalmente, sin el comercio suficiente para mantenerlas con vida y en funciones, las grandes ciudades comenzaron a decaer y a ser presa de las tribus bárbaras que merodeaban en torno. Aun cuando nadie en la época pensaba en términos de política económica, fueron las medidas acumuladas del gobierno las que acabaron estrangulando la economía de Roma y en buena medida del resto del Mediterráneo y el mundo europeo. Los emperadores advirtieron indicios de muerte en la economía y propusieron enérgicas medidas para revivirla, pero esas medidas únicamente empeoraron la situación.

Diocleciano, que gobernó desde el 284 al 305, fue en algún sentido el primer gobernante al estilo moderno que se propuso reglamentar y sintonizar la economía, consciente de que ella constituía el verdadero motor del imperio. Para preservar el sistema, en el 301 emitió su Edicto de Precios, que decretó el congelamiento de todos los precios y salarios. En la práctica, más que congelar los precios, el edicto impulsó a los mercaderes y granjeros a retirar sus bienes del mercado, y la producción decayó.

Diocleciano ordenó entonces que todos los ciudadanos varones adoptaran la ocupación de sus progenitores. El hijo de un comerciante debía ser comerciante, el de un granjero un granjero y el de un burócrata un burócrata. Los vástagos de los soldados debían ser soldados, creándose de este modo una casta militar. Incluso los hijos de los trabajadores que producían monedas debían convertirse en acuñadores.

El edicto de Diocleciano prohibió a los granjeros fuertemente sobrecargados que vendieran su tierra, atándolos de modo permanente a la misma parcela: una práctica que preanuncia la época feudal. El imperio comenzó a adquirir las características de una sociedad de castas, estática, tendencia que se hizo más intensa en la Europa medieval.

En los últimos siglos del imperio romano los emperadores funcionaron sin una moneda que fuera operativa; como había ocurrido con los imperios de la antigüedad que la precedieron, Roma echó mano de la conscripción y el trabajo forzado para cubrir sus necesidades. A menudo no permitía a sus ciudadanos que pagaran impuestos en esa moneda degradada que aún emitía; en lugar de ello los funcionarios exigían pagos en bienes, cosechas o trabajo.

A medida que las políticas impositivas siguieron haciendo decrecer la productividad y el comercio, a los emperadores les resultó cada vez más difícil aprovisionar a sus ejércitos y a la burocracia con el equipamiento y los bienes necesarios para administrar el extenso aunque menguante imperio. Los mercados se fueron marchitando; ni siquiera el emperador podía ya depender del mercado abierto para que lo abasteciera de las sandalias, armaduras, armas, monturas, tiendas de campaña y otras mercancías que requería un ejército. Desesperado, Diocleciano creó talleres auspiciados por el gobierno para que fabricaran armamentos y los demás suministros. Al declinar el transporte marítimo financiado por particulares y otras empresas de transportes, Diocleciano debió crear a su vez compañías de transporte gubernamentales para que trasladaran los bienes fabricados en los talleres.

Mucho antes de que concluyera el siglo tercero, estas modificaciones convirtieron al emperador y al gobierno en los mayores fabricantes de todo el imperio, aparte de ser el mayor propietario de tierras, minas y canteras. Paso a paso, la administración imperial asumió la administración directa de la eco-

nomía y desplazó a los pequeños mercaderes independientes, propietarios de tierras, manufactureros y empresarios.

Los talleres y sistemas de transporte gubernamentales nunca funcionaron tan eficazmente como los viejos, que se habían basado en un entramado de relaciones entre los diversos mercaderes. La creación de esos talleres sofocó aún más el comercio y empujó a los empresarios privados a abandonar el negocio o bien a depender totalmente de los contratos con el gobierno. Una fracción cada vez mayor de la economía se situó bajo el control directo de la burocracia, que consumió una porción cada vez más grande de la producción nacional de bienes agrícolas y manufacturados. En sus últimas décadas, Roma se había transformado en otra economía administrada por el estado, un imperio sin dinero y sin mercados. La situación se había revertido a un sistema palaciego más parecido al del Egipto faraónico o el de la China imperial que al sistema republicano sobre el cual había sido edificada.

Ganancias de la persecución

La economía del imperio romano siguió deteriorándose y los desesperados emperadores buscaron soluciones aún más radicales fuera del ámbito económico. Para asegurarse el apoyo del pueblo y aumentar su poder sobre éste y sobre el ejército, Diocleciano ordenó a todos los ciudadanos que lo veneraran como a un dios. Luego, en el 303, ordenó la horrenda persecución de los cristianos, que se prolongaría durante una década. La persecución sumó algún dinero a las arcas estatales y brindó gran abundancia de víctimas para los espectáculos del Coliseo.

En el corto plazo, las medidas de Dioclesiano y las de su sucesor, Constantino, ayudaron a refrenar los costos ascendentes, pero asfixiaron todavía más la economía. Los intentos por revivir el imperio por parte de Constantino, que gobernó del 306 al 337, fueron aún más drásticos, pues comenzó a explorar posibilidades en un dominio que trascendía el

económico y recaía en la esfera religiosa, para rastrear allí una solución a los problemas del imperio.

Después de una presunta visión de la cruz con la inscripción *in hoc signo vinces* ("Con esta señal, vencerás") antes de una batalla crucial, Constantino revirtió la política religiosa de Diocleciano y puso fin a la persecución de los cristianos. En 313 cambió el curso de la historia religiosa de Roma al emitir el Edicto de Milán, que garantizaba a los cristianos la libertad de culto y les devolvía las propiedades confiscadas. Aun cuando él mismo siguió siendo un pagano, en el año 325 presidió el concilio de Nicea, que adoptó una teología común a todos los cristianos y dio pie al Credo de Nicea, un listado de máximas que los fieles cristianos de múltiples denominaciones recitan hasta el día de hoy.

Constantino reconoció que las persecuciones habían generado escasos beneficios. Como le ocurría a todos los "traidores", el estado había confiscado buena parte de sus propiedades a los cristianos, pero la reducida secta gozaba de relativamente pocas propiedades o riquezas. Así y todo, la persecución de un grupo religioso determinado demostró ser una nueva aunque algo macabra herramienta del estado y, una vez puesta en práctica, éste buscó nuevas razones para emplearla. Como el emperador no había conseguido mucho de los cristianos, debió escoger como blanco a un grupo más acaudalado al que confiscarle las propiedades. Constantino encontró esa riqueza en los templos paganos llenos de alhajas que había diseminados por todo el imperio.

Incapaz de financiar su administración por la vía impositiva, y de saquear nuevos territorios, se dio a la tarea de confiscar la riqueza de los templos dentro de su propio imperio. Lideró el pillaje sistemático de esos templos, y con el oro y la plata que obtuvo acuñó monedas de oro que empleó para financiar la edificación de su nueva capital, Constantinopla. La construcción de la nueva capital cortó el flujo de dinero

hacia Roma y contribuyó a deprimir aún más las condiciones económicas de los territorios romanos.

Aunque no es fácil precisar sus motivos transcurridos tantos siglos, puede que el anhelo de Constantino de adquirir esa riqueza de los grandes templos del imperio ejerciera un papel preponderante en su apoyo a los cristianos y en su final conversión al credo de estos últimos. Independientemente del motivo, la confiscación de esa riqueza le reportó grandes beneficios. Y esperó hasta yacer en su lecho de muerte para convertirse al cristianismo y permitir que lo bautizaran, en el 337. Con ello convirtió al cristianismo prácticamente en la religión oficial del imperio y por esa vía reforzó la posición del emperador dentro del sistema imperial.

Con el imperio firmemente establecido en Oriente, el Mediterráneo occidental y Europa fueron cayendo en el caos, pese a que siguiera llamándoselo imperio romano durante más de un siglo. Con la carga impositiva tan onerosa que soportaban los campesinos de parte de su gobierno, muchos de ellos dieron la bienvenida a las tribus bárbaras en pos de conquista, que les ofrecían bastante más libertad que la que les permitían los romanos. Se unieron, pues, a los bárbaros, asesinando gustosos a sus propios gobernantes y saqueando ellos esta vez las ciudades que quedaban del imperio, incluida la otrora poderosa ciudad imperial de Roma.

En el siglo cuarto, al declinar la mitad occidental del imperio, la casa de moneda de Roma dejó de producir su divisa ya del todo degradada. Los ostrogodos capturaron buena parte de Italia y gobernaron desde Rávena, transformando la casa de moneda que allí había en la más importante del reino. Cuando el gobernador bizantino Justiniano I conquistó Italia, empleó la casa de moneda de Roma para producir algunas monedas para el imperio bizantino, pero ésta funcionó como un simple taller subsidiario de Constantinopla. La fabricación de monedas en Roma había llegado a su fin y con ella la economía de la época clásica.

En el año 476 –año del segundo saqueo de Roma y con el que suele datarse el derrumbe definitivo del imperio–, la economía monetaria de la época clásica, que había sobrevivido cerca de un milenio, se derrumbó a su vez. La economía romana estaba tan absolutamente deteriorada que habría de transcurrir casi un milenio antes de que volviera a surgir con toda su fuerza la economía monetaria. Durante el largo período de oscurantismo conocido como la Edad de las Tinieblas, y luego en la Edad Media, el dinero fue tan sólo un atisbo sombrío de lo que había sido en la Grecia clásica y en Roma durante el apogeo de ambas. Después de más de un milenio de empleo de monedas en una cultura basada en la vida urbana, la gente se replegó en el ámbito rural y en una economía en que el dinero casi no existía.

Hacia el feudalismo

Esparcidas por todo el antiguo imperio romano en Europa, de Inglaterra a Italia, hasta hoy se alzan múltiples y extensas propiedades rurales: fincas, señoríos, castillos y monasterios. Durante los cerca de mil años que siguieron a la caída de Roma en el 476 y hasta aproximadamente 1350, ya en el Renacimiento, esas propiedades constituyeron el centro productivo y de poder que generó una de las mayores civilizaciones rurales jamás conocidas.

La época medieval, a la que puede también denominarse "época señorial", dada la importancia de los señoríos en su seno, representó un distanciamiento esencial de lo que había sido la cultura mediterránea de la época clásica; mientras que ésta se focalizó en las ciudades, la cultura medieval lo hizo en torno del feudo rural. Mientras que la cultura clásica hacía hincapié en el comercio, la cultura medieval enfatizaba la autosuficiencia; y mientras que la economía clásica se concentraba en el dinero, la medieval lo hacía en los servicios heredados y en el pago en especies. La cultura medieval se apartó radicalmente de la época clásica, en particular porque el mundo

medieval desechó casi enteramente el uso de dinero. En lugar de recolectar impuestos en monedas, los terratenientes exigían el pago en cosechas y servicios prestados por los campesinos. En lugar de fabricar bienes manufacturados para comerciar, cada feudo intentó ser tan autosuficiente como le fuera posible, produciendo sus propios alimentos y ropas e incluso sus propias herramientas. Como ya no les era posible vender sus servicios, las gentes del pueblo se tranformaron en siervos, ligados a la tierra. Incluso la esclavitud casi cesó en esta época, con excepción de los criminales, los paganos y los musulmanes capturados en las batallas.

A raíz de la decadencia de la enseñanza, muy poca gente sabía leer o manejar cifras, lo que la hacía aún más suspicaz y renuente al uso de monedas. Se siguió acuñando monedas, pero éstas variaban enormemente en calidad de una región a la otra y de un año al siguiente. A menudo se buscaba que tuvieran un parecido con las de la Grecia o la Roma clásicas, pero solían incluir errores de ortografía y se podían falsificar con facilidad. La calidad general de la moneda decayó tanto que el comerciante promedio, al igual que el campesino iletrado, debía ser en extremo cauto al emplear monedas de cualquier tipo.

La rivalidad entre un imperio de carácter tributario y el sistema de mercado parecía haberse dirimido en favor del primero. Bajo la hegemonía de Roma, el gobierno había derrotado y aparentemente destruido el sistema de mercado. Los romanos parecían haber conseguido lo que los persas habían intentado en los años de su guerra contra las ciudades mercantiles de Grecia.

Pese al virtual fallecimiento de los sistemas de acuñación de moneda en la Europa occidental, en el Mediterráneo oriental, bajo la égida de los emperadores bizantinos de Constantinopla, siguió operando un sistema monetario muy saludable. El dinero no se extendió ni contribuyó a desarrollar instituciones más complejas, pero por lo menos

sobrevivió. Tras varios siglos de inercia, el sistema volvió poco a poco a la vida durante la era de las cruzadas, cuando los europeos occidentales invadieron los territorios musulmanes de Oriente. El dinero adquirió entonces una novedosa importancia en la financiación de las vastas rutas comerciales que se abrieron entre Oriente y Occidente, y de las grandes expediciones militares que marcharon por largos períodos a distancias remotas.

4
Caballeros del comercio

Hay ganancias en la fe.
SAIKAKU IHARA

Un día martes, el 12 de mayo de 1310, soldados franceses cargaron a cincuenta y cuatro individuos maniatados en carromatos y los llevaron a un descampado en las afueras de París, donde los despojaron de sus ropas y ataron a sendas estacas rodeadas de leña. Al tiempo que los prisioneros clamaban a gritos su inocencia, los guardias encendieron la pira. Las llamas se alzaron rápidamente, chamuscándoles el cabello y lamiéndoles las carnes. El calor les ocasionó grandes ampollas, su piel se fue resquebrajando y sus grasas se licuaron y chorrearon por las extremidades en delicados riachuelos de fuego. El crepitar rugiente de las llamas consiguió ahogar poco a poco los alaridos de los hombres que ardían vivos.

Así, con esta ejecución en masa de los Caballeros del Templo en los bucólicos parajes del convento de Saint-Antoine, se inició el desplome del primer sistema bancario internacional habido en Europa. Aun cuando los quemados en la hoguera ese día no eran en su mayoría los hombres más relevantes dentro de la empresa financiera, el sistema nunca se recuperó de la ejecución sumamente publicitada de sus integrantes y de la humillación pública asociada a su empresa. En los cuatro años siguientes, incluso los otrora poderosos líderes de los templarios encontraron la misma muerte atroz en un islote del río Sena y todo el sistema bancario se derrumbó tras la extinción subsecuente de la orden.

Banqueros vírgenes

La primera institución bancaria en grande no surgió entre la comunidad mercantil, sino de una orden extraña y aparentemente inverosímil de caballeros de talante religioso conocidos como los templarios. Fundada en Jerusalén en torno del 1118 por los cruzados, la Orden Militar de los Caballeros del Templo de Salomón dedicó su vida a servir a la Iglesia y, específicamente, a la tarea de liberar de los infieles los Santos Lugares. Los templarios se convirtieron después en hombres de negocios, llegando a administrar la mayor corporación bancaria internacional por espacio de casi doscientos años. Durante ese período echaron los cimientos de lo que sería la banca moderna, aunque a un precio altísimo para ellos. Su éxito condujo no tan sólo a la destrucción de la orden, sino al tormento y la quema en público de sus líderes.

Reclutados en buena medida entre los vástagos más jóvenes de la nobleza, que no heredaban título o riquezas, los caballeros se consagraban a una vida de devoción por la Iglesia. Vivían en los lugares adyacentes a las ruinas del Templo de Salomón en Jerusalén, de donde deriva su nombre. Asumieron la obligación particular de preservar la seguridad de las rutas por las que los peregrinos llegaban a Tierra Santa.

No era una vida fácil la de los caballeros templarios, cuando menos en los primeros años de la orden. Aun cuando combatían con energía, ingerían sólo dos comidas muy discretas al día, escuchando la lectura de las Escrituras. Sólo comían carne tres veces por semana. Como signo de su castidad, se vestían con un manto blanco que lucía el blasón de una gran cruz roja; llevaban el cabello corto y con una tonsura semejante a la de otros monjes.

Los hombres casados podían unirse a la orden, pero debían llevar una vida de castidad y apartados de su familia, e incluso entonces seguían sin poder lucir el manto blanco tradicional, reservado para los hermanos que vivían como vírgenes perpetuos y nunca se casaban. Todos los caballeros debían

permanecer alejados de las mujeres y no podían besar a ninguna, ni siquiera a un miembro de su familia. Para evitar cualquier forma de interacción potencialmente inadecuada, la orden no contaba con una rama femenina y, a diferencia de otras, no permitía incorporarse a ella a los jóvenes. Como una medida de precaución última contra el pecado, los templarios dormían vestidos, con un cordón alrededor de la cintura para acordarse de su voto de castidad. Y mantenían una vela ardiendo en su habitación durante toda la noche para desalentar cualquier acto inmoral, ya fuera a solas o con alguien más.

En el siglo doce, según el recuento de un testigo, los caballeros marchaban a la batalla en silencio, pero en el momento de atacar rompían a cantar a viva voz los salmos de David: "Oh, Señor, no contra nosotros". Mantenían un estricto código de guerra que poco menos que excluía la rendición o la derrota en el campo de batalla. Dada su voluntad, incluso su avidez, de morir, estaban entre los guerreros más temidos del mundo. Los templarios constituyeron el modelo romántico para los caballeros de la ópera *Parsifal,* escrita por Richard Wagner en el siglo diecinueve.

Pero hasta los códigos más estrictos y mejor elaborados contienen alguna fisura que se extiende y va ensanchándose con el correr de los siglos, hasta que la estructura original queda al final irreconocible. Aunque se fundaba en la pobreza más absoluta, una sucesión de bulas papales otorgó a la orden el derecho de quedarse con todo lo que expoliara a los musulmanes durante las cruzadas. Como sucedía con casi toda orden religiosa, los templarios aceptaban a la vez obsequios y legados de los fieles que retornaban a casa. El más infamante de estos donativos provino del rey Enrique II de Inglaterra, quien donó dinero a los templarios para expiar el asesinato de Tomás Becket, arzobispo de Canterbury, a manos de cuatro caballeros del monarca Plantagenet en 1170. El rey donó suficiente dinero para sostener a doscientos caballeros en los Santos Lugares y dejó en su testamento quince mil marcos

adicionales para los templarios y otra orden, los caballeros hospitalarios.

Al cabo de los años, los templarios adquirieron tierras y especies valiosas, todo destinado a ir en apoyo de la labor de la orden en Palestina. Los caballeros transferían con regularidad la recaudación de sus respectivos feudos en Europa a su cuartel general en Jerusalén.

Puesto que poseían algunos de los castillos más inexpugnables del mundo y constituían una de las fuerzas combatientes más bravías de la época, sus castillos eran un lugar ideal para depositar dinero y otras especies de valor. Ellos mismos, con su fiereza y prestigio, brindaban un medio ideal para el transporte de esas especies de valor a través de largas distancias e incluso a través del Mediterráneo, pues se responsabilizaban por la seguridad tanto en los caminos como en las rutas marítimas.

Un caballero francés podía depositar dinero o adquirir una hipoteca con los templarios en París, y luego recibir el dinero en forma de monedas de oro cuando lo necesitara en Jerusalén. Los templarios, por supuesto, cobraban una tarifa por la transacción y, dado que pagaban en una moneda distinta a aquella que recibían, podían efectuar un recorte adicional del dinero requerido para el intercambio.

Aparte de operar como depositarios y transportistas del tesoro, administraban los fondos reunidos de fuentes religiosas y laicas para financiar las cruzadas. También hacían empréstitos a los reyes, incluido Luis VII de Francia, y a caballeros que necesitaban fondos para sí mismos y sus partidarios cuando partían en una cruzada. Los caballeros que no eran miembros de la orden solían almacenar sus especies de valor en una fortaleza de los templarios, registrando allí su última voluntad y testamento, del cual la orden operaba como ejecutora si el caballero no regresaba. La orden adquiría con frecuencia hipotecas y supervisaba otros asuntos financieros de los monarcas en su ausencia, como cuando Felipe II de

Francia dejó a los templarios a cargo de las rentas de sus tierras al marcharse a la cruzada de 1190. Así, los castillos de los templarios se transformaron al cabo de poco tiempo en auténticos bancos, brindando múltiples servicios financieros a la nobleza.

El cuartel general de los templarios en París se convirtió en una de las mayores casas del tesoro de Europa. Para garantizar escrupulosamente su honestidad, la orden prohibió a sus caballeros que poseyeran ellos mismos dinero. Dicha prohibición se impuso con tal estrictez que a cualquier caballero que muriera en posesión de algún dinero no autorizado se lo consideraba muerto fuera del estado de gracia. Se le negaba un entierro cristiano y quedaba así, en conformidad con su credo, condenado al fuego eterno. Tan estrictas reglas y creencias mantuvieron bajo control el raterío y hasta las deshonestidades menores en la historia de la orden.

En el curso del siglo trece, esta orden de caballeros bien educados y honestos sirvió de agente financiero al papado y manejó múltiples cuentas de los monarcas de Francia, incluidas sus cuentas domésticas. Como banqueros de reyes y papas, los templarios crecieron y llegaron a ser algo parecido a un moderno Ministerio de Hacienda o Departamento del Tesoro, excepto que no cobraban los impuestos. En su punto de máximo poderío, empleaban a unas siete mil personas y poseían ochocientos setenta castillos y residencias diseminados por toda Europa y el Mediterráneo, desde Inglaterra a Jerusalén.

Pese a la devoción de los templarios por su misión original, la orden fue perdiendo su influjo en Palestina en favor de los mamelucos egipcios, un ejército de fieros soldados esclavos, en su mayoría reclutados de entre las familias cristianas y que se habían convertido al islam. En 1291 los templarios perdieron la ciudad de Acre, su último bastión en tierra firme, y huyeron a la isla de Chipre. A pesar de la derrota militar, su empresa financiera continuó floreciendo.

Los riesgos del éxito

A pesar de la austeridad de sus miembros, la orden se hizo cada vez más rica y opulenta, y quedó, en apariencia, fuera del control de cualquier nación o rey. Pasó a constituir pues un blanco fácil, a la espera del monarca lo suficientemente fuerte y codicioso que le tendiera una zancadilla. Ese monarca hizo su aparición en la forma gallarda de Felipe IV de Francia, conocido como Felipe el Hermoso por su apostura física. En 1295, Felipe sustrajo el control de sus finanzas de manos de los templarios y estableció el tesoro real en el Louvre. Inició entonces una campaña destinada a quedarse con las vastísimas posesiones y el tesoro de la orden.

La urgente necesidad de dinero de Felipe sobrevino después de que intentase una estratagema que ya Nerón había ensayado un milenio antes: devaluó la divisa en plata de su reino, para generar más monedas refundiendo las antiguas con una menor proporción de plata. En el corto plazo obtuvo ciertas ganancias de la maniobra, pero los problemas resurgieron cuando los campesinos comenzaron a pagar sus impuestos con las nuevas monedas elaboradas con menos plata. Al igual que Nerón, Felipe terminó con más monedas pero menos dinero, pues ahora tenían menos poder adquisitivo. Felipe intentó reformar entonces la divisa gala devolviéndole su valor original, y en 1306 recolectó las monedas circulantes y las refundió con el valor fijado en 1266 por Luis IX. En los años que siguieron, el monarca alteró repetidas veces el valor de la moneda, pero cada nueva modificación acabó perjudicándolo a él en último término. Para restaurar la divisa adulterada, comenzó a requerir de una provisión constante de oro y plata.

Para resolver su necesidad constante de dinero, el monarca recurrió a los mercaderes lombardos, cuyos bienes expropió. Intentó imponer cargas impositivas al clero y luego se volvió contra los judíos, expulsándolos en julio de 1306 después de confiscar sus propiedades. Pero ni siquiera la riqueza

de los judíos y lombardos, junto con los impuestos al clero, lograron cubrir las necesidades del aparato gubernamental en expansión de Felipe, ávido de poder. Estaba necesitando una suma verdaderamente cuantiosa de dinero.

La mayor concentración de riqueza de toda Europa yacía justo en las afueras de París, en el bien fortificado castillo que operaba como la casa del tesoro central de la riqueza templaria. Para hacerse con dicha riqueza el rey tendría que destruir antes la orden: muy pronto dio muestras de su voluntad y capacidad de hacerlo. En 1307, emitió un mandato secreto que comenzaba con una agria denuncia de la orden.

"Algo muy amargo, algo lamentable, algo horrendo de contemplar, terrible de escuchar, un crimen detestable, un mal execrable, una obra abominable, una ignominia detestable, algo casi inhumano, indigno por cierto de la humanidad..."[1] Con estas palabras, Felipe montó el escenario para la hábil campaña propagandística que precisaba para arrasar y saquear la mayor institución financiera del mundo.

En lugar de hacerle la guerra a los templarios, los agentes de Felipe IV coordinaron una incursión por sorpresa en la que arrestaron a los desprevenidos líderes de la orden en toda Francia. Felipe programó la incursión de modo de arrestar también a Jacques de Molay, el venerable Gran Maestro de la orden, quien había arribado a Francia desde su cuartel general en Chipre para hacerse cargo de unos negocios de los templarios con el papa Clemente V.

Los aliados de Felipe desencadenaron de inmediato una guerra de relaciones públicas en contra de los templarios, acusándolos de los peores crímenes con la intención de incentivar el horror de la opinión pública y hacer cundir la ira en su contra. Los cargos suscitaron larguísimos procedimientos judiciales que culminaron en la dramática serie de juicios en que los fiscales galos acusaron a los líderes de la orden de herejía, apostasía, idolatría del demonio, perversión sexual y un catálogo entero de las peores ofensas en contra del código

moral del medioevo. Sometidos a feroces torturas, los funcionarios más antiguos de la orden firmaron confesiones que proporcionaban vívidos detalles de sus actividades como idólatras, profanadores de objetos sagrados, conspiradores aliados del demonio y desviados sexuales.

Los cargos incluían acusaciones de haber mantenido relaciones sexuales con cadáveres de mujeres nobles, adorar a los gatos, ingerir el cuerpo de los caballeros muertos y entablar hermandades de sangre con los musulmanes. Otros testigos sostenían que los templarios seducían a las vírgenes para engendrar niños de cuyo cuerpo extraían la grasa para elaborar un ungüento que consagraban a sus ídolos. Los fiscales de Felipe los acusaron de promover la sodomía en la orden y citaban ese pecado en particular como el motivo por el que habían perdido su cruzada en los Santos Lugares y el control de Jerusalén. La caída de esta ciudad sugería un paralelo con el relato bíblico de la ira de Dios y el arrasamiento de Sodoma y Gomorra por similares agravios. Esta acusación de sodomía brindó hasta a las mentes más simples una explicación de por qué Dios había tolerado que los musulmanes conquistaran Jerusalén. El cargo hizo inteligible un episodio que había logrado confundir a los fieles que desde hacía tantos años oraban con fruición por la liberación de los Santos Lugares.

Los fiscales de Felipe emplearon incluso la propia riqueza de la orden en su contra. Todos los cristianos creían que Satán se le había aparecido a Cristo en un páramo agreste y le había ofrecido las riquezas del mundo si renunciaba a Dios y lo seguía a él. Cristo se había negado y había vivido en la pobreza. Los templarios, por oposición, habían crecido hasta convertirse en el grupo más rico de la tierra y vivían en la opulencia, si no en la lujuria. Según los fiscales, los templarios debían haber celebrado algún pacto con el demonio para haberse enriquecido hasta ese punto.

Tras el impacto inicial del arresto y la tortura, en general los templarios se retractaban de sus bizarras confesiones y se

defendían a sí mismos y a su orden con la bravía y la fuerza que forjaran su reputación en el campo de batalla. En lugar de soldados musulmanes, ahora se enfrentaban a jueces, fiscales y torturadores que hablaban su propia lengua y profesaban creer en su dios. En esa hora de necesidad, no recibieron ayuda alguna de la Santa Madre Iglesia a la que habían defendido con su vida por tantos años. Durante casi un decenio, las autoridades galas atormentaron a los templarios para extraerles sucesivas confesiones. Luego, cuando reaparecían a la vista del público, las desmentían y se retractaban, lo cual daba pie a otra ronda de tormentos y confesiones.

Rindiéndose a la presión de la monarquía francesa, Clemente V abolió la orden en una bula papal, *Vox in Excelso,* emitida el 22 de marzo de 1312. Al pontífice le pareció más prudente sacrificar a los caballeros de su Iglesia que desafiar la voluntad del monarca galo. Al abolir la orden, el papa esperaba conservar algún grado de control sobre las propiedades de los templarios, las que transfirió a otros grupos religiosos, fundamentalmente a la orden de los hospitalarios.

Cuatro años después de la ejecución en masa de los templarios en las afueras de París, el 18 de marzo de 1314, el Gran Maestro Jacques de Molay y Geoffroi de Charney fueron sacados de sus celdas y quemados en un islote del Sena. De este modo, el rey Felipe aplastó por completo a la mayor y más poderosa institución financiera internacional de la época. El gobierno francés, frustrado en sus intentos por obtener el tesoro completo de los templarios en París, exigió una enorme fracción del mismo a los hospitalarios como compensación por el dinero gastado en las investigaciones y los juicios. Después de ver lo que les había ocurrido a sus hermanos, los hospitalarios se subordinaron prontamente a las amenazas de Felipe de purificar su orden con el mismo fuego que había empleado con los templarios.

Clemente V y Felipe IV disputaron sobre el dinero y las posesiones de la orden, pero no por mucho tiempo. En un

mismo año, 1314, el papa y el monarca habían fallecido. Y muchos observadores de la época, siempre atentos a descifrar la voluntad de Dios en los asuntos terrenos, concluyeron que Dios había llamado al pontífice y al rey a su lado, para que concurrieran a enfrentar el juicio final junto a los templarios quemados en la hoguera.

Sobre la Tierra, poco importaba quién resultara culpable, puesto que nada podía cambiar lo ocurrido. El triunfo total del rey Felipe sobre los caballeros templarios marcó un alza evidente en el poder de un gobierno nacional que ya no toleraría a un adversario financiero internacional tan poderoso. Con Felipe o Clemente vivos o muertos, su lucha se decantó claramente en favor del Estado. Por primera vez desde la caída de Roma, un gobierno de Europa occidental había reafirmado con éxito su autoridad y su poder para controlar las instituciones financieras y había resquebrajado el poderío comercial de la Iglesia. Nunca más volvieron ella o sus instituciones a ejercer tanto influjo sobre las actividades financieras en esta parte de Europa.

La destrucción de los templarios generó sin embargo un vacío financiero y comercial que la Iglesia, por su debilitamiento y temor, fue incapaz de llenar otra vez y que el gobierno, que todavía no era lo suficientemente grande y fuerte, tampoco podía cubrir.

Surgen las familias italianas de banqueros

En este momento clave de la historia económica de Europa, en que el poder financiero de la Iglesia había palidecido y el poder del Estado no había crecido lo suficiente para sustituirla, saltó a la palestra un nuevo grupo de individuos e instituciones. Las familias de las ciudades-estado italianas septentrionales de Pisa, Florencia, Venecia, Verona y Génova comenzaron a ofertar los mismos servicios que habían brindado los templarios, aunque en una escala mucho más modesta en un principio, dando pie a un nuevo grupo de instituciones bancarias fuera

del inmediato control de la Iglesia y del Estado, aunque con vínculos cercanos a ambas entidades.

Surge así un nuevo sistema de bancos privados en el norte de Italia. Esas familias de banqueros no operaban con un propósito religioso o dentro de los severos límites respecto del dinero que la Iglesia y la doctrina cristiana habían impuesto a los templarios. Las familias de banqueros italianos negociaban de manera expedita, sin restricciones, con musulmanes, tártaros, judíos y paganos al igual que con los cristianos ortodoxos y católicos. La red bancaria de las familias italianas de comerciantes se extendió muy pronto desde Inglaterra al mar Caspio, y financiaba misiones comerciales a todo lo ancho del mundo conocido, desde China a Sudán y desde India a Escandinavia. Ofrecían crédito permanente a tasas más reducidas que otros financistas y controlaban más dinero y lo prestaban a tasas consistentes, aunque no siempre eran bajas. Sin los impedimentos que suponían los principios religiosos de los templarios, su única ambición era llevarse a casa alguna utilidad.

Estas familias italianas diferían por otros motivos relevantes de los caballeros de inspiración religiosa. No operaban desde castillos bien fortificados, ni viajaban en convoyes fuertemente pertrechados. En lugar de ello, vivían y laboraban en el mercado y entre la gente común, cubriendo al mismo tiempo las necesidades de los pequeños propietarios de tierras, los mercaderes y vendedores, y las de los aristócratas y altos dignatarios de la Iglesia y el Estado. Los templarios servían únicamente a la nobleza; los nuevos banqueros italianos prestaban sus servicios a cualquiera.

En razón de sus actividades financieras, los mercaderes italianos se trasladaban a los mercados y ferias de toda Europa. Como otros mercaderes y vendedores itinerantes, disponían mesas o largas banquetas en las que no sólo negociaban sus bienes sino que cambiaban moneda, hacían empréstitos, llegaban a acuerdos en que tomaban dinero como pago por la

deuda de alguien del siguiente pueblo al que se dirigían, y prestaban otros servicios financieros.

El término moderno "banco" proviene de la forma en que estos tempranos comerciantes de dinero realizaban sus negocios; significaba "mesa" o "banco", el soporte que literalmente conformaba la base de sus operaciones en las ferias. Del italiano, los términos *bank*, banco y *banque* se difundieron rápidamente a otras lenguas europeas y después a todo el mundo.

Parece que el préstamo de dinero, en una modalidad u otra, era conocido desde que existía el dinero, pero el banco se convirtió en algo más que una institución prestamista, porque los banqueros negociaban no tanto con oro y plata, sino con hojitas de papel que *representaban* el oro y la plata. La actividad bancaria como la practicaban los templarios enfrentaba una gran limitación pues la Iglesia prohibía la usura, el cobro de intereses sobre los préstamos, y esa barrera resultó uno de los mayores obstáculos que las familias italianas debieron sortear para edificar sus vastas empresas bancarias.

La prohibición cristiana de la usura se basaba en dos pasajes de la Biblia: "No tomarás de él interés ni usura; antes bien, teme a tu Dios [...] No le exigirás intereses por el dinero y los víveres que le hayas prestado" (Levítico, 25:36-37); y "un hijo [...] usurero; este hijo no vivirá. Por cometer esas maldades, morirá y su sangre caerá sobre él" (Ezequiel, 18:13).

La prohibición de las Escrituras nunca logró erradicar del todo la usura, pero sí la obstaculizó. Los judíos actuaban a menudo como prestamistas, dado que a los ojos de la Iglesia ya estaban condenados al fuego eterno. En cambio, si los cristianos prestaban dinero a interés, la Iglesia Católica los excomulgaba, excluyéndolos de todos los servicios religiosos y de la Sagrada Comunión. La ley establecía de manera muy específica que *quidquid sorti accedit, usura est* ("todo excedente sobre el monto adeudado es usura"). Pero los banqueros italianos dieron con la forma de sortear esta prohibición y de enriquecerse sin arriesgar su alma.

La usura se aplicaba sólo a los empréstitos, de modo que, mediante una sutil diferencia técnica entre un empréstito y un contrato, los mercaderes italianos forjaron un entramado completo que tomaba prestado y otorgaba préstamos, tras una fachada que no mostraba indicio alguno de usura. Evitaban de manera escrupulosa los "préstamos" y, en lugar de ello, negociaban "letras de cambio". Una letra de cambio es un documento escrito que dispone el pago de cierta cantidad de dinero a cierta persona en determinado momento y lugar. La denominación latina de este documento es *cambium per lettras,* que significa "cambio a través de documentos o letras escritas". La transacción era la venta de un tipo de dinero por alguno de otro tipo, que se le pagaba al individuo en otra moneda, en alguna fecha próxima y especificada.

Un mercader necesitado de dinero acudía a un banquero en Italia. El banquero le daba el dinero al contado, en florines de Florencia o ducados de Venecia, y ambas partes firmaban la letra de cambio en virtud de la cual el mercader se comprometía a pagar una suma ligeramente superior de dinero en otra moneda, en la próxima feria de Lyon o Champagne. El mercader no debía acudir personalmente a la feria para saldar la letra. Ambas partes sabían que, si el mercader no se presentaba en la feria, la oficina de Florencia cobraría el monto adeudado.

Los italianos no inventaron la letra de cambio, pero le dieron un uso nuevo y más rentable. Los banqueros recibían una tasa por cambiar el dinero, por lo que se agrupaban en la liga de cambio de divisas, el Arte del Cambio, que funcionaba aparte de los prestamistas de las clases inferiores y los propietarios de casas de empeños, tan desdeñados por todo el mundo. En la práctica, los banqueros se convirtieron en prestamistas del rico, mientras que los prestamistas y dueños de empeños continuaron prestándole al más pobre.

Esas letras de cambio funcionaron muy bien en los países cristianos, pero no en el mundo musulmán, donde el Corán

prohibía la usura con mayor estrictez y más taxativamente que la Biblia. Prohibía, de hecho, cualquier tipo de utilidad que se obtuviera en el intercambio de oro y plata. Mahoma decía: "No vendáis el oro por el oro, salvo en iguales cantidades [...], ni la plata por la plata salvo en iguales cantidades". El Corán prohibía específicamente las letras de cambio, condenando la venta de "nada que esté presente por aquello que esté ausente".

La magia del dinero bancario

El uso de letras de cambio tuvo otro efecto benéfico sobre el comercio: ayudó a sortear un obstáculo mayor de aquella época, la incomodidad de las monedas y la dificultad de negociar con ellas en grandes volúmenes. Las monedas eran pesadas, difíciles de transportar, fáciles de sustraer, a menudo falsificadas, y estaban sujetas a una docena de otros contratiempos en los caminos mal resguardados, en las tierras de nobles corruptos y en las ferias y mercados ocasionalmente mal administrados que iban surgiendo y perfilándose como los nuevos centros comerciales de toda Europa.

El nuevo dinero bancario italiano impulsó el comercio al permitirle circular mucho más rápidamente. En 1338, un embarque de monedas requería de tres semanas para abrirse paso desde Ruán, en el norte de Francia, hasta Aviñón, en el sur, una distancia de tan sólo 640 kilómetros, y el embarque corría el riesgo de extraviarse, ser atracado por bandidos o esquilmado por la propia cuadrilla contratada para transportarlo.[2] En contraposición a ello, una letra de cambio podía despacharse en apenas ocho días y, en caso de que la robaran, el ladrón no podía cobrarla. En otras palabras, las letras se desplazaban más rápidamente y protegían a cualquiera que estuviese implicado en la transacción. Pese al costo extra de entre un 8 y un 12%, una letra era de todos modos más barata que lo que salía contratar una escolta armada para el embarque del oro y la plata en monedas o lingotes. Las letras de cambio contribuyeron a liberar el dinero de sus limitantes espaciales.

También lo liberaron de los confinamientos inherentes a cualquier divisa única y del desabastecimiento de oro y plata que podía sobrevenir en el país que acuñara monedas. El mercader podía redactar la letra en ducados venecianos, talegos sajones, florines florentinos, testones milaneses, ecos franceses o una docena de otras monedas existentes. La cantidad de letras que era posible redactar en una divisa en particular ya no dependía de la provisión de oro y plata de los respectivos países; tan sólo de la confianza de los mercaderes en dicha moneda. Si perdían la confianza en alguna divisa, rápidamente comenzaban a redactar sus letras de cambio en alguna otra.

Las letras engendraron una nueva modalidad de dinero, al romper con los constreñimientos físicos impuestos por el uso de especies o de monedas metálicas. Circulaban entre los mercaderes como una suerte de papel moneda. Aun cuando la actividad y los servicios de los bancos permanecieron restringidos a un número relativamente pequeño de gente y no involucraron al campesinado o al ciudadano medio, los bancos habían dado con una forma de poner más dinero en circulación.

Bajo el nuevo sistema, una bolsa de cien florines que en otra época habría permanecido ociosa durante años en la caja fuerte de un noble ahora podía ser depositada para su salvaguarda en un banco italiano con acceso a varias filiales en todo el continente. El banco prestaba ese dinero y hacía circular la letra de cambio como dinero. El noble conservaba sus cien florines, que estaban ahora en depósito en el banco: el banco disponía a su vez de cien florines en sus libros. El mercader que tomaba prestados los florines se hacía más rico y la persona que ahora tenía la letra de cambio disponía a su vez de cien florines. Aun cuando la suma involucrada era de sólo cien monedas de oro, el milagro de los depósitos y empréstitos bancarios los había transformado en varios cientos de florines que distintos individuos podían emplear en diferentes ciudades al mismo tiempo. Este nuevo dinero bancario allanó vastas y nuevas avenidas comerciales a los mercaderes, artesanos

e inversionistas, cada uno de los cuales tenía ahora más dinero. Como por arte de magia.

Los mercaderes italianos administraron la banca como empresas particulares con base en familias como los Peruzzi, los Bardi y los Acciaiuoli de Florencia, quienes tenían parientes operando en filiales que iban de Chipre a Inglaterra. Juntas, las familias de banqueros de Italia financiaron a la monarquía inglesa bajo Eduardo I y Eduardo II, en las campañas de conquista de Gales y Escocia. Al respaldar a la monarquía inglesa, la banca italiana de base familiar hizo más dinero que lo que recibía simplemente en intereses en estos préstamos de alto riesgo. Con el monarca inglés como deudor, tuvieron acceso especial a los mercados ingleses y su relación singular con la monarquía les otorgó un virtual monopolio en la comercialización de los lanares ingleses en el continente.

Según los contratos firmados entre el papa y la banca de los Peruzzi y los Bardi el 9 de junio de 1317, el dinero recolectado por todas las iglesias católicas de Inglaterra y destinado al papa sería depositado con los representantes de los Peruzzi y los Bardi en Londres. Estos mantenían el dinero real allí mismo, pero enviaban una letra de cambio a Italia, donde los bancos pagaban al papa de su propio tesoro. Los Peruzzi y los Bardi en Londres utilizaban entonces el dinero depositado en sus manos por la Iglesia para adquirir lanares ingleses, que embarcaban al continente para su venta. El banco se quedaba con el dinero resultante de la venta en Italia. El dinero "pasaba" así de ida y vuelta entre Italia e Inglaterra y por los mercados del continente. Se "movía" de las arcas del Estado a las de la Iglesia; luego pasaba a manos de los banqueros y de vuelta a los comerciantes, donde podía pagárselo como impuestos antes de reiniciar la travesía de vuelta. Y todo ello era posible sin que circulara una sola moneda; el movimiento sólo ocurría en las columnas de los registros y libros de contabilidad. La banca representaba una innovación comercial que incentivaba el comercio en todas

sus fases y beneficiaba a todo el mundo –desde el campesino al rey y desde el párroco local al papa–, dondequiera que las familias de banqueros abrían una filial.

Las letras de cambio suscitaron un auténtico *boom* en los mercados europeos, al contribuir a superar la provisión altamente insuficiente de monedas de oro y plata. Al permitir que el sistema operara mucho más rápida y eficazmente, aumentaron la masa de dinero circulante. Las letras de cambio en sí se transformaron en dinero al circular hacia terceras, cuartas y quintas partes, en más o menos la misma forma en la que hoy circula el dinero en billetes. Las letras circularon por toda Europa como un tipo especializado de divisa en papel aceptada por los mercaderes en los principales centros comerciales del continente.

Con la difusión de la banca italiana a toda Europa, las divisas de Florencia y Venecia se convirtieron en dos de las monedas estándar del continente. Acuñada por primera vez en 1252, la moneda florentina portaba el retrato de san Juan Bautista por una cara y un lirio por la otra; a esta moneda de oro llegó a conocérsela como el *fiorino d'oro* o florín. La ciudad emitía el florín en oro y plata, y el de oro valía diez veces más que el de plata. En una época en que cada ciudad, del tamaño o la importancia que fuera, acuñaba sus propias monedas con dimensiones y denominaciones propias, el florín de Florencia, junto con el ducado de Venecia, aportaron estabilidad a los mercados del último medioevo.

El dogo de Venecia Giovanni Dandolo introdujo el ducado de oro en 1284, y siguió utilizándose durante casi seis siglos. El ducado veneciano pasó a llamarse *zecchino,* en honor al palacio de La Zecca, donde se acuñaban las monedas. El nombre de "ducado" proviene de una inscripción en latín en la propia moneda. Como ocurre con el título de dogo o *dux,* empleado por quien regía en la república veneciana, "ducado" y "duque" son términos originarios del latín *ducere,* que significa "conducir". El ducado veneciano permaneció

inmutable en sus dimensiones y su pureza hasta la caída de la República de Venecia en 1797.

Las nuevas formas del dinero bancario circulante en toda Europa requirieron a su vez de nuevas formas de llevar la cuenta de los movimientos monetarios en tantas jurisdicciones y con tantas divisas existentes. Las innovaciones nacidas en Florencia generaron la contabilidad de doble entrada, una modalidad simplificada de seguros marítimos y una de las innovaciones más relevantes de todas las que surgieron entonces: el cheque. En la fase más temprana de la banca, una persona podía depositar o retirar dinero sólo si acudía en persona ante el banquero, quien entregaba el dinero con sólo solicitárselo verbalmente el depositante. Los retiros con documentos se consideraban demasiado riesgosos, puesto que un requerimiento de esa índole era fácilmente falsificable, a menos que el individuo apareciera en persona ante un funcionario del banco que después pudiera servir de testigo. No fue sino hasta finales del siglo catorce que aparecieron los primeros retiros con documentos escritos en los registros del Banco Médici. Esos primeros cheques incrementaron aún más la rapidez y flexibilidad del sistema bancario.

Los banqueros italianos florecieron pero, al igual que le había ocurrido a los templarios, se arruinaron como fruto de su propio éxito y sus tratos con el gobierno. Algunas de las más importantes familias italianas de banqueros apoyaron a Eduardo III al inicio de la Guerra de los Cien Años entre Inglaterra y Francia, pero cuando, en 1343, el monarca no cumplió con sus empréstitos, su bancarrota provocó la bancarrota de las principales familias de banqueros florentinos, y de muchos de sus depositantes. Todo el sistema monetario basado en letras de cambio descansaba en última instancia en la honestidad y la buena fe de los participantes, pero cuando el gobierno se veía sobrepasado por sus deudas tenía

el poder suficiente para desconocerlas, destruyendo el sistema. Las fortunas bancarias de los italianos se diluyeron como castillos de arena por efecto de la marea alta. Luego, para sellar el destino de la banca florentina, la Peste Negra irrumpió en el norte de Italia y devastó la región hasta 1348.

Pese al desastre financiero de las familias italianas originales de banqueros, y de la propia ciudad de Florencia, la banca sobrevivió. Sus prácticas innovadoras se difundieron a otras ciudades y demostraron ser demasiado beneficiosas como para que los mercaderes las dejaran morir. Génova y Venecia tomaron el relevo de la banca florentina y, a fines del siglo catorce, la propia Florencia resurgió como una fuerza bancaria de rango internacional. Pese a las grandes pérdidas registradas, la actividad bancaria revivió con novedoso vigor en el próximo siglo bajo el liderazgo de la mayor familia de banqueros de Florencia, los Médici, quienes arribaron al sistema bancario como convidados de última hora, en las décadas postreras del siglo catorce.

Aun cuando la banca irrumpió durante el Renacimiento italiano, gozó de escaso prestigio social. Su labor de cambistas y prestamistas encubiertos situaba a los banqueros apenas por encima de los alcahuetes, los apostadores y otros tipos criminales. Dentro del sistema aristocrático europeo, basado en la tierra y los títulos de nobleza, la posesión de mera riqueza tenía importancia práctica pero carecía de prestigio. Una ordenanza de la Iglesia holandesa, promulgada en fecha tan tardía como 1581, prohibía otorgar la Sagrada Comunión a los banqueros y practicantes de otros oficios indeseables. La ley se mantuvo en vigor hasta 1658.[3] Y muchos clérigos siguieron condenando el cobro de interés como una práctica contraria a los mandatos bíblicos.

Para volverse respetables después de hacer fortuna, los banqueros necesitaban las galas del medioevo tardío. Precisaban de tierras, palacios urbanos, títulos aristocráticos y altos cargos eclesiásticos. En su afán por procurarse esos oropeles, las ricas

familias de banqueros dieron pie al Renacimiento, y ninguna de ellas tuvo tanto éxito en esa empresa como quienes habían arribado a última hora al banquete, los Médici.

5

El Renacimiento: dinero renovado para un arte de siempre

Los banqueros son como todo el mundo, sólo que más ricos.
OGDEN NASH

Algunas ciudades se reinventan continuamente en el curso de los siglos, modificando su estilo arquitectónico, su forma de gobierno, su credo y, en ocasiones, hasta su nombre; otras permanecen eternamente enraizadas en la historia, en la cultura y el *ethos* de una época única. Ninguna ciudad se ha aferrado con tanta tenacidad a un sitial en la historia como Florencia, situada en las colinas toscanas de Italia. Florencia seguirá siendo para siempre la ciudad del Renacimiento, la ciudad de Bernini y Miguel Angel, la ciudad de los Médici y de Savonarola. Y aun cuando existía varios siglos antes del Renacimiento y ha seguido existiendo varios siglos después como una urbe de gran tamaño e importancia en la Italia moderna, su esencia y su fachada siguen siendo esencialmente renacentistas. Sus mayores edificaciones y monumentos surgieron durante ese período, una época en la que florecieron grandes pintores, escultores, poetas y escritores.

Demasiada historia para una sola ciudad

Los florentinos sostienen que su ciudad es la capital cultural de Italia, a pesar de que los centros comerciales, políticos y religiosos se han desplazado a otras ciudades de la península. Aun cuando la ciudad se desarrolló en forma comparativamente tardía dentro de la historia mediterránea, y como una avanzada de Roma, los florentinos se enorgullecen de sus logros y jamás se les ocurriría considerarla por debajo de ninguna

otra ciudad del mundo, no digamos ya de Italia. Se jactan de mantener los más altos estándares del arte, la arquitectura más grandiosa, la lengua más pura y la historia más gloriosa. Llegan a sostener que su gastronomía más bien suave es más refinada en sabor y textura que la comida mejor conocida del sur, donde los cocineros aplicarían en exceso las especias, el aceite y el tomate. Florencia fue capital de la Italia recién unificada por un breve período, de 1865 a 1871, hasta que el gobierno se relocalizó en Roma, el antiguo centro imperial y religioso del país. En el curso de estos acontecimientos, Florencia ha generado más historia, más arte y más sueños que los que ningún sitio podría permitirse.

Hoy, peregrinos de todos los rincones del mundo llegan a conocer Florencia y rendir tributo al Renacimiento. Los estudiantes estudian aquí por un semestre o un año, y los turistas la visitan por el día. Hacen todos las mismas rondas para admirar la catedral, contemplar la grandiosa galería Uffizi, visitar la Academia de Arte y maravillarse con el *David* de Miguel Angel. Se paran a gozar de un prolongado almuerzo en uno de los muchos restaurantes o beben un café en un cafetín al aire libre; luego se van de cabeza a las múltiples tiendas de recuerdos, que ofrecen desde un *David* iridiscente en un termómetro a alguna pieza de cuero con incrustaciones de oro, y también piezas de amueblado con piedras preciosas.

Semiocultos entre los museos y cafetines, en torno de la esquina próxima a los restaurantes y frente a las iglesias, del otro lado de la calle, se alinean cientos de pequeños negocios donde uno puede cambiar moneda. No son bancos, pero ofrecen orgullosamente sus servicios en múltiples idiomas: *Geld Wechsel, Cambio, Money Exchange.* Cambian dinero en efectivo o cheques de viajero en dólares, marcos, yenes, libras y francos por cifras aparentemente cuantiosas de liras italianas. Como los bancos trabajan tan pocas horas al día, el cambio de dinero puede cobrar comisiones más o menos elevadas por sus servicios durante las horas en que los turis-

tas más los necesitan. Además del cambio de divisa, ofrecen monedas de oro, como el krugerrand sudafricano, el panda chino, la hoja de arce canadiense y el peso mexicano, al igual que monedas de plata conmemorativas de cualquier cosa, desde los Juegos Olímpicos y las coronaciones reales a la preservación de la vida salvaje.

Los cambistas operan en pequeñas oficinas o incluso en casetas de metal reforzado, concreto y gruesos cristales. No disponen de los refinados vestíbulos de los grandes bancos; no se instalan en edificios de estilo renacentista, con grandes escalinatas, pisos de mármol y balaustradas con profusión de ornamentos. La mayoría de ellos no usa cuello y corbata o la vestimenta elegante que se estila en los grandes bancos. Por el contrario, los cambistas son notoriamente plebeyos en su estilo y sus modales.

Son gente que ha estado allí desde que existe el dinero. Puede encontrárselos casi siempre en las cercanías de los mercados en que los comerciantes de diversos orígenes suelen reunirse y, en décadas recientes, merodeando en torno de los sitios turísticos de todo el mundo. Aun con lo mundanos y poco impresionantes que resultan sus actividades y servicios cotidianos, las mayores familias de banqueros de la Florencia renacentista surgieron de sus filas, y tuvieron un profundo impacto en el arte, la arquitectura y las matemáticas, al igual que en las finanzas mundiales.

Primus inter pares

Durante su apogeo como centro financiero, en 1422, operaban en Florencia setenta y dos "bancos internacionales". De las familias de prestamistas que allí había, ninguna adquirió una reputación más resonante o tan firmemente grabada en la historia como la familia Médici. Las crónicas del siglo doce mencionan una familia con ese apellido en Florencia, pero los Médici no saltaron a la palestra sino hasta bien avanzada la historia de la banca.

El mercader Giovanni di Bicci de'Medici (1360-1429) cimentó la fortuna familiar en la actividad bancaria. De sus dos hijos, conocidos como Cosme el Viejo y Lorenzo el Viejo, brotan dos líneas de descendencia que prácticamente perfilaron el Renacimiento al transformarse en los banqueros y mercaderes más relevantes de la época, en gobernantes de Florencia y cardenales y papas de la Iglesia. Las hijas de la familia se casaron con las familias reales de toda Europa y dos de ellas, Marie y Catherine, se convirtieron en reinas de Francia y madres de sendos monarcas.

Tras alcanzar la cima del poder, la familia alegó que descendía de un tal caballero Averado, que habría arribado a Italia en peregrinación a Roma pero habría parado en Toscana el tiempo suficiente para acabar con un gigante que mantenía aterrorizados a los campesinos. El sacro emperador romano Carlomagno supuestamente había recompensado al bravo caballero con un escudo de armas que ostentaba tres círculos rojos, los que representaban las dentelladas con que el gigante había arañado su escudo. Sin embargo, otras fuentes sostienen que los tres círculos representan las tres bolas con que se identificaba tradicionalmente al gremio de los prestamistas; y otros dicen que representan tres monedas.

El apellido Médici sugiere la descendencia de alguien que laboraba en el campo de la medicina o la farmacéutica, oficios que en la época eran más o menos equivalentes en prestigio a los de prestamista o de barbero. De este modo, los tres círculos en el escudo de armas de la familia pueden representar píldoras o los cálices que los doctores calentaban y aplicaban a la carne de los pacientes para que la "sangre mala" aflorara a la superficie de la piel.

Independientemente del origen del apellido familiar y de su escudo de armas, los Médici hicieron su fortuna en la banca, obtuvieron el poder en la política y adquirieron gloria con el patrocinio de las artes. Se aprovecharon de las prácticas y los procedimientos bancarios desarrollados en la centuria pre-

via, pero fueron en general bastante más cautos que sus predecesores. La política sangrienta y las finanzas tan inestables de la monarquía inglesa los perjudicaron. Durante la Guerra de las Rosas hicieron empréstitos inusualmente cuantiosos al rey Eduardo IV, y como el monarca no cumplió con sus deudas la filial de los Médici en Londres quebró. Sus oficinas en Brujas y en Milán también fracasaron por motivos asociados a este conflicto, pero la familia asimiló la lección y el bastión de los Médici en Florencia resistió a la crisis y nunca más repitió los mismos errores.

Cuando su banco alcanzó el cenit comercial bajo Cosme de Médici, se convirtió en la empresa privada más importante de cuantas operaban en Europa. Fuera de Florencia, la familia mantenía filiales en Ancona, Amberes, Aviñón, Basilea, Boloña, Brujas, Ginebra, Londres, Lübeck, Lyon, Milán, Nápoles, Pisa, Roma y Venecia. Aunque el personal en la mayoría de esas ciudades consistía en menos de una docena de empleados, el banco ofrecía una gran variedad de servicios por lo general no asociados a un establecimiento bancario. Los Médici operaban como mercaderes además de banqueros, proveyendo a su clientela en toda Europa de especias de Oriente, aceite de oliva del Mediterráneo, pieles del Báltico, lana de Inglaterra y textiles de Italia. Otras mercancías eran más inusuales (reliquias y esclavos) o francamente bizarras (jirafas y muchachitos cantores castrados).

Pese a la vastedad de sus posesiones y la diversidad de los servicios comerciales que prestaban, los Médici nunca llegaron a configurar un monopolio como el de los templarios, ni a controlar una fracción tan grande del mercado bancario como la que habían controlado los banqueros florentinos de la era precedente. Por la época en que surgieron, ya había demasiados bancos en operaciones en Venecia, Génova y otras ciudades fuera de Italia como para que ellos solos pudieran ejercer el mismo grado de influencia, pero es muy probable que esta ausencia de un monopolio fuese una salvaguarda

para ellos. Operaban en el centro de una red de mercaderes y familias aristocráticas; servían a todo este nuevo sistema como los primeros entre muchos.

Su banco alcanzó la cima entre 1429 y 1464, bajo el sagaz control de Cosme de Médici, quien supervisaba las operaciones de las filiales en Roma, Venecia, Milán y Pisa, y las de filiales más lejanas como Génova, Brujas, Londres y Aviñón. Además de bancos y tierras, la familia tenía intereses financieros en varias empresas textiles, entre ellas dos talleres de lanas y uno de seda.

La banca Médici operó hasta que Carlos VIII de Francia invadió Florencia el 17 de noviembre de 1494. Días antes la familia había sido expulsada de la ciudad y los franceses confiscaron la mayor parte de sus propiedades, dejando el banco prácticamente en la bancarrota. Volvieron en 1530, tras el derrumbe de la República Florentina, pero el apogeo de la banca Médici ya había pasado.

La base de su fortuna provino de lo que hoy podemos entender como el "sector privado", algo que apenas existía entonces con algún grado de importancia. Los Médici, que habían hecho su fama y fortuna en el mundo de las finanzas, separado del Estado y la Iglesia, perdieron su gran influjo comercial como grandes banqueros y mercaderes, pero acrecentaron su relevancia a través de una multiplicidad de cargos eclesiásticos y laicos.

El gran genio de la familia Médici, en comparación con otras familias comerciantes de Florencia, se evidencia en su habilidad para emplear su riqueza y sus éxitos comerciales para adquirir poder político y títulos nobiliarios. Fue la familia con más alto índice de movilidad ascendente de su época. A través de una serie de matrimonios ventajosos, de astutos nombramientos políticos y sobornos bien distribuidos en el curso de varias generaciones, se las ingenió para convertirse en una de las familias más poderosas dentro de la estructura del poder civil y religioso.

El misterio monetario de los números

Los Médici y las restantes familias acaudaladas de Florencia financiaron un gran resurgimiento de la vida académica y, más tarde, de la pintura, la escultura y la arquitectura. Hoy recordamos esta era sobre todo por sus grandes obras de arte, como las múltiples esculturas del David que podemos encontrar en los museos y plazas de toda la ciudad. El florecimiento del arte en Florencia se derivó, con todo, de un anterior énfasis florentino en la educación, que no sólo consistía en aprender de los clásicos sino también en manejar las habilidades básicas requeridas por mercaderes y banqueros: los números y las matemáticas. El Renacimiento no comenzó como un movimiento de las artes y las letras sino como un resurgimiento pragmático, y matemático, para ayudar a los banqueros y mercaderes a ejecutar las tareas cada vez más difíciles de convertir dinero de un tipo en otro, de calcular el interés y determinar las ganancias y las pérdidas.

En 1202, Leonardo Fibonacci, también conocido como Leonardo Pisano en honor de Pisa, su lugar de origen, publicó el *Liber Abaci,* texto mediante el cual introdujo en Europa lo que hoy denominamos números arábigos, aun cuando los árabes los habían tomado de la India. Este sistema simplificado ofrecía grandes ventajas sobre los complicados números romanos, que eran difíciles de sumar y restar y en la práctica incompatibles con la multiplicación y la división.

La introducción de los números arábigos eliminó la necesidad del ábaco, pues ahora los mercaderes podían calcular las nuevas cifras más fácilmente en su cabeza o en hojitas de papel. Las universidades, el gobierno y las autoridades eclesiásticas se mostraron todos muy renuentes al nuevo sistema numérico, que era invención de los "infieles" y que los mercaderes y funcionarios empleaban sin la ayuda del muy confiable ábaco. En tozudo desafío al nuevo sistema, muchas universidades europeas siguieron empleando el ábaco y enseñando las matemáticas con números romanos incluso hasta el

siglo diecisiete. La mayoría de los gobiernos rehusó a la vez aceptar el empleo de las números arábigos con propósitos oficiales, alegando que resultaban fácilmente falseables, en especial por personas de escasa educación.[1] Incluso hoy, ocho siglos después de haberse introducido los números arábigos, la numeración romana conlleva un mayor prestigio en ceremonias tales como grabar una fecha en una universidad o un edificio público.

Los mercaderes, desde luego, no podían permitirse esperar la aprobación de los académicos y religiosos. Necesitaban un medio práctico de cálculo, aunque careciera del prestigio de los clásicos números romanos, y comenzaron a utilizar de inmediato el nuevo sistema numérico. Cuando advertían un ítem con exceso o al cual le faltaba algo del peso esperado, lo marcaban con un signo más o con un signo menos, respectivamente. Estos signos se convirtieron muy pronto en los símbolos de la adición y la sustracción y, después, de los números positivos y negativos.[2]

Los nuevos números resultaron muy prácticos y de rápido empleo, y su utilización se difundió aceleradamente en el sector mercantil. En los términos del historiador de las matemáticas J. D. Bernal, la introducción de los números arábigos "tuvo casi el mismo efecto sobre la aritmética que el descubrimiento del alfabeto sobre la escritura". Pusieron las matemáticas "al alcance de cualquier bodeguero; democratizaron las matemáticas".[3]

Los siglos trece y catorce trajeron consigo una revolución matemática que sustrajo el cálculo numérico del ámbito secreto de los magos y lo integró a las calles y negocios de toda Europa; la expansión de la banca hizo de Italia el centro de este nuevo desarrollo. La revolución irrumpió no tanto por el descubrimiento de nuevas ideas como por la difusión de nociones matemáticas hasta entonces arcanas para la gente común, proceso que en buena medida apoyó el novedoso desarrollo de la imprenta.

En 1478 apareció el *Treviso Arithmetic*, un manual anónimo, diseñado para enseñar a la gente ligada al comercio algo más acerca de los números y el cálculo. Su autor no sólo enseñaba al lector a sumar y restar, operaciones que ya se entendían bien por entonces, sino también a multiplicar y dividir y a lidiar con fracciones y progresiones aritméticas y geométricas sustanciales en el cálculo del interés. Tan sólo un reducido número de los académicos más preparados tenía entonces un vago conocimiento de estas operaciones abstractas.

Para muchos estudiantes y jóvenes aprendices de tienda, el cero resultó difícil de entender y utilizar cuando había varios de ellos en una única cifra o cálculo. Era más fácil reconocer el número romano M como mil que traducir la cifra 1.000 o diferenciarla de 10.000 o 100.000. En 1484, Nicolás Chuquet, un físico parisino, resolvió este problema en *Triparty en la science des nombres*, en que introduce un sistema que hace más comprensibles los ceros al agruparlos en bloques de tres, con algún marcador que los separe.

Hasta dio a cada bloque de tres ceros su propia denominación. Los idiomas europeos contaban ya con un nombre para el primer bloque (cientos) y el segundo (miles), pero, por lo general, quien debiera referirse a un número mayor debía expresarlo en "cientos de miles" y luego en "miles de miles". Chuquet introdujo los términos *myllions, byllions, tryllions, quadryllions* y así sucesivamente, hasta llegar al *nonylion*. Empleando el sistema de ceros agrupados en bloques de tres, un *nonylion* podía escribirse, y leerse más fácilmente, del siguiente modo: 1.000.000.000.000.000.000.000.000.000.000. La cifra representaba la mayor de cuantas se conocía hasta entonces.

En 1487, Luca Pacioli, un monje franciscano, publicó la *Summa de aritmetica geometria proportioni et proportionalità*, obra maestra de seiscientas páginas que enseñaba las ahora habituales operaciones matemáticas e introducía al alumno en los misterios incluso mayores de la contabilidad de doble entrada.

Con un libro de esa índole, un tendero no requería de ninguna formación universitaria para llevar con éxito un negocio eficiente y rentable.

Los matemáticos árabes desarrollaron el álgebra como un medio de operar con cantidades desconocidas. La palabra "álgebra" proviene de *al-jabr*, un término empleado en el título del libro *Hisab al-Jabr w-al-Muqabalah* (*La ciencia de la devolución y la reducción*), del matemático del siglo nueve Muhammad ibn-Musa al-Khwarizmi. Tomó la palabra de la medicina árabe, donde se refería al reordenamiento o la restauración de los huesos, un proceso que percibió como similar, en términos metafóricos, a su reordenamiento de los números. Al-Khwarizmi trabajó en Bagdad y tomó prestadas muchas nociones de la obra hindú de Brahmagupta; a su vez, Gerardo de Crémona tradujo al latín y difundió en toda Europa la obra de al-Khwarizmi.

Al-Khwarizmi contribuyó a aligerar algunas de las dificultades de la operación con fracciones, que ya eran para el comerciante promedio sumamente difíciles de añadir y restar, y con mayor razón de multiplicar y dividir. Los matemáticos árabes idearon también un sistema muy refinado de decimales en lugar de fracciones. El uso de decimales, llamado algorismo –una corrupción del nombre al-Khwarizmi– derivó en lo que hoy se conoce con la palabra moderna "algoritmo", esto es, cualquier procedimiento mecánico o recursivo de cómputo.

Académicos judíos como Immanuel ben Jacob Bonfils de Tarascón familiarizaron a los académicos europeos con esas nociones árabes hacia 1350; éstas fueron esporádicamente utilizadas por otros intelectuales, como Regiomontano en 1463 y Elijah Misrachi en 1532. El cálculo decimal gozó de escasa atención hasta la publicación en 1585 de *De Thiende*, del académico holandés de Brujas Simon Stevin (1548-1620), quien partió siendo cajero en un comercio de Amberes. Stevin se propuso introducir los métodos itálicos de contabilidad en la Europa septentrional y publicó las primeras tablas de cálculo

del interés, de modo que la gente entendiera el enigmático procedimiento desarrollado por los banqueros, prestamistas y otros dadores de crédito. En 1525, Christoph Rudolff publicó el primer libro alemán de álgebra, introduciendo el signo de la raíz cuadrada.

Los académicos universitarios no pudieron sino prestar atención a los grandes avances habidos en las matemáticas durante el Renacimiento y, yendo en algún sentido un paso por detrás del fenómeno, buscaron un soporte teórico para estos nuevos sistemas numéricos. En ese afán, sentaron las bases de una nueva ciencia, una disciplina objetiva basada en la magia aparente de los números. René Descartes desarrolló en toda su extensión el sustrato filosófico de este método científico de índole matemática: en 1637 publicó su *Discurso del método*. Descartes abominaba del estudio de las matemáticas sin una finalidad; buscaba emplearlas como un medio para entender el mundo, para conseguir ciertos resultados prácticos en la naturaleza. El uso de las matemáticas para entender la naturaleza recibió un segundo impulso fundamental en 1686, con la publicación de los *Principia Mathematica* de Isaac Newton.

El auge de la economía monetaria creó pues una nueva forma de pensamiento. Como lo sintetiza Georg Simmel, filósofo del siglo veinte, "por su propia naturaleza, el dinero se transforma en la representación más perfecta de una tendencia cognitiva de las ciencias modernas como un todo: la reducción de factores cualitativos a otros de naturaleza cuantitativa".[4] El dinero estaba cambiando los sistemas de conocer el mundo, el pensamiento, las artes y los valores.

La banca en el Renacimiento

El crecimiento de la actividad bancaria desde el siglo trece aumentó sustancialmente el interés general por nuevas formas de conocimiento como las matemáticas, pero ese mismo interés se difundió a otras facetas de la enseñanza clásica, lo

que finalmente condujo a un resurgimiento del arte clásico. A medida que las familias de banqueros, como los Médici, se fueron haciendo más ricas, hicieron lo que las familias de nuevos ricos suelen hacer: cultivaron un interés por el pasado y se vincularon ellos mismos con las glorias pasadas a través del ostentoso despliegue de arte y literatura en sus palacios. Cuando no encontraron ningún antiguo palacio que adquirir, construyeron alguno nuevo que pareciera más antiguo de lo que era. Llenaron sus casas y palacios con arte de la antigua Roma y de Grecia, y sus bibliotecas bullían de ejemplares de antiguos manuscritos recién traducidos del árabe o el griego y el latín.

Estas acaudaladas familias de mercaderes podían permitirse financiar su propia formación erudita y su propio arte, liberándolos de los constreñimientos de la Iglesia y sus monasterios. El nuevo humanismo estético condujo a un énfasis en el cuerpo humano, como puede verse en la obra de Miguel Angel y Leonardo da Vinci, quien escribió que "el buen pintor debe pintar fundamentalmente dos cosas: al hombre y las ideas que pululan en la mente del hombre".[5] El cuerpo humano se convirtió en el punto focal de este arte humanista.

Los Médici y los otros mercaderes ricos y familias de banqueros del Renacimiento se valieron del aprendizaje de los clásicos también como un medio de diferenciarse de los temas religiosos que tanto habían caracterizado a la cultura europea en la época medieval. Las familias de banqueros debían su poderío a la riqueza alcanzada en empresas comerciales, no a la Iglesia. Su arte, el mobiliario de sus casas y el estilo de sus edificaciones se remontaban en busca de inspiración hacia atrás, a la era precristiana de Roma y Grecia. No siendo anticristiana ni anticlerical, esta nueva modalidad académica adquirió el hombre de "humanismo" por su hincapié en el individuo antes que en los dioses, los santos y los ángeles.

Al igual que la banca que lo financiara, el Renacimiento tuvo su epicentro en Florencia. Cuando los Médici adquirie-

ron nuevos poderes en Roma, llegando incluso algunos de ellos a convertirse en papas, transfirieron sus ideas y nuevos criterios estéticos y académicos al Vaticano y al resto de la Iglesia. Por ejemplo, la representación de Miguel Angel de la creación del hombre en el cielo de la Capilla Sixtina destaca tanto al hombre como a Dios, lo que implicaba un distanciamiento radical del antiguo arte religioso.

En la literatura, el nuevo humanismo rehuyó la enseñanza bíblica y la teología en favor de obras acerca de seres humanos, como el *Decamerón* de Boccaccio (1353), obras de historia secular como la *Historia de Florencia* de Leonardo Bruni (1429), y obras que cantaban a la gloria de la humanidad, como la *Oratio de dignitate hominis* de Pico de la Mirandola, publicada en 1486. El mundo que rodeaba a estos artistas despertaba su entusiasmo e inspiraba su genio bastante más de lo que podía hacerlo el concepto abstracto del cielo o de otra vida en alguna dimensión alternativa de lo real. El ensayo de Pico de la Mirandola se hace eco del tema de que "no hay nada que ver que sea más espléndido que el hombre" y compara al ser humano con los animales y los ángeles. Explica que "en el momento de nacer, las bestias traen consigo [...] todo lo que poseen". Como contrapartida, "toda semilla que el hombre cultive habrá de crecer y germinar dentro de él. Si tales semillas son vegetativas, se convertirá en una planta; si son sensitivas, en algo parecido a las bestias; si racionales, habrá de transformarse en una criatura celestial; si intelectuales, será un ángel y un hijo de Dios".[6]

Los artistas, mercaderes, escritores y aristócratas de los siglos catorce y quince no se dieron cuenta de que vivían un renacimiento; el término se puso en boga el siglo diecinueve. En efecto, el resurgimiento del interés por el pasado se conoció como el Renacimiento sólo tras la publicación, en 1855, del estudio *La Renaissance,* de Jules Michelet, y aun así es la denominación que conferimos a su época y su cultura. Durante el Renacimiento, la vida y la historia entraron en una nueva

era dorada que miraba hacia adelante mucho más de lo que lo hacía hacia el pasado.

Aun cuando Florencia y la región circundante de Toscana poseen la reputación de haber hecho renacer el antiguo saber de Roma y Grecia, también rompieron con el pasado al dar origen al italiano moderno como una lengua distinta del latín. Se considera a la *Divina Comedia,* de Dante Alighieri, la primera obra escrita en italiano moderno. Gracias a las obras de Dante, de Boccaccio y Petrarca, el dialecto toscano se transformó en la forma literaria oficial del italiano moderno.

El Renacimiento floreció y difundió nuevas ideas mercantiles, a la vez que nuevos estilos artísticos, a Francia, Alemania y los Países Bajos, a Inglaterra e incluso a los países escandinavos. En los escritos del ensayista francés del siglo dieciséis Michel de Montaigne vemos la evidencia de nuevas formas de pensamiento. Montaigne reflexionaba largamente en sus escritos acerca del mercado y su importancia en la vida. Por las reflexiones que plasma en los *Ensayos,* que inició en torno de 1571, se lo considera el padre del ensayo moderno. El propio término "ensayo" se deriva del concepto de prueba o tentativa, o el gesto de sopesar alguna cosa, y estaba por ende íntimamente asociado a la prueba o tasación de las monedas y los metales preciosos en el mercado. Montaigne señaló de su propia obra que estaba escrita en lengua vernácula, en el estilo y el lenguaje "del mercado".

En su breve ensayo "La ganancia de un hombre es la pérdida de otro", asistimos al primer germen de una conciencia económica. Allí hace de la ganancia algo natural, situándola en el contexto de la vida y la decadencia. Concluye que la ganancia surge de anhelos que con frecuencia no son muy santos, tal como la nueva vida surge de la degradación de los viejos materiales. Rara vez se centra Montaigne directamente en el dinero, pero en sus escritos intuimos la aparición del moderno sistema de costos y beneficios.

Análogo desarrollo se percibe en la literatura y el arte. El dinero aflora, en lugar preeminente, como tema en las obras de Shakespeare, por ejemplo, cuyos personajes luchan no sólo por su honor, por el poder y el amor, sino también por el dinero y la riqueza. Para un bardo medieval o un *minnesinger* hubiera sido inconcebible cantarle al dinero, pero en una obra como *El mercader de Venecia* el dinero se transforma en el eje de la trama. La mayor parte de las obras de Shakespeare se basa en los temas tradicionales del poder y la moral, pero en el mundo moderno de su época reconocía al dinero como un factor importante y lo consideraba una prueba del carácter individual tanto como lo eran el amor y la guerra.

Poco después de la era de Shakespeare, el dinero comenzó a aparecer en el arte pictórico, en particular en la obra de los pintores holandeses y otros artistas de la Europa septentrional. Pintaban a banqueros contando su dinero, y en algunos cuadros de temática hogareña y apacible se apreciaba una cajita llena de monedas sobre la mesa. La gente ha representado siempre en su arte los objetos e ideas que más valora, y con el advenimiento de la era mercantil el arte derivó de las representaciones religiosas, las escenas mitológicas y las escenas ecuestres a los retratos de personas con sus posesiones más preciadas: el dinero y los costosos objetos que le permitía adquirir.

Junto con la banca y el Renacimiento, incluso el nombre de América puede atribuirse al vasto legado cultural de Florencia. Por un curioso giro del destino, el nombre de un explorador y gran fanfarrón florentino, Amerigo Vespucci (Américo Vespucio, 1451-1512), inspiró los nombres de los dos continentes que conforman el Nuevo Mundo. Vespucio fue uno de los muchos mercaderes florentinos que viajaron y exploraron el mundo. Poco después de que Cristóbal Colón abriera una nueva ruta a través del Atlántico, Vespucio se sumó a una expedición que, según se dice, visitó las costas de lo que ahora es Brasil. En sus escritos, alardea incesantemente de

haber visitado numerosos lugares que en realidad nunca conoció. Sus mapas y escritos circularon con profusión, llevando a un cartógrafo alemán a aplicar el término *Americus*, la forma latina del nombre de Vespucci, al continente meridional recién descubierto, que se creyó por completo separado de los lugares que Colón había visitado más al norte. Muy pronto, los cartógrafos comenzaron a aplicar también la denominación al nuevo continente al norte de la región, legándonos los nuevos nombres de América del Norte y América del Sur. Américo Vespucio es la única persona en el mundo en cuyo honor se bautizó no uno sino dos continentes, y era un mercader florentino.

Con el auge de la banca italiana y el Renacimiento, comenzó a perfilarse un nuevo tipo de civilización, marcada por novedosas formas de pensamiento y nuevas formas de organizar la vida mercantil. Por sí mismos, los banqueros y su sistema monetario no hubieran sido capaces de crear una civilización enteramente nueva, pero a los cambios que introdujeron en la vida europea les siguió un acontecimiento único en la historia del mundo. Con la expansión de la hegemonía europea a las Américas, los europeos adquirieron más riqueza de la que nunca antes había detentado alguien. La nueva riqueza, combinada con las instituciones financieras existentes, creó un sistema bancario híbrido y único, que dominó el mundo durante los siguientes quinientos años, hasta la Primera Guerra Mundial.

6

Dorada maldición

Haz dinero, si puedes por medios justos,
si no, haz dinero por cualquier medio.
HORACIO

Los indios quechuas, que excavan las minas y extraen los minerales de los Andes bolivianos, se fatigan en el subsuelo y en la penumbra bajo la tierra, bajo la luz vacilante que controlan el demonio y su esposa. Tan sólo el diablo posee el poder de garantizar o denegar el dinero, el éxito y la riqueza a los mineros que allí laboran. De vuelta en la superficie, rezan a la Virgen María y los santos para que los ayuden a resolver problemas de salud y amor, pero en los altares a oscuras dentro de las minas solicitan favores al diablo y a su consorte. La Virgen María y los santos controlan el agua sobre la tierra y, por esa vía, las cosechas, los animales y la fertilidad, pero, puesto que el dinero proviene del oro y la plata, que provienen a su vez de los dominios del diablo en las entrañas de la tierra, sólo este último y su esposa pueden otorgarlo a los humanos. En cierto sentido, el diablo de los mineros bolivianos se parece al dios griego Plutón, que, como rector del subsuelo, tenía el poder de distribuir sus metales y era también el dios de la riqueza.

En la profundidad de las cavernas subterráneas, los mineros levantan altares al diablo, a quien llaman El Tío, y a su cónyuge, la China Supay. Las estatuillas lo representan con grandes cuernos retorcidos sobre la cabeza y los ojos saltones, desorbitados, inyectados en sangre. A ambos costados de la cabeza luce grandes orejas de mula, y dos largos colmillos negros afloran de su mandíbula inferior. Los dientes restantes

son por lo general dagas afiladas hechas con trocitos de espejos en los que se refleja la escasa luz que pueda haber en la oscuridad de la caverna, otorgando al demonio una sonrisa que resplandece con ferocidad. Lleva una corona enorme, con una serpiente o un lagarto rampante sobre ella, con las fauces abiertas y distendidas en lo que parece un alarido de furia. El ídolo que representa al demonio suele hallarse junto a la figura más bien deslucida de su esposa, de rostro ancho y aplastado y complexión sanguínea, semejante, si se quiere, a las mujeres bolivianas que uno ve por la calle.

Los mineros siempre están realizando plegarias ante las imágenes de El Tío y la China Supay. Encienden velas a los amos del subsuelo y cada minero porta una oferta diaria de un cigarrillo, una libación de alcohol o unas hojitas de coca para el diablo y un terrón de azúcar para su esposa. En ceremoniales específicos de apaciguamiento, después de terremotos o trágicos derrumbes, han de hacerse grandes sacrificios de ovejas o llamas. En estos sacrificios se esparce la sangre alrededor del altar y el chamán extrae el corazón latiendo del animal sacrificial para esparcir la sangre en las cuatro direcciones sagradas de la cosmología incaica. El acto da pie a un contrato, o *k'araku,* entre el feligrés y las deidades. A cambio de la ofrenda, el diablo garantizará la vida del minero. Los sacrificios suelen realizarse en agosto, el mes sagrado del demonio, en que tradicionalmente los mineros adquieren su equipo y vituallas para el año siguiente. Los sacrificios al diablo también abundan en la estación carnavalesca previa a la Cuaresma, época en que se aflojan los constreñimientos habituales.

De acuerdo con el saber local, ciertos peticionarios codiciosos quieren más que una única vida, más que el justo sustento para persistir en un día más de labor. Anhelan auténtica riqueza. Para obtenerla, el peticionario debe traer una ofrenda muy particular, un ser humano, al que se sacrifica del mismo modo que la llama. Siempre que aparece en la montaña y

cerca de las minas el cuerpo de una persona, casi siempre el de un individuo joven que gozaba hasta entonces de buena salud, y si presenta algunas marcas infrecuentes, los indios comentan que fue sacrificado al diablo y a la China Supay. Un *k'araku* de ese tipo, un contrato dorado con el diablo, se hace sólo por dinero.

Durante cerca de cinco siglos, los indios de Bolivia han explotado los mayores depósitos de plata del mundo y durante cinco siglos han seguido siendo uno de los pueblos más pobres de la Tierra. No debe sorprendernos, pues, que hayan asociado una maldición a la explotación minera de los yacimientos de plata, a la fundición de monedas y al don de hacer fortuna. Todo cuanto aprecian a su alrededor son amplias evidencias del éxito de esas maldiciones y esos pactos con el diablo. Apuntan a la evidencia histórica, como el asesinato del último emperador inca, Atahualpa, a manos de Francisco Pizarro, quien heredó entonces toda la riqueza del imperio incaico. Apuntan a sus conciudadanos, que han hecho millones de dólares en el tráfico de cocaína, lo que sólo puede haber ocurrido con la ayuda del diablo y su cónyuge. ¿De qué otro modo podrían esos individuos, escasamente educados, haber desafiado los esfuerzos del ejército boliviano y la refinada tecnología que el gobierno de Estados Unidos ha empleado para capturarlos? Los mineros saben por experiencia que día a día se arriesgan al sacrificio, a una muerte temprana por accidente o por los estragos que causa la pobreza, en tanto otros, que habitan lejos de allí y nunca han laborado en las minas, llevan la existencia lujosa de los millonarios. Insisten en que esas desigualdades de fortuna sólo pueden explicarse por la vía de sacrificios mágicos y especiales al demonio.

Tesoros de las Américas

Tras el arribo de Colón a América en 1492, a los españoles les llevó cerca de cincuenta años localizar los grandes tesoros acumulados por los indios. Saquearon primero la gran capital azteca

de Tenochtitlán, en 1521. Poco después, incursionaron en América Central y conquistaron al pueblo chibcha de Colombia, el original El Dorado, antes de proseguir la batalla contra los incas en la década de 1530. Fundieron la mayor parte del oro y la plata de inmediato, para convertirlos en lingotes y embarcarlos con mayor eficacia a Europa. Salvaron algunas de las piezas más inhabituales, como un sol gigante de oro y algunas de las plantas de oro y plata que había en el jardín del emperador inca, y lo enviaron todo a España, para darle al monarca una idea del país que habían conquistado para él.

Ha sobrevivido una descripción de ese oro y esa plata de los indios. El artista alemán Alberto Durero visitó una exposición del tesoro americano en Bruselas y escribió al respecto: "He visto lo que le ha sido traído al rey de las nuevas tierras del oro, un sol hecho en su totalidad de oro, de una braza de profundidad, y una luna toda hecha de plata de igual tamaño [...]. En toda mi vida, no he visto nada que me alegrara tanto el corazón como estas cosas, pues había entre ellas espléndidas obras de arte, y me maravillé del ingenio sutil de quienes habitan esas tierras lejanas".[1] Poco después de la exhibición, los funcionarios reales ordenaron que el oro y la plata se fundieran para acuñar monedas.

Tras media centuria de constante saqueo, a los españoles se les acabaron las naciones indias ricas. En busca de nuevas fuentes de riqueza, volvieron su atención hacia la fuente misma del oro y la plata: los yacimientos. En México y Perú encontraron más depósitos de plata que los que había habido nunca en los magros depósitos de Bohemia y otros yacimientos europeos, y ampliaron de inmediato la explotación de esos depósitos. Las minas de plata de México y los Andes convirtieron a España en la nación más rica de la Tierra, pero el precio que pagó por esa riqueza se reveló más tarde como muy alto para la sociedad y la cultura españolas.

Los dos centros fundamentales de explotación minera en América estuvieron en Zacatecas, Nueva España (México) y

Potosí, Alto Perú (hoy Bolivia). A través de los siglos, las dos colonias compitieron por la punta en la producción de plata, dependiendo su posición del hallazgo de nuevas minas y de la introducción de tecnología. Pese a los altibajos en la producción, América siguió siendo la mayor fuente de plata en el mundo durante toda la época colonial española.

Ya en 1536, sólo quince años después de la conquista de Cortés, el Estado español creó una casa de moneda en México para la elaboración de monedas con el material de los grandes yacimientos de plata. Los funcionarios coloniales requirieron la autorización real para comenzar a emitir monedas en otras regiones de las Américas, y el rey dio su permiso para crear fundiciones y casas de moneda en Lima (1568) y luego en Potosí (1574).

Por esa época España era dueña de las Américas, exceptuando el territorio del este de América del Sur, que se convirtió en el Brasil portugués. Los monarcas detentaban la propiedad de la tierra en virtud de una bula papal respaldada por el tratado de Tordesillas, firmado por las coronas de Castilla y Portugal el 7 de junio de 1494. Como representante de Dios en la Tierra, el papa podía asignar esos territorios como lo creyera justo, pero, además del respaldo divino, las dos potencias eran dueñas de la tierra por el derecho que les confería su descubrimiento y conquista. Esto les brindó diversas coberturas teóricas con las cuales imponer sus reclamos. Con el apoyo de Dios y el papa, los españoles y los portugueses no tenían que recurrir a la farsa de firmar tratados con los pueblos nativos, como luego se sintieron obligados a hacer los ingleses y otras potencias europeas para legitimar su dominio.

Bajo las leyes de Castilla que promulgaron Alfonso X y Alfonso XI, el monarca estaba en posición de garantizar la propiedad de la tierra a un individuo, quien por ende podía comprar y vender ese terreno. De todos modos, independientemente de quien poseyera los derechos de superficie sobre

las tierras, la Corona siguió siendo la propietaria de los recursos minerales del subsuelo, y a perpetuidad. Además, exigía un pago del 50% de cualquier tesoro enterrado que fuera descubierto en los sepulcros, las pirámides y los templos indígenas.

El rey poseía muchas de las minas en su totalidad, pero, por una tarifa bastante elevada, los agentes de la Corona podían arrendar, otorgar en concesión o hasta vender a individuos y grupos el derecho de explotar los recursos mineros. Incluso después de efectuada esta venta, la Corona seguía cobrando una tarifa, el quinto real, que ascendía al 20% de toda la plata y otros minerales que se extrajeran; el porcentaje decreció en décadas posteriores. Aunque el quinto real supuestamente dejaba el 80% de la plata en manos de los propietarios de la mina, el gobierno promulgó leyes restrictivas que le permitían apoderarse de buena parte del resto. Los mineros debían comprar al gobierno real todo el mercurio y otras substancias requeridas en la explotación minera. El gobierno real ejercía a su vez el monopolio sobre el comercio de la sal, el tabaco, la pólvora y la mayoría de los minerales.

La Corona española obtenía utilidades adicionales en la minería a través de las provisiones embarcadas desde España: un monopolio estatal cobraba a los colonos precios excepcionalmente altos y, por cierto, las mercancías debían ser embarcadas en naves controladas por el Estado, en expediciones organizadas por el Estado, aumentando todavía más el costo de las mercancías. En cada transacción realizada en España había que contemplar un impuesto sobre las ventas o los obsequios, la alcabala, que aumentó con el tiempo de un 2% a un 6%. Este impuesto debía pagarse en cualquier transferencia de bienes, fuera un trueque, una venta o un obsequio; tan sólo el clero quedó exceptuado de ello por el rey. En 1572, el Estado amplió la alcabala a todos los territorios de España en América. Además de pagar los mismos impuestos que la gente de España, los americanos debían pagar el almojarifazgo, un

impuesto de importación de un 7,5% sobre todos los bienes que llegaban de Europa.

El Estado español cobraba a la vez el diezmo para la Iglesia, del que los funcionarios se guardaban una fracción, correspondiente a su tarifa por cobrarlo. El diezmo no se aplicaba directamente al rendimiento de las minas, sino a todos los productos agrícolas, incluidos los que se empleaba para aprovisionar y alimentar a quienes laboraban en las minas. Los indios, trabajasen o no en las minas, estaban obligados a pagar un tributo especial en monedas de plata.

Un mínimo de un 20%, y quizás si hasta un 40%, de toda la plata embarcada a España desde las Américas iba a parar directamente al tesoro estatal.[2] El resto, a los bolsillos de algunos funcionarios y de las familias aristocráticas que detentaban los derechos sobre las minas de América.

Para mantener el flujo de plata, los funcionarios españoles reorganizaron por entero la vida social de los pueblos aborígenes. Cuando llegaron a México y Perú, los españoles se toparon con una serie de sociedades indígenas de campesinos que cultivaban la tierra y pagaban impuestos y tributos a los caciques locales y a un gobernante central. Rápidamente transformaron estas naciones independientes en colonias organizadas en torno de una única actividad: la extracción del oro y la plata. La agricultura fue importante para las autoridades coloniales porque producía alimentos para los mineros, quienes no podían cuidar de sus propias cosechas. La ganadería era importante porque generaba caballos, mulas y bueyes para el transporte desde y hasta las minas, y vacas que daban leche y carne. Los caminos eran importantes porque permitían el transporte de materiales y hombres a las minas, y de la plata extraída al litoral donde se la embarcaba.

Antes del arribo de los europeos, el sistema productivo de la América indígena se había centrado en la familia, pero bajo la administración española la hacienda se convirtió en el centro productivo fundamental de alimentos, hombres y bestias

requeridos para los yacimientos. El nombre de hacienda se deriva del español "hacer", que alude a todas las cosas que se producía en tales sitios. Los campesinos vinculados a las haciendas cultivaban el suelo y criaban a los animales que habrían de alimentar a quienes explotaban las minas; criaban las mulas, los burros y los bueyes para el transporte minero; curtían el cuero para confeccionar monturas, delantales, riendas, cuerdas, látigos, fustas y demás aditamentos que se precisaba para trabajar en las minas. Cortaban los árboles para que sirvieran de soportales y reunían la madera y elaboraban el sebo para las antorchas. Confeccionaban las sacas utilizadas para acarrear la plata hacia el litoral y aprovisionaban a las embarcaciones a la espera con alimentos y materiales para el viaje de vuelta a España, con su pesada carga de lingotes de plata.

El puente de plata

Las guerras y los conflictos entre las potencias europeas entre los siglos dieciséis y dieciocho se centraron en el control de la riqueza proveniente de las Américas y del comercio con Asia. Primero España combatió contra Portugal y luego ambas naciones batallaron juntas contra Inglaterra, Francia y los Países Bajos.

Desde 1500 a 1800, las minas de las Américas proveyeron el 70% de la producción mundial de oro, y el 85% de la plata.[3] La cantidad de oro y plata arrancada de los yacimientos americanos fue en aumento con cada centuria, a medida que fueron descubriéndose nuevos depósitos, de Canadá a Chile. Aun a comienzos del siglo diecinueve, cuando ya las colonias españolas perseguían su independencia de la Corona, México solo producía la mitad del volumen mundial anual de plata.

Los indios que laboraban en las minas no tenían forma de medir la cantidad de metal que producían para que fuera enviado al exterior, pero la tradición oral sostiene que extraje-

ron plata suficiente para edificar un puente de América a España. Los metales preciosos chorreaban desde los yacimientos y de las Américas a una tasa sin precedentes en la historia del mundo. Los galeones españoles transportaban el oro y la plata desde el Caribe a España, y de allí, mercaderes de múltiples naciones los distribuían por toda Europa y el Mediterráneo. Desde Acapulco, cada año, el galeón *Manila* zarpaba con su carga de plata para la colonia española en las Filipinas, y desde Manila otros mercaderes comerciaban con la plata a lo largo de toda la costa de Asia, de Siam a Siberia.

Los estudiosos han intentado determinar cuánta riqueza se llevaron los españoles y portugueses de las Américas. Por supuesto, las potencias coloniales realizaron ingentes esfuerzos por mantener las cifras en secreto, duplicando el trabajo de los académicos para reunir y evaluar los registros en todo el mundo. Los investigadores han estimado las cifras de mineral y de metal extraídos comparándolas con las provisiones alimenticias para los mineros y con la cantidad de mercurio empleada en el tratamiento del mineral en bruto. Han comparado los registros de los embarques con los de los arribos a Europa y, lo más relevante de todo, con los registros de la Casa de Contratación, la oficina a cargo de los embarques españoles. Han buceado en los registros, algunos de los cuales estaban falseados, intentando determinar cuánto oro y cuánta plata fueron escamoteados en las travesías o embarcados ilegalmente.

Basados en todos estos métodos, llegaron a cifras aproximadas. Los historiadores calculan que, a contar del descubrimiento europeo de América y hasta 1800, se embarcaron entre 145 mil y 165 mil toneladas de plata, y entre 2.739 y 2.846 toneladas de oro. Al precio de 400 dólares la onza, la producción total de oro tendría un valor aproximado de 36 mil millones de dólares.[4] Pero ni siquiera tales cifras pueden sugerirnos la verdadera significación de una cantidad tan enorme de oro y plata. En una era en que no existía el papel

moneda, la introducción de tal cantidad de especies en el sistema monetario tuvo un efecto difícil de imaginar.

La colonia portuguesa de Brasil carecía de la plata de México y Perú. Los funcionarios portugueses nunca enviaron un flujo tan constante desde su colonia como hicieron los españoles, y los monarcas y aristócratas portugueses en buena medida ignoraron a Brasil en los primeros años, en favor de su más lucrativo comercio de especias con India y las Islas de las Especias. Para el gobierno portugués, Brasil seguía siendo una colonia secundaria que generaba azúcar a bajo precio y compraba muchísimos esclavos, pero lo abastecía de muy pocas de las mercancías exóticas que ofrecían las colonias de Africa e India.

La indiferencia de Portugal hacia su colonia en América concluyó en forma dramática en 1695, con la primera de una sucesión de "fiebres del oro" habidas en Brasil. Los buscadores del metal descubrieron que algunas secciones del terreno plano y aluvial de Brasil contenían ricos depósitos en pepitas y fragmentos de oro, cuya extracción requería de un arduo trabajo pero de una tecnología relativamente sencilla. El distrito de Minas Gerais (Minas Generales), en el norte de Río de Janeiro, se transformó en el centro de la producción del oro mundial. A diferencia de los españoles, quienes descansaban mayormente en el trabajo indígena para explotar sus yacimientos, los portugueses importaron esclavos africanos para los suyos. El énfasis brasileño en la extracción de oro se hizo tan obsesivo y se volvió tan relevante para la economía colonial que las autoridades portuguesas declararon ilegal la creación de cualquier empresa en Minas Gerais que no promoviera o estuviera relacionada de algún modo con la extracción de oro.

La producción de oro en el Brasil colonial alcanzó su apogeo en las dos décadas comprendidas entre 1741 y 1760, cuando su promedio llegó a más de 16 toneladas al año (14.600 kg).[5] La extracción y el transporte del metal requirieron del trabajo

de unos 150 mil esclavos, aproximadamente la mitad de la población total de Minas Gerais.

Los prospectores descubrieron otros yacimientos áureos y de piedras preciosas más al oeste, en las provincias de Goiás y el Mato Grosso. Al flujo habitual de oro, los brasileños sumaron aproximadamente tres millones de quilates en diamantes al tesoro de los monarcas portugueses.[6] En busca del oro y las gemas, fueron adentrándose cada vez más hacia el interior del continente y traspasaron con avidez la línea demarcatoria establecida en el tratado de Tordesillas, que separaba las colonias portuguesas de las españolas.

La revolución de los precios: de ricos a harapientos

Los monarcas españoles despilfarraron su riqueza en aventuras y guerras foráneas, y los reyes de Portugal hicieron lo propio en sus palacios, en los fastos y el boato con que vivían. Los gobernantes dilapidaban el dinero en excesos de gran lujo y lo derrochaban en forma de caros obsequios a sus parientes, amantes y otros favoritos de la corte.

Tanta riqueza resultó una especie de ambigua bendición para los gobiernos y los pueblos de España y Portugal. Provocó una tremenda inflación: mientras más plata tenía la gente, más bienes quería adquirir, y mientras más gente anhelaba esos bienes, más altos eran los precios que se cobraba por ellos. La cantidad de bienes que se producía no podía equiparar el volumen de plata embarcada desde América; por consiguiente, la inflación se disparó, corroyendo el valor de la plata y el oro. En sus escritos de 1776, Adam Smith hacía notar que "el descubrimiento de las minas tan abundantes de América redujo en el siglo dieciséis el valor del oro y la plata que había en Europa a cerca de un tercio del valor que había tenido".[7] Se estima que, entre 1500 y 1600, el primer siglo de la colonización española de las Américas, los precios subieron en España alrededor de un 400%, razón por la cual se conoce a los grandes cambios de entonces como la revolución de los precios.

Pese a que este fenómeno de inflación galopante sorprendió y fastidió al pueblo, éste parecía entender muy claramente el fenómeno. Ya en 1556, Martín de Azpilcueta, un profesor de la Universidad de Salamanca, compiló una serie de razones por las que se modificaba el valor del dinero. La más importante entre ellas era que "en épocas en que el dinero era más escaso, los bienes y el trabajo vendibles se obtenían con muchos menos recursos que los requeridos después del descubrimiento de las Indias, que llenó el país de oro y plata".[8] Más tarde, el economista político francés Juan Bodino amplió y explicó en detalle esta idea. Una comisión especial, la Junta del Almirantazgo, emitió en 1628 un informe en el que atribuía la pobreza de España a la riqueza que llegó de las Américas. El informe señalaba que "las Indias han sido la causa por la que estos reinos se hallan deshabitados, sin plata, y con una carga inusitada de compromisos y gastos, sirviendo de cabeza de puente para la transferencia de plata a otros reinos, toda la cual habría permanecido en los de aquí si lo que es transferido a las Indias fuese de nuestra propia cosecha o fuesen nuestras manufacturas".[9]

Los granjeros, aparceros, artesanos y fabricantes españoles producían muy escasos bienes, por lo que se debían importar de otras naciones, lo que elevaba su costo y aceleraba el flujo de la plata al extranjero, a tal punto que ésta se iba apenas llegaba a puerto. Italia les vendía cristales, Hungría el cobre, Inglaterra lanas y los Países Bajos armas. España exportaba tanta plata que hasta su embarque se volvió difícil de organizar; muy pronto hubieron de entrar en el negocio los mercantes extranjeros, puesto que la mayoría de las naves españolas se hallaba ocupada en el transporte de la plata de América a España.

Los monarcas españoles habían exacerbado la crisis financiera al expulsar a los judíos y musulmanes en 1492, el mismo año que Isabel y Fernando unificaron el país y que Colón realizó su primer viaje a América. La mayoría de los españoles

cristianos trabajaba por entonces como labradores, cultivando trigo y aceitunas y criando vacas y cabras, o bien eran soldados. Ya fueran soldados o campesinos, tenían poca educación y no sabían leer ni escribir, ni sabían operar con cifras. Los judíos y los árabes habían conformado la clase cultivada de los administradores y mercaderes; sin ellos, los españoles resultaron altamente ineficaces en el manejo de sus asuntos financieros y comerciales. Gente de otras naciones llegó al país para echarle una mano a los españoles. Los mercaderes italianos, los prestamistas alemanes y los fabricantes holandeses se movilizaron de inmediato para llenar el vacío mercantil dejado por los judíos y los árabes, pero todos se llevaron sus ganancias de vuelta a sus respectivos países. En ausencia de una clase mercantil originaria del lugar, a los españoles no les quedó sino observar pasivamente cómo la plata, su plata, pasaba de sus manos a las arcas de otras naciones cristianas de Europa.

Al caracterizar el impacto de la plata de América en Europa, Voltaire escribió que la riqueza "ingresaba en los bolsillos de los franceses, ingleses y holandeses que comerciaban con Cádiz bajo denominaciones en español, y que enviaban a América la producción de sus propios fabricantes". Y añadía: "Gran parte de ese dinero va a las Indias Orientales para pagar por especias, pimienta, azúcar, golosinas, té, ropas, diamantes y monos".[10]

Los embarques de plata provenientes de América llegaban una vez al año, pero habitualmente los reyes gastaban su porción antes de que hubieran arribado. Para ello debían tomar prestado dinero, sin saber cuánta plata podía perderse en el mar o a causa de los piratas. Al principio, los reyes tomaron préstamos de sus leales súbditos, pero, dado que no sentían obligación alguna de devolver lo prestado, los súbditos, sometidos ya a una tremenda carga impositiva, ocultaban su dinero y dejaron de prestarlo.

Los reyes se volvieron entonces hacia el crédito extranjero. Aunque los monarcas españoles regían sobre uno de los

imperios más vastos y más ricos del mundo, se hallaban siempre a merced de sus banqueros y acreedores en Italia, Alemania y los Países Bajos, que prestaban a tasas de interés por sobre el 18% anual. En 1575, Felipe II se rehusó a pagar a sus acreedores, quienes cortaron el financiamiento a su ejército en los Países Bajos españoles. El ejército se rebeló al año siguiente y saqueó la ciudad de Amberes para compensar sus pérdidas salariales. Ello interrumpió el comercio y los intercambios, provocando aún más perjuicios a Felipe y costándole muchísimo más que si hubiera seguido pagándole a los banqueros genoveses.

Felipe II requirió de constantes préstamos para financiar sus aventuras en el exterior. Envió su desastrosa y muy costosa Armada Invencible contra Inglaterra en 1588, y España libró campañas en contra de los protestantes en los Países Bajos en 1568 y 1618, combatió revueltas en Alemania en las décadas de 1540 y 1550 y emprendió guerras contra los turcos otomanos en los decenios de 1530 y 1570.

Hacia la década de 1640, muchas de las provincias españolas se habían alzado en contra de la severa carga impositiva y el gobierno represivo de los Habsburgo. En unos pocos años, los gastos de la Corona triplicaban sus ingresos. También los aristócratas y comuneros pedían prestadas cantidades menores de dinero, transformando a España en una de las naciones más endeudadas de la Tierra y conduciéndola en último término a la bancarrota. La primera manifestación de este colapso económico sobrevino en 1557, durante el reinado de Felipe II; la otra, en 1597, un año antes de la muerte del monarca.

Las familias nobles de España estaban imbuidas de un excesivo orgullo aristocrático que les impedía ocuparse de los vulgares asuntos y negocios del mundo y del comercio de poca monta. Se percibían a sí mismas y a su clase como conquistadores del mundo, y sus vidas giraban en torno de las espadas, los caballos, el tributo y el botín. No podían conce-

birse como simples mercaderes, transportando telas o granos en convoyes de mulas y viejas barcazas, para vender todo ello a los mayoristas en muelles infestados de ratas o realizar trueques y negociar con la gente común en los enlodados mercados de la ciudad. Y también la nobleza se endeudaba fuertemente para mantener su nivel de consumo conspicuo. La deuda en gran escala del sector público y el privado disparó la inflación en el país.

En Portugal el oro tuvo poco más o menos el mismo efecto que el que provocó la plata en España. Engendró una avidez de nuevas mercancías, pero Portugal producía muy pocas cosas aparte de vino, corcho y ganado, así que se volvieron hacia los ingleses en busca de bienes manufacturados. Formalizaron esta relación por tratado en 1703, e incluso más oro y más vino portugueses afluyeron hacia Inglaterra.

Los socios comerciales de Portugal y España se beneficiaron del flujo de oro y plata que provenía de América, pero en buena medida sufrieron el mismo tipo de inflación que había acosado a los países ibéricos. John Kenneth Galbraith advierte que, a finales del siglo diecisiete, los precios en Inglaterra habían subido tres veces en relación a los que había antes de los primeros viajes de negocios a América. Durante ese mismo período, los salarios tan sólo se duplicaron.[11]

La explotación minera y el comercio del oro y la plata de América siguió en buena medida bajo el control de los gobiernos español y portugués y el de sus agentes. El pensamiento económico de la época consideraba la plata y el oro como la clave de la riqueza; para la mayoría de la gente, eran la riqueza en sí. El individuo que poseía la mayor cantidad de oro y plata era el más acaudalado, como lo era el país con la mayor cantidad de reservas en oro y plata. Los funcionarios ricos y los favoritos de las cortes de España y Portugal se valían de su riqueza para adquirir lo que deseaban: soldados y vituallas para librar sus guerras, y sedas lujosas, porcelanas y especias para ellos mismos y para exhibir en sus palacios.

Empleaban los metales preciosos para decorar sus casas y catedrales y adornarse a sí mismos, su mobiliario y sus carruajes.

El oro del barroco

Como le ocurre a tanta gente cuando tiene la posibilidad de ello, los españoles se complacían en un ostentoso despliegue del oro. Ninguna otra época puede rivalizar con la era del barroco y el rococó españoles en su profuso empleo del oro en la decoración. Los muros se ornaban con molduras áureas en forma de frutas, angelotes, urnas y florones. Se aplicaba oro a los marcos de las ventanas, a los espejos y los ornamentos colgantes. Se empleaba hojas de oro en puertas y balaustradas. Se revestía los carruajes de oro y se lo aplicaba a las sillas, los sofás, las camas, los arcones y los armarios. Se lo chorreaba sobre las armas y cuchillos de caza, se lo aplicaba a las hebillas de los cinturones y al calzado. Había platos y tabaqueras de oro. Se revestía los libros con filigranas de oro y se añadía bisagras doradas a la encuadernación. Las vestimentas lucían bordados en hilo de oro, y también el tapizado de las sillas, los manteles, la pañería y los tapices. Y se empleaba todavía más oro y plata en la elaborada vestimenta de los lacayos, los cocheros y los mayordomos.

Se decía que algunos de los objetos del altar de la catedral de Toledo estaban hechos con el oro que el propio Colón había traído consigo de América y obsequiado a la reina Isabel. En Roma, la tradición asegura que el cielo de la basílica de Santa Maria Maggiore está revestido con la primera partida de oro americano, que le fue obsequiada al papa Alejandro VI. La nueva riqueza de las Américas revitalizó a la decaída Iglesia Católica y contribuyó a financiar sus incursiones contra la marea en alza del protestantismo del norte de Europa. Como los protestantes denunciaban el boato y preferían formas más austeras y más severas en la arquitectura y la decoración, la nueva y enriquecida Iglesia Católica alentó precisamente los

excesos en la decoración como una forma de preservar e inspirar a sus fieles.

A imitación de la realeza y del papa, los acaudalados aristócratas locales hacían gran ostentación del oro y de los ornamentos rebuscados en sus parroquias y catedrales, más incluso que en sus palacios. Ocultaban el cielo raso y las paredes de viejas parroquias tras bandadas de angelotes áureas que sostenían en sus manos sendos estandartes, unidos entre sí por largas guirnaldas de flores y hojas doradas, y cestos de frutas de oro. De cada esquina y detrás de cada frontón asomaban las caritas angelicales de maliciosos querubines dorados, armados de arcos y flechas del mismo material.

Los devotos feligreses cubrían las estatuas de sus santos predilectos con láminas de oro y luego las envolvían en ropajes de seda bordados con hilo de oro y plata. Para acentuar el efecto centelleante del oro dentro de las iglesias, los arquitectos practicaban nuevas ventanas en los muros, abrían tragaluces en el cielo raso e instalaban espejos de marco dorado en los nichos. De esta manera la luz se reflejaba en el oro y extraía destellos y un resplandor espléndido en el interior renovado, soleado y deslumbrante de las iglesias. Los artesanos transformaron el exceso de oro y plata en chucherías para la mesa, en ornamentos para el cuerpo y en objetos de culto. Hicieron cuanto se les ocurrió con el metal, todo excepto comérselo o invertirlo.

La época, conocida como el Siglo de Oro español, marcó el apogeo de la civilización hispánica. Su logro más atesorable y persistente no fue, sin embargo, su arquitectura abarrotada, sino el ornamento espléndido de su literatura. En términos literarios, el Siglo de Oro se inicia en 1522, cuando Garcilaso de la Vega comienza a escribir, y concluye en 1681 con la muerte del dramaturgo Pedro Calderón de la Barca.

La cultura del dinero

España y Portugal enfrentaron múltiples dificultades a la hora de administrar el oro y la plata que extrajeron de las Américas con posterioridad a 1500, pero otros lugares del mundo sacaron gran provecho de ello. La difusión del oro y la plata de América a través del Atlántico y el Pacífico inauguró la era comercial moderna. Durante los siglos dieciséis y diecisiete, las monedas de plata y hasta las de oro se hicieron asequibles como nunca antes en la historia. A contar de entonces, el empleo de monedas confeccionadas con metales preciosos ya no se limitaría a las personas de fortuna. Desde esa época el panadero podría utilizar monedas para adquirir harina del molinero, quien las empleaba a su vez para comprar trigo al granjero, quien las utilizaba para comprarle el pan al panadero. El carnicero y la tejedora, el carretero y la costurera, el cochero y el tonelero comenzaron a comprar sus materiales con dinero y a vender sus productos a cambio de dinero, y con menos frecuencia a intercambiarlos por otros bienes y servicios. Cada vez más se pagaba los impuestos y diezmos en dinero antes que en productos.

Tal como la revolución bancaria había aumentado la cantidad de dinero circulante e incorporado a los mercaderes de toda Europa occidental en un único sistema comercial y financiero, el aumento de monedas de plata en circulación incorporó a las clases menos favorecidas al sistema. El descubrimiento de la gran riqueza de las Américas tuvo un impacto mucho más inmediato en la vida de la gente común que el que había tenido la revolución bancaria precedente. Los oficios que tradicionalmente habían dependido del dinero –soldado, pintor, músico y preceptor– se centraron más todavía en el pago del servicio y menos en la práctica de intercambiarlo por otros servicios, como pensión completa o raciones de pan, alcohol o sal. Incluso las prostitutas y los posaderos comenzaron a mostrarse cada vez más renuentes a aceptar pro-

ductos y mercancías como forma de pago; todos querían monedas de oro o cuando menos de plata.

En el siglo diecisiete en particular, la nueva redistribución de la riqueza dio origen a una vasta clase media formada por mercaderes. Ellos originaron a su vez oficios enteramente nuevos y centrados en el dinero. Al expandirse la actividad bancaria, aparecieron los intermediarios o *brokers*, que se especializaron en la compra y venta de cualquier cosa, desde bienes raíces a una participación en una expedición comercial a China. Y también agentes de seguros especializados en dividir el riesgo asociado a un único viaje entre varios de ellos.

Todos esos nuevos oficios crearon fuentes de riqueza que hasta entonces eran de escasa magnitud e importancia o enteramente desconocidas dentro de la sociedad aristocrática. En la sociedad feudal, la riqueza se derivaba de los títulos, privilegios y tierras otorgados por el monarca o arrebatados por la fuerza durante las guerras. Ahora, individuos sin ningún título, concesión o porción de tierras tenían más dinero para gastar que los viejos aristócratas. En una era en que el arte de la guerra era cada vez más responsabilidad de un ejército profesional antes que de la clase noble, los mercaderes en alza se vieron en posición de adquirir grandes porciones de tierra que no era preciso conquistar a través de la confrontación. En el sistema social emergente, a la acumulación de una fortuna familiar le seguía cada vez más un título y privilegios y la cuidadosa realización de matrimonios ventajosos.

La mayor disponibilidad de monedas facilitó asimismo el comercio internacional y los nexos financieros que poco a poco comenzaron a interrelacionar las economías regionales. Los mercaderes de fuera de Europa no aceptaban las letras de cambio de los banqueros, pero estaban muy dispuestos a aceptar las nuevas monedas de plata fundidas en Perú o en México. El mayor impacto inicial ocurrió en Africa, donde la nueva riqueza estimuló el mercado tradicional de esclavos, que creció más que nunca. Con gran celeridad, una vez abierta la

espita de la riqueza de América, Africa se convirtió en un vértice del comercio triangular con Europa y América. Los esclavos africanos iban a parar a las plantaciones caribeñas, la plata americana y el azúcar caribeño iban a Europa, y buena parte de la plata y los bienes manufacturados europeos iban a Africa para comprar más esclavos y embarcarlos rumbo a América.

Durante el siglo dieciocho, los nexos comerciales se extendieron desde el Atlántico norte y la franja media del Atlántico hasta incluir el océano Pacífico y el Indico, y finalmente incluso el Artico. La red se amplió a partir del comercio de esclavos para abarcar el de especias con el sur de Asia, el comercio de seda y porcelana con China, el tráfico de opio con India y el comercio de pieles con Siberia, Canadá y Alaska.

Con la conquista de América, España abrió una tubería que comenzó a bombear un torrente de plata a la economía mundial, pero España fue incapaz de controlar el flujo. Y ningún emperador chino o sultán otomano, ningún sha de Persia y ningún zar ruso resultaron más capaces que los monarcas españoles a la hora de canalizarlo y controlarlo. España había liberado una potencia que ahora corría por todo el globo y operaba con fuerza propia, con independencia de la Iglesia y del Estado. La riqueza de América se había desbocado. El mundo nunca volvería a ser el mismo.

SEGUNDA FASE

El papel moneda

Geld regiert die Welt
(El oro rige el mundo)
PROVERBIO ALEMÁN

7

El nacimiento del dólar

El dinero, y no la moral, es el gran
principio de las naciones mercantiles.
THOMAS JEFFERSON

Sólo la musa de la historia, absolutamente ignorante de las coincidencias, la ironía y el simbolismo, podría haber configurado un escenario en el cual el dólar y la bomba atómica acabaran originándose en el mismo e irrelevante caserío europeo. La historia de la aldea checa de Jáchymov resuena como un guión barato de Hollywood que a ningún lector le parecería plausible y ningún productor querría filmar; con todo, fue en este pueblito ínfimo que efectivamente surgió el dólar y se desarrolló hasta convertirse en la divisa predilecta del mundo de hoy.

La película se inicia cuando el conde Stephan Schlick, un noble bohemio, descubre una rica veta de plata cerca de su hogar ancestral, el castillo de Joy, y con esa plata funde en secreto sus propias monedas, que se transforman en los primeros dólares del mundo. La acción fílmica da entonces un salto hasta fines del siglo diecinueve, cuando una jovencita de nombre Marie, ansiosa de sobreponerse a la doble desventaja de ser mujer y polaca, se vale del uranio proveniente de los mismos yacimientos para descubrir el radio y alcanzar nombradía en el mundo científico. Tras obtener el Premio Nobel junto con el hombre que ama, él muere en un accidente de tránsito y la doliente Marie Curie dedica el resto de su vida a trabajar en su laboratorio con el radio, el cual –está persuadida de ello– se convertirá en una medicina de carácter milagroso, pero que va minando lentamente su salud y envenenándola hasta causarle la muerte.

Tan pronto como nuestra heroína fallece, las tropas alemanas irrumpen en la aldea checa trayendo consigo a los reclusos de los campos de concentración más cercanos para que extraigan el radio de las minas, con miras a utilizarlo en la bomba atómica que sus hombres de ciencia se afanan en perfeccionar. Pero, antes de que los alemanes puedan concluir su bomba, llegan los rusos, llenan los campos con sus prisioneros y emplean con éxito el uranio para fabricar la primera bomba atómica.

Jáchymov, aldea bohemia de 2.700 habitantes, se encarama en las alturas que bordean un profundo valle en el Krusnéhory, las llamadas "montañas del mineral" en la región occidental de lo que ahora es la República Checa. Su calle más ancha asciende la pendiente montañosa en un ángulo agudo, creando un pasadizo ideal para ese aire particularmente fresco, refrescante y húmedo que sólo parece existir en las montañas. Un conglomerado de edificaciones representativas de los últimos cinco siglos bordea la calle, pero la antigua pintura que las recubría, blanca y amarilla, y el estuco de la fachada se han resquebrajado y caído a pedazos. Las contraventanas están semipodridas y las tejas se han desplazado de su sitio, y se las ha reemplazado con tejados de aluminio pintados en brillantes rojos, azules, verdes o grises. No importa lo muy desvencijadas que estén estas viejas construcciones; de todas formas tienen mejor aspecto que el edificio de apartamentos de seis plantas de cemento corroído y metal oxidado que erigió en las afueras del pueblo el régimen comunista. Sólo matiza la fealdad de las edificaciones el intenso verdor de los árboles y de los arbustos de liláceas cultivadas con esmero y que florecen en junio a todo lo largo de la calle principal.

Como la aldea está a sólo unos kilómetros del estado germano de Sajonia, muchos de los carteles de la calle principal están escritos en alemán, y anuncian helados, champaña y otras mercancías que se expenden por menos dinero en el lado checo de la frontera. A la vera del camino se aprecia a

veces algún vehículo cubierto con la cornamenta de un venado, con pieles u otros trofeos de caza que el propietario intenta vender a los turistas alemanes. En los fines de semana veraniegos, las "Natashas", muchachas rusas de faldita corta y blusas escuetas, merodean a lo largo de la calle ofertando sus servicios a los camioneros extranjeros que pasan rumbo a Praga.

En la entrada del pueblo, algunos negocios exhiben un auténtico pelotón de gnomos de jardín. Las vietnamitas que administran estos tenderetes permanecen en el umbral, agitando cartones de cigarrillos ante los motoristas de paso, la mayoría de ellos alemanes en busca de comida barata, de sexo barato o mercancías baratas de la más variada índole. Las vietnamitas llegaron a Checoslovaquia en la era de amistad entre las dos naciones comunistas. Como era demasiado pobre entonces para pagar por los bienes manufacturados que recibía de Checoslovaquia, Vietnam pagaba en la única moneda de que disponía: su propia gente, que el gobierno vietnamita embarcaba en calidad de trabajadores con destino a Checoslovaquia y a los demás estados socialistas. Tras la caída del Partido Comunista y la división del país en las repúblicas checa y eslovaca, los vietnamitas se descubrieron repentinamente libres y alejados de su hogar. Buscaron entonces pequeños nichos donde insertarse en la novedosa economía emergente, en los que pudieran prosperar pero sin alcanzar un éxito que supusiera una amenaza para nadie, ni para ellos la amenaza de ser deportados. Muchos acabaron en lugares como Jáchymov vendiendo gnomos para el jardín y cigarrillos a bajo precio.

En el centro de la aldea se yergue el ayuntamiento, de estilo renacentista, edificado entre 1540 y 1544 por el conde Hyeronimus Schlick para que le sirviera de hogar. A sus espaldas se halla el edificio chato y a medias recubierto de madera que construyera el rey Fernando I entre 1534 y 1536, para que funcionara como casa de moneda imperial. En 1976 se lo

transformó en un museo, pero fue clausurado tras apenas una década por daños estructurales y deterioro de las instalaciones. El edificio disponía de un ventanal saledizo en una esquina y un escudo de armas con dos martillos de minero entrecruzados bajo una corona. Lleva la fecha de 1536.

A principios del siglo dieciséis, cuando Bohemia se convirtió en parte del Sacro Imperio Romano Germánico, Jáchymov quedó bajo administración germana. El conde Schlick y su familia gobernaron la región de Hrad Freudenstein, un área remota y en buena medida indeterminada, en la que era muy poco probable que ocurriera un acontecimiento que tuviera en el futuro un impacto tan radical en la evolución monetaria del mundo. Los mineros de la localidad descubrieron los yacimientos de plata hacia 1516, pero la extracción de la plata no era algo nuevo en Bohemia. Más al este, en el centro del país, las grandes minas de plata de Kutná Hora estaban en operaciones desde hacía siglos.

En lugar de simplemente extraer la plata y venderla a otros, el conde Schlick comenzó a fundirla y a acuñar, a hurtadillas, monedas de plata a las que llamó *groschen*. Según la tradición local, las primeras monedas fueron elaboradas en 1519 en su propio castillo, aun cuando el conde no recibió autorización oficial para fundirlas y acuñarlas hasta el 9 de enero de 1520.

Por la denominación alemana del valle, Joachimsthal, las monedas se designaron como *Joachimsthalergulden* o *Joachimsthalergroschen*, nombre evidentemente muy largo para utilizarlo a diario, incluso los germanófonos. Con el tiempo, las monedas llegaron a ser conocidas como *talergroschen* y al final como *talers* o *thalers*. Dado el gran aprovisionamiento de plata que ofrecían los yacimientos de Bohemia occidental, los pesados y macizos *talers* aumentaron continuamente en cantidad, y a raíz de las conexiones económicas y políticas de todo el Sacro Imperio, acabaron difundiéndose a todas las regiones de éste, incluida España.

El mineralogista y académico sajón Georg Bauer, cuyo nombre latino fue Georgius Agricola, inició un estudio sistemático de los minerales en la región de Jáchymov y de las formas en que se extraían. En 1530 publicó un libro acerca de los yacimientos y escribió algunos de los primeros tratados científicos sobre minas y minerales. Hoy se le reconoce como el padre de la mineralogía.

Al abrirse Jáchymov a la minería, la comunidad aumentó rápidamente a 18 mil habitantes, los que despojaron las montañas circundantes de sus árboles para emplearlos como maderos en las minas y hacer carbón para fundir el mineral de plata. La actividad minera estuvo a punto de concluir en 1568 cuando una plaga mató a cerca de mil residentes. Un siglo después, los mineros se habían convertido en irrestrictos adherentes del nuevo culto protestante que arrasaba con su popularidad en los estados germánicos, incluida la vecina Sajonia, pero la monarquía bohemia inició una fiera campaña para forzar su conversión al catolicismo. Muchos aldeanos huyeron entonces o fueron asesinados, hasta que la población local cayó de nuevo a sólo 529 habitantes en 1613. En 1627, el gobierno clausuró la iglesia protestante durante un año y luego la reabrió como parroquia católica; también cerró la escuela del lugar, calificándola de nido del protestantismo. La aldea y sus yacimientos mineros nunca más se recobraron y el gobierno trasladó por fin la casa de moneda oficial a Praga en 1651.

En el siglo que va de 1519 a 1617, sin embargo, cuando los *talers* se acuñaban en Jáchymov, la producción comenzó con unos 250 mil *talers* durante el primer año; en el momento de máxima producción, desde 1529 a 1545, las minas proveyeron de plata suficiente para fundir 5 millones de *talers*. Se calcula que, para fines del siglo, Jáchymov había puesto cerca de doce millones de esas monedas en circulación, más la infinidad de piezas menores que la casa de moneda producía.

Expansión del dólar

Las monedas de Jáchymov se difundieron por todo el mundo, influyendo en las denominaciones de muchas monedas europeas. Inicialmente, por ejemplo, el *taler* era una gran moneda de plata equivalente a tres marcos alemanes, pero después le dio su denominación a cualquier moneda de plata de cierto tamaño. El término derivó al italiano como *tallero*, al holandés como *daalder*, al danés y el sueco como *daler*, al hawaiano como *dala*, al samoano como *tala*, al etíope como *talari* y al inglés como *dollar*. También se convirtió en una partícula del *riksdaler* sueco y el *rigsdaler* danés.

"*Taler*" se convirtió así en un nombre habitual para la divisa circulante, pues fueron numerosos los estados y municipios germanos que lo adoptaron. Durante el siglo dieciséis, se emitieron unos mil quinientos tipos de *talers* en los países germanófonos, y los estudiosos de la numismática han calculado que entre la fundición de los primeros *talers* en Jáchymov y 1900 se acuñaron cerca de 10 mil *talers* distintos para uso diario y para conmemoraciones.

El más famoso, y el de mayor circulación, llegó a ser conocido como el *taler María Teresa*, acuñado en homenaje a la emperatriz austríaca en la casa de moneda de Günzburg en 1773. En un siglo de poderosas figuras femeninas, la emperatriz destaca sobre el resto; reinó como tal y su padre, su esposo y su hijo fueron todos emperadores. Nacida en 1717, hija del emperador Carlos VI, se convirtió en archiduquesa de Austria y reina de Hungría y Bohemia. Se casó con el duque de Lorena, quien se convirtió en el Sacro Emperador Romano Francisco I. Participó, según parece, en cada guerra habida en su época y en cada tratado, así como en otros acontecimientos fundamentales de toda Europa durante su vida, desde la guerra de sucesión austríaca (1740-1748) a la partición de Polonia (1772).

La moneda que llevaba su retrato se volvió tan popular, particularmente en el norte de Africa y el Medio Oriente,

que, incluso después de que falleciera, el gobierno siguió acuñándola con la fecha de 1780, el año de su muerte. La moneda no sólo sobrevivió a su homónima, sino al imperio que la había generado. En 1805, cuando Napoleón abolió el Sacro Imperio Romano Germánico, la casa de moneda de Günzburg cerró, pero la fundición de Viena siguió produciendo monedas exactamente iguales y con la misma fecha de 1780, e incluso con el sello de la casa de moneda clausurada. El gobierno del imperio austrohúngaro siguió emitiendo el *taler* durante el siglo diecinueve y hasta que el imperio se derrumbó tras la Primera Guerra Mundial. La nueva república austríaca siguió fabricando el María Teresa hasta que Hitler invadió el país en 1937.

Cuando Mussolini conquistó Abisinia (Etiopía), se encontró con que la economía local dependía fuertemente del María Teresa. De hecho, los nativos se mostraron tan renuentes a aceptar algún sucedáneo que Roma debió fundir sus propios *talers* entre 1935 y 1937. Más tarde, Bruselas, Praga, Leningrado, Londres, Roma y Bombay comenzaron a elaborarlos a su vez y, tras la Segunda Guerra Mundial, la nueva República de Austria reasumió la fundición y emisión de la moneda en 1956, y hasta 1975. Los historiadores de la numismática calculan que se acuñó un total de 800 millones de *talers* María Teresa de plata entre 1780 y 1975, todos ellos con la fecha de 1780.

Otros países comenzaron a copiar el diseño del María Teresa poco después de que entrara en circulación. Fundieron monedas de similar tamaño y estamparon en ellas el busto de alguna mujer de mediana edad que se pareciera a la emperatriz. Cuando no disponían de una reina propia que calzara con la descripción, empleaban una imagen femenina de naturaleza alegórica, como el busto de la Libertad que aparecía en muchas monedas de Estados Unidos durante el siglo diecinueve.

El término *dollar* penetró en la lengua inglesa a través de Escocia. Entre 1567 y 1571, el rey Jaime VI emitió una moneda

de treinta chelines que los escoceses denominaron el dólar-espada a causa del diseño que llevaba al reverso. A ello siguió una moneda de dos *merk* en 1578, a la que se denominó el "dólar del cardo" (*thistle dollar*). Los escoceses empleaban el término *dollar* para diferenciar su propia moneda y, por ende, para diferenciar a su país y a ellos mismos del resto, sobre todo de sus dominantes vecinos ingleses. Así, desde su empleo más temprano, el término acarreó una cierta connotación antiinglesa o antiautoritaria, que muchos colonos escoceses llevaron consigo a su nuevo hogar en las Américas y otras colonias británicas. La emigración de los escoceses tiene mucho que ver con la popularidad del término *dollar* en las colonias británicas de todo el mundo.

Pese al uso generalizado del dólar, o *taler*, desde el siglo dieciséis en adelante, ningún país importante lo adoptó como su divisa oficial hasta la formación de Estados Unidos. Se diría que, como hijas de Gran Bretaña, las trece colonias norteamericanas estarían habituadas al uso de la divisa británica en libras, coronas, chelines y peniques; por el contrario, las colonias británicas de Norteamérica sufrían de una carencia endémica de monedas. Las políticas mercantiles entonces en boga en Londres buscaban aumentar la cantidad de dinero elaborado con oro y plata en la propia Gran Bretaña y a hacer lo que estuviera de su parte para prohibir su exportación, incluso a sus propias colonias. A contar de 1695, Gran Bretaña prohibió la exportación de metálico a cualquier lugar del mundo, incluyendo sus colonias. Como fruto de ello, las colonias norteamericanas se vieron forzadas a utilizar monedas de plata extranjeras en lugar de las libras y los chelines y peniques británicos, y la mayor provisión de ellas provino de la vecina colonia española de México, que administraba una de las mayores casas de moneda del mundo.

La moneda española tenía un valor nominal de ocho reales dentro del sistema español. Ocho de esos reales equivalían a un peso, moneda instaurada originalmente por la reina Isa-

bel y el rey Fernando en su reforma monetaria de la España unificada, llevada a cabo en 1497. Los norteamericanos rechazaron la denominación de real y peso para su dinero, pero la cifra de ocho quedó adicionada a la moneda, a raíz de lo cual solía aludirse a ella como las "ocho porciones" o las "piezas de ocho". Hoy, el término "dos porciones" se refiere todavía a un cuarto de dólar.

Dada la enorme riqueza producida en México y Perú, las monedas españolas se convirtieron en la divisa más aceptada en el mundo. El término español "real" dio pie al de rial, que se emplea en Omán y Yemen, y, con una ortografía alternativa, de *riyal* en Arabia Saudí y Qatar. Los pueblos de habla inglesa, sin embargo, optaron por el término más familiar de *dollar*.

La moneda española más común en las colonias británicas era en 1776 el "dólar de pilares", llamado así porque el reverso mostraba los hemisferios oriental y occidental con un gran pilar o columna a cada lado. En la iconografía imperial española, los pilares representaban las columnas de Hércules o el angosto estrecho que separaba a España de Marruecos y conectaba el Mediterráneo con el Atlántico. Un estandarte que colgaba de la columna llevaba inscritas las palabras *plus ultra*, "más allá". Las autoridades españolas comenzaron a emitir esta moneda casi tan pronto como abrieron la fundición en México; su intención era publicitar el descubrimiento de América, que era el "más allá" aludido, la tierra allende las columnas de Hércules.

Muchos sostienen que el signo actual del dólar es un derivado de este dólar de pilares. Según esta versión, las dos líneas paralelas representan las columnas y la S es el estandarte que cuelga entre ellas. De todas formas, sea que el signo en cuestión se haya inspirado o no en esta moneda, cabe considerar al dólar de pilares como el primer dólar de plata norteamericano.

En 1782, Thomas Jefferson escribió en sus *Notes on a Money Unit for U.S.* (*Apuntes para una unidad monetaria para los Estados*

Unidos) que "la unidad o dólar es una moneda conocida y la que resulta más familiar de todas en la mente del pueblo. De hecho, ha sido ya adoptada de sur a norte".

Los colonos norteamericanos se habituaron a tal punto a utilizar el dólar como su unidad monetaria básica que, después de la independencia, lo adoptaron como su moneda oficial. El 6 de julio de 1785, el Congreso decretó que "la unidad monetaria de los Estados Unidos de América sea un dólar". Pero no fue sino hasta el 2 de abril de 1792 que el Congreso aprobó una ley que creaba una casa de moneda norteamericana, y sólo en 1794 comenzó Estados Unidos a fundir sus primeros dólares de plata. El edificio de la casa de moneda, que fue iniciado poco después de que se aprobara la ley y mucho antes del Capitolio o la Casa Blanca, se convirtió en el primer edificio público construido por el nuevo gobierno de Estados Unidos.

Al emplear el término "dólar", el Congreso se sometió a los usos populares, pero ni el propio Jefferson ni Alexander Hamilton demostraron gran entusiasmo por él. Con todo, jamás propusieron un término alternativo. Y escribieron las leyes relativas a la moneda aludiendo a la divisa como el dólar, o "la unidad", con la idea en mente de que ya encontrarían un mejor nombre más adelante. El término "unidad" nunca fue muy utilizado fuera de las leyes, y la gente siguió empleando el de dólar.[1] Al aceptar el dólar como la divisa nacional de Estados Unidos, el Congreso volvió oficial lo que ya se había transformado en una práctica habitual en la mayor parte de las colonias. Casi sin acceso al oro o la plata, el gobierno carecía de la posibilidad de acuñar sus propias monedas, como no fuera refundiendo las de otras naciones y emitiéndolas como norteamericanas; en lugar de ello, permitió que el dólar español siguiera siendo de hecho la divisa del nuevo país. Después de que México obtuviera su independencia de España en 1821, el nuevo gobierno mexicano emitió sus propios "pesos", con un contenido de plata ligera-

mente superior al de los viejos reales españoles. El nuevo peso mexicano –o dólar mexicano, como se lo denominaba habitualmente– se volvió de inmediato legal en Estados Unidos y siguió siéndolo durante buena parte del siglo diecinueve.

Para determinar el valor inicial del dólar estadounidense, el recién constituido gobierno norteamericano encargó un estudio para pesar los dólares españoles que circulaban en Estados Unidos, y descubrió que contenían 371,25 granos de plata en lugar de los 377 granos que España sostenía que contenían. En conformidad con el hallazgo, el Congreso estadounidense fijó el valor del dólar de plata norteamericano en la cifra algo extraña de 371,25 granos, y siguió teniendo ese peso asignado durante todo el período en que se acuñaron dólares de plata estadounidenses.

Estados Unidos emitió sus primeras monedas en 1787. Las de cobre equivalentes a un centavo llevaban inscrito el lema *"Mind your business"* ("Ocúpate de tu negocio"). El sol aparecía sobre un reloj de sol con la inscripción *Fugio*, que significa "yo vuelo". A causa de esa inscripción, las monedas llegaron a ser conocidas como centavos fugio.

El reverso de la moneda ostentaba la imagen de trece círculos encadenados entre sí, cada uno de los cuales llevaba grabado el nombre de uno de los trece nuevos estados unidos. La cadena enmarcaba la frase "*we are one*" ("somos uno") y, por primera vez en la historia de la moneda, llevaba el nombre de "Estados Unidos". La imagen de la cadena provenía de los iroqueses, quienes representaban la unidad de sus cinco tribus con un cinto *wampum**, compuesto de eslabones y conocido como "la gran cadena de la amistad".

Al emplear emblemas como la cadena, el águila, las estrellas o el busto de la Libertad, los colonos habían tomado la decisión muy relevante de diferenciar su dólar norteamericano

* Collar de cuentas que los indios norteamericanos empleaban como ornamento o dinero (N. del T.)

de las monedas europeas. Puesto que las monedas europeas solían llevar grabada la efigie de un monarca –Jorge III en las monedas británicas, por ejemplo, y Carlos III en las españolas–, algunos ciudadanos norteamericanos pensaron que las monedas estadounidenses debían llevar la efigie del Presidente Washington. Sin embargo, la mayoría rechazó la propuesta. La mayor parte de los recién emancipados norteamericanos sentía que el uso de la imagen de un Presidente, aun la de George Washington, despedía un tufillo a elitismo y realeza. Sostenían que el dinero de un pueblo libre, democrático, debía llevar grabados y figuras alegóricas, no retratos de la clase política. Este pertinaz rechazo a grabar la imagen de un individuo en la moneda persistió en Estados Unidos durante casi una centuria.

El dólar del Pacífico

El empleo de dólares españoles, mexicanos y estadounidenses se difundió hacia el norte y a Canadá, donde se convirtieron en la divisa de hecho. En 1858, las autoridades del Dominio de Canadá, que incluía entonces tan sólo a Ontario y Quebec, cedieron ante ese uso popularizado y crearon el dólar canadiense, transformándolo en su moneda oficial. Y vincularon su valor al del dólar estadounidense en una relación de uno a uno. El gobierno provincial emitió pequeños valores en cobre, pero siguió descansando en los dólares de plata norteamericanos y mexicanos, incluso después de que se formara el Dominio de Canadá. Esta nación no emitió sus propios dólares de plata sino hasta 1935.

El dólar mexicano ejerció un papel tan preponderante a todo lo largo y ancho del Caribe como el que desempeñó en Estados Unidos. Casi todas las antiguas colonias británicas de esta área lo adoptaron como su divisa. El dólar se convirtió en la denominación de la moneda en Anguila, Saint Kitts y Nevis, Antigua y Barbuda, Montserrat, Dominica, Santa Lucía, San Vicente, Guyana, Bahamas, Belice, Barbados, Islas Caimán,

Islas Vírgenes Británicas, Trinidad y Tobago, Turcos y Caicos y Jamaica.

Aun cuando el término dólar se originó en Europa y de allí se difundió a otros continentes, rara vez se lo ha utilizado como denominación oficial de alguna moneda europea, por lo menos hasta 1991, cuando Eslovenia obtuvo su independencia de la antigua Federación Yugoslava y eligió el término *tolar*, una variante, para su nueva moneda. El nuevo nombre distingue monetariamente con claridad a Eslovenia de sus vecinos yugoslavos, turcos, italianos y austríacos, y de sus antiguos gobernantes.

Los dólares españoles y mexicanos llegaron a estar tan vinculados con el comercio en la cuenca del Pacífico que en el siglo diecinueve otros países comenzaron a acuñar sus propios "dólares comerciales". Mediante un decreto parlamentario del 12 de febrero de 1873, Estados Unidos emitió dólares comerciales especiales para el comercio norteamericano con China, pero adquirieron una utilidad más general, sirviendo al comercio con cualquier nación asiática. Gran Bretaña comenzó a emitir dólares comerciales en 1895 y grabó en ellos inscripciones en inglés, chino, árabe y malayo.

Los chinos denominaban a estos múltiples dólares de plata *yuan*, que significa "objetos circulares", y el término se convirtió en la denominación de la divisa estándar en China y el actual Taiwan. La asociación entre el yuan y el dólar ha sido en Taiwan tan íntima que las dos palabras se emplean de manera intercambiable. Los japoneses adoptaron la denominación china pero la abreviaron de *yuan* a *yen* en 1871. Acuñaron monedas de oro y plata y, fieles al significado original del dólar a fines del siglo diecinueve, el yen y el dólar estadounidense compartieron un valor más o menos equivalente.

El empleo de dólares comerciales en la cuenca del Pacífico consolidó el uso del término en toda la región. El reino de Hawai y la república posterior emplearon el dólar como su divisa fundamental dentro de un sistema basado en el de

Estados Unidos. Sus dólares de plata llevaban, eso sí, el busto del monarca en el anverso y el escudo nacional de armas al reverso.

En el área del Pacífico actual, los territorios estadounidenses y las repúblicas afiliadas de Guam y los Estados Federados de Micronesia siguen utilizando el dólar estadounidense como su moneda. Aparte de ello, se adoptó el nombre para la moneda de otras naciones del Pacífico como Australia, Nueva Zelandia, Fiji, Islas Cook, Kiribati, Brunei, Singapur, Hong Kong, Islas Salomón, Pitcairn, Tokelau, Tuvalu, Islas Marshall y Samoa Occidental. Como contrapartida, el franco se transformó en la segunda denominación más habitual del Pacífico sur, pero sólo se utilizó en colonias francesas como Nueva Caledonia, la Polinesia francesa y las islas Wallis y Futuna. En el Pacífico oriental, la mayoría de los países latinoamericanos, desde Chile a México, emplean el peso, que desciende directamente de los mismos reales españoles que dieron origen al dólar, lo cual transforma al dólar y el peso en crías de una misma camada, pese a la diferencia de nombres.

En 1994, unos treinta y siete países y territorios autónomos en todo el mundo habían adoptado el nombre de dólar para su moneda nacional. Aunque países como Belice vincularon el valor de su dólar al del dólar estadounidense y otros como las Islas Cook lo asociaron al dólar neozelandés, la mayoría de los países opera de modo independiente, con su propia tabla de valores dentro del sistema mundial de divisas.

El último dólar de plata

Tras alcanzar su máximo nivel de uso a comienzos del siglo veinte, el dólar de plata estadounidense inició su agonía. En 1935, durante la Gran Depresión, el Departamento del Tesoro dejó de acuñar dólares de plata; después, con la promulgación de la Ley de Acuñación de Moneda de 1965, dejó de utilizarse plata en las monedas norteamericanas, sustituyéndosela por cobre revestido de una aleación de cobre y níquel.

En Africa, tan sólo Liberia, uno de los países independientes más antiguos del continente, y Zimbabue, uno de los que se independizaron en fecha más reciente, han llamado dólar a su moneda nacional. En Liberia, fundada en 1822 por esclavos norteamericanos emancipados, la primera divisa estuvo conformada por monedas norteamericanas que los colonos trajeron consigo a su nuevo hogar. Aunque complementado por toda clase de fichas simbólicas y por las monedas de otras potencias coloniales africanas, como Gran Bretaña, el uso del dólar persistió en Liberia hasta 1943, fecha en que el gobierno prohibió el empleo de cualquier moneda foránea excepto el dólar estadounidense. A partir de 1960, Liberia dispuso de sus propios dólares de plata, acuñados en la Casa de Moneda Real de Londres, pero siguió empleando dólares de papel estadounidenses para todos los valores superiores a un dólar. Liberia se convirtió en uno de los últimos países en acuñar y utilizar dólares de plata, clausurando de ese modo un largo capítulo que se había iniciado más de cuatro siglos antes en los remotos yacimientos de Jáchymov.

A contar de 1987, el gobierno de Liberia comenzó a retirar de circulación los dólares de plata y a emitir en su lugar un dólar de aleación de cobre y níquel de aspecto similar al viejo dólar de plata, con la fecha "1968". Estos dólares de plata falsos siguieron acuñándose y utilizándose hasta la década de 1990. Para extraer más ganancias de las ventas al exterior, el corrupto gobierno liberiano emitió su propio dólar con la efigie de Kennedy en 1989, pero deletreó mal el término *memoriam* y puso en ellos *memorium*, aumentando así su valor entre los coleccionistas, pero favoreciendo muy poco la respetabilidad de la moneda liberiana.

8
La casa de moneda del demonio

El problema con el papel moneda es que premia a las minorías que saben manipular el dinero y deja como tontos a generaciones que se han esforzado y han ahorrado.

ADAM SMITH [GEORGE GOODMAN]

En un extremo de la Calle 14 en Washington D.C., día y noche, las prostitutas y los traficantes de droga vocean con descaro su mercancía. En el extremo opuesto, cerca de la Casa Blanca y el puente que conduce a Virginia, el gobierno federal imprime dinero día y noche en los talleres de la Oficina de Grabados e Imprenta, una sección del Departamento del Tesoro que se presenta ante los turistas como "la fábrica del dinero".

En los días de semana, por las mañanas, los visitantes comienzan a alinearse en la puerta de acceso mucho antes de la hora de apertura, a las 9:00, para ver cómo Estados Unidos imprime su papel moneda. Los visitantes ingresan al edificio después de sucesivos controles de seguridad y se encaminan hacia un ruinoso corredor revestido de madera. Grandes retratos en color del presidente, el vicepresidente y el secretario del Tesoro les sonríen radiantes desde las paredes. El visitante pasa ante una serie de fotografías y cuadros que detallan la historia del papel moneda en Estados Unidos, y culminan con una recreación en tamaño natural del Presidente Lincoln firmando la legislación que autorizaba al gobierno federal a imprimir dinero.

Al final del largo corredor, los turistas observan un breve video con la historia del papel moneda y después varios guías los dividen en pequeños grupos antes de que ingresen al área de operaciones. Estos grupos más reducidos enfilan sus pasos

a través de los corredores para visitantes, cuidadosamente señalizados, y de galerías acristaladas desde las que se puede observar las hojas de varios dólares que en esos momentos se están imprimiendo, examinando, guillotinando y apilando, al tiempo que los guías atosigan con un flujo constante de información relacionada con el dinero en Norteamérica:

- El dólar se imprime en papel textil elaborado por la Crane Company, en el que se emplea una mezcla de 75% de algodón y 25% de hilo, con una hebra de seguridad fabricada en poliéster.
- Las máquinas impresoras son de origen alemán e italiano.
- Cerca de la mitad de los billetes impresos en un solo día son de un dólar, y el 95% de ellos se emplea para sustituir los billetes gastados.
- El promedio de vida de un billete varía entre los dieciocho meses que dura uno de un dólar y los nueve largos años de uno de cien dólares. Un billete puede doblarse unas cuatro mil veces antes de que se rasgue.
- En la Oficina de Grabados trabajan unas tres mil personas.
- Hacen falta 490 billetes para completar una libra (453,6 gr), y serían precisos 14,5 millones de ellos para formar una pila de una milla (1.609 metros) de alto.
- Las monedas y el papel sólo dan cuenta de un 8% de todos los dólares circulantes en el mundo. El resto son puramente cifras en un libro de contabilidad o ínfimas señales electrónicas en el chip de un computador.

Al final del proceso, los operarios envuelven los billetes en paquetes de cien y los apilan en ladrillos de cuatro mil cada uno. Una carretilla carga esos ladrillos y los transporta al subterráneo, desde donde se enviarán a las oficinas de la Reserva Federal en todo el país para su distribución a los bancos y el

público. En el camino, los más curiosos de entre los visitantes bombardean al guía con preguntas:

P: ¿Por qué hay tantos operarios oyendo música con auriculares?
R: Para neutralizar el estruendo de las máquinas impresoras, cortadoras y apiladoras.
P: ¿Por qué algunos de ellos están comiendo?
R: Están en su hora de recreo.
P: ¿Por qué son todos los controladores tan gordos?
R: Porque deben estar todo el día sentados allí y observar atentamente el dinero, con escasas posibilidades de hacer algún ejercicio.

Siguiendo con el *tour*, los guías conducen al visitante a un salón con el aspecto de una cueva donde una serie de dispositivos interactivos lo invitan a presionar botones para conocer las distintas partes de un dólar o escuchar datos variados acerca de su historia. Los niños presionan los botones en cuestión, pero las luces no se encienden, así que ninguna de las preguntas obtiene respuesta. Y se apresuran todos hacia el siguiente dispositivo interactivo, sólo para descubrir que ése tampoco interactúa ya con nadie. El enorme salón también vende recuerdos para el visitante, como una pluma llena de dinero fragmentado. En un rincón, varios turistas japoneses compran hojas de la divisa norteamericana sin cortar a mujeres ubicadas tras gruesos cristales de seguridad. Se llevan a casa el dinero para emplearlo como novedoso papel de envolver para sus regalos y sus ramos de flores.

El siglo veinte acabó transformándose en la era del papel moneda. Nunca antes se había fabricado tanto dinero de este tipo en tantos países y en tantas denominaciones posibles. Tras las máquinas en perpetuo funcionamiento del Tesoro de Estados Unidos subyace un largo proceso en el cual el papel moneda llegó a ganarse la confianza de la gente común.

Dinero de la morera

La economía china ha operado siempre con sus propias reglas monetarias, habitualmente fijadas e impuestas por un Estado poderoso en disposición de una burocracia enorme y un ejército fuerte. Ya fuera que el país estuviera bajo la égida de un emperador dictatorial, de señores de la guerra rivales o del Partido Comunista, casi en todo momento las fuerzas estatales y no las del mercado controlaron el comercio. En tal sistema las monedas de oro y plata rara vez desempeñaron un papel relevante. Durante largo tiempo el gobierno del emperador se limitó a emitir unas simples fichas de bronce o de cobre que se consideraba equivalentes al dinero en efectivo. Las fichas tenían un agujerito cuadrado en el centro, de modo que se las pudiera juntar en sumas de hasta un centenar.

Puesto que el dinero contante y sonante abultaba y de todas formas era una simple ficha, no pasó mucho tiempo antes de que se lo sustituyera sencillamente por una imagen dibujada en un trozo de papel. El dibujo podía representar entonces el equivalente a mil monedas o incluso a diez mil. La invención y difusión del papel moneda en China constituyó un paso fundamental en el control gubernamental sobre la masa monetaria, un avance que sólo podía darse en un gran imperio, con un gobernante lo suficientemente poderoso para imponer la voluntad del Estado en la economía..., hasta el punto de ejecutar a aquellos ciudadanos que osaran oponerse a su política monetaria.

La invención del papel moneda hubo de aguardar, por cierto, a que antes se inventaran el papel y la imprenta. A diferencia de la tecnología de los metales, que surgió temprano en la historia de la humanidad, el descubrimiento del papel y la difusión de la tecnología requerida para su elaboración sobrevinieron relativamente tarde y se difundieron con lentitud. Los antiguos pueblos del Mediterráneo empleaban pergaminos de piel de oveja para almacenar información. Durante algún tiempo, en la era helenística y la época del imperio

romano, se importó papiro desde Egipto porque era un material relativamente sencillo para la escritura, pero no era lo suficientemente durable para emplearlo como papel moneda.

No es casual que la imprenta, la elaboración del papel y el papel moneda se originaran todos en China. En el siglo primero o segundo de nuestra era, Ts'ai Lun confeccionó, según se presume, el primer papel de la historia con la corteza del árbol de la mora, la morera, cuyas hojas alimentaban a los gusanos de la lucrativa industria de la seda, pero es posible que su confección comenzara varias centurias antes. La tecnología para elaborar el material parece haber quedado confinada a China cuando menos durante un milenio. El empleo de papel moneda se menciona en China en época tan temprana como la de la dinastía Tang, y hasta han sobrevivido algunas ilustraciones que lo demuestran, aunque no se han encontrado manifestaciones concretas de esa era.

De la infinidad de exóticas costumbres con que Marco Polo se topó en sus viajes a Asia en el siglo trece, ninguna pareció causarle mayor asombro que la facultad del Estado de producir papel moneda y de imponer su empleo en todos los confines del imperio. Los burócratas chinos hacían billetes con el papel elaborado de la corteza de la morera. Una vez impreso en cada uno el sello bermellón del emperador, equivalían rigurosamente a su valor en oro o plata. Los billetes chinos eran enormes, del tamaño de una servilleta. Uno que representaba mil monedas medía 22 por 32 cm. Pese a su tamaño algo extravagante, el billete pesaba muy poco, por lo que representó un gran avance sobre las monedas, un millar de las cuales podía llegar a pesar tres kilos y medio.

El uso de papel moneda en China alcanzó su apogeo bajo el dominio de los emperadores mongoles, que debieron administrar el mayor imperio de la historia del mundo y, como cualquier gobernante a cargo de una burocracia enorme, encontraron en el papel un activo de valor inconmensurable. Los billetes facilitaban muchísimo el cobro de los impuestos y

la administración del imperio, y reducían la necesidad de transportar grandes cantidades de pesadas monedas.

En 1273, Kublai Kan emitió una nueva serie de billetes patrocinados y controlados por el Estado. Para imponer obligatoriamente su empleo, utilizó en esencia los mismos métodos que cualquier gobernante utiliza para respaldar su moneda: sólo pagaba con papel moneda, y obligó a todo el mundo a que aceptara esa clase de pago, so pena de sufrir un gran castigo en caso de no hacerlo. Para asegurarse su empleo en círculos más amplios que los del gobierno, el Estado chino confiscó todo el oro y la plata en manos de los ciudadanos y les dio papel moneda a cambio. Incluso los mercaderes que llegaban del extranjero debían entregar su oro y plata, las piedras preciosas y las perlas al gobierno, a precios establecidos por un consejo de burócratas que eran a la vez mercaderes. Los comerciantes recibían a cambio billetes emitidos por el gobierno. Marco Polo vio claramente que ese sistema de papel moneda sólo podía operar allí donde hubiera un gobierno fuerte y centralizado que pudiera imponer su voluntad a cada individuo que viviera en su territorio.

El viajero marroquí Mohamed ibn-Batuta, quien visitó China en 1345, reparó en algo muy similar en lo relativo al control gubernamental sobre el papel moneda, dejando constancia de que en los mercados chinos era simplemente imposible pagar con monedas de oro o plata. Dichas monedas debían convertirse en tiras de papel del tamaño aproximado de la palma de la mano, que llevaban el sello del sultán. También relata que a todo mercader extranjero se le exigía que depositara todo su dinero en manos de un funcionario, que entonces procedía a pagar todos sus gastos, incluido el costo de una concubina o una esclava si el mercader así lo deseaba. Al final de la estadía del mercader en el país, el funcionario le devolvía el dinero.

Ibn-Batuta describe a China como el país más seguro del mundo para los mercaderes. Independientemente de la

distancia que hubieran de cubrir o del papel moneda u otras mercancías que portaran consigo, casi nunca se les asaltaba. Para garantizar ese nivel de seguridad, el gobierno administraba una policía estatal de un modo sorprendentemente próximo al estilo moderno. Los burócratas hacían retratos detallados de todos los extranjeros que ingresaban al país, de modo que su imagen pudiera circular con rapidez si cometían algún delito. En cada posta de su viaje, el mercader debía registrarse con la policía y su nombre era enviado por adelantado a las autoridades de la siguiente posta, antes de que él mismo hubiera partido. En cada posta, un oficial del ejército inspeccionaba a los mercaderes extranjeros cada mañana y cada noche y los encerraba en una taberna por la noche.

Ibn-Batuta detectó, pese a todo, una consecuencia posiblemente involuntaria de la prohibición de emplear monedas: puesto que se prohibía a los mercaderes poseer monedas de oro y plata, fundían las monedas contrabandeadas y las transformaban en lingotes, que almacenaban en el techito sobre su puerta de entrada. Puede que ibn-Batuta fuera testigo de una modalidad de resistencia al poder central que Marco Polo no advirtió; es más probable que el poder del emperador y el Estado central estuvieran ya en decadencia durante el siglo catorce, más de medio siglo después de las visitas de Marco Polo a la corte de los poderosos gobernantes mongoles.

No existen copias supervivientes del dinero mongol, pero los museos exhiben los pocos billetes Kwan emitidos por los sucesores de los mongoles, los emperadores Ming, entre 1368 y 1399. El país abandonó entonces el sistema de papel moneda, que no volvió a aparecer hasta la alborada del siglo veinte, en los inicios de la colonización económica de China por los imperios europeos.

Al emplear papel moneda y fichas de latón y cobre en lugar de las habituales monedas de oro y plata, las autoridades chinas jamás tuvieron que preocuparse de la pureza de sus monedas. Aquí reside, sin embargo, una diferencia crucial

entre el sistema monetario de China y el que se desarrolló en la cuenca del Mediterráneo. La finalidad del papel moneda en China fue permitir al gobierno un monopolio sobre el oro y la plata. El papel fluía de la capital del imperio a las provincias, mientras que el oro y la plata lo hacían en un sentido inverso, de las provincias a la capital.[1] El papel operaba como parte del sistema de tributo y sofocaba el desarrollo de un comercio saludable. Como contrapartida, los sistemas basados en el papel desarrollados en Occidente se diseñaron, cuando menos en un principio, para incrementar el flujo de bienes. Sólo más tarde cayeron en la trampa china de convertirse a su vez en una estrategia del gobierno para confiscar el oro y la plata.

En Occidente, el papel se utilizó ante todo como un medio de preservar las sumas contables en los bancos. Mucho antes de que se lo empleara como un medio de imprimir más dinero, los banqueros lo usaban para incrementar la provisión de dinero disponible. Tan sólo más tarde, y poco a poco, se impuso como un sucedáneo de las monedas en el comercio cotidiano. El desarrollo y la circulación inicial de billetes con valor monetario ocurrió como un efecto colateral de la actividad bancaria.

El papel moneda ayudó a resolver un problema central de la operación con el oro. Puesto que incluso las más ínfimas porciones de oro tenían gran valor, la gente encontró siempre la forma de adulterar las monedas de este metal. Una de las más simples consistía en hacer "transpirar" las monedas agitándolas vigorosamente dentro de una bolsa, de modo que chocaran entre sí y se rozaran, proceso que invariablemente dejaba un resto de polvillo de oro en el fondo de la bolsa. Una de las soluciones tempranas que los mercaderes del Mediterráneo dieron a este problema fue la de sellar las monedas de oro en una bolsita con el valor exacto y el tipo de moneda escrito en el exterior de la bolsa. Así, los mercaderes se habituaron a aceptar en pago una moneda que nunca podían

ver o tocar. Debían confiar en el sello de la persona que había cerrado herméticamente la bolsa; normalmente se trataba de algún otro mercader, un funcionario de gobierno o un banquero. Faltaba sólo un paso para que se desarrollara la práctica de mantener las monedas de oro en lugar seguro y hacer circular tan sólo su etiqueta.

El duque de Arkansas

Pese a la importancia del papel moneda en la historia de China, el sistema moderno no se desarrolló en China ni en la tierra de origen de Marco Polo e ibn-Batuta en el Mediterráneo. Evolucionó en las naciones comerciantes que orbitaban en torno del Atlántico norte. Con frecuencia encontramos, en documentos originarios de Europa, mención de dinero hecho de cuero en épocas de guerra o de sitios. Tales registros indican que los monarcas europeos empleaban ocasionalmente el papel moneda en períodos de crisis, sobre todo guerras, y sostienen que en Cataluña y Aragón Jaime I emitió papel moneda en 1250; no se conocen muestras del mismo. Luego, cuando los españoles sitiaron la ciudad de Leiden en los Países Bajos en 1574, el burgomaestre Pieter Andriaanszoon recolectó todo el metal existente, incluidas las monedas, para utilizarlo en la fabricación de armamento. Y para sustituir las monedas emitió pequeñas hojas de papel.

Durante la época de Gutenberg, la tecnología para imprimir y confeccionar papel de calidad se difundió por toda Europa. Ciertos investigadores sostienen que el *boom* en la producción de papel fue un resultado indirecto de la peste bubónica, que mató a un tercio de la población europea. Las viejas vestimentas que millones de víctimas de la peste dejaban tras de sí se convirtieron en materia prima barata para los papeleros y ello incentivó nuevos usos del papel. Independientemente de la importancia que se conceda a la peste como un estímulo real al negocio del papel, lo que sí es cierto es que la invención de los tipos móviles para imprimir creó un

nuevo y muy vasto mercado para los materiales impresos e hizo posible el uso generalizado del papel moneda.

En julio de 1661, el Banco de Estocolmo emitió el primer billete de banco en Europa, para compensar una escasez de monedas de plata. Aunque Suecia carecía de plata, poseía cuantiosos recursos de cobre y el gobierno de la reina Cristina (1634-1654) emitió grandes láminas de cobre a las que denominó *platmynt* (dinero laminado); pesaban aproximadamente 1.800 gramos cada una. En 1644, el gobierno acuñó las mayores monedas jamás emitidas: láminas de cobre de diez *dalers*, cada una de las cuales pesaba exactamente 43 libras y 7 $\frac{1}{4}$ onzas (alrededor de 20 kilos). Para no tener que acarrear tan pesadas monedas, los mercaderes aceptaban gustosos los billetes de cien *dalers*. Uno de estos billetes podía sustituir a 225 kilos de láminas de cobre.

No estaba claro en un principio si el papel moneda debía ser obra del gobierno o de instituciones privadas como los bancos. Generalmente, los bancos locales carecían de la facultad de crear divisas auténticamente nacionales. El primer experimento nacional de ese tipo de papel moneda se realizó en Francia.

Por real decreto del 5 de mayo de 1716, los franceses escogieron a un escocés, John Law, para que asumiera la conducción de un banco, el Law and Company, rápidamente rebautizado Banque Générale. John Law –un individuo bien parecido, acaudalado y muy popular entre las damas– había escrito varios panfletos acerca del comercio, el dinero y la banca, incluido *Money and trade considered with a proposal for supplying the nation with money* (*Función del dinero y el comercio para proveer de dinero a la nación*), publicado en Edimburgo en 1705, en el cual sostenía que el papel moneda podía generar riqueza. Law era una banquero autodidacta y también un peligroso apostador, condenado por asesinato en Inglaterra. Decía haber dado con la auténtica piedra filosofal para convertir en oro el papel, por la vía de imprimir papel moneda.[2]

La creación del banco se hizo a imitación del ya exitoso Banco de Inglaterra. Contando con la autorización especial de la monarquía gala, debía ser un banco privado que ayudara a reunir y administrar los fondos de la deuda pública. En conformidad con sus teorías acerca de los beneficios del papel moneda, Law comenzó a emitir de inmediato billetes, que representaban los bienes supuestamente garantizados del banco en monedas de oro.

Inicialmente, el banco funcionó muy bien, pero conservó su independencia durante apenas dos años, hasta que el duque de Orleans, que gobernaba como regente en nombre de Luis XV, entonces menor de edad, asumió el control de la entidad financiera por decreto del 14 de diciembre de 1718 y lo convirtió en la Banque Royale, el banco oficial del gobierno galo. John Law, para entonces duque de Arkansas, siguió administrándolo y emitió cada vez más billetes, puesto que contaba con la confianza del gobierno.

Law contribuyó asimismo a establecer en 1717 la Compañía de Occidente, más conocida como la Mississippi Company, creada para repatriar la enorme riqueza de las posesiones galas en Luisiana. Los primeros inversionistas obtenían utilidades de los inversionistas que seguían en la secuencia, en un gigantesco esquema piramidal. Para mantener la ilusión de que había grandes ganancias en el horizonte, los directores de la compañía contrataron a desempleados para que se disfrazaran de mineros y marcharan por las calles de París con palas y hachas sobre sus hombros, como si acabaran de arribar de Luisiana con las manos llenas. La Banque Royale imprimía papel moneda, que los inversionistas podían tomar prestado para comprar acciones de la Mississippi Company: la compañía empleaba entonces los nuevos billetes para pagar sus falsos beneficios. Juntas, la Mississippi Company y la Banque Royale estaban generando ganancias de papel sobre las cuentas de la otra. Muy pronto, el banco había emitido en papel moneda el doble de lo que existía en especies en todo el país;

obviamente, ya no podía garantizar que cada billete sería devuelto en su equivalente en oro. La Mississippi Company cayó cuando se hizo evidente que la riqueza jamás se materializaría, y el banco cayó con ella. A fines de 1720 la Banque Royale era un carro devastado que dejaba tras de sí una estela de billetes sin ningún valor.

En "La gran burbuja del Mississippi", el escritor norteamericano Washington Irving describe vívidamente la escena en París: "Las puertas del banco y las calles adyacentes se vieron de inmediato atestadas; una multitud famélica exigía dinero contante y sonante a cambio de los billetes de diez libras emitidos por el banco. Tan grandes eran la presión y la batalla que varias personas fueron sofocadas y apretujadas hasta que murieron de asfixia. La turba llevó tres de los cuerpos al patio del Palais Royal. Algunos clamaban por el regente, para que se asomara y contemplara los efectos de su espléndido sistema; otros exigían la muerte de Law, el impostor, quien había traído la miseria y la ruina al país".[3]

El defenestrado y odiado John Law, el cerebro detrás de todo el asunto del papel moneda, huyó a Inglaterra y luego a Venecia, donde murió en 1729. Su título, duque de Arkansas, murió con él.

Medio siglo después, durante la Revolución Francesa, los nuevos líderes republicanos buscaron financiar el gobierno y su revolución con una nueva modalidad de papel moneda, el *assignat.* En total, los varios gobiernos que se sucedieron durante la Revolución Francesa emitieron 40 mil millones de *assignats* antes de 1796. Hasta que el gobierno cedió por fin al furor de la opinión pública frente al *assignat* de papel y realizó un gran espectáculo público en la Place Vendôme, el 18 de febrero de 1796, en el que, ante una vasta muchedumbre, solemnes funcionarios destruyeron todas las máquinas, las planchas y el papel empleado para imprimir la moneda, en un afán por probar que el mismo *assignat,* no su manipulación por el gobierno, era el culpable del derrumbe monetario. El

gobierno recomenzó después el infortunado ciclo emitiendo aún más papel moneda pero con un nombre distinto: el *mandat.*

El padre del papel moneda

La concepción y la tecnología del papel moneda se habían establecido con firmeza en Europa, pero su primera aplicación exitosa ocurrió del otro lado del océano. Ni China ni Europa fueron la cuna del papel moneda; fue más bien Norteamérica, el continente donde siempre escasearon las monedas. John Kenneth Galbraith señala que "si la historia de la banca comercial puede adjudicarse a los italianos y la de los bancos centrales a los británicos, la del papel moneda emitido por un gobierno pertenece sin duda a los norteamericanos".[4]

Ya en 1690, la colonia de la bahía de Massachusetts imprimió papel moneda, el primero en Norteamérica. Después, los colonos imprimieron varios tipos de dinero para uso local por breves períodos; pero en buena medida fue un solo individuo el responsable de crear papel moneda en cantidades importantes para su utilización en forma casi permanente en tres colonias. Benjamín Franklin detenta el honor de ser el padre del papel moneda. En homenaje al protagonismo de Franklin en su creación, el billete de cien dólares –hasta ahora el mayor valor emitido por Estados Unidos para la circulación general– lleva su imagen.

Nacido en 1706 en Boston como el décimo y último vástago de un fabricante de velas y jabón, Franklin se crió en una familia carente de los recursos y conexiones sociales para contribuir a su educación. Fue instruido en el oficio de velero a la edad de diez años, tras haber completado sólo dos años de escuela. A los doce, se retiró del oficio para trabajar como aprendiz con su medio hermano James, un impresor de Boston que publicaba el *New England Courant,* fundado por él mismo en 1721. Las críticas de James a la administración colonial lo condujeron no pocas veces a la cárcel y a otros problemas con las autoridades británicas.

Franklin se formó pues como aprendiz de impresor. Se convirtió en un habilidoso lector, muy interesado en las ideas contenidas en los documentos que imprimía, y también en la tecnología de impresión. Dada la tormentosa relación que mantenía con su medio hermano, a poco andar dejó Boston por Filadelfia, donde encontró trabajo como ayudante de impresor. Más tarde, después de trabajar en Londres por un breve período, volvió a Filadelfia, donde él y un socio adquirieron su propia imprenta; muy pronto, no sólo estaba publicando libros sino escribiéndolos.

Pese a carecer de educación formal, Franklin llegó a ser el paradigma del intelectual ilustrado... y quizás el más venerado de todos los Padres Fundadores. Por su labor como impresor desarrolló un temprano interés en la fabricación de dinero. De hecho, él escribió uno de los primeros folletos acerca del papel moneda, a la temprana edad de veintitrés años. En una época en que el papel moneda existía sólo como sucedáneo de emergencia del dinero "real", él mismo imprimió una parte del primer papel moneda empleado en Estados Unidos, y siguió haciéndolo en forma periódica a lo largo de su vida.

En 1729 publicó *A modest enquiry into the nature and necessity of a paper currency* (*Una humilde indagación en la naturaleza y necesidad de una divisa de papel*). Las colonias intentaron ceñirse al plan de Franklin emitiendo papel moneda y él mismo fue contratado para imprimir la moneda emitida en Pennsylvania: un servicio que a veces provocó que su propio diario, el *Pennsylvania Gazette*, se retrasara en aparecer. Las autoridades coloniales de Londres, sin embargo, vieron la emisión de papel moneda como una usurpación descarada de sus facultades por los colonos, y en 1751 el Parlamento británico prohibió su empleo en toda Nueva Inglaterra. En 1764, amplió la prohibición a otras colonias norteamericanas. En respuesta a esa restricción parlamentaria, Franklin viajó a Londres en 1766 para pedir al Parlamento que autorizara la impresión de dinero.

Pese a su reputación posterior como diplomático y hombre de ciencias, Franklin salió adelante en su vida gracias a su trabajo como artesano, valiéndose de su talento empresarial para administrar una humilde imprenta. En los albores de la era de la información, fue un especialista en el rubro, imprimiendo y distribuyendo las ideas de su época para un público cada vez más cultivado. Su mensaje se centraba claramente en un credo que priorizaba la austeridad, la honestidad y el comercio.

Su compromiso con su ideario personal queda muy claro en una carta fechada el 11 de julio de 1765, que escribió en alusión a la Stamp Act [Disposición de la Corona británica que exigía el pago y uso de sellos en todos los documentos legales y comerciales relacionados con las colonias], más de un decenio antes de la Declaración de Independencia. "La holgazanería y la arrogancia son un impuesto aún más pesado que el de los reyes y parlamentos", escribió. "Si podemos librarnos de lo primero, fácilmente podremos tolerar lo segundo". Sus ideas se han convertido en parte del léxico y el horizonte mental que los norteamericanos exhiben hasta hoy en la esfera pública:

- Recuerda que el tiempo es dinero.
- Acostarse y levantarse temprano hacen a un hombre saludable, rico y sabio.
- Hay tres amigos leales: una vieja esposa, un perro viejo y dinero al alcance de la mano.
- Ningún país se ha arruinado a causa del comercio.
- En este mundo, nada es seguro excepto la muerte y los impuestos.

El credo de Franklin no orbitaba alrededor de la codicia o la tacañería, sino del trabajo hecho a conciencia. Abogaba por él no sólo como un medio de que los hombres alcanzaran la prosperidad, sino como la forma de mejorar a la sociedad.

Creía que el mundo sería un sitio mucho mejor si cada uno producía más y consumía menos.

Para él, el dinero tenía que ganarse siempre dentro de los límites de una ética social y personal estricta. A causa de ello, no podía aceptar la esclavización de una persona para favorecer las ganancias financieras de otra. Más adelante, después de que Estados Unidos obtuvo su independencia de Gran Bretaña, volvió su atención a la cuestión de la esclavitud, llamando a abolirla en toda la nación.

Benjamín Franklin fue un hombre de una honda moralidad; renunció a la religión oficial e incluso escarneció su hipocresía. Rechazó los dogmas religiosos y la jerarquía de los auténticos funcionarios que dominaban en la Iglesia, pero no la moral implícita en la religión. También para esta faceta muy personal de su filosofía disponía de una frase: "A quien se ayuda, Dios le ayuda".

Con su credo personal, sirvió bien a la comunidad y al país. Organizó la primera biblioteca pública en Filadelfia, y también un hospital, un departamento de bomberos, otro de policía y la Academia de Filadelfia, que se transformaría en la Universidad de Pennsylvania. También fundó un círculo de debates, que se convirtió en la American Philosophical Society. Ayudó a fundar la Oficina Postal de Estados Unidos y, como delegado a la Convención Constituyente, hizo que el censo fuera parte de la Constitución de su país. Inventó el filamento eléctrico, los lentes bifocales y la estufa Franklin, que producía calor seguro bajo techo con un mínimo de humo dentro de la casa.

En su devoción por el bien público, se negó a patentar sus inventos; aspiraba a que todo aquel que lo deseara pudiese fabricarlos. Decisiones como ésa le impidieron amasar una fortuna personal, pese a haber gozado de mucho éxito durante buena parte de su vida. Murió el 17 de abril de 1790, siendo un hombre de fama, muy admirado, aunque de recursos modestos.

Un experimento continental

La creación de los Estados Unidos de América brindó la oportunidad de poner en práctica muchas de las ideas de Franklin relativas al papel moneda. La nación recién surgida ofreció el primer experimento moderno con papel moneda a escala nacional, y la Revolución Americana exhibe el galardón de haber sido la primera guerra financiada con papel moneda, aunque fuera uno de muy rápida depreciación.

El Segundo Congreso Continental creó el papel moneda incluso antes de haber declarado su independencia de Gran Bretaña. Para asegurar su clamor de independencia, el nuevo país debía crear un ejército capaz de librar una guerra, pero el Congreso carecía de recursos monetarios para financiarlo. Para ello emitió notas de crédito supuestamente respaldadas por oro y plata y que suponían una pena severa para cualquier traidor que se negara a aceptarlas como moneda circulante. En 1777, el propio Congreso emitió un equivalente a 13 millones de dólares en billetes, denominados notas del Tesoro, pero a los que la mayoría de la gente apodó los "continentales", en virtud del rótulo *divisa continental* impreso en ellos.

Los continentales partieron con un valor nominal de un dólar español de plata molida, pero rápidamente comenzó a negociárselos a dos continentales por cada dólar de plata. Cuando el Congreso emitió más continentales para costear su prolongada campaña, su valor decayó de manera proporcional. Al iniciarse 1780, el Congreso había emitido unos 241 millones de dólares en continentales y éstos se transaban a una tasa de 40 por cada dólar de plata. Un año después, el valor de los billetes había caído a 75 continentales por dólar.[5]

En 1791, James Madison escribió en el *National Gazette* que "la situación de los Estados Unidos se parecía mucho a la de un individuo abocado a una empresa costosísima, llevada a cabo, por la necesidad de liquidez, con bonos asegurados por una propiedad cuya titularidad estaba en cuestión, y que ade-

más se viera enfrentado a una combinación de adversarios que se valía de cualquier artificio para denigrar esa garantía".[6]

El Congreso norteamericano dejó de emitir aquel papel moneda desvalorizado en 1780, pero la mayoría de los estados siguió emitiendo su propio papel moneda. Hacia 1781 el continental había perdido tanto valor que dio lugar a un nuevo cliché: "No vale un continental". Sin embargo, y por fortuna para la nueva nación, Gran Bretaña estaba renunciando a la batalla por conservar sus renuentes colonias y dirigiendo su atención comercial a cualquier otro sitio, siempre en busca de ganancias.

Tras un prolongado debate acerca de qué hacer con el continental tras la revolución de la independencia, el recién formado gobierno de Estados Unidos acordó amortizar los continentales circulantes en bonos del gobierno, pagados a razón de un centavo por continental.

Mas todo el experimento con el papel moneda provocó tanto disgusto entre los norteamericanos y generó una desconfianza tan grande en la divisa en papel que el país no volvió a imprimir papel moneda durante casi una centuria. Ni siquiera los delegados a la Convención Constituyente pudieron determinar lo que había que hacer con el papel moneda. En el artículo 1, sección 10, de la Constitución, prohibían a los estados que impusieran otro material que no fueran el oro y la plata como moneda de curso legal: "Ningún estado [...] podrá utilizar algo que no sea oro y plata como moneda para el pago de las deudas". Aun cuando el artículo 1, sección 8, otorgaba al gobierno federal la facultad de regular el valor del dinero, los delegados no se mostraron de acuerdo para otorgarle el poder de emitir papel moneda. Dadas las serias y muy voceadas diferencias de opinión entre los delegados respecto del valor y utilidad del papel moneda, la Constitución guardó silencio respecto de la facultad del gobierno federal para emitirlo.[7]

Para muchos norteamericanos, el experimento con una divisa de papel durante la Revolución fue un gran fracaso,

pues perdieron mucho dinero. A los ojos del resto del mundo, sin embargo, la experiencia aparecía como un gran éxito, puesto que, empleando la novedosa técnica de emitir papel moneda, habían ganado la guerra.

La casa de moneda de Mamón

En los años que siguieron a los más tempranos experimentos con papel moneda en Europa y Norteamérica, uno de los tratamientos más interesantes del tema vino firmado por Johann Wolfgang von Goethe, en su conocida tragedia poética del *Fausto.* En algún sentido, *Fausto* debe considerarse como dos obras en una, puesto que el propio autor publicó la Primera Parte en 1808 pero no completó la Segunda Parte hasta 1831, poco antes de su muerte. Las dos partes representan la visión, los intereses y el estilo contrastantes de un individuo joven y un anciano y, en cierta forma, el contraste entre el mundo medieval del romance, la fe y la magia y el mundo moderno de las finanzas, el racionalismo y el escepticismo.

La historia del doctor Fausto, tal y como nos la relata Goethe en la Primera Parte, se conocía desde antiguo cuando el autor la abordó. Trata de un profesor de alquimia del medioevo que busca transformar en oro los metales básicos y, más relevante que todo ello, adquirir un saber último acerca del universo y los placeres humanos. En esos afanes, hace un pacto con el diablo, prometiéndole su alma a cambio de que éste le garantice un momento de éxtasis que Fausto llegará a querer prolongar para siempre. Entonces el protagonista se enfrasca en una búsqueda que incluye la seducción de una joven y hermosa doncella y el abandono de la muchacha embarazada tras haber asesinado a su hermano. La historia que se relata en la Primera Parte del *Fausto* de Goethe es una tragedia de un alto contenido emotivo, escrita por un joven de genio en el inicio de su grandiosa carrera. Algunos estudiosos la han caracterizado como la obra literaria por esencia de la época romántica.

En la Segunda Parte de la obra, escrita al final de su vida, Fausto y Mefistófeles visitan la corte del emperador durante el carnaval que precede a la Cuaresma. El emperador es asediado por su encargado del tesoro y sus administradores, quienes le informan de la falta de fondos y la necesidad de pagar los salarios de la soldadesca y la servidumbre. Sus acreedores exigen el pago de las deudas que el monarca ha contraído con ellos. Para el caso, hasta la cuenta del vino está impaga.

Mefistófeles propone al emperador una forma de sortear sus agobios financieros. Ha dado con la clave para fabricar oro, el secreto que todos los alquimistas han buscado por siglos. Y obtiene del propio emperador la autorización para imprimir papel moneda: la "hoja caída del cielo".

Fausto llega al carnaval del emperador ataviado convenientemente con un disfraz de Plutón, el dios de la riqueza, y, a través de conjuros mágicos, él y Mefistófeles muestran al soberano las riquezas a las que podría acceder con sólo imprimir dinero. Así lo convencen de firmar un billete que dice "A quien corresponda: Conocido de todos los presentes sea que esta nota es moneda de curso legal equivalente a mil coronas y está garantizada por las inmensas reservas de riqueza celosamente guardadas bajo tierra en nuestros Estados Imperiales".[8] Es decir, ha basado la valía de su dinero en la *futura* explotación minera del oro, en tesoros aún no disponibles, enterrados bajo la tierra. A la mañana siguiente, el emperador ha olvidado que firmó el billete, pero durante la noche Mefistófeles ha confeccionado miles de copias con diversos valores. El nuevo dinero ya ha sido distribuido, para alegría de los acreedores, deudores, soldados y otros ciudadanos. El pueblo está encargando nuevas ropas y el dinero florece en manos del carnicero y el panadero. El vino corre con largueza en las tabernas e incluso los dados ruedan más fácilmente que antes. Los curas y las prostitutas se refugian en sus negocios con mayor entusiasmo que antes a causa del nuevo dinero, e incluso los prestamistas disfrutan de un negocio revivificado.

"¿Y el pueblo lo valorará igual que el oro honesto?", pregunta el incrédulo emperador. "¿Lo tomarán la corte y el ejército como un pago auténtico? Con lo muy extraño que lo hallo, me parece que debo aceptarlo."[9]

Al igual que John Law y Benjamín Franklin, cuyos experimentos con el dinero dejaron una duradera impresión en Goethe, su Fausto descubrió en el dinero la clave que conduce al universo económico moderno. El sistema consiste en pedir prestado a cuenta de futuras ganancias y en utilizar esas ganancias eventuales en el momento presente. Con esta provisión de papel moneda aparentemente inagotable, Fausto recrea literalmente la Tierra, drenando los pantanos, edificando factorías y nuevas granjas y excavando canales.

Goethe había mostrado que la economía monetaria moderna, basada en esta nueva y exótica modalidad de dinero, era "una continuación de la alquimia por otros medios".[10] Escribía su obra en las primeras décadas del siglo diecinueve, y pareció adivinar muchos de los logros industriales de esa época. En otros textos predijo la construcción del canal de Suez y, casi un siglo antes de la apertura del canal de Panamá y mucho antes de que Estados Unidos hubiera hecho su muy relevante aparición en la escena universal, Goethe predijo que la joven nación edificaría un canal que conectaría los océanos Atlántico y Pacífico. Como cientista y estadista, al igual que como poeta y dramaturgo, el autor alemán previó los grandes logros y las limitaciones del mundo industrial emergente, que estaría financiado por el novedoso sistema monetario del papel moneda.

En un principio, la difusión del nuevo dinero de Fausto trae consigo felicidad y mejoras para todos, pero muy pronto los costos ocultos comienzan a burbujear en la superficie. Los campesinos son asesinados en el proceso de explotar a fondo sus terrenos. Aflora una nueva casta de funcionarios gubernamentales con nombres como "la rapiña" y "los agarra-cuanto-puedas", términos que caracterizan sus actitudes ante la vida.

Muy pronto, la inquietud social en la nación recién enriquecida conduce a la rebelión y se perfila en el horizonte un antiemperador, que desafía al antiguo.

Las múltiples versiones del trato de Fausto con el demonio terminan todas de la misma forma, cuando este último reclama finalmente su deuda y desciende con Fausto a los infiernos. De todos los escritores y compositores que han abordado la historia del trato faustiano con el diablo, sólo Goethe, tras una vida entera de estudiar las pasiones y el comportamiento humanos, dio a la historia un final distinto. En los versos finales del poema, una facción de ángeles celestiales roba el cuerpo de Fausto a Mefistófeles y canta: "A ése cuyos empeños no cesan jamás, bien podemos brindarle la redención".[11]

El siglo diecisiete marcó el poco auspicioso debut del papel moneda en la escena mundial contemporánea, pero, como quedó demostrado por los casos francés y norteamericano, el recurso traía consigo grandes riesgos potenciales. En la medida que estuviera respaldado por oro o plata, todo parecía ir bien y el papel resultaba tan confiable, e incluso más conveniente, que los metales preciosos. Con todo, invariablemente el gobierno o el banco a cargo de imprimir el dinero emitían más papel moneda que el que podían respaldar. Sin importar la razón o lo muy urgente de los motivos, una vez iniciada esta fase, el proceso de devaluación crecía en espiral, con cada vez más billetes emitidos a un valor cada vez menor.

Sus peligros y tentaciones, al igual que el gran misterio que rodeaba al papel moneda, pesaron muchísimo en los teóricos y poetas del siglo diecinueve. En *Edipo tirano*, escrita en 1820 por Shelley, la codicia incita a la gente a abusar del papel moneda. Esta perspectiva se torna muy clara cuando Mamón aparece y pregunta a otro de los personajes: "¿Qué pasa ahora, mi buen amigo?... ¿Que os falta el dinero? Venid a mi casa de moneda, acuñad papel en gran cantidad, hasta que el oro no sea ya más valorado en su justo precio y se avergüence de tener que mostrar su biliosa faz".

El dinero partió siendo una mercancía específica, tangible, como las conchitas de caurí y los discos de piedra, las habichuelas del cacao y las pepitas de oro. En una segunda fase, circuló en forma de papel, el que retuvo su cualidad tangible pero perdió valor como mercancía. El papel moneda no se podía comer, como se hacía con los bloques de sal o las semillas de cacao, ni podía fundírselo y transformarlo en herramientas u ornamentos de metal, como pasaba con las monedas de cobre, aluminio, oro y plata. El papel moneda carecía de utilidad excepto como dinero. El uso de monedas y otras mercancías implicaba una abstracción enorme, pero el uso de papel volvió el dinero todavía más abstracto.

Ya se lo viera como una solución a problemas prácticos, como lo concebía Benjamín Franklin, o como un pacto faustiano con el demonio, como lo concibió Goethe, el papel moneda desempeñaría un papel crucial en los siglos diecinueve y veinte, reportando grandes utilidades a algunos, a un gran costo para otros.

9

El dinero métrico

El dinero, como los números o el derecho,
es una categoría del pensamiento.
OSWALD SPENGLER

El papel, respaldado por el oro, hizo posible el uso generalizado del dinero. Amplió su función a nuevos mercados, le confirió nuevos usos y una nueva clientela. Pero, aparte de la novedosa tecnología del papel, la gente necesitaba comenzar a pensar en el dinero de otra forma. El papel podía simplificar su uso, pero para que su empleo se generalizara era preciso simplificar en términos intelectuales el sistema de las diversas monedas existentes. El dinero venía en múltiples unidades, difíciles de relacionar entre sí, y todavía más con las unidades de otras naciones. La simplificación llegó a través de la gradual decimalización del dinero, un proceso que comenzó en Rusia pero alcanzó su plena expresión en la divisa naciente de Estados Unidos y, más tarde, en la Francia revolucionaria.

Ya en 1535, los rusos empleaban un sistema en que cien dengas equivalían a un rublo de Novgorod. Pedro el Grande modernizó el sistema y cambió el denga por el kópek, creando un sistema que sobrevivió hasta el siglo veinte.

El 15 de marzo de 1719, Pedro el Grande emitió un real decreto que transformó uno de los cuarteles de su nueva capital en la primera casa de moneda de la ciudad. Las instalaciones de la casa de moneda de Moscú se transfirieron a San Petersburgo para elaborar las nuevas monedas del zar, las primeras de las cuales fueron simplemente monedas de plata de otros países que la fundición rusa volvió a acuñar en honor de Pedro el Grande.

Estados Unidos adopta el sistema decimal

Aun con lo racional que parecía el nuevo sistema, ningún otro monarca quiso imitar a Rusia, a la que consideraban un país atrasado. Todos rechazaron esa divisa decimal, prefiriendo sus confusos sistemas tradicionales, más fácilmente manipulables. El sistema ruso tuvo sus primeros imitadores no en los palacios de otras monarquías europeas, sino en los salones revolucionarios de las colonias británicas en Norteamérica. Avidos de romper con todo lo que oliera a realeza, incluido el dinero real en que venía grabada la imagen del rey británico Jorge III, los colonos norteamericanos emprendieron la búsqueda de un nuevo sistema. Incluso los nombres de las monedas británicas, como "corona" y "soberano", evocaban en demasía la mística de la realeza, y los radicalizados norteamericanos buscaban un sistema monetario auténticamente republicano, aunque con base científica.

En 1782, el superintendente de finanzas estadounidense envió un informe al Presidente Washington y al Congreso, recomendándoles que Estados Unidos adoptara un sistema monetario decimal. El sistema propuesto dividiría el dólar, o "unidad", en cien partes iguales. Thomas Jefferson recomendó a su vez que la parte más pequeña, un centésimo de dólar, fuera denominada "centavo", término derivado de la palabra latina equivalente a cien, y que la décima parte de un dólar fuera un *dime,* del latín equivalente a un "décimo". El nuevo sistema monetario fue perfeccionado en el *Report on the establishment of a mint* (*Informe para la creación de una casa de moneda*), de Alexander Hamilton, posiblemente el norteamericano más entendido de la época en términos financieros. El Congreso adoptó los elementos básicos de este sistema en 1785 y 1786 y lo aprobó del todo en la Ley de Acuñación de Moneda de Alexander Hamilton, el 2 de abril de 1792.

Puesto que los rusos sólo habían decimalizado el rublo, empleándolo en conjunto con otras monedas, el suyo no era un sistema decimal por entero. El sistema monetario de Esta-

dos Unidos se transformó en el primer sistema decimal completo en el mundo.

La adopción de un sistema decimal inmediatamente después de la Revolución Americana influyó poderosamente en las actitudes de los monarcas europeos, quienes asociaron el sistema en cuestión con la revuelta política y la subversión. Dicha asociación contribuyó al rechazo que la monarquía experimentaba ante el sistema decimal y fortaleció su compromiso con su propio sistema, sin importar lo anticuado y extravagante que pudiera resultar.

La mayoría de los países dividía en aquella época su moneda en unidades arbitrarias. El dólar español, por ejemplo, se componía de ocho reales. Los ingleses habían utilizado por siglos una confusa mescolanza de chelines, cuartos de peniques *(farthings),* coronas, soberanos, peniques, guineas y libras esterlinas, confeccionados todos de varios metales, con valores recíprocos eternamente cambiantes. Un chelín se componía de 12 peniques, y la libra, de 20 chelines; así, 240 peniques hacían una libra. La guinea, una moneda de oro de mayor tamaño, era equivalente a una libra más un chelín, o a 260 peniques, y cada penique se componía de 4 *farthings.* Para contribuir al enredo, cada moneda contaba con su propia abreviatura (£, s., p.), pero no era posible expresarla en decimales. En 1971, el Reino Unido abandonó finalmente este enigmático sistema, y fue uno de los últimos países del mundo en adoptar una divisa decimal. Hoy la libra consta de cien peniques, y es posible expresar limpiamente los precios tan sólo en términos de la libra esterlina, como cuando se escribe £1.47.

Bajo la dinastía borbónica, el sistema de acuñación galo se centró alrededor del luis de oro, que valía 10 libras; cada libra valía 20 *sols* y cada *sol* 12 denarios. Además de las monedas de oro, 60 *sous* constituían un *ecu* de plata. El 7 de octubre de 1793, en el fragor de su Revolución, Francia siguió el ejemplo de Estados Unidos y Rusia y adoptó el *calcul décimal,* pero fue ante todo un gesto simbólico, dado que el gobierno no pudo

alterar en nada la acuñación de moneda en medio de una revolución violenta y el posterior reinado del Terror. En 1795, Francia sustituyó la denominación "libra" por el "franco", que estaba constituido por cien céntimos. Y no fue sino hasta 1803 que el país acuñó verdaderamente nuevas monedas empleando el sistema decimal. De todas formas, este sistema es el que ha sobrevivido.

La Francia revolucionaria llevó su sistema decimal a todas las regiones que conquistaron sus ejércitos. Para los revolucionarios galos, los sistemas decimal y métrico simbolizaban la racionalidad de la Revolución. En la convicción de que ésta representaba mucho más que un mero cambio político, Francia impuso su sistema decimal como parte de un paquete amplio de beneficios conferido a los pueblos a los que la lucha había librado de la tiranía monárquica. En 1798, Francia conquistó Suiza, la transformó en la República Helvética y le impuso un sistema monetario unificado en el que diez *rappen* equivalían a un *batzen*, y diez *batzen* a un franco suizo. La mayoría de los estados itálicos aceptó sistemas decimales análogos durante la era napoleónica y, poco a poco, a través del siglo diecinueve, otros países siguieron su ejemplo, a menudo como consecuencia de una revolución o un cambio político fundamental.

El fetiche métrico

Mediante una serie de decretos promulgados en 1793, la Convención, como se autodenominaba por entonces la asamblea legislativa de Francia, impuso el sistema decimal y las nociones métricas con alcances bastante más hondos que los de su finalidad original. Los sectores radicalizados de la Revolución Francesa querían que se asociara la democracia revolucionaria a la decimalización. Luego volvieron su atención a la medición del espacio. La Convención abolió el ángulo recto de 90° y lo sustituyó por el de 100°. Luego dividieron cada grado en cien minutos, conformando un círculo de 400° en total, en lugar de los extraños 360° habituales.

En medio de un fervor por la decimalización que opacaba al de Thomas Jefferson y otros vehementes norteamericanos de la época, la Convención resolvió también que el conteo del tiempo se basaría en el sistema decimal y no ya en el antiguo sistema babilónico de sesenta unidades para los segundos y los minutos con un total de doce horas. El 24 de noviembre de 1793, la Convención especificó que el minuto estaría compuesto por cien segundos y cada hora por cien minutos. Hasta se llegó a fabricar unos cuantos relojes del nuevo tipo, pero ante la necesidad de funcionar con diez mil segundos por hora resultaron muy difíciles de fabricar, de operar y de entender.

Bajo el nuevo sistema, diez horas serían equivalentes a un día, y diez días a una semana, que ahora se llamaría *decad*. Tres *decads* conformarían un mes. Según su nuevo calendario, Francia celebraría el Año Nuevo el 22 de septiembre, en el equinoccio de otoño, y todos los años quedarían numerados a partir de la instauración de la República Francesa en 1792. El nuevo calendario conservó el número de doce meses, pero se les dio nuevas denominaciones según el clima de Francia durante cada mes. Los meses fueron organizados en cuatro estaciones, cada una con su agrupación diferencial de sufijos. Los tres meses de la primera estación, el otoño, concluían en la partícula *aire:* lo que en el calendario tradicional había sido el 22 de septiembre se convirtió así en el primer día de *Vendémiaire* (Vendimiario).[1]

A casi nadie le gustó el nuevo día galo de cien mil partes y el gobierno francés lo abandonó el 18 Germinal del año III (7 de abril de 1795), pero los nuevos meses siguieron en vigor en Francia hasta el 1 de enero de 1806, fecha en que Napoleón descartó por completo el calendario republicano y volvió al gregoriano.

Pese al fracaso del reloj y el calendario revolucionarios, ambos de carácter decimal, el sistema decimal de acuñación de moneda, pesos y medidas sí fue bien recibido debido a su utilidad, y Napoleón ayudó a difundirlo en toda Europa con

sus ejércitos, que combatían de España a Rusia. Se elaboró un metro de platino que fue depositado en los Archivos del Estado francés para que se lo utilizara como el metro oficial de referencia.

El pensamiento decimal se desarrolló en Francia como una suerte de fetiche nacional de la clase revolucionaria y de sus aliados académicos. La adopción del sistema decimal de acuñación de moneda ayudó a preparar a los legisladores y la opinión pública para el sistema decimal aplicado a otras áreas, como pesos y medidas. La primera propuesta sistemática de un sistema decimal de pesos y medidas se remontaba a mucho tiempo atrás y había sido obra de Gabriel Mouton, vicario de la iglesia de Saint Paul de Lyon en 1670. En aquella época, la exótica idea atrajo escasamente la atención, pero durante años los estudiosos le dieron vueltas a la propuesta de Mouton, hasta que evolucionó hacia lo que ahora conocemos como el sistema métrico. Los hombres de ciencia establecieron la longitud del metro en un diezmillonésimo del meridiano terrestre que pasa por París. Empleando el metro como medida determinante de las distancias, lo multiplicaron por mil para crear el kilómetro y luego lo dividieron en cien centímetros y en mil milímetros. También establecieron el litro como una medida para líquidos y áridos equivalente a un cubo que medía la décima parte del metro por arista.

La comunidad científica comenzó a valorar muy tempranamente, y en todo el mundo, las unidades estandarizadas. Cada país, sin embargo, consideraba su propio sistema como el mejor y el que el resto del mundo debía adoptar. Nadie, en especial los británicos, quería aceptar un conjunto de pesos y medidas basado en el meridiano terrestre que pasaba por París.

En Gran Bretaña, uno de los primeros defensores significativos de un sistema decimal de base científica fue el ingeniero e inventor escocés James Watt, quien inventó, entre otros artilugios mecánicos, la moderna máquina de condensación

del vapor. En 1783 creó un conjunto de medidas al que denominó la "libra filosófica". Se componía de diez "onzas filosóficas", cada una de las cuales se dividía a la vez en diez "dracmas filosóficos". Aunque ningún país, ni siquiera Inglaterra, adoptó nunca el sistema completo de Watt, su nombre sirvió para designar la unidad de energía a la que aún se denomina watt (vatio). También acuñó el término "caballo de fuerza", aplicable a una unidad de potencia equivalente a 747,5 vatios.

El sistema de pesos y medidas de Watt difería en ciertas cuestiones específicas del sistema métrico francés, pero su base lógica era prácticamente la misma. El plan de Watt tuvo un gran y en buena medida involuntario impacto sobre el comité que supervisaba la elaboración del sistema galo.

Aun cuando los nuevos pesos y medidas fueron establecidos por edictos gubernamentales, fue el comercio el que los volvió universales. Los Países Bajos, que incluían a Bélgica, adoptaron el sistema métrico en 1816. Las pequeñas naciones de Europa requerían de un sistema que simplificara el comercio en expansión a través de las múltiples fronteras nacionales. En lugar de hacer obligatorio el sistema métrico, el gobierno francés permitió en un principio que operara en forma paralela a otros sistemas más antiguos, y así hasta 1837, cuando decretó que en 1850 sólo se aceptaría el sistema métrico para realizar negocios en Francia.

Un factor que influyó poderosamente en el giro a favor del sistema métrico provino de la celebración de exposiciones mercantiles internacionales, las que serían conocidas como exposiciones universales y que partieron con la Exposición de 1851 en Londres. Gran Bretaña no dio un giro hacia el nuevo sistema de pesos y medidas a causa de la íntima asociación del sistema con las nociones y prácticas políticas tan extrañas de Francia, pero la Exposición sirvió para promover el sistema, que se ganó la adhesión de todos los grupos de científicos presentes. También obtuvo apoyo más fervoroso de la

comunidad mercantil, que apreció su importancia para configurar un mercado internacional para sus productos.

Conminados por los industriales y otros defensores del sistema métrico –que propiciaban su empleo para la moneda y los pesos y medidas–, los científicos se reunieron en un congreso estadístico internacional durante la siguiente feria universal, la Exposición de París de 1855. El jurado internacional de la Exposición de París recomendó que todas las naciones adoptaran los sistemas métrico y decimal como una forma de expandir la ciencia y el comercio. En un rapto de optimismo, el jurado concluyó asimismo que el uso del sistema métrico promovería la paz mundial. Como siempre ha ocurrido con los hombres de ciencia cuando les da por filosofar, confundían las aplicaciones prácticas y puramente científicas con la esfera de la utopía. Y, a pesar de tan encumbrados ideales, la Primera Guerra Mundial vino a demostrar que los Estados eran tan proclives a la guerra cuando las armas se contabilizaban mediante el sistema métrico como con cualquier otro sistema.

El tratado monetario de Viena, firmado el 24 de enero de 1857, contribuyó a impulsar la adopción del sistema decimal para la acuñación de moneda y alentó la adopción de pesos y medidas de naturaleza métrica. Tras la unificación de Italia en 1861 y de Alemania en 1871, los nuevos gobiernos optaron por el sistema métrico como una forma de estandarizar los sistemas tan diferentes de las naciones que los componían. Austria lo hizo en 1873 y, una a una, las restantes naciones europeas adoptaron el cambio, seguidas de México (1862), Siam (1889), Japón (1891), Egipto (1892), Túnez (1895) y Rusia (1900). Para imponer el acatamiento de las nuevas leyes, algunos países adoptaron medidas muy drásticas. El sultán otomano, por ejemplo, impuso el cambio al sistema métrico en 1886 y en 1891 ordenó confiscar todas las balanzas restantes para asegurarse de que sólo se emplearan las balanzas métricas.

Aunque Estados Unidos fue el primer país en adoptar un sistema exclusivamente decimal para su moneda, con toda probabilidad será el último en adoptarlo para los pesos y medidas. Ya en 1866 el Congreso estadounidense aprobó el sistema métrico como un sistema opcional, para su empleo en los negocios del país, pero la idea jamás ha prendido entre la población norteamericana.

Con todo, los estadounidenses aplicaron de hecho el sistema decimal en una vertiente inesperada, a través de la obra del que de otro modo sería un oscuro bibliotecario de Nueva York y profesor de la Universidad de Columbia: Melvil Dewey, quien dividió los libros de su biblioteca en diez categorías, las que luego dividió y redividió en lo que llegó a conocerse como el sistema decimal de clasificación Dewey. En 1876, a sus veinticinco años, publicó los detalles del sistema en *Decimal clasification and relativ index* (*Clasificación decimal e índice relacional*), que fue poniendo al día en forma continua hasta 1931, el año de su muerte.

La revolución científica

Al expandirse el uso de dinero hacia estratos cada vez más bajos de la sociedad, y al difundirse a la vez la noción del mercado en todo el mundo, incluso los campesinos más desposeídos debieron aprender matemáticas elementales y los principios del mercado. Esta transición hacia una nueva forma de razonar se aprecia en las narraciones folclóricas e infantiles de ese período. Los mitos y sagas de las eras más tempranas se centraban en los héroes y monstruos, en las armas y el conflicto, en el sentido del honor y el orgullo y en la batalla sobrehumana contra las fuerzas sobrenaturales.

Pero, si nos fijamos en las historias de la época feudal, nos topamos con el protagonista de "Jack y las habichuelas", quien casi mata a su madre viuda de un infarto al intercambiar su valiosísima ternera por un puñado de habichuelas. La historia narra el absurdo intercambio que realiza el muchacho, quien

no sabía nada del mercado. Por fortuna, las habichuelas resultan tener poderes mágicos y Jack hace la fortuna de su familia robándole sus posesiones a un gigante. Historias similares tratan de gansos que ponen huevos de oro o de la búsqueda de una marmita de oro en el extremo del arco iris. Al adentrarnos en el período feudal tardío, y hasta los inicios de los tiempos modernos, cada vez más relatos campesinos aluden al dinero, el mercado y a cómo operar en él... o cuando menos, cómo evitar que alguien con poderes sobrenaturales lo engatuse a uno.

El dinero obliga a los seres humanos a reducir las diferencias cualitativas a cuantitativas. Los obliga a numerar las cosas, y esta cuantificación permite comparar entre sí cosas muy disímiles. Esta enumeración impulsó el desarrollo de las matemáticas y, cuando se la aplicó a otras áreas, hizo posible la ciencia. La tendencia a la enumeración se ha convertido en la base del pensamiento moderno, desde el auge de las matemáticas y la ciencia a la objetivación cada vez mayor del derecho, la medicina, la enseñanza y prácticamente todas las profesiones.

El sistema decimal y su gemelo, el sistema métrico, no sólo cambiaron la forma en que la gente manejaba el dinero y los números, sino que transformaron su forma de razonar. Un novedoso empirismo del pensamiento, junto con una estricta disciplina monetaria en el empleo de los números y las categorías, tuvo gran impacto en el despertar intelectual que significó la Ilustración en el siglo dieciocho. La nueva casta de intelectuales ya no buscaba alcanzar el conocimiento por la única vía de estudiar las obras de antiguos académicos y autores religiosos. Ellos mismos podían crear el saber a través de la observación y el registro de los acontecimientos que presenciaban. Podían inducir el conocimiento a partir de la evidencia, y no meramente deducirlo de las Sagradas Escrituras o el dogma establecido. En la vida diaria, la gente había aprendido siempre por inducción y empirismo, por las lecciones de la experiencia, pero ese mismo derrotero hacia el conocimiento gozaba de escasa legitimidad en los claustros académicos.

Con las nuevas formas de medir y la importancia creciente de los números en la investigación científica, los hombres de ciencia inventaron nuevos instrumentos de medición. Además de mejorar las escalas de pesos antiguas y el reloj, los espíritus innovadores desarrollaron el termómetro para medir la temperatura, el barómetro para medir la presión del aire y el hidrómetro para medir la humedad.

Quienes lideraron la revolución científica no eran académicos en el sentido tradicional o clásico. Por lo general carecían de formación universitaria y no detentaban cátedras o cargos académicos en las universidades. En vez de ello, llevaban a cabo su labor en el dominio pragmático de los individuos que trabajaban con sus manos para sobrevivir. En este grupo de innovadores se incluyen individuos como Benjamín Franklin, o gente como Joseph Priestley, hijo de un sastre de Yorkshire que estudió para ser ministro congregacionista pero se dedicó a la indagación científica, hasta que por sus simpatías por la Revolución Francesa lo expulsaron de su hogar. Entonces emigró a Pennsylvania, el hogar de su héroe Benjamín Franklin, y allí descubrió el oxígeno y pasó buena parte de su vida dedicado a los experimentos científicos.

Otro de estos hombres fue Louis Pasteur, quien trabajaba para mejorar la elaboración de cerveza y la fabricación del vino. Su obra inicial en el área de la salud se derivó de la búsqueda de una cura para las enfermedades del gusano de la seda, que tenía como fin salvar a la industria de fabricación de la seda.

Una seguidilla de nuevas disciplinas científicas surgió con la Ilustración: la química, la física, la biología y la geología. Sin los cambios en el pensamiento y en las formas de medición que trajeron consigo la difusión del mercado y el sistema monetario, y la difusión concomitante de los sistemas métrico y decimal, es difícil imaginar que los académicos pudieran haber desarrollado algo como la tabla periódica, que vino a identificar y clarificar el código de los elementos químicos

básicos y los ordenó por su peso atómico. No es coincidencia que el químico Dmitri Ivánovich Mendeléiev (1834-1907), quien inventó la tabla periódica de elementos, fuera el director de la Secretaría Rusa de Pesos y Medidas en San Petersburgo.

La revolución científica y la revolución industrial constituyen una secuencia, aunque es difícil separarlas con nitidez. Como dice el historiador de la ciencia J. D. Bernal, "no es accidental que las formulaciones intelectuales de la ciencia, los cambios técnicos en la industria y la hegemonía económica y política del capitalismo se expandieran y florecieran juntos en la misma época y los mismos lugares".[2]

El socialista alemán Friedrich Engels acuñó en 1844 el término "revolución industrial" para aludir a los acelerados cambios tecnológicos y científicos que habían acontecido en la industria en el siglo precedente. Esa revolución emanó directamente de la era mercantil previa. Un sistema mundial de comercio permitió que los textiles fabricados en Inglaterra efectivamente se vendieran a bajo precio en Africa, India y las Américas. Más importante aún fue el contacto europeo con los indios americanos, lo que proveyó al mundo de un vasto espectro de nuevas cosechas y productos, como los pigmentos colorantes, el tabaco, un algodón de calidad superior y el caucho. Los nuevos productos, junto con un mercado que se expandía de manera sustancial, suscitaron una revolución, primero en la fabricación de textiles y luego en todo el resto de la producción.

La minería aportó algunos logros industriales fundamentales, como el mejoramiento de las máquinas de bombeo, lo que impulsó el desarrollo de la máquina a vapor. El uso de explosivos en las minas contribuyó al desarrollo de la química y a la comprensión de cómo operaba la pólvora. La necesidad de transportar el mineral de manera expedita en vehículos rodados condujo al desarrollo de vagones que se desplazaban sobre rieles, y cuando esta innovación se sumó a la máquina a vapor, apareció el ferrocarril.

Las industrias de telecomunicaciones y electricidad surgieron de la necesidad de contar con mejores comunicaciones en los negocios. La electricidad no tenía en apariencia otra función práctica que la de entretener a la gente en las fiestas, hasta que se descubrió que podía utilizársela para enviar mensajes a través de un sistema conocido como código Morse. El grupo social que requería con mayor urgencia de comunicaciones rápidas lo conformaban los hombres de negocios, para quienes las noticias frescas equivalían a dinero, puesto que afectaban el alza y la baja de las acciones y los precios agrícolas.

Como había sucedido tan a menudo en el pasado, la comunidad universitaria se comportó con patética lentitud a la hora de admitir estas nuevas áreas de investigación y del conocimiento en su sistema de estudios. No fue sino hasta mediados del siglo diecinueve, bajo la presión enorme de los fabricantes y los gobiernos, que las grandes universidades europeas comenzaron de modo renuente a abrir sus puertas a las nuevas disciplinas científicas. Alemania marchó a la cabeza, seguida de Inglaterra y Francia, estas dos últimas inspiradas en buena medida en el éxito de las exposiciones universales tempranas, que habían destacado la importancia de la unidad de ciencia e industria. La gran Exposición de 1851 en Londres derivó en la creación del Royal College of Science, siguiendo en parte el modelo de la Ecole Normal Supérieure y la Ecole Polytechnique francesas.

Las disciplinas científicas se toparon con grandes dificultades para integrarse al currículo establecido en las universidades. A menudo se las relegaba a escuelas politécnicas especiales. Las grandes universidades se mostraban reticentes a la hora de hacerle un lugar a la ciencia, y sólo lo hacían porque un grupo de industriales pagaba por el nuevo programa. En términos administrativos y espaciales, las ciencias estaban separadas de las humanidades y tenían su propia sección dentro de la universidad.

En el curso del siglo diecinueve, los académicos comenzaron a aplicar los principios científicos a algunas áreas fuera de las matemáticas y fuera del dominio de los fenómenos naturales. Adaptaron la metodología científica al estudio de la sociedad, de la política y la economía. Este nuevo rigor aparece claramente en los escritos de Karl Marx, quien se propuso realizar un análisis científico de la historia del hombre y aplicarlo a sus sistemas políticos y económicos. Y tradujo su afán académico en acción directa, apoyando el comunismo, un movimiento que gozó de escasas simpatías en vida de Marx.

Las nuevas disciplinas de la economía, la sociología y la antropología adoptaron los métodos introducidos en las ciencias naturales, aunque con resultados menos exactos y eficaces. La economía, que el historiador escocés Thomas Carlyle caracterizó después como "esta ciencia tan lúgubre", fue un retoño de la Ilustración y una disciplina de estudio y análisis engendrada por la importancia cada vez mayor de los números, las mediciones y el dinero. A través de las obras de académicos como sir James Denham Steuart, quien en 1767 publicó *Inquiry into the principles of political economy* (*Indagación en los principios de la economía política*), y del más afamado Adam Smith, la economía surgió poco a poco como una disciplina y un enfoque distintivos de la vida social y las organizaciones humanas. Partiendo con el propio Smith, la economía mostró cómo la vida se organiza a través del intercambio.

10
La comezón del oro

El tiempo habrá de correr de ida y vuelta a la Era Dorada.
JOHN MILTON

Como la mayoría de las grandes capitales, Londres tiene muchas caras, pero la más conocida es el semblante aristocrático que muestra al mundo en los grandes acontecimientos públicos determinados por los elaborados rituales de la realeza. Es la faz del rostro imperial ceremonioso, de la pompa y circunstancia de un gobierno que hoy opera tras la fachada de sus instituciones monárquicas, empapadas de tradición. Esta imagen y esta puesta en escena oficiales son claramente apreciables en Londres en el distrito de Westminster, en el área triangular comprendida entre la abadía de Westminster, el palacio de Buckingham y la plaza de Trafalgar, cuyas rectas avenidas se ven flanqueadas por vastos parques abiertos y las edificaciones homogéneas de la guardia real y las dependencias de gobierno. En ese sector se lleva a cabo la mayoría de las ceremonias fundamentales de la monarquía británica, desde las coronaciones y la apertura del Parlamento a los funerales y la celebración del cumpleaños de la reina. El área de Westminster fue diseñada y alhajada específicamente para los vastos despliegues imperiales, con grandes carruajes, caballos haciendo cabriolas, plumas ondeando en el aire y una variedad de uniformes militares y oficiales no igualada por los de ninguna otra corte del mundo desde la caída del imperio otomano.

Menos reconocida por los extranjeros y turistas, la otra faceta relevante de Londres ocupa el área de unos tres kilómetros

cuadrados que oficialmente se designa como la City de Londres. En la ciudad se la conoce simplemente como "la City". Ocupa la parte más antigua de la capital británica, donde se fundó la colonia romana original y funcionó alguna vez la ciudad medieval. La City comprende el área a lo largo de la orilla septentrional del Támesis, más o menos entre la Torre de Londres por el este y la catedral de Saint Paul por el oeste. En 1666 el Gran Incendio de Londres la destruyó, y nuevamente resultó arrasada por las bombas alemanas durante la Segunda Guerra Mundial, pero ha resurgido una y otra vez con el mismo alambicado patrón medieval de callejuelas, aun cuando los edificios restaurados y reconstruidos están ahora por completo entremezclados con los más nuevos y modernos. Sin embargo, el diseño de la ciudad es en esencia el mismo de la antigua colonia romana de Londinium.

Las ruinas de la muralla romana marcan aún los límites de la City, pero hoy modernos escuadrones policiales patrullan el área, resguardando el corazón financiero de la nación de los ataques terroristas. Sus integrantes se hallan apostados en todas las calles conducentes a la City; a diferencia de los coloridos *beefeaters, warders* y otros guardias ceremoniales esparcidos por Londres, los integrantes de estos escuadrones visten con el único propósito de resguardarse de la violencia: se les ve con pesados chalecos antibalas y robustos cascos, portando subametralladoras cargadas y prestas a disparar, y detienen a todos los vehículos, desde las bicicletas a los camiones, que ingresan a la City. Pese a su vigilancia, una bomba ocasional abre otro agujero en las calles o arranca de cuajo el frontis de un *pub* cualquiera o de un edificio de oficinas de esta área densamente poblada.

La City ha sido un centro financiero desde que los romanos la eligieron como el sitio en el que edificarían un puente que cruzara el Támesis. Durante aproximadamente un milenio, ese puente fue el único que atravesaba el río, con lo que el área se volvió clave para el comercio de la época. La mayo-

ría de los antiguos mercados sólo sobrevive en las denominaciones de las calles del sector, que tienen desde hace mucho otras funciones. El mercado de los granos en la era medieval ocupaba el área que todavía se conoce como Cornhill (colina del maíz), por ejemplo. Los principales mercados estaban en el Cheapside (sector barato), y otros de menor importancia a lo largo de Wood Street (calle de la madera), Poultry Street (calle de los pollos), Ironmonger Street (calle de las ferreterías), Milk Street (calle de la leche), Bread Street (calle del pan) y hasta Love Lane (callejuela del amor). Todos esos mercados desaparecieron con el correr de los siglos, pero fueron reemplazados por otros bastante más grandes y más importantes para la economía mundial.

Todas las calles de la City parecen converger hacia una intersección de siete vías que constituye el corazón del área. Aquí se yerguen los imponentes edificios del Banco de Inglaterra; el Royal Exchange, que alberga al mercado de futuros y la Mansion House, presidida por el lord alcalde, así como la grisácea fortaleza de hormigón del moderno mercado bursátil. Cerca de allí se alza el cuartel general de la enorme agrupación mundial de aseguradores conocida como Lloyd's de Londres. A contar de 1986, Lloyd's instaló sus oficinas en un edificio de acero y cristal parecido a una refinería de petróleo sobredimensionada pero ruinosa y que, muy probablemente, posee los méritos suficientes para ser considerado el edificio más horrible que se haya levantado en el siglo veinte.

La relación entre la City y la Corona –como aún se llama a sí mismo el gobierno británico– nunca ha sido del todo cordial. En 1066, la City se encerró tras sus gruesos muros y se negó a rendirse ante Guillermo el Conquistador, incluso después de la batalla de Hastings, por la que éste conquistó el resto de Inglaterra. Tan sólo gradualmente llegó la City a un acuerdo con el nuevo monarca, y acabó reconociéndolo como tal pero siguió administrando sus propios asuntos a través de

su liga corporativa. Después de aceptar el compromiso, el aún receloso Guillermo edificó su castillo más imponente a orillas de la propia City, de modo de tenerla a la vista, y durante ocho largos siglos la mayoría de las ejecuciones políticas se repartió entre el castillo de Guillermo y la City. El castillo, que llegó a ser conocido como la Torre de Londres, aún se alza junto al Támesis.

La City se acaba justo fuera de los muros de la Torre de Londres, donde se conservan bajo extrema vigilancia las joyas de la Corona y otros tesoros de la monarquía británica. Este tesoro, probablemente la colección de alhajas más valiosa de cuantas se hayan reunido jamás, incluye el diamante más grande del mundo. Hasta bien avanzado el siglo diecinueve, la Torre de Londres sirvió a su vez como la casa de moneda nacional, que producía la mayoría de las monedas de Inglaterra antes de la era victoriana.

Hasta el día de hoy, incluso los monarcas de Gran Bretaña, que gozan de libre acceso a donde se lo propongan dentro del Reino Unido y en todo el resto de Londres, han de parar y requerir la autorización del lord alcalde de la City para entrar en sus tres kilómetros cuadrados. La ceremonia medieval del soberano requiriendo el permiso para entrar en la City preserva el recuerdo, si no el hecho, de la antigua separación entre ésta y la Corona: Y, como para enfatizar aún más esa diferenciación, la avenida que corre paralela al Támesis y une el palacio de Buckingham y Whitehall con la City está ocupada por la Real Corte de Justicia, que a menudo debió mediar entre el gobierno y las instituciones financieras. La sección de esa avenida conocida como Fleet Street fue a su vez el reducto tradicional de los grandes diarios londinenses, que informaban de las actividades de los centros de poder financiero y gubernamental tanto como de los múltiples escándalos generados en los palacios reales.

La separación de la City del resto del reino otorgó a los mercaderes de Londres una autonomía limitada y la garantía

de ciertos derechos que otros soberanos poderosos rara vez han tolerado. Aun cuando esta separación del comercio y la Corona nunca se tradujo en una auténtica independencia del primero, brindó suficiente protección a la economía británica para que se fortaleciera y se hiciera más bullente que la de Francia, Rusia, España y la mayoría de los demás países europeos. La riqueza creada por las instituciones financieras de Londres se menciona en la obra de 1797 *The heir at law,* escrita por George Colman el Joven:

Oh, Londres es un lindísimo poblado,
Una ciudad, en fin, muy famosa,
En que los caminos están de oro pavimentados
Y las doncellas son todas tan hermosas.

Aquí, en la City de Londres, en el siglo diecinueve, los banqueros crearon un sistema monetario de papel moneda basado en el oro, que se difundió por todo el mundo y se transformó en el primer sistema monetario de alcance realmente global. Llevó la actividad bancaria y la circulación del papel moneda a un nuevo sector del público. En este sistema globalizador, el papel moneda –en la forma de la libra británica y su posterior heredero, el dólar norteamericano–, junto con el dinero invisible de las cuentas creadas por la banca, condujeron al sistema bancario a su apogeo histórico.

La City sigue siendo una de las grandes fuerzas financieras del orbe, aun cuando no domine ya la economía mundial como lo hacía en el siglo diecinueve y a principios del veinte. No existe una mayor acumulación de instituciones financieras en ninguna otra milla cuadrada de ningún otro punto de la Tierra. Para imaginar algo equiparable a la City, habría que suponer que el Departamento del Tesoro estadounidense, Fort Knox, las oficinas centrales de la Reserva Federal y Wall Street estuvieran todos dentro de estos tres kilómetros cuadrados, junto con la casa matriz de los principales bancos norteamericanos,

de las compañías de seguros y de las quinientas corporaciones más relevantes del país.

Si bien el palacio de Buckingham, la abadía de Westminster y el Parlamento constituyen la fachada o el rostro oficial, la cara pública e imperial del gobierno británico, la City es ciertamente el corazón. De sus oficinas, salones de conferencia y salas de negociaciones fluyó hacia el exterior el dinero que sostuvo los barcos de Nelson en Trafalgar, que financió la conquista de India, que garantizó las minas de Sudamérica y los ferrocarriles del mundo, que supervisó la banca del imperio más vasto y más extendido del planeta y que aseguró las piernas de las estrellas de Hollywood.

La vieja dama de Threadneedle Street

El distrito comercial de Londres surgió en torno del Banco de Inglaterra, que se yergue hasta hoy en Threadneedle Street como la institución financiera más relevante de la City. El banco surgió de los cambios decisivos en la historia británica durante el episodio conocido como la Revolución Gloriosa de 1688, cuando *whigs* y *tories* acordaron en el Parlamento destronar al rey Jaime II, un converso al catolicismo romano, e invitaron a su hija María, de confesión protestante, y a su cónyuge holandés, Guillermo de Orange, a que reinaran conjuntamente como los reyes Guillermo III y María II. Los nuevos monarcas asumieron un gobierno casi sumido en la bancarrota, con un sistema monetario anticuado y en manos de los orfebres. Requerían desesperadamente de dinero, pues debían controlar la rebelión de quienes apoyaban a Jaime II y librar a la vez una campaña contra Francia.

En su búsqueda de fondos, Guillermo acordó estatuir un banco nacional que reuniera dinero de fuentes privadas para prestarlo al gobierno. En una placa de mármol hoy grabada en el banco, se cita una frase de apoyo de sir William Petty, pronunciada en 1682: "Y disponemos en Inglaterra de materiales suficientes para crear un banco que habrá de manejar

suficientes acciones bursátiles como para conducir los negocios de todo el mundo comercial".

Aun cuando se inició como banquero del gobierno, el Banco de Inglaterra fue desde siempre, en un sentido estricto, una sociedad de inversionistas privados. El financista escocés William Paterson y sus asociados lo organizaron y de inmediato prestaron al rey 1,2 millones de libras esterlinas a un 8% de interés anual. Los inversionistas recibieron acciones del banco en proporción con la cantidad que hubieran invertido. Constituida como Gobernación y Compañía del Banco de Inglaterra, la entidad reunió dinero suficiente para financiar la conquista del imperio más grande de los siglos venideros.

Los ahorrantes comenzaron a llevar sus monedas al Banco de Inglaterra; a cambio se les entregaba un recibo de depósito. Según algunos informes, esos recibos de papel poco a poco comenzaron a circular como dinero, pero queda escasísima evidencia material de esta modalidad de papel moneda. Sabemos, con todo, que en su momento el banco comenzó a entregar recibos en valores estándar a sus ahorrantes. Dichos recibos circulaban como dinero y fueron los primeros billetes de banco con denominación en libras británicas.

Durante buena parte del siglo dieciocho, el Banco de Inglaterra emitió billetes de diez y veinte libras. Por esa época, un billete de veinte libras tenía más o menos el poder adquisitivo de unos mil dólares actuales. Dado su enorme valor, los billetes eran utilizados exclusivamente en grandes transacciones, en particular en aquellas que celebraban los financistas y los ricos mercaderes dentro de la City de Londres. Para la mayoría de la gente, las monedas de valor muy inferior por lo general bastaban para las transacciones diarias.

Durante la crisis financiera suscitada por las guerras napoleónicas a principios del siglo diecinueve, el banco comenzó a emitir billetes de una y dos libras para compensar la escasez de monedas y expandir la masa monetaria que se requería para comprar materiales y pagar a la soldadesca. Incluso un

billete de una libra representaba una suma de dinero relativamente importante, equivalente a unos cincuenta dólares modernos, y un ciudadano promedio no lo hubiera utilizado en el curso de sus transacciones cotidianas.

Otros bancos podían también emitir recibos a cambio de los depósitos captados, pero ninguno de ellos tenía el prestigio del Banco de Inglaterra, el banco de la Corona. En 1844, el Parlamento aprobó la Ley de la Cédula sobre la Banca, que confirió al Banco de Inglaterra un virtual monopolio sobre el derecho de emitir billetes de banco en el Reino Unido. Como una concesión a los sentimientos nacionalistas de los escoceses, ciertos bancos de Escocia retuvieron su derecho a emitir tales documentos, pero incluso a ellos se les exigió que respaldaran su oferta monetaria con billetes emitidos por el Banco de Inglaterra. Este, a su vez, debía garantizar la convertibilidad de todos sus billetes en oro previa solicitud, con lo que lograba que una libra de papel fuera tan valiosa como una de oro.

A diferencia del papel moneda emitido por Estados Unidos y Francia durante sus respectivas revoluciones, el de Inglaterra no fue directamente emitido por el gobierno. Se originó en un banco privado que operaba bajo un estatuto gubernamental, pero así y todo era distinto del gobierno. La Corona siguió emitiendo sus propias monedas, incluidas las doradas de una libra con la imagen del monarca. El Banco de Inglaterra, en tanto empresa privada, nunca emitía monedas pero podía emitir papel moneda siempre que no llevara impresa la imagen del rey. Hallándose en algún sentido aislado de la política, o cuando menos del flujo diario de los acontecimientos y de la opinión política, el Banco de Inglaterra funcionaba bajo un severo escrutinio gubernamental pero lo hacía primero y ante todo como un banco, esto es, como una institución fiscalmente responsable que debía generar utilidades para sus accionistas.

Durante el siglo diecinueve, el Banco de Inglaterra se convirtió en la institución central y estabilizadora del mundo mo-

netario y de todo el sistema bancario. Como dijera John Kenneth Galbraith acerca del Banco de Inglaterra, "de todas las instituciones relacionadas con la economía, ninguna ha disfrutado de tanto prestigio por tanto tiempo. En muchos sentidos ha sido para el dinero lo que san Pedro fue para la fe. Y su reputación es merecida, pues buena parte del arte y mucho del enigma asociado a la administración del dinero se originaron allí".[1]

La mayor parte del mundo operaba con el patrón oro, pero unos pocos países, entre ellos México y China, continuaron operando con un patrón asociado a la plata. Pese a las fluctuaciones en los precios de ambos metales y a ciertas dificultades para sincronizarlos, funcionaban en esencia como partes de un único sistema monetario mundial en que todas las monedas estaban respaldadas por el oro o la plata.

Tras la derrota de Napoleón, Gran Bretaña se irguió como el mayor imperio del mundo, con el apoyo de la armada más poderosa. El Banco de Inglaterra se transformó entonces en el prototipo del banco nacional centralizado, y fue emulado por los bancos centrales de todo el mundo. La era que va desde el inicio del reinado de Victoria hasta la irrupción de la Primera Guerra Mundial fue uno de los períodos más estables de la historia monetaria del mundo, y produjo la mayor prosperidad general conocida hasta entonces en la historia. Bajo el liderazgo del Banco de Inglaterra, el mundo operaba dentro de un único sistema monetario, basado en la común adhesión al principio del oro. El oro fue, de hecho, la divisa mundial.

A menudo los intereses del Banco de Inglaterra se impusieron a los del gobierno. El banco debió desempeñar un papel muy activo en la mantención del valor del oro y, a veces, su intervención tuvo un costo para los propios ciudadanos británicos, quienes gozaban aún de una divisa estable pero con menor poder adquisitivo. Gran Bretaña estaba brindando un servicio al mundo, pero los ciudadanos británicos pagaban el precio de ello.

Durante aproximadamente setenta años, desde 1844 a 1913, la libra esterlina reinó como la divisa más estable y más importante del orbe. En ese mismo lapso, el centro financiero del mundo se situó en la pequeña City de Londres. Gran Bretaña mantuvo un equilibrio único del poder, con la divisa y las instituciones financieras en manos de los intereses privados de la City y con las fuerzas armadas y el imperio administrados por el gobierno desde el racimo de edificaciones que rodea al Parlamento, Whitehall, Downing Street 10 y el palacio de Buckingham. Mientras la administración imperial y los intereses financieros particulares operaron por separado pero en forma concertada, Gran Bretaña fue capaz de gobernar el mayor imperio de la historia del mundo.

Historia de dos ciudades

A todo lo largo del siglo diecinueve y principios del veinte, los directores del Banco de Inglaterra se resistieron a la interferencia gubernamental en sus negocios. Cuando el gobierno creó una comisión real para investigar sus actividades y las reservas del banco, los banqueros respondieron sólo que las reservas eran "muy, muy considerables". Cuando se les pidió que fueran algo más precisos, dijeron que se sentían "muy, muy renuentes" a añadir nada más.[2]

Bajo el Banco de Inglaterra, Gran Bretaña conoció una evidente prosperidad. Con una libra esterlina sólida, la industrialización y el comercio crecieron en forma sostenida y los precios de la mayoría de los bienes cayeron en forma igualmente sostenida en lo que duró ese siglo de paz. En términos económicos, fue la mejor época de Europa. El oro brindó el puntal de esa paz y esa prosperidad, no porque el metal en sí tuviera ninguna cualidad en particular, sino sencillamente porque el patrón oro operaba como una sólida restricción para los gobiernos, en tanto no podían imprimir más papel moneda que el que pudieran respaldar con su provisión de oro. Cuando se le preguntó a un experto monetario: "¿Y por qué

el oro?", éste respondió: "Porque no se puede confiar en los gobiernos, y menos que en ninguno en los gobiernos democráticos".[3]

Como lo hiciera notar el economista del siglo diecinueve David Ricardo, "nunca ha habido un Estado o un banco con la facultad irrestricta de emitir papel moneda que no abusara de esa facultad; en todos los Estados, por ende, la emisión de papel moneda debiera estar sujeta a supervisión y control, y ninguna modalidad parece más apropiada en este sentido que la de forzar al emisor del papel moneda a la obligación de pagar por sus billetes, ya sea en monedas o en barras de oro".[4] Durante toda la era victoriana, el patrón oro impuso esta disciplina a la clase política.

El *boom* económico del siglo diecinueve dio al mundo nuevos sistemas ferroviarios, vapores, telégrafos y líneas telefónicas y también la electricidad, unida a maravillas arquitectónicas como el puente de Brooklyn, la torre Eiffel y el canal de Suez. Durante el siglo hubo más gente produciendo más bienes que nunca antes, y la era culminó en la Belle Epoque, una época de grandes excesos, marcada por el consumo suntuario.

A fines del siglo diecinueve, en los países democráticos como Estados Unidos y Gran Bretaña, la flamante clase de los banqueros e industriales llevaba una vida de privilegios y lujos como la que probablemente ningún monarca había disfrutado jamás. Esta casta enormemente resistida vivía en buena medida por encima de la ley y manipulaba a los políticos como a marionetas. El público, y en particular la clase política, desarrolló un rencor extremo hacia la clase capitalista. El ataque a la clase capitalista, y si era posible su destrucción, comenzaron a percibirse como una solución al alcance de la mano por muchos ideólogos radicalizados y también por líderes políticos democráticos de toda Europa y Norteamérica.

Quizás en un afán por contrarrestar la hostilidad en su contra, los más ricos de entre los plutócratas iniciaron la práctica de realizar obras de caridad masivas y muy publicitadas.

La vocación de servicio se transformó en parte importante de la adquisición de una gran fortuna, en particular en Estados Unidos. Las esposas e hijas de millonarios auspiciaban bailes y otras funciones benéficas de ayuda a los desposeídos y creaban organizaciones caritativas y agrupaciones de servicio público. El industrial del acero Andrew Carnegie edificó bibliotecas y otras instalaciones educativas en todo Estados Unidos y creó el gran fondo público que lleva su nombre. El fabricante sueco Alfred Nobel hizo fortuna en el petróleo y los explosivos, con la cual dotó el premio internacional que lleva su nombre. Henry Ford, John D. Rockefeller y W. K. Kellogg también establecieron grandes fundaciones. Otros industriales y financistas crearon pequeños *colleges* y universidades con el apellido de la familia: el magnate del comercio minorista y la exportación William Marsh Rice creó la Universidad Rice en Houston, Texas; la familia de los hermanos Benjamin N. y James B. Duke, dedicados a la explotación del tabaco, crearon la Universidad Duke en Durham, Carolina del Norte, en homenaje a los dos fundadores; y el magnate ferroviario Leland Stanford fundó la Universidad de Stanford en honor de su hijo fallecido.

La disciplina del oro

Durante todo el siglo diecinueve los gobiernos europeos se vieron seriamente limitados por el sistema del patrón oro. Incapaces de deshacerse de sus tierras y entregarlas en concesión como habían hecho antes los monarcas, e incapaces de imprimir sumas desmesuradas de dinero, los gobiernos debían dar con nuevas formas de enriquecerse. Si el oro era el valor último después de la divisa, para hacer más dinero se requería más oro. Esta necesidad dio pie a la mayor rebatiña internacional de la que haya habido noticias desde la conquista de América en el siglo dieciséis. Los Estados europeos enviaron a sus ejércitos alrededor del globo en busca de oro. Lo encontraron en Sudáfrica, Australia, Siberia y el Yukón. Inclu-

lo Estados Unidos se transformó en un productor fundamental de oro en el territorio de California, que le había arrebatado recientemente a México.

La armada británica dominaba los océanos y transportaba al ejército de Gran Bretaña a cualquier continente. El imperio británico se extendía desde Inglaterra e Irlanda a Canadá, la Honduras británica, Guyana y la mayor parte de las islas caribeñas. Gran Bretaña controlaba el acceso occidental al Mediterráneo desde su base en Gibraltar y también la región central de ese mar desde Malta. La base británica en Egipto le otorgaba el control del acceso oriental al Mediterráneo a través del canal de Suez, junto con el control de los países circundantes. Al sur de Egipto, el imperio inglés incluía a Sudán y Nigeria –el país más grande y el más poblado de Africa, respectivamente–, y también Sudáfrica, el país más rico del continente negro. El imperio incluía además los puntos vinculantes de Kenia, Uganda, Ghana, Costa de Oro, Rhodesia y Zambia. En Asia, Gran Bretaña poseía toda la India (incluido Pakistán), Malasia, Ceilán, Birmania y los importantes puertos de Adén, Singapur y Hong Kong. En la práctica, los británicos transformaron el Pacífico en una charca de su propiedad, controlando Australia, Nueva Zelanda, Tonga, Fiji, las Islas Cook y las Nuevas Hébridas.

Los gobiernos europeos forjaron burocracias imperiales y ejércitos con los cuales conquistar nuevas tierras e incorporar nuevos súbditos a sus respectivos imperios. Los británicos libraron guerras desde el paso de Jaybar en Afganistán a Jartum en Sudán, y desde Hong Kong en China a Zululandia en Sudáfrica. El ejército francés combatió en sus propias guerras de conquista colonial desde Timbuctú a Tahití, e incluso alemanes, holandeses, belgas e italianos enviaron a sus soldados en campañas de conquista a lugares remotos del globo. El imperio austrohúngaro presionó aún más hacia el este, hacia Europa Oriental y los Balcanes, haciéndose con los territorios del imperio otomano en decadencia. Rusia inició su propio

avance en el Cáucaso y el Asia Central. Japón dio paso a su expansión imperial en las islas y sectores continentales adyacentes a su territorio, absorbiendo a Corea, Taiwan y las islas cercanas a la costa siberiana.

Tan sólo el continente americano se las ingenió para sacudirse el yugo colonial durante el siglo diecinueve, período en que una colonia tras otra siguieron el ejemplo de Estados Unidos y declararon su independencia de España, Francia y Portugal. Y, en un paroxismo cultural que estremeció a las dos Américas desde el océano Artico hasta Tierra del Fuego, los gobiernos de las nuevas repúblicas independientes se embarcaron en las peores guerras desde la llegada de los conquistadores españoles hacía doscientos años, guerras dirigidas contra sus propios pueblos indígenas. Argentina exterminó a las tribus de la Patagonia y en el sur Chile fue a la guerra contra los mapuches. Brasil comenzó a despejar la selva de indios para dejar espacio a la industria del caucho. México declaró la guerra a los indios yaquis en el norte y a sus ciudadanos mayas del Yucatán. Estados Unidos decretó una política oficial de "remoción" de los indios que habitaban al este del Mississippi; a continuación iniciaron una guerra de exterminio en contra de los pueblos que habitaban las praderas.

Para los pueblos nativos de todo el orbe, el siglo diecinueve fue una época atroz. Y esas campañas costaron mucho dinero. El gasto en armamento y ejércitos creció de manera sostenida a lo largo de toda la centuria. Al ampliarse los presupuestos estatales para financiar al ejército y las burocracias en expansión, sus costos plantearon mayores demandas a la economía y comenzaron a presionar sobre las reservas de oro.

En el proceso de conquistar los continentes ya habitados y convertirlos en sus colonias, las potencias europeas crearon ejércitos y armadas permanentes y de carácter masivo, además de las estructuras industriales y organizativas para apoyarlos. Con tan enormes recursos militares a su disposición y prácticamente ningún otro territorio que conquistar, arremetieron

las unas contra las otras en la Primera Guerra Mundial, el mayor baño de sangre conocido hasta entonces. Al estallar la guerra, los gobiernos de Europa tuvieron una excusa para hacerse con el control de sus economías, para expandir el poder interno del gobierno sobre todos los sectores de la vida pública, para imponer formas de tributación, como el impuesto a la renta en Estados Unidos. Si carecían de oro para financiar sus nuevas funciones, en nombre del patriotismo y de la emergencia bélica se dedicaron a imprimir el dinero requerido y con ello marginaron al país del patrón oro. En la medida que un país permanecía dentro del patrón oro, limitaba la cantidad de dinero en circulación y, por ende, la cantidad de dinero que el gobierno podía tomar prestado. Si el pueblo carecía de dinero para adquirir bonos de deuda pública, el gobierno sólo dispondría de la recaudación tributaria para gastar.

La autonomía del Banco de Inglaterra, desde ya afectada por las reiteradas arremetidas estatales, concluyó con la Primera Guerra Mundial. Una vez más la necesidad del gobierno británico de financiar su ejército predominó sobre la disciplina requerida por el patrón oro y el banco imprimió más dinero del que podía respaldar. Una vez que el gobierno hubo comprobado cuán fácil era conseguir dinero sin atenerse a la disciplina del patrón oro, se volvió reacio a volver a los constreñimientos de ese yugo. Concluida la guerra, hubo un breve intento de retornar al patrón oro, pero en 1931 la nación británica desechó toda pretensión de vincular su divisa a sus reservas del metal. La era del oro y los días luminosos del Banco de Inglaterra habían concluido.

El patrón oro, que fue la esencia del sistema monetario internacional administrado desde el Banco de Inglaterra y la City de Londres, representó el primer sistema absolutamente global y unificador de todo el orbe. Había logrado lo que ningún conquistador y ningún credo habían conseguido: incorporó a casi todos los pueblos de la Tierra en un único

sistema social. Con su derrumbe, los gobiernos de Europa y Norteamérica buscaron nuevos sistemas para sustituirlo, pues no querían retomar el patrón oro y subordinar el poder tan reciente de que disfrutaba la clase política. En lugar de ello intentaron crear sistemas políticos internacionales, partiendo por la Liga de las Naciones y más tarde las Naciones Unidas, y docenas de otras entidades políticas como el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial; algunas de ellas han tenido algún impacto concreto en ciertas regiones, pero la mayoría de las veces se han mostrado claramente ineficaces.

La Primera Guerra Mundial marcó el fin de la gran era del sistema monetario mundial basado en el oro. H. G. Wells escribió que "la guerra puso fin y en última instancia arrasó con este involuntario cosmopolitismo monetario [...] Al concluir la guerra, la solidaridad monetaria mundial en términos concretos había desaparecido, y se continuó con la práctica de imprimir papel moneda en forma desmesurada".[5] En cierto sentido, la Primera Guerra Mundial puso fin al siglo diecinueve y dio inicio al veinte, que sería una era muy distinta. La guerra rompió el delicado equilibrio que había existido hasta allí entre las esferas separadas y relativamente independientes del gobierno y la economía en Gran Bretaña. El poder derivó de manera creciente a las manos de los políticos y administradores públicos.

Con el viejo orden monetario y económico en ruinas al concluir la guerra, muchos líderes políticos y teóricos de la política propusieron nuevos sistemas, todos los cuales incrementaban el poder gubernamental. Los comunistas arribaron al poder en Rusia con su plan radical de abolir el capitalismo, destruyendo todos los mercados y creando un sistema económico y político unificado, administrado solamente por el gobierno en una modalidad de socialismo internacional. En oposición a esa modalidad "internacional", los seguidores de Hitler impusieron un sistema de socialismo "nacional" o nacionalsocialismo –cuya abreviatura dio origen al término nazis-

no–, que suponía un control igualmente severo de la economía por el gobierno, hasta el punto de propiciar un resurgimiento del trabajo esclavo, en la medida que sirviera a los fines políticos del Estado.

Todo el mundo parecía buscar un chivo expiatorio al cual echarle la culpa por las calamitosas condiciones monetarias y económicas de la época. En cada país, los políticos atacaban a la clase pudiente o a algún segmento en particular de ella: a los aristócratas y los hacendados en Rusia y a los armenios en Turquía, por ejemplo, o a los judíos en Alemania.

Las democracias liberales de Europa Occidental y Norteamérica apostaron por ideologías y por medidas bastante menos extremas, pero aumentaron enormemente el influjo de sus respectivos gobiernos sobre la economía. En cada país, coaliciones políticas y burocráticas abarcaron determinadas áreas de la economía. Una de estas coaliciones se estructuró alrededor de la producción y el despliegue armamentista, en lo que el Presidente Dwight Eisenhower denominó el "complejo militar-industrial". Más tarde, otra fracción del Estado configuró un nuevo conglomerado de alianzas para crear redes masivas de servicios sociales dentro de un complejo industrial del bienestar. Ambas opciones requerían de cifras sustanciales de dineros públicos, las que había que derivar de esa fracción de la economía que no era ni el bienestar ni la rama militar.

El retrato de la reina

Tras haber subsistido más de doscientos años como una institución privada, el Banco de Inglaterra fue incapaz de resistir este movimiento del siglo veinte en pro del control nacional sobre las instituciones financieras. En una atmósfera de sentimiento socializante, en 1946 el gobierno laborista nacionalizó el banco. Como la entidad ya era regulada por el gobierno y trabajaba en íntima conjunción con él, la nacionalización fue más un reconocimiento formal de algo que ya había ocurrido

de hecho. El control sobre las actividades del banco pasó a manos del secretario de Hacienda, un cargo político.

A poco de nacionalizada la entidad, el gobierno resolvió imprimir la imagen del soberano en los billetes, como hacía antes con las monedas. La reina Isabel II se convirtió en la primera monarca cuyo retrato apareció en el papel moneda británico. El retrato de la monarca en los billetes constituyó un claro símbolo de que el gobierno ostentaba ahora el control supremo sobre la divisa y todas las instituciones asociadas. La nacionalización del Banco de Inglaterra marcó el fin de un largo proceso mediante el cual el gobierno fue aumentando su influjo sobre la esfera financiera en Gran Bretaña y sobre la moneda británica en particular. Fue la primera de una larga serie de etapas hacia la nacionalización del sistema financiero y la economía.

A fines del siglo veinte, el Banco de Inglaterra, la vieja dama de Threadneedle Street, se ha transformado en uno más de los bancos centrales del mundo. Y en comparación con el Bundesbank, que regula al poderoso marco alemán, el venerable Banco de Inglaterra ya no puede siquiera sostener que es el más importante de Europa, mucho menos del mundo. No sólo el dólar norteamericano ha sobrepasado en importancia a la libra en los mercados internacionales, sino también el yen japonés, el marco alemán y el franco suizo.

Carente de autonomía y no siendo ya el organismo rector sobre una masa de dinero con base en el oro, el Banco de Inglaterra se ha convertido en una dependencia administrativa más. En lugar de generar una política monetaria y emitir dinero en conformidad con sus reservas de oro, ejecuta la política gubernamental y emite la cantidad ordenada por la clase política desde el extremo opuesto de Londres. La subordinación y después la nacionalización del Banco de Inglaterra representó una gran victoria de los políticos sobre la actividad bancaria y del gobierno sobre el dinero.

Según no pocos analistas y activistas de inspiración derechista y también izquierdista, el nuevo poder del gobierno sobre el dinero –la nacionalización del dinero– representa un alivio que es bienvenido tras el énfasis decimonónico en la riqueza.

Oswald Spengler, historiador y filósofo que vivió la transición de la era victoriana a la época moderna, escribió que en el siglo veinte el auge de los gobiernos fuertes –fenómeno que rotuló como "cesarismo"– finalmente "rompió con la dictadura del dinero". Consideraba el poder revitalizado del Estado como el antídoto que se requería ante el poderío creciente de la riqueza y los intereses del mercado: "Tras un prolongado triunfo de la economía del mundo-polis y de sus intereses sobre las fuerzas políticas creativas, la vertiente propiamente política de la existencia se manifiesta al final como la más fuerte de ambas". Quería predecir el fin de la era del dinero: "La espada triunfa al final sobre el dinero".[6]

11

El camino de ladrillos amarillos

Simplemente haz resonar tres veces los tacones y
ordénale a tus zapatos que te lleven adonde quieras ir.
L. FRANK BAUM

Por fortuna, la isla de Manhattan descansa sobre un sólido lecho de esquisto. Un material menos estable podría no haber soportado la infinidad de rascacielos levantados encima al tiempo que la isla era perforada, como un panal, por túneles destinados al ferrocarril subterráneo, las tuberías de agua, los desagües y el tendido eléctrico. Aunque algunas de sus calles –como Broad Street y Broadway (calle ancha, vía ancha)– sugieren la existencia previa de vías muy espaciosas, en la era del automóvil resultan apenas estrechos pasadizos que discurren a través de la gran madriguera de granito y mármol y auténticos riscos de piedra arenisca erigidos por las mayores instituciones financieras del mundo: el Banco de Tokio, el Banco de la Reserva Federal, el Chase Manhattan Bank, el Citibank, la Morgan Guaranty Trust Company, el American Stock Exchange, el Equitable Building, el World Trade Center, el Manufacturers Hanover Trust... y las mayores bolsas del orbe: la Cotton Exchange, la Coffee, Sugar and Cocoa Exchange, la Mercantile Exchange y la Commodity Exchange. En el centro del distrito financiero late el verdadero corazón del capitalismo moderno, la Bolsa de Valores de Nueva York.

En Broad Street, aun en los días más borrascosos, los operarios de la Bolsa de Nueva York se alinean en la vereda para fumarse un cigarrillo y comer algo durante la tregua que se les brinda en el piso de transacciones. Forman un cerco de protección natural ante la hilera de turistas de todo el mun-

do, que debe someterse a sucesivas revisiones del dispositivo de seguridad antes de ser admitida en el vestíbulo central.

A fines del siglo diecinueve, Nueva York comenzó a sustituir a Londres como centro financiero mundial. El centro se había desplazado lentamente desde la antigua Lidia a través de Grecia y Roma, pasando por la Florencia renacentista y luego por Londres a principios de la era industrial. Poco a poco, en las décadas posteriores a la guerra civil norteamericana, el núcleo financiero orbitó desde el viejo continente europeo al Nuevo Mundo.

De los gatos monteses a los dorsos verdes

Desde sus inicios, Estados Unidos fue un país forjado en torno del dinero y el comercio más que de su ejército, el gobierno o la clase dominante. Fundada en los márgenes del sistema feudal europeo, con su cultura eclesiástica y caballeresca, la sociedad norteamericana descansa como ninguna otra sociedad en la historia sobre una sólida base de relaciones de índole monetaria. Ya lo dijo el aristocrático observador francés Alexis de Tocqueville, aludiendo a la Norteamérica de principios del siglo diecinueve, "no sé de ningún otro país, ciertamente, en que la idolatría del dinero haya arraigado tan nítidamente en el corazón de los individuos".[1] Ese arraigo muy pronto contribuyó a crear la economía más dinámica de la historia del hombre.

Un siglo después de Tocqueville, el Presidente Calvin Coolidge seguramente compartía ese sentimiento cuando, el 17 de enero de 1925, señaló ante la Sociedad Americana de Editores de Periódicos que "la principal preocupación del pueblo norteamericano es el negocio".

El actual sistema de papel moneda de Estados Unidos se deriva de la guerra civil como de ningún otro acontecimiento. Tras su primera y desastrosa incursión en la impresión de billetes –la emisión de continentales durante la Revolución de la Independencia–, la nación no volvió a imprimirlos

durante casi un siglo, salvo un breve período durante la guerra de 1812.

Durante la primera mitad del siglo diecinueve, el país se embarcó en una prolongada batalla por controlar el circulante. En dos ocasiones, concedió un estatuto y luego desaforó a la banca local. La Corte Suprema resolvió que los estados individuales y soberanos de la Unión podían autorizar a los bancos de sus respectivos estados a emitir billetes. Por consiguiente, casi todo el papel moneda circulante consistía en billetes de bancos estatales y privados. Enfrentados a una carencia endémica y exasperante de monedas, y sin un papel moneda de rango nacional, los norteamericanos debían hallar sustitutos, y los bancos ofertaron el único sustituto práctico en la forma de sus propios billetes. Por desgracia, como ocurre con cualquier sistema incipiente, el pueblo norteamericano sufrió a menudo el lanzazo de banqueros inescrupulosos y no regulados por nadie, que los defraudaban en millones de dólares en ahorros y en papel moneda que no valía nada. A la par que el oficio de banquero aumentaba su prestigio, el respeto que suscitaba y el aura de responsabilidad de que gozaba en Europa hasta llegar a niveles antes desconocidos de confianza y apoyo de la opinión pública, los banqueros de Estados Unidos se volvieron cada vez más denostados y poco confiables, por administrar un negocio de escasa reputación aunque indispensable.

El gobierno federal emitió toda clase de monedas de plata, de oro o de cobre durante la primera mitad del siglo diecinueve, pero no papel moneda. Puesto que no existían leyes o estatutos que hubieran instaurado la banca federal, todo el papel moneda lo emitían bancos que operaban bajo las leyes de cada estado, aunque con su respaldo en oro. Desde el nacimiento de la república, sin embargo, una facción política muy poderosa propició la administración federal del dinero y de la actividad bancaria. Y trabajó duramente para desacreditar a los bancos locales con historias acerca de "banqueros

que parecían gatos monteses", que imprimían dinero y luego se declaraban en quiebra, o de otros inescrupulosos cuyos arcones de supuestas monedas de oro estaban llenos de clavos o lingotes de plomo. Esta evidencia anecdótica les brindaba un fundamento para presionar en favor del control estatutario y federal de la banca, y con ello aumentar el poder del gobierno federal sobre los billetes que los múltiples bancos emitían.

La tecnología computacional ha permitido a los investigadores del presente realizar detallados análisis empíricos de los registros de los bancos en el siglo diecinueve. Han encontrado que, a pesar de las anécdotas que se contaban acerca de bancos que operaban con descaro en la nueva frontera, la mayor parte de los bancos libres manejaba el flujo de papel moneda de un modo bastante responsable.[2] Al final, se despojó a los bancos locales de su facultad de controlar el dinero circulante no por sus yerros financieros sino como fruto de movimientos políticos que buscaban centralizar el poder en Washington. La guerra civil dio a quienes proponían un fortalecimiento del poder federal la gran oportunidad de actuar en contra de los bancos.

La era de la actividad bancaria libre de trabas –o banca "gatomontesa", como la designaban sus detractores– concluyó cuando el Congreso de los Estados Unidos aprobó la ley de la banca nacional en 1863, fijando un impuesto a los billetes emitidos por los bancos de cada estado a partir de 1866. La ley estableció una verdadera divisa nacional, controlada por el gobierno federal y los bancos federales; sin embargo, sucedió que en los primeros años el gobierno federal abusó seriamente de ese monopolio, emitiendo un exceso de "dorsos verdes" (*greenbacks*, billetes de banco).

Bajo la Presidencia de Abraham Lincoln y la administración del secretario del Tesoro Salmon Portland Chase, el gobierno federal se vio ante la necesidad de financiar un ejército, pero no disponía de recursos para ello. Como numerosos

gobiernos antes y después, buscó la solución en las máquinas rotativas y emitió papel moneda que no era rescatable en oro o en plata. Mediante la primera ley sobre moneda de curso legal, firmada por el Presidente Lincoln el 25 de febrero de 1862, el gobierno imprimió el equivalente en billetes a 150 millones de dólares, en valores de 5 dólares y superiores. Así se generó un sistema monetario de múltiples niveles, en el que Estados Unidos exigía que los impuestos a la importación se pagaran en monedas de plata o de oro y su gobierno se comprometía a pagar en monedas los intereses sobre los bonos de deuda pública, pero a sus soldados y acreedores les pagaba en estos "dorsos verdes" de segunda categoría que provenían en oleadas de la Tesorería y no estaban respaldados por nada que no fueran promesas.

Aunque fueron emitidos como divisa, es mejor considerar, para mayor precisión, a los "dorsos verdes" como bonos de deuda pública de baja denominación que no implicaban ningún interés. El gobierno prometía pagar el valor de los billetes en alguna fecha no especificada después de la guerra. Eran pues empréstitos que los bancos y los ciudadanos estaban obligados a hacer al gobierno federal para financiar la Guerra Civil. Sin embargo, el gobierno podía perder la guerra y, ya fuera que la perdiera o triunfase, en el futuro podía resolver de todas formas no pagar el precio acordado, o ninguna cifra en absoluto, por los billetes emitidos. El valor de los "dorsos verdes" reflejaba la confianza del pueblo en que la Unión ganaría la guerra y que el gobierno rápidamente rescataría los bonos con sus reservas de oro.

El 11 de julio de 1862 se promulgó una segunda ley autorizando la impresión de un monto adicional de 150 millones de dólares. Además permitía al gobierno, y por primera vez, emitir billetes de tan escaso valor como un dólar e incluso emplear sellos postales como cambio cuando no hubiera monedas disponibles. El 3 de marzo de 1863 se aprobó una tercera ley relativa a la moneda de curso legal, autorizando otros 150

millones de dólares más en "dorsos verdes". A medida que el gobierno emitía y emitía "dorsos verdes", su valor fue decreciendo, hasta que en junio de 1864 cien de ellos equivalían a sólo 35,09 dólares en oro, un poco más de un tercio de su valor nominal. Por esa época, se hizo evidente que la Unión ganaría la guerra y fue creciendo la esperanza de que algún día los "dorsos verdes" fueran amortizados a un valor cercano a su valor nominal. Pero ese día no llegó en quince años, y sólo el 2 de enero de 1879 la ciudadanía pudo por fin intercambiar sus billetes por un valor equivalente en monedas de oro.[3] Para entonces, sin embargo, Estados Unidos se había recuperado de la guerra y había acumulado unas reservas de oro equivalentes a 114 millones de dólares. Con el gobierno como garante de la moneda, poca gente sintió la necesidad de convertir sus "dorsos verdes" en monedas de oro.

Entretanto, en el caso *Hepburn versus Griswold*, la Corte Suprema declaró en 1870 que la emisión de "billetes verdes" por el gobierno federal era ilegal e inconstitucional.[4] La Corte falló que el gobierno federal no podía obligar a ninguna persona a aceptar estos billetes como pago de una deuda adquirida en moneda respaldada por el oro antes de la guerra. El juez detrás de esta decisión era Salmon P. Chase, a quien Lincoln había designado presidente del tribunal supremo en 1864. Al declarar inconstitucionales los "dorsos verdes", Chase falló contra sí mismo, pues en su anterior cargo de secretario del Tesoro había sido el primer emisor de los dichosos billetes. Al año siguiente, sin embargo, una nueva Corte Suprema rectificó el fallo.

El gobierno federal [del Norte] enfrentaba serios problemas monetarios para financiar el esfuerzo de guerra, pero el gobierno de los Estados Confederados de América [el Sur] encaraba dificultades mucho más serias. Según una etimología, el nombre *Dixie* se derivó de los billetes de diez dólares emitidos por primera vez en la década de 1830 por el Banco de Luisiana en Nueva Orleans e impresos en inglés y en francés.

Como *dix* es "diez" en francés, la gente llamaba a los billetes de diez dólares los *dixes*. Una canción escrita en 1860 por Dan Emmett para un espectáculo de negros incluía la frase: "Quisiera está' en el paí' de los *dixes*...". Así ocurrió que la Confederación pasó a ser conocida como *Dixie*. Sea o no verdadera esta interpretación etimológica, sería acertado que el apodo del Sur se hubiera derivado del papel moneda de la época, pues el dinero desempeñó un papel muy importante en la breve historia y la devastadora destrucción de los Estados Confederados.

Mientras que Estados Unidos [el Norte] emitió un total de 450 millones de dólares en papel moneda durante la Guerra Civil, la Confederación emitió más del doble, totalizando una cifra de unos mil millones de dólares. Los precios subieron alrededor de un 10% mensual hasta marzo de 1861, y en lo que restaba del conflicto siguieron aumentando hasta noventa veces. Los bienes que costaban cien dólares en moneda de Estados Unidos en 1860 habían subido a 146 dólares en 1865. En ese mismo período, en el Sur, los precios aumentaron de cien a 9.211 dólares confederados. Resulta desde luego espectacular que el gobierno de la Confederación, improvisado de la noche a la mañana, pudiera librar una guerra como lo hizo y sostenerse por tanto tiempo con auténticos recursos, disponiendo de apenas 37 millones de dólares al inicio del conflicto. Como dijera John Kenneth Galbraith, "el milagro de la Confederación, como el de Roma, no fue que cayera sino que sobreviviera tanto tiempo".[5]

A diferencia de los "dorsos verdes" que el gobierno federal amortizó al cabo de quince años de concluida la guerra, nadie pudo recuperar los mil millones de dólares emitidos por el gobierno confederado. Muchas familias del Sur ahorraron por décadas su dinero confederado sin ningún valor, pero la posibilidad de resarcirse nunca llegó. El derrumbe del sistema monetario de la Confederación, junto con el arrasamiento de su infraestructura productiva y sus capitales, provocaron que

el Sur, que había sido hasta antes de la guerra la región más rica de Norteamérica, se convirtiera en la más pobre del país durante más de un siglo.

El gobierno federal emergió como el gran vencedor en la contienda, no sólo porque había logrado derrotar al Sur, sino porque se las había ingeniado para ejercer su control sobre todos los estados del país y sobre la masa de dinero circulante. Había destruido el poder de los estados de regular las emisiones de billetes por bancos autorizados por los propios estados; había derrotado a los muchos bancos que emitían su propia moneda en todo el país; y había derrotado al Sur en lo militar, en lo político y lo económico. Con el fin de la Guerra Civil, el dólar federal afianzó su supremacía en Estados Unidos y, a partir de ello, el gobierno federal y los bancos federalmente administrados pasaron a controlar el dinero de todo el país.

Entonces se alzaron nuevas voces para exigir que el gobierno emitiera más papel moneda y una provisión ilimitada de monedas de plata. En 1874 se constituyó, con el fuerte apoyo de los granjeros pobres del Oeste, el Greenback Party, Partido de los Dorsos Verdes, pero sus resultados electorales en todo el país fueron pobrísimos y acabó disolviéndose al cabo de una década. El People's Party of the U.S.A. (Partido del Pueblo de los Estados Unidos, más conocido como Partido Populista) recogió algunas de las demandas de los seguidores del Greenback Party, incluida la demanda al gobierno para que emitiera cincuenta dólares en divisa federal para cada ciudadano del país.[6] Aunque el partido logró movilizar a una cantidad sustancial de granjeros del Sur y del Oeste, tampoco pudo ganar las elecciones generales y se disolvió tras la elección de 1892.

La cruz de oro y el mago de Oz

La opción populista ejerció un enorme atractivo en los estados del Sur, donde campeaban el resentimiento y la pobreza. El pueblo se sentía atrapado entre los banqueros republicanos

del Norte y los esclavos recién liberados, contra los cuales debían competir en un mercado laboral abierto. Los políticos populistas comprendieron que contra los banqueros y la elite acaudalada podían relativamente poco; los nuevos libertos constituían en cambio un buen chivo expiatorio para sus pesares y sus quejas. Aparte de su campaña para que se emitiera dinero para los perdedores, los populistas abogaron, particularmente en los estados de la antigua Confederación, por un sistema radicalmente nuevo de segregación racial.

Aun cuando perdieron todas las elecciones generales, se las arreglaron para controlar todos los estados sureños y varios en el Oeste. En torno del decenio de 1890 los populistas sureños habían conseguido desplazar de los cargos oficiales a todos los negros y todas las personas con alguna mezcla racial en sus genes, además de todos los republicanos, por la vía de restringir drásticamente el número de electores no blancos. Al hacerse con el control del Sur, segregaron las escuelas, las viviendas, los edificios públicos y todas las modalidades de transporte público. Prohibieron los matrimonios mixtos, desheredaron a todos los niños mestizos de sus progenitores de raza blanca y catalogaron como "negro" a cualquiera que tuviese hasta un dieciseisavo de herencia africana. Las instituciones segregacionistas establecidas por ley perduraron bastante más de medio siglo, desde la década de 1890 hasta la aprobación de la Ley de Derechos Civiles en 1964, cuando la mayoría de la gente ya había olvidado la forma precisa como se había originado el sistema.

Pese al impacto tremendo del programa populista en la vida de los negros, influyó escasamente entre los banqueros o en el sistema monetario de la nación, que se orientó cada vez más hacia el oro. En lo que quedaba del siglo diecinueve diversas facciones políticas debatieron para determinar si Estados Unidos debía ceñirse únicamente al patrón oro o al patrón oro y el de plata simultáneamente. Los granjeros vivían por lo general endeudados con los bancos por la hipoteca de

sus granjas y, en ocasiones, por el equipamiento y hasta las semillas que empleaban en los cultivos. Solicitaban préstamos respaldados con oro y debían pagar su deuda de igual modo, pero, a medida que caía el precio de sus productos, fue subiendo el precio del oro. En la época de la cosecha, recibían menos dinero por su producción; con todo, debían pagar a los banqueros en billetes ligados al oro, que resultaban cada vez más costosos. Querían, pues, que hubiera más circulante y una forma de lograrlo era acuñando libremente monedas de plata. Los granjeros populistas del Oeste y el Sur querían una divisa ligada a la plata tanto como al oro. Con más moneda circulando, creían que estarían menos a merced de los banqueros y los políticos de las ciudades.

El senador populista William Jennings Bryan, del estado agrícola de Nebraska, perenne candidato demócrata a la Presidencia en una era de continuo predominio republicano, realizó una campaña incansable en pro del bimetalismo, vale decir, del empleo de oro y plata como patrones monetarios. En su famoso discurso de aceptación después de ser nominado candidato a la Presidencia en la Convención Demócrata de 1896, Bryan se dirigió taxativamente a banqueros, financistas, republicanos y otras sabandijas que usufructuaban del oro: "Vienen aquí a decirnos que las grandes ciudades están a favor del patrón oro; nosotros les decimos que las grandes ciudades descansan en nuestras vastas y fértiles praderas. Quemen sus ciudades y dejen en pie nuestras granjas, y sus ciudades resurgirán como por arte de magia; pero destruyan nuestras granjas, y en las ciudades sólo crecerá la maleza". Acabó su discurso con una de las invocaciones más conocidas de la oratoria política del siglo diecinueve: "No pongáis en la frente del espíritu laborioso esta corona de espinas. No crucifiquéis a la humanidad en una gran cruz de oro". Pese a la estruendosa ovación de sus compañeros demócratas, Bryan sufrió una derrota decisiva a manos del nominado republicano, William McKinley, en 1896 y de nuevo en 1900.

Aunque Bryan siguió optando a la Presidencia, nunca ganó ninguna elección nacional. No fue sino hasta la elección de Woodrow Wilson, el primer Presidente demócrata desde la Guerra Civil, que Bryan recibió un cargo de importancia: en 1913 fue nombrado secretario de Estado. Con todo, dejó el cargo en 1915, cuando quedó claro que Wilson estaba conduciendo a Estados Unidos a involucrarse en la guerra de Europa, un giro al que el firme aislacionista que era Bryan se oponía casi con tanta vehemencia como al patrón oro.

La obra literaria más memorable derivada de la discusión en torno del oro y la plata en Estados Unidos fue *El maravilloso mago de Oz,* publicada en 1900 por el periodista L. Frank Baum, quien desconfiaba enormemente del poder de los financistas urbanos y apoyaba la existencia de un dólar bimetálico, basado en el oro y la plata a la vez. Tomándose grandes licencias literarias, resumía y satirizaba el debate y la historia monetaria de la época a través de la encantadora historia de Dorothy, una muchachita granjera de Kansas, ingenua pero de buena fe, que representaba al ciudadano rural medio de Estados Unidos. Baum parece haberse inspirado para su personaje en la oradora populista Leslie Kelsey, apodada "el tornado de Kansas".

Después de que un ciclón arranca violentamente a Dorothy y a su perro de Kansas y los deposita en el Este, la chica emprende la marcha por el camino del oro hacia Oz, el país de la fantasía, donde operan las brujas y los magos retorcidos de la banca. En el camino se topa con el Espantapájaros, que representa al granjero norteamericano; con el Hombre de Hojalata, que representa a los operarios de la industria norteamericana; y con el León Cobarde, que representa a William Jennings Bryan. La marcha de todo el grupo hacia Oz recrea la marcha de 1894 del "ejército de Coxey", un grupo de desempleados guiados por el "general" Jacob S. Coxey para exigir la emisión de 500 millones de dólares en billetes verdes y más puestos de trabajo para la gente común.

Marcus Hanna, el poder detrás del Partido Republicano y de la administración McKinley, era el mago que controlaba los mecanismos de las finanzas en Ciudad Esmeralda. El era el Mago de la Onza de Oro –denominación abreviada, por supuesto, como el Mago de Oz– y los *Munchkins* ("masticadores") eran la gente candorosa del Este que no entendía cómo el mago y sus compinches financistas manejaban las palancas y los hilos del dinero, de la economía y el gobierno.

En Ciudad Esmeralda, gobernada por el Mago de Oz, se exigía a la gente que utilizara anteojos con cristales verdes y bisagras de oro. Más allá de la ciudad, la Bruja Perversa del Oeste había esclavizado a los Pestañeantes Amarillos, una referencia a los afanes imperialistas de la administración republicana, que le había arrebatado Filipinas a España y se rehusaba a garantizarle la independencia.

Al final, lo que los buenos ciudadanos norteamericanos debían hacer era dejar en evidencia el fraude que eran el mago y sus brujas, y todos vivirían felices en el universo monetario bimetálico del oro y la plata. En este proceso, el Espantapájaros, que era el granjero, descubría lo muy inteligente que era, el león redescubría su coraje y el Hombre de Hojalata, vale decir el operario industrial, recibía una nueva fuente de energía y fuerza gracias a una herramienta bimetálica –un hacha dorada con la hoja de plata–, y, siempre que su balde de plata para el aceite estuviera incrustado con oro y joyas, nunca más volvería a oxidarse.

En el libro, los escarpines mágicos de plata de Dorothy la llevan de vuelta a Kansas; en la película, que protagoniza una Judy Garland niña, los escarpines mágicos son de un rojo rubí, un color más espectacular en la pantalla que el tono plateado. En todo caso, por entonces poca gente tenía alguna idea de que el libro –que ahora se entendía como una historia para niños– había tenido algo que ver con la política monetaria de Estados Unidos a principios del siglo veinte. El mismo año que Baum publicó su alegórico relato, el Congreso aprobó

la Ley del Patrón Oro, ligando decisivamente al país a una divisa basada en el bien único del oro.[7]

Los populistas siguieron presionando para que el gobierno se ciñera a una política de bimetalismo, pero a la larga perdieron la batalla. El hallazgo de vastos depósitos de oro en Sudáfrica, Alaska y Colorado casi duplicó la provisión de oro en el mundo, atenuando la escasez de divisas. Los populistas consiguieron su dinero inflacionado sin que fuera preciso cambiarse a la plata y, entre 1897 y 1914, los precios aumentaron cerca de un 50% en Estados Unidos y de un 26% en Gran Bretaña.[8] Estados Unidos y buena parte del mundo siguieron operando con el patrón oro, y había ahora más dinero circulante para todos.

12

El corralito dorado de la política

El dinero es el sustento de la nación.
JONATHAN SWIFT

En las onduladas colinas del norte de Kentucky, en una base militar fuertemente custodiada, el gobierno de los Estados Unidos almacena su mayor provisión de oro. La Reserva de Lingotes de Oro de Fort Knox guarda aproximadamente 4.600 toneladas de oro puro, con un precio de mercado cercano a los 58 mil millones de dólares. El escondrijo, más otras 1.781 toneladas almacenadas en West Point, 1.368 en Denver y algo menos de mil toneladas en otros puntos de la Reserva Federal, arroja para Estados Unidos un total de unas 8 mil toneladas de oro, con un valor de mercado cercano a los 100 mil millones de dólares.

A diferencia de las casas de moneda, que fabrican monedas, y del Departamento de Grabado, que imprime el papel moneda, los custodios de las reservas de oro en Fort Knox no reciben visitantes. Ni siquiera se admiten potenciales turistas en la base militar, mucho menos en el depósito ultraseguro que administra el Departamento del Tesoro en medio del recinto militar. El solo nombre de Fort Knox se ha convertido en sinónimo de riqueza inexpugnable.

Puesto que el oro no se pudre, no se oxida ni deteriora, el metal depositado hoy en Fort Knox bien puede haber sido extraído cientos o incluso miles de años atrás. Puede que se lo haya convertido en múltiples objetos y que se lo haya refundido infinidad de veces a través de los años. Puede que una parte de él se remonte a la época de los antiguos yacimientos

africanos de Nubia, y de Lidia en Asia Menor. Casi de seguro parte de él proviene del botín arrebatado a los aztecas por Hernán Cortés y a los incas por Francisco Pizarro. Una parte de ese oro puede haber tenido alguna vez la forma de monedas bizantinas o haber formado parte de un tocado en el antiguo imperio de Ghana. Parte de él la extrajeron de las bateas del río Yukón los buscadores de oro irlandeses y escoceses en el siglo diecinueve, y otra parte procede de las profundas minas de Sudáfrica que trabajaban los zulúes y la tribu xhosa. Toda la historia del oro en la Tierra descansa ahora en estas recámaras.

El oro se almacena en barras de mil onzas (1 onza = 28,7 gramos). Las barras no precisan de envoltura o de protección alguna, pues no se desgastan o deterioran. Fuera de las pequeñas cantidades que se venden para elaborar monedas conmemorativas de algún acontecimiento como las Olimpíadas, el oro permanece allí, a la espera.

Muchos gobiernos almacenan parte de sus lingotes en una silenciosa bóveda situada en el interior del lecho rocoso del Bajo Manhattan, a 2,5 metros por debajo del nivel de la calle, en el Banco de la Reserva Federal. Cada una de las barras que allí se almacenan pesa unas 400 onzas de oro fino y su precio de mercado es de aproximadamente 160 mil dólares. El oro está repartido en varias recámaras, la mayor de las cuales contiene un muro de 107 mil ladrillos de oro de una altura de tres metros, otros tres de ancho y 5,5 metros de grosor. Depositadas allí por múltiples gobiernos, las diez mil toneladas de barras de oro tienen un valor de más de 125 mil millones de dólares. La bóveda contiene cerca de un cuarto de todo el oro extraído en el mundo.

A muchos de nosotros esta provisión de oro nos brinda una especie de seguridad psicológica que respalda los dólares que llevamos en nuestros bolsillos y carteras. Se piensa que el oro de Fort Knox y de la Reserva Federal representan el sistema monetario norteamericano. Nuestro gobierno no parece

muy interesado en desmentir esa idea, que es sólo uno de los muchos mitos que gente racional y bien informada en otros ámbitos sigue detentando respecto del dinero. En rigor, el oro de Fort Knox y la Reserva Federal no tiene nada que ver con el dólar norteamericano. Desde que el Presidente Richard Nixon suprimiera el nexo final entre el dólar y el oro, ni una onza de oro en ningún lugar del globo sirve para respaldar al dólar estadounidense. Las pilas de oro son parte de la riqueza que posee el gobierno estadounidense, tal como lo son los depósitos fiscales de frijol de soja, de níquel y de muebles antiguos. Pero no son parte del sistema monetario. El dólar no está respaldado por el oro de Fort Knox en mayor grado que lo está por las reservas fiscales de queso elaborado y almacenado en depósitos refrigerados.

El dólar estadounidense no es un dólar de plata ni de oro. El gobierno no debe rescatar un billete de dólar con otra cosa que no sea un billete de un dólar. El dólar es simplemente la divisa de curso forzoso y descansa en el poder del gobierno y la fe del pueblo que lo utiliza: fe en que les servirá para adquirir algo el día de mañana, fe en que el gobierno de Estados Unidos seguirá existiendo y aceptando dólares como medio de pago de los impuestos y pagando los desembolsos fiscales en dólares, y fe en que otra gente seguirá a la vez confiando en el dólar. Fuera de esa fe, no hay nada que respalde a la moneda.

La nacionalización del oro

Según la ley que instauró, en 1792, el sistema de circulante en Norteamérica, cualquier persona podía llevar su oro o su plata a la casa de moneda y "la provisión así aportada ha de quedar tasada y acuñada en forma de monedas tan rápidamente como sea posible tras su recepción, y todo ello sin ningún costo para la persona o las personas que la hayan aportado".[1] Para incentivar a la gente a que transformara sus lingotes en monedas, el gobierno estadounidense no cobraba

por sus servicios ni siquiera el *seigniorage* habitual [la diferencia entre el valor nominal de la moneda y el costo de elaborarla o acuñarla]. Este servicio gratuito apuntaba a incentivar a los mineros y otros sectores sociales a convertir sus metales preciosos en monedas en forma tan rápida y expedita como les fuera posible, para incrementar la cantidad de dinero en circulación en el nuevo país.

El problema del patrón oro es que el sistema está limitado por la cantidad de oro disponible en el mundo y esa cantidad fluctúa con cada nuevo hallazgo y cada nuevo salto tecnológico. En ocasiones, el oro recién descubierto fluye de manera inesperada al mercado. En otras, gotea muy lentamente, aun cuando la economía esté requiriendo desesperadamente de una infusión de dinero. Puede suceder que los gobiernos, los bancos y hasta los individuos de fortuna manipulen transitoriamente el mercado del oro en beneficio propio, pero la mayoría de las veces éste opera al margen del control de los individuos y hasta de los países.

La necesidad de convertir el dinero en oro cuando se lo soliciten evita que el gobierno se endeude excesivamente o emita un exceso de masa monetaria para resolver un problema político coyuntural. En la medida que los ciudadanos gozan del derecho de convertir su papel moneda en oro, cuentan con un voto para determinar la forma en que opera el sistema monetario y para expresar la fe que le tienen a la clase política. Tan pronto como pierden la confianza en el papel circulante, pueden convertirlo en oro y dejar atrás el papel moneda.

Estados Unidos desvinculó su divisa de los lingotes y cualquier otra mercancía a través de dos pasos fundamentales, el primero adoptado por el Presidente Franklin D. Roosevelt en 1933 y el segundo por Richard Nixon en 1971. Roosevelt actuó en respuesta al *crack* financiero del año 29, que provocó una corrida en los bancos de la época, con los ahorrantes buscando cambiar su papel moneda por oro, tal y como se los había garantizado el gobierno. Una de las primeras leyes fir-

madas por Roosevelt como Presidente eximió a Estados Unidos del patrón oro, con miras a estimular la economía y aumentar la capacidad fiscal de endeudarse para financiar su política económica y social.

En una ley aprobada el 9 de marzo de 1933, "para aliviar la emergencia nacional existente en la banca y con otros fines", el Congreso otorgó a Roosevelt la facultad de impedir la "acumulación" de oro. Mediante un decreto ejecutivo, al cabo de un mes, los ciudadanos y residentes estadounidenses no gozaban ya de la facultad de amortizar sus dólares en oro, pero en el frente exterior Estados Unidos permaneció fiel al patrón oro, de modo que otros países y bancos extranjeros podían aún convertir sus dólares en oro cuando lo requerían.

A la par de ello, Roosevelt nacionalizó el oro y transformó en un crimen punible con arresto y cárcel la mantención por los ciudadanos norteamericanos de lingotes o monedas de oro en su poder. Los bancos, instituciones financieras y ciudadanos particulares dispusieron de tres semanas para devolver todas las monedas, lingotes y hasta certificados de oro de que dispusieran. Cada individuo pudo quedarse con cien dólares en monedas o certificados de oro y con sus alhajas personales, siempre que no estuvieran hechas de monedas. Roosevelt autorizó una excepción con fines industriales y estéticos muy específicos. A los coleccionistas de monedas se les permitió conservar las piezas exóticas, pero la ley restringió su posesión a tan sólo dos unidades de cada moneda.

Los refugiados, que huían de la agitación creciente y la tiranía en Europa en pos de la libertad, llegaban a Estados Unidos y se encontraban con que debían entregar todo el oro que traían consigo. Los turistas norteamericanos que volvían del extranjero ya no pudieron ingresar monedas de oro o alhajas que contuvieran monedas de oro. Y si no declaraban y entregaban voluntariamente estos objetos en la frontera, los agentes de aduana se los confiscaban. Barras de oro, monedas, lingotes, bonos y certificados acababan de sumarse al

listado de substancias controladas y bienes de contrabando como drogas, literatura comunista y pornografía, cuyo ingreso a Estados Unidos estaba prohibido.

La gente que voluntariamente entregó su oro al Departamento del Tesoro dentro de los nueve meses posteriores al decreto de Roosevelt recibió en compensación 20,67 dólares por cada onza en billetes de papel. Un año después de que fuera confiscado el oro en manos de particulares, el 31 de enero de 1934, el gobierno federal devaluó el papel moneda de 20,67 dólares a 35 dólares por cada onza de oro. De este modo, todo aquel que había acatado la ley e intercambiado su oro por papel moneda perdió un 41% del valor fijado al metal.[2] El cambio en el precio oficial del oro aumentó el valor nominal de la reserva de oro del gobierno, posibilitándole una emisión adicional de tres mil millones de dólares.

El Tesoro fundió las monedas y otros objetos para confeccionar auténticos ladrillos de oro. Ejerciendo el poder sin precedentes que le fuera garantizado durante la administración Roosevelt, el gobierno federal confiscó a sus ciudadanos unos cinco millones de onzas de oro –oficialmente equivalentes a cerca de 1,6 mil millones de dólares en reservas de oro– entre 1933 y 1954. Aunque los funcionarios del Departamento del Tesoro llevaron un cuidadoso registro del peso y la pureza de las monedas que sus empleados iban fundiendo, no dejaron registros de la fecha o el diseño de tales monedas; así, hoy resulta muy difícil afirmar con certeza cuánto sobrevivió del legado más temprano en monedas de oro de Norteamérica.

En 1934, al año siguiente de la nacionalización del oro, el Presidente Roosevelt aprobó otra ley muy similar que nacionalizaba la plata. La gente podía conservar sus alhajas y cierta cantidad de plata para emplearla con fines artísticos o industriales, pero el resto debía entregarlo al gobierno. Muchas monedas estadounidenses de la época contenían todavía plata, y Roosevelt no habría sido capaz de hacerse con ellas sin

crear un gravísimo trastorno en el comercio, así que el gobierno comenzó a retirar más tarde y en forma gradual las monedas de plata y a sustituirlas por metales básicos. Y antes de que la ley se derogase en 1963, el gobierno había adquirido un total de 3,2 mil millones de onzas de plata.[3]

Para almacenar estas nuevas reservas en metales preciosos procedentes del pueblo norteamericano, el Tesoro construyó la gigantesca bóveda de Fort Knox, con un costo de 560 mil dólares. El edificio de granito está revestido de concreto en una estructura de acero y conformado por 488 metros cúbicos de granito, 3.200 metros cúbicos de concreto, 750 toneladas de acero reforzado y 670 toneladas de acero estructural. En el acceso revestido de mármol, puede leerse grabada en oro la leyenda "Reserva de los Estados Unidos", junto con el sello dorado del Departamento del Tesoro. El complejo edificio y su muy publicitada fortaleza operan a la vez como un símbolo del valor de la divisa estadounidense y como un resguardo concreto del oro almacenado en su interior.

Las labores en el depósito concluyeron en diciembre de 1936 y, de enero a junio del año siguiente, la casa de moneda transfirió el oro a Fort Knox. A los norteamericanos ya no se les permitió poseer monedas de oro sino hasta el 31 de diciembre de 1974, según lo estableció una ley firmada por el Presidente Gerald Ford. Para entonces, el dólar no tenía un valor oficial en oro fijado por el gobierno.

Con la invasión exitosa de Europa iniciada por las fuerzas aliadas en Normandía, la victoria sobre los alemanes se volvió un hecho inminente y la atención de todo el mundo comenzó a desplazarse hacia los preparativos para el período de posguerra. Cada cual estuvo de acuerdo en que las potencias aliadas victoriosas debían hacer cuanto estuviera en sus manos para evitar los errores cometidos tras la Primera Guerra Mundial, que habían resultado en reparaciones, inflación y al final en una recesión de carácter global, todo lo cual había

pavimentado la vía para otro gran conflicto mundial incluso más devastador.

En julio de 1944, un mes después del "día D", Estados Unidos convocó a una conferencia económica aliada para determinar qué tipo de orden económico y monetario debía darse el mundo. Dicha conferencia, a la que asistieron setecientos delegados de cuarenta y cuatro naciones, tuvo lugar en un hotel vacacional de New Hampshire, cerca de un pico montañoso cuya denominación, Mount Deception, parecía todo menos un buen augurio. En conformidad con el acuerdo firmado el 22 de julio de 1946, la mayoría de las divisas del mundo mantendría una paridad específica con el dólar estadounidense, y Estados Unidos fijaría el valor del dólar en 35 dólares la onza de oro. Los delegados a la conferencia establecieron asimismo las bases para crear el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional, y se dispusieron a iniciar las negociaciones de reducción arancelaria que habrían de continuar durante los próximos cincuenta años. En lugar de designar al acuerdo con el nombre del monte en que se lo había firmado, escogieron la denominación Bretton Woods, tomada de la dirección postal del hotel.

Desde el 1 de febrero de 1934 y hasta la década de 1960, los sucesivos gobiernos de Estados Unidos y de otras naciones trabajaron en conjunto para mantener el valor del dólar fijo en 35 dólares la onza de oro, pero en la década de 1960 la provisión creciente de dólares y la inflación concomitante hicieron cada vez más difícil que los bancos centrales del mundo pudieran mantener ese nivel.

El disparate de Nixon

Enfrentado a múltiples problemas económicos en casa, y con una economía gravemente tensionada por la guerra que se libraba en Vietnam, Estados Unidos comenzó a experimentar una severa inflación. El Presidente Nixon, como antes Lyndon Johnson, tuvo serias dificultades para obtener del Congreso

los fondos suficientes para proseguir la guerra en el sudeste asiático. El Congreso no estaba dispuesto a elevar los impuestos para costear el esfuerzo de guerra. Enfrentados a una guerra impopular, que el pueblo norteamericano no tenía la menor intención de financiar, Nixon y Johnson resolvieron costearla de la misma forma que lo habían hecho otros gobernantes durante siglos: por la vía del endeudamiento. Así, tomaron prestados miles de millones de dólares y, al gastarlos, la masa monetaria en rápido aumento produjo inflación. Estados Unidos ya no podía amortizar su dinero en oro en el mercado mundial.

Para generar aún más dinero para la guerra, Nixon puso en ejecución una nueva y osada política económica que había elaborado junto con el secretario del Tesoro John Connally, antiguo gobernador de Texas. Hasta entonces, la única figuración a nivel nacional de Connally la constituía el hecho de haber ido sentado junto al Presidente Kennedy en Dallas el fatídico día de su asesinato en 1963; había resultado herido en el atentado. Connally tenía la imagen de duro, como una versión menor del mucho más famoso Lyndon Johnson –otro político originario de Texas–, pero ciertamente carecía de habilidad en el manejo de la economía o las finanzas. Esto quedó bastante claro en su vida, cuando más adelante enfrentó la bancarrota y debió tolerar una auditoría fiscal de sus bienes en Texas.

Bajo el plan Nixon-Connally, el Presidente pidió a todos los propietarios de algún negocio que congelaran los precios, los salarios y los alquileres para combatir la inflación, y dispuso un 10% de arancel adicional a la mayoría de las importaciones, con miras a favorecer el equilibrio de la balanza comercial. Para asegurarse de que este congelamiento transitorio de los precios fuera acatado, exigió que los ciudadanos denunciaran al gobierno federal a cualquiera que fuera sorprendido alzando los precios o los alquileres. Y de manera casi inadvertida, en medio de estas medidas políticas dramáticas y sin

precedentes en una economía en tiempos de paz, Richard Nixon clausuró la "ventana del oro". Esto significó que el dólar no seguiría manteniendo una paridad específica con ninguna mercancía, sino que fluctuaría en relación con las restantes divisas. Herido de gravedad, el dólar estadounidense acababa de convertirse en otra baja de la guerra de Vietnam.

De todos los asesores de Nixon, únicamente Paul McCracken se opuso de manera tenaz al congelamiento de los precios.[4] Pocos analistas prestaron verdadera atención a lo que parecía un exótico resabio monetario de la era victoriana, escasamente procedente en el universo de los nuevos arsenales atómicos y la computación. El patrón oro parecía irrelevante en la era moderna, en que el dólar reinaba como la divisa más poderosa del mundo y la mayoría de las restantes divisas mantenía una paridad con él, a tasas en apariencia estables. Nixon y Connally se las ingeniaron para persuadir a la opinión pública norteamericana de que clausurar la ventana del oro era una astuta medida en contra de los especuladores foráneos. La medida acabó sin embargo con la era de estabilidad y el período de mayor prosperidad y productividad económicas de la historia del dólar norteamericano. Nunca más volvió la divisa a recuperar la fuerza que históricamente había tenido, ni ha vuelto a disfrutar de la confianza que el mundo había depositado en ella antes de la decisión de Nixon.

En marzo de 1972, el gobierno estadounidense devaluó el dólar a 38 dólares por cada onza de oro. Al año siguiente debió devaluarlo nuevamente a 42,22 dólares por onza. El gobierno suizo advirtió entonces que, a contar del 24 de enero de 1973, no volvería a apoyar al dólar con su oro, y rápidamente otras naciones siguieron sus pasos.

En el lapso que va de los decretos promulgados por Franklin D. Roosevelt en 1933 y las medidas adoptadas por Nixon en 1971, Estados Unidos pasó de un dólar asociado a metales preciosos a otro basado únicamente en la regulación fiscal. Hoy en día, el dólar norteamericano es sólo moneda de curso

forzoso, respaldada por la autoridad del gobierno, por la fe del pueblo en esa autoridad, y nada más. Los billetes ligados al oro y el dólar en la forma de certificados de plata hace tiempo que dieron paso al billete de la Reserva Federal. La frase "Páguese al portador que lo requiera" ha sido reemplazada por "In God We Trust" ("En Dios confiamos").

Al suprimir el nexo existente entre el oro y el dólar, Nixon dejó libre el precio del oro para que oscilara a discreción, y el valor del dólar comenzó a fluctuar en relación con la libra inglesa, el marco alemán, el yen japonés, el franco suizo y las restantes monedas del mundo. ¡Y vaya si comenzó a fluctuar! Al principio, sólo cambió moderadamente de valor, pero, a medida que las caídas se hicieron cada vez más hondas, las fluctuaciones comenzaron a hacerse más pronunciadas, sólo que las alzas en sentido contrario jamás llegaron lo suficientemente arriba antes de que la divisa volviera a caer en picado. Y antes de que nadie se diese cuenta de lo ocurrido, el dólar se hallaba en una verdadera montaña rusa, mientras que el yen y el marco parecían ir en un derrotero continuamente ascendente. El dólar fluctuaba en el corto plazo, pero en el largo plazo estaba cayendo.

La onza de oro que en 1971 costaba 35 dólares había aumentado a 400 dólares en torno a 1995. El marco, que costaba 0,24 dólares, había subido a 0,75 dólares y el yen, que se vendía a cuatro por un penique, estaba ahora claramente por encima de un penique. En tanto el dólar oscilaba en una u otra dirección en la montaña rusa, las divisas de las naciones más pobres, como Perú y Bolivia, que habían estado alguna vez ligadas al dólar, salieron expulsadas de los rieles. Alguna otra, como el peso mexicano, perdió las ruedas e incluso el dólar canadiense se volvió débil e inestable. Sin la disciplina que imponía el oro, el dinero del siglo veinte se ha deteriorado en forma continua en su valor. Como se preguntaba Chaucer en el prólogo de los *Cuentos de Canterbury:* "Y si incluso el oro acaba oxidándose, ¿qué vamos a hacer?".

A lo largo de todo el siglo veinte, la facultad de los gobiernos de mantener un control sobre el dinero se fortaleció tremendamente en todas partes del mundo. Este mayor control permitió que las autoridades gubernamentales imprimieran más dinero, lo tomaran prestado o hicieran lo que se les viniera en gana cuando necesitaban aumentar el gasto o realizar ajustes económicos. Al aumentar el gasto fiscal, los gobiernos acrecentaron a la vez su propio influjo en la economía de mil formas diversas, significativas o irrelevantes. Sin estar ya constreñidos a disponer de una reserva específica de oro por cada unidad de dinero que se emitía, los gobiernos se limitaron a emitir más dinero para financiar sus nuevas responsabilidades.

La clase política siempre sabe cómo idear buenas razones para estropear el valor del dinero; a menudo se trata de combatir algún mal que acecha en el horizonte o de evitar algún desastre horrendo que espera agazapado en el futuro de nuestros hijos. Cuando Franklin D. Roosevelt marginó al sector interno de Estados Unidos del patrón oro, fue por buenos motivos: para terminar con la Depresión, y después para combatir en la Segunda Guerra Mundial. Después, Estados Unidos tuvo que reconstruir Europa y combatir el comunismo, lo que propició un mayor endeudamiento. Lyndon Johnson alentó a la clase política a que acumulara aún más deudas para librar la guerra en Vietnam y liderar simultáneamente la "guerra contra la pobreza" en casa.

En lugar de revertir las políticas de Johnson cuando se hizo evidente que Estados Unidos perdería en ambas contiendas, Nixon sacó por completo al dólar del patrón oro. Con la libertad financiera que garantizaba el nuevo dinero fácil, los políticos de derecha y de izquierda pudieron financiar cualquiera de sus proyectos favoritos: más autopistas y cupones alimenticios, la exploración del espacio sideral y las subvenciones agrícolas, la ayuda externa y la construcción de nuevas viviendas urbanas, armas para la guerra de las galaxias y fondos de ayuda a las artes, la investigación del cáncer y la lucha

contra el narcotráfico. El país tenía dinero suficiente para financiar los regímenes despiadados de dictadores amigos y para invadir pequeños países administrados por dictadores inamistosos, o bien pagar una guerra de guerrillas en su contra. Parecía como si todo el mundo pudiera por fin disponer de lo que quisiera. Los políticos, los "lobbistas" y los intereses particulares habían dado con la fórmula mágica para generar riqueza de la nada.

De modo simbólico, el control cada vez mayor del Estado sobre el dinero se aprecia en los diversos diseños que se emplea para adornar monedas y billetes. En los albores de la historia de la nación estadounidense, todas las monedas llevaban la imagen de un indio, una deidad, un animal o una figura alegórica que simbolizaba la libertad o algún otro ideal abstracto. Sin embargo, a partir de 1909, el gobierno abandonó el penique con la cabeza de un indio en favor del penique con el perfil de Lincoln. A contar de entonces se modificaron todas las monedas para incluir la imagen de algún político norteamericano. Los primeros retratos fueron los de los Padres Fundadores de la nación, pero a poco andar comenzaron a aparecer imágenes más contemporáneas. El cuarto de dólar con la Libertad puesta de pie se convirtió en el *quarter* de George Washington. El dólar de plata con la Libertad coronada se convirtió en el dólar de Eisenhower, el níquel del búfalo en el de Thomas Jefferson, y el *dime* de Mercurio alado, también conocido como el *dime* de la Libertad, adoptó el retrato del Presidente Roosevelt. La moneda de cincuenta centavos de la Libertad en marcha se transformó en los cincuenta centavos de Benjamín Franklin y luego en el medio dólar de John Kennedy. Los billetes, que solían exhibir escenas de la historia de Norteamérica e imágenes alegóricas similares a las de las monedas, también se orientaron hacia los retratos de políticos. El mayor billete jamás emitido en Estados Unidos fue el certificado de oro de cien dólares, que llevaba el retrato del Presidente Woodrow Wilson.

Con esos cambios de imagen, Estados Unidos se alejaba por completo del dinero basado y rescatable en el oro, optando por un sistema monetario apoyado exclusivamente en las medidas elaboradas por la clase política, por los burócratas y los organismos reguladores del gobierno. El dinero había dejado de tener un valor autónomo; ahora dependía enteramente de la confianza de la gente en su sistema y en sus líderes.

Así, el siglo veinte acabó transformándose en la era de los sistemas monetarios regulados por los gobiernos. Según las teorías en boga, pareció que los buenos y sabios funcionarios que tomaban las decisiones en el nivel del gobierno, o en instituciones respaldadas por el gobierno y a buen resguardo de la opinión pública, podían controlar la masa de dinero circulante en forma racional y metódica. Como una suerte de termostato imparcial, podían valerse de métodos específicos para realizar ajustes finos en la economía: fijando las tasas de interés, por ejemplo, o controlando la cuantía de moneda extranjera que los bancos podían comprar y vender.

El entusiasmo político del siglo veinte abogó a su vez por la iniciativa gubernamental en la transformación de cualquier cosa, desde la erradicación de la pobreza y el racismo a la curación del cáncer, desde la gestión de los sistemas de transporte a la regulación de la sexualidad y el control de la natalidad. Diversos gobiernos emprendieron una batalla ideológica en contra de los enemigos que percibían a su alrededor –el comunismo, el capitalismo, el fascismo, el nazismo o los fundamentalismos de diversa índole–, mientras fabricaban cohetes para conquistar la Luna y explorar el espacio exterior.

En este fin del siglo se ha vuelto evidente que ciertos gobiernos nacionales asumieron tantas responsabilidades que no las han podido cumplir. Los gobiernos comunistas, que desempeñaron el papel más significativo al respecto, simplemente se derrumbaron, incapaces de cumplir siquiera con las funciones más básicas de un gobierno. En las democracias occidentales, que exhibían mayores índices de bienestar, los

gobiernos se limitaron a tambalearse. No estallaron, pero a la gente le ha quedado suficientemente claro que un gobierno con dificultades para distribuir a tiempo la correspondencia puede estar a la vez en dificultades para administrar la moneda y supervigilar la economía. Un gobierno que es incapaz de controlar la venta de cocaína y heroína difícilmente podrá elaborar políticas adecuadas en lo que hace al sistema monetario de la nación. Y un gobierno que no pueda garantizar la seguridad de sus ciudadanos en las calles o siquiera en los terrenos de una escuela para sus niños y maestros puede hallarse en serios problemas para preservar la masa monetaria de la nación a salvo de la corrupción.

TERCERA FASE

Dinero electrónico

Nosotros inventamos el dinero y nosotros lo utilizamos,
a pesar de lo cual somos incapaces (...)
de entender sus leyes o de controlar sus actos.
Es algo que tiene vida propia.

LIONEL TRILLING

13

Dinero fuera de control e impuestos bajo cuerda

Si ganarse el dinero cuesta bastante,
perderlo cuesta bastante menos.
SAIKAKU IHARA

Dos individuos descendieron no muy garbosamente por la avenida, llevando entre ambos una caja de cartón repleta de dinero. La caja atravesó con dificultad la puerta de acceso de una agencia de viajes. No era tan grande, pero la abultada carga de billetes en su interior hacía que pesara bastante. Una vez dentro, los individuos la depositaron sobre el escritorio de una empleada, quien solicitó a uno de sus asistentes dos cafés y empanadas para los clientes. Luego, con los dos individuos y la empleada atentos a la maniobra, otro asistente de oficina comenzó a vaciar el dinero sobre la mesa. Los billetes habían sido depositados en su interior con gran esmero y la empleada los tomó con igual cuidado, distribuyéndolos a lo largo de la mesa de mármol. La mayoría de los billetes era de diez mil pesos, meticulosamente reunidos en montoncitos de diez billetes, cada montoncito –equivalente a cien mil pesos– del tamaño y peso de un paquete de cigarrillos. Los fajos de diez habían sido a la vez agrupados para formar montones de un millón de pesos, los que se aseguraban con un elástico en un paquete del tamaño de un ladrillo, sólo que más pesado. En la caja había ochenta de estos paquetes de un millón de pesos, más unos cuantos fajos adicionales. Contar la caja entera hubiera requerido de algún tiempo. En lugar de ello, el empleado a cargo de la operación contabilizó simplemente los fajos de billetes para asegurarse de que cada ladrillo contenía el número correcto de ellos. Si al final faltaban unos pocos centenares de miles de pesos, nadie lo sabría.

Pese a este atajo en la contabilidad, se requirió más de media hora para verificar que la caja contuviera 85 millones de pesos, el precio de un pasaje de avión. Tan pronto como se hubo contabilizado el dinero, el asistente de oficina lo depositó en la parte trasera de una motocicleta y lo trasladó a través de la ciudad a las oficinas de la aerolínea Lloyd Aéreo Boliviano para pagar por el pasaje antes de que el precio subiera una vez más a la hora de almuerzo. Para ahorrarse tiempo en la contabilidad, ciertos revisores habían aprendido a tasar a ojo los fajos de billetes. La experiencia les enseñó que un fajo de cierta altura debía contener un determinado número de billetes. Si todos los billetes eran del mismo color, y por ende de la misma denominación o valor, el contador podía calcular rápidamente el valor total basándose en el tamaño del fajo. Las mujeres que operan los mercados locales de los Andes, de escasa educación y a menudo analfabetas, aunque no por ello menos astutas, a menudo pesaban los billetes para determinar su valor.

En el momento culminante de la espiral inflacionaria boliviana, en 1985, la Bolsa de Café, Azúcar y Cacao de Nueva York lanzó una campaña publicitaria que consistía en el envío por correo de un billete boliviano de un millón de pesos a dos mil agentes mercantiles en Estados Unidos. La carta adjunta explicaba que hacía tres años el billete valía cinco mil dólares, pero que a causa de la inflación su valor había caído a sólo 55 centavos de dólar, vale decir, un milésimo de su valor original. Los publicistas esperaban que la estratagema impulsara a un mayor número de norteamericanos a desembarazarse de su liquidez y adquirir mercancías. Y, lo que era aún más ofensivo para la apremiante situación de Bolivia, la empresa auspiciaba un concurso que ofrecía una semana de vacaciones pagadas en La Paz, Bolivia.[1]

En un mercado en que los billetes de un millón de pesos tienen al final el valor de apenas unos centavos y una taza de café puede llegar a costar doce millones de pesos, los billetes

con denominaciones de centenares o miles de pesos valen apenas la centésima o la milésima parte de un penique estadounidense. Por ende, su valor es casi inexistente. Una vez que han perdido todo su valor monetario, carecen de ninguna aplicación práctica. Contienen demasiada tinta para que se los emplee como notas de borrador y son demasiado pequeños para usarlos como papel de envolver. La tinta los vuelve inútiles para envolver cigarrillos y son demasiado ásperos para utilizarlos como papel higiénico. La gente desecha rápidamente los billetes antiguos y el viento se los lleva calle abajo y los va apilando en montones fangosos en las alcantarillas paralelas a las avenidas, en las riberas cercanas o entre los arbustos de los solares deshabitados. Incluso las latas de aluminio y las botellas de plástico tienen mayor utilidad y son más cuidadosamente preservadas que el dinero devaluado.

Efectivo en cocaína

Durante los períodos de hiperinflación, como el que sufrió Bolivia entre 1984 y 1985, la economía opera sobre la base de la pura liquidez. Nadie acepta pagos en cheques o con tarjetas de crédito porque su conversión en dinero toma mucho tiempo. Por consiguiente, nadie guarda su dinero en el banco. Los bancos no hacen préstamos, dada la dificultad de determinar la tasa de interés. El crédito en moneda local deja de existir. Incluso los servicios básicos como el teléfono y la electricidad, que se brindan mensualmente y se cobran a fin de mes, exigen el pago por adelantado, a menos que sea el gobierno quien los provea, en cuyo caso los clientes esperan tanto como les sea posible para pagar las cuentas, pues una cuenta equivalente a cincuenta dólares podría caer por debajo de apenas unos centavos dentro de la semana.

La hiperinflación sigue un patrón similar dondequiera que incide. Los bancos dejan de financiar las hipotecas. Los compradores potenciales de casas e incluso las empresas pagan por sus viviendas a medida que se van edificando. Una familia

concienzuda compra los ladrillos o las bolsas de cemento tan rápidamente como le llega el dinero, aunque edifica la vivienda lentamente, en un lapso de varios años o incluso décadas. Esta práctica de invertir en materiales de construcción hace que las ciudades y sus aledaños se llenen de viviendas a medio construir, de muros sin techos, casas sin ventanas y estructuras de ladrillo desnudo, sin estucar, todo lo cual confiere al paisaje una apariencia de deterioro y desaliño.

Durante la fase de hiperinflación dejan de existir además los ingresos fijos. La gente que vive de una pensión o una jubilación descubre que el valor de sus pagos se reduce a sólo unos pocos dólares al mes. Aun cuando las reparticiones fiscales reajustan los cheques, habitualmente llevan varias semanas de retraso en relación con los índices de inflación, en una economía en la que hasta una semana puede reducir el valor del dinero en cerca de un 99%.

En el apogeo de la inflación boliviana, los empleadores pagaban a los trabajadores con montoncitos de billetes, agrupados en los conocidos fajos y ladrillos. El día de pago, un profesor universitario de Sucre, por citar un ejemplo, se aprestaba a recibir una pila de billetes de medio metro de alto; una secretaria, en cambio, podía recibir una pila equivalente a la mitad de la anterior. Tan pronto como el empleado recibía el dinero al contado, corría a transformarlo en mercancías, como alimentos, vestuario o bienes electrónicos: cualquier cosa que sirviera para conservar su valor y que la familia pudiera utilizar o revender después. Incluso las familias que no contaban con electricidad en su hogar adquirían con avidez algún ítem muy valorado en el mercado, como un reproductor de discos compactos, pues éste conservaría su valor hasta mucho después de que el fajo de efectivo hubiera perdido por completo el suyo. Incluso tras varios meses o un año de uso, el equipo podrá ser revendido en varias veces su precio original.

Los campesinos que acudían a los mercados urbanos de Bolivia a vender su cosecha no podían llevarse el dinero de vuelta a

casa sin que éste perdiera buena parte de su valor antes de que se celebrara la siguiente feria. Por ende, debían gastarse de inmediato el dinero en la ciudad, nada más tenerlo entre sus manos, y llevar las mercancías de vuelta con ellos. Así, mientras la ciudad operaba exclusivamente sobre la base del dinero al contado, los pueblos casi no disponían de liquidez. Sus habitantes retomaron entonces los tradicionales sistemas del regateo y el trueque.

La compra más popular de todas eran los dólares norteamericanos de cualquier denominación, visto que su valor persistía durante bastante más tiempo que el de la moneda en rápido deterioro de Bolivia. La abundante provisión de dólares, en particular de billetes de cien, se debió ante todo a la principal exportación boliviana: la pasta de coca, utilizada para la elaboración de cocaína.

En Bolivia había más billetes de cien dólares que de diez, de cinco o de un dólar. A causa de este superávit de billetes de cien, los de menor valor, requeridos para dar cambio, eran difíciles de encontrar y tenían enorme demanda. El mercado creó una situación extraña en la que un fajo de cien billetes de un dólar tenía mayor valor que un único billete de cien. Los clientes intercambiaban gustosos un billete de cien por noventa y siete de un dólar.

Por la misma época, Estados Unidos combatía contra su propia espiral inflacionaria, con el dólar sufriendo una merma de un 3,6% anual. De todas formas, era la divisa con que los bolivianos comparaban todas las demás. El valor del peso boliviano, relativo al dólar estadounidense, cambiaba dos veces al día, una vez por la mañana y de nuevo por la tarde. Calculado sobre una base anual, el índice de inflación de Bolivia llegó a un 24.000% y en el curso de la hiperinflación el valor cayó en un 40.000% en total. Tales cifras tenían, con todo, escasísima relevancia en la vida diaria. El factor más incisivo era que el peso caía a una tasa de un 1% o un 2% por hora. En tales circunstancias, se desarrolló una peculiar

cultura de la inflación mediante la cual se lidiaba con tan extrañas condiciones de vida.

A raíz del aumento en el uso de plásticos, Bolivia ya no podía sostenerse en su exportación tradicional de aluminio y el gobierno se había endeudado bastante más de lo que se lo permitía su capacidad de pago. En el universo de altibajos de la economía boliviana de la década de 1980, la cocaína se convirtió en la exportación fundamental, y el efectivo, en la principal importación del país. Como el gobierno carecía de infraestructura para imprimir su propio dinero, Bolivia importaba los billetes de su propia moneda en miles de toneladas desde Alemania, Brasil y Argentina. Los palets con los nuevos billetes de un peso debían llegar por aire a La Paz, la capital administrativa y financiera de Bolivia, tan rápido como les fuera posible, pues el pueblo y las autoridades locales no podían permitirse la demora de un envío por tierra. De igual modo, los mercados ilegales importaban millones de dólares estadounidenses por vía aérea para ponerlos al servicio de la "economía informal". Los narcobanqueros aterrizaban con sus aviones en pistas privadas de la región del Beni, desde donde los billetes norteamericanos circulaban rápidamente a todo el país. Al destruir el valor del peso, quienes gestionaban el dinero de la nación habían creado una brecha que los narcotraficantes llenaron con premura. Los narcotraficantes aportaban dólares norteamericanos en tanto las autoridades bolivianas podían únicamente aportar pesos, que casi no tenían valor; los traficantes controlaban la provisión de dólares existente y con ello contaban con una peligrosa tenaza sobre la economía de la nación.

La abundancia de dólares en el país creó una divisa alternativa y debilitó aún más al peso. Mientras que este último era sólo una moneda de uso interno, el dólar era bastante más popular puesto que representaba una divisa de rango internacional; de este modo, redujo más el valor del peso y exacerbó el proceso inflacionario.

En épocas de inflación desatada, la especulación monetaria se transforma en un negocio de envergadura para casi toda la comunidad adulta. Cientos de personas forman hileras en las calles para intercambiar pesos por dólares en el mercado negro, ilegal pero tolerado. Los comerciantes de divisas merodean por las aceras y los mensajeros corren de ida y vuelta a cambiar dólares por pesos y pesos por dólares. Dado que las transacciones en las tiendas deben realizarse obligatoriamente en la moneda local, los consumidores llegan con dólares, que cambian por pesos en la calle antes de ingresar al negocio. El dueño del negocio no quiere quedarse, al final de la jornada, con grandes cantidades de pesos, así que, cuando el cliente se va, envía los pesos que acaba de recibir a un cambista para que se los cambie por dólares. A menudo, los mismos cambistas pueden intercambiar exactamente los mismos billetes varias veces al día, cobrando en cada caso una pequeña comisión. Esa comisión y el alto número de transacciones diarias hacen del oficio de cambista una ocupación bastante más lucrativa que la de los comerciantes establecidos.

Cada negocio, desde la gran empresa de la línea aérea nacional hasta la mujer que vende nueces peladas en una esquina, debe conocer el valor del peso respecto del dólar en cada momento del día y participar en un juego constante en que se entremezclan pesos, dólares y mercancías. Como en el juego de la silla, cada cual sabe que en cualquier momento del día, de la semana o el año, las tasas podrían cambiar de forma repentina y quienquiera que tenga demasiado de una moneda y no de la otra acabará perdiendo.

La hiperinflación no puede durar mucho tiempo, pues acaba arrasando el mercado de capitales y convierte el efectivo en algo cada vez más engorroso de manejar. Para estar al día en el valor fluctuante de la moneda y manejarse con los grandes montones de billetes en circulación, la gente comienza a excluir mentalmente los ceros y en las transacciones diarias un millón de pesos se convierte en "uno" y diez millones

en "diez". Puede que esto baste para adquirir víveres y otras compras menores, pero en el caso de ítemes más costosos, como refrigeradores y automóviles, la gente simplemente abandona la terminología asociada al peso y discute los precios en dólares, independientemente de que el pago se haga en dólares o en pesos. La producción y el comercio decaen poco a poco, pues la gente dedica cada vez más tiempo a idear nuevas formas de eludir el costo de la inflación.

Al aumentar la presión sobre el gobierno para que controle el fenómeno inflacionario, y a medida que la economía del país sigue deteriorándose, a la larga éste debe emitir una nueva moneda que deja de lado los ceros y la devuelve a un valor fluctuante entre una y diez unidades por dólar. Aunque la hiperinflación es devastadora para algunos segmentos de la población, otros –por ejemplo, los deudores– se benefician de ella. Durante la etapa de inflación, los préstamos que una vez llegaron a miles de dólares quedan reducidos a unos pocos centavos.

Aun cuando no todos los países vecinos participaban de la inusual economía de la cocaína de Bolivia, se vieron de todas formas enfrentados a problemas económicos y sociales que al final derivaron en similares arremetidas inflacionarias. Al avanzar la hiperinflación en Perú, Brasil y Argentina, las economías de estos países se volvieron a su vez economías "dolarizadas": siguieron siendo a simple vista economías del peso, mas comenzaban a funcionar de hecho como economías del dólar. Los préstamos, contratos y otros acuerdos financieros formales e informales comenzaron a realizarse cada vez más en dólares antes que en la divisa del país.

En 1990, cuando Alberto Fujimori asumió como Presidente de Perú, el país presentaba un índice inflacionario de 7.000%. El sol, la moneda nacional peruana, suponía tan sólo el 15% de la moneda que se utilizaba en el país; los dólares estadounidenses daban cuenta del 85% restante. Sin embargo, al reducirse la inflación, el uso del sol comenzó a predominar y el del dólar fue decayendo.[2]

Más de cuatro billones de marcos por dólar

Aunque la inflación existió en el pasado, y en particular durante la centuria que siguió a la introducción del oro y la plata extraídos de las Américas por los conquistadores, en el siglo veinte alcanzó su clímax, llegando a parecer en ocasiones un fenómeno único de los tiempos modernos. En la medida que la moneda siguiera conteniendo algún elemento metálico como el oro, la plata o incluso el cobre, la hiperinflación no podía ocurrir, pues la cantidad de dinero en circulación dependía en última instancia del número de monedas que era posible producir. Hubo inflación cuando aumentó la provisión de plata u oro existente, pues aumentó el número de monedas en circulación; pero, en última instancia, el control fundamental de la masa monetaria dependía de la masa de oro y plata disponible.

A diferencia de los billetes, carentes de valor en sí, incluso una pequeña moneda de cobre posee algún valor intrínseco como una pieza de metal. Si todo lo demás falla, podemos fundirla y emplearla con otro fin. Con el advenimiento de la era del papel moneda, los gobiernos se sorprendieron en un universo económico enteramente nuevo. Si tenían acceso al papel, la tinta y las máquinas impresoras, podían imprimir tanto dinero como se les diera la gana. Cosa que desde luego hicieron.

Los gobiernos cuentan con tres modalidades básicas para financiar sus gastos: los impuestos, el endeudamiento y la emisión de dinero. Si el gobierno no dispone de crédito y de nada digno de tasar con impuestos, la alternativa más seductora es la de renunciar a los impuestos y la deuda pública por la vía de imprimir, unilateralmente, más dinero. El incremento en la provisión de dinero hace caer el valor del dinero circulante, y la caída en su valor fuerza al gobierno a imprimir cada vez más dinero para cumplir con sus gastos. En circunstancias excepcionales, como períodos de guerra o de alguna presión singular sobre la economía como la que vivió Bolivia en la era

de la cocaína, este exceso menor a cuenta del gobierno se transforma en un aluvión incontrolable y el país se ve atrapado en una espiral vertiginosa de inflación desatada.

El primer país en el siglo veinte que vio derrumbarse su moneda fue Rusia, poco después de la revolución que condujo a los comunistas al poder. Los comunistas sabotearon de manera deliberada su propia moneda, imprimiendo tanto dinero como el que la gente quisiera. Ello significó muy pronto que diez mil rublos nuevos tenían el poder adquisitivo de un rublo de la época zarista. Algunos de los poderosos líderes comunistas creyeron que tolerando una inflación rampante destruirían la moneda y de esa manera podrían edificar una sociedad sin dinero. Una vez que el disgusto de la ciudadanía con los rublos sin valor se hiciera evidente, el gobierno planeaba sustituir el dinero por un sistema de racionamiento que emplearía cupones para procurarse la cantidad de alimento, vivienda, vestuario y otros bienes que se considerara apropiada para cada persona.[3] En unos pocos años, sin embargo, se hizo evidente para todo el mundo que incluso la nueva Unión Soviética requería del dinero para funcionar, y en 1921 el gobierno inició una serie de maniobras para instaurar un nuevo sistema monetario.

Tras su derrota en la Primera Guerra Mundial, Alemania y el recién desmembrado imperio austrohúngaro se convirtieron en las dos siguientes naciones que ingresaron tambaleantes en el remolino de la hiperinflación. La debilitada moneda austríaca, la corona, fue la primera en desvalorizarse, cayendo del nivel de 4,9 por dólar en la preguerra a 70 mil por dólar antes de que el gobierno austríaco dispusiera su control en 1922. La inflación austríaca resultó, con todo, un mero preludio a la crisis de las monedas alemana y húngara.

Al concluir la guerra, los gobiernos victoriosos de Francia y Gran Bretaña presionaron duramente para conseguir tanto dinero como les fuera posible de parte de Alemania en concepto de reparaciones de guerra, y la nación germana hubo

de aceptar la culpa total por haber provocado la conflagración. En los términos fijados por el tratado de Versalles, que el senado de Estados Unidos se negó a ratificar pero que fue aceptado por todos los gobiernos europeos, Alemania estuvo de acuerdo en pagar casi la totalidad de la cuenta de la guerra, que le fue extendida en abril de 1921. Pese a las objeciones norteamericanas, los aliados presionaron a Alemania con una cuenta total de 132 mil millones de marcos oro, equivalente al doble del ingreso nacional de Alemania y a una suma de 33 mil millones de dólares. Para cumplir con tales exigencias, el gobierno alemán debería generar un superávit de 33 mil millones de dólares después de haber cubierto los servicios básicos para su pueblo. A causa de unas restricciones adicionales del tratado, Alemania no podía vender equitativamente sus productos en el mercado para cumplir con las reparaciones y, como el gobierno comenzó a imprimir cada vez más dinero sin ningún respaldo, el valor del marco de papel comenzó a desmoronarse a partir de 1922. Al no poder cumplir Alemania con sus pagos de guerra, el ejército galo ocupó la región industrial del Ruhr, en la que se hallaban los principales yacimientos mineros de Alemania y las líneas ferroviarias más relevantes.

En los tres meses que siguieron a la recepción de la cuenta de la guerra, los precios comenzaron a subir en Alemania y, a finales de ese año, eran treinta y cinco veces más elevados que los de la preguerra. A fines de 1922 eran 1.475 veces más elevados y muy pronto sobrepasaron en un billón de veces los niveles anteriores. En menos de dos años, el costo de un sello de correos alemán subió de 20 *pfennings* a 500 mil millones de marcos. Los prestamistas cargaban tasas de interés de un 35% diario. A finales de la guerra, adquirir un dólar estadounidense costaba unos cuatro marcos; en julio de 1922, el costo había subido a 493 marcos. En el Año Nuevo de 1923, el marco había caído a 17.792 por dólar. El 15 de noviembre de 1923, día del apogeo de la inflación, se precisaban 4,2 *billones*

(4.200.000.000.000) de marcos para adquirir un dólar. Un penique norteamericano valía 42 mil millones (42.000.000.000) de marcos alemanes. Un ítem que al final de la guerra podía comprarse por un marco costaba 726 mil millones de marcos en 1923. El gobierno de Weimar emitía papel moneda a un ritmo tal que no alcanzaba a imprimirlo por ambas caras. Las demoras en los traslados implicaban en ocasiones que los billetes perdieran casi todo su valor antes de haber siquiera arribado al banco; entonces la Tesorería se limitaba a estampar más ceros en ellos y a emitirlos con valores más altos. Los trabajadores recibían su paga a diario, pero si cualquier incidente les impedía acudir a las tiendas antes de que cerraran ese mismo día, sólo les quedaba utilizar los fajos de papel moneda como combustible en la estufa, visto que al día siguiente, cuando las tiendas abrieran, ya no tendrían ningún valor. La inflación se disparó y quedó fuera del control del gobierno, de los bancos y las empresas, para no mencionar al ciudadano de a pie, que fue su víctima principal. Para ayudar a las empresas alemanas a mantenerse a flote, el gobierno hizo empréstitos por un total de 497 mil millones de billones de marcos. Los periódicos alemanes informaban de la irrupción de un nuevo cuadro clínico denominado "el infarto por ceros" o "infarto por cifras", ocasionado por las dificultades para calcular guarismos tan enormes; los ceros se transformaron en un símbolo del colapso de los mercados de capitales y de todos los restantes males asociados a la inflación. Dado que el marco cayó tan bajo en relación con otras divisas mundiales, Alemania se transformó en una "sección de rebajas" para cualquiera que tuviera dólares, libras esterlinas u otras monedas duras. El gobierno alemán debió aprobar una ley que prohibía a los extranjeros comprar y exportar los tesoros del patrimonio artístico nacional.

La inflación adoptó un tañido horrendo. La tasa de nacimientos cayó y la de mortalidad aumentó, en particular la tasa de mortalidad infantil, que subió en un 21%, y también el

índice de suicidios en la población adulta. H. G. Wells caracterizó la inflación en Alemania como una "masacre económica" que afectaba particularmente a las capas medias, a los sectores profesionales y a quienquiera que viviese de un ingreso fijo. Algunos de los más cínicos entre los analistas de la época llegaron a decir que los funcionarios germanos habían provocado deliberadamente la inflación como una forma de despertar el clamor popular y forzar a una rebaja en las reparaciones impuestas a su país.

La inflación se acabó el 20 de noviembre de 1923, cuando el marco llegó a 4,2 billones por dólar y el gobierno dejó de lado todos los ceros para crear el nuevo *rentenmark*. El nuevo marco tenía su base en el valor de la tierra y se negociaba a 4,2 unidades por dólar –que era el tipo de cambio del marco imperial antes de la guerra–, o un billón de marcos por un *rentenmark*. Exhausto tras esta verdadera ordalía, el ministro de Finanzas Rudolf Havenstein murió el mismo día de la creación del nuevo marco. En 1924, siguiendo la recomendación de una comisión internacional encabezada por Charles G. Dawes con miras a reexaminar las reparaciones de guerra, Estados Unidos prestó a Alemania doscientos millones de dólares para que el país pudiera retornar al patrón oro.

Más que ningún otro factor, probablemente fueron el derrumbe económico de Alemania y la pesada carga financiera y psicológica que supuso para las capas medias y asalariadas lo que pavimentó la senda para el extremismo político del tipo que llevó al poder a Adolfo Hitler en la década siguiente.

Con la disolución del imperio austrohúngaro como resultado de la guerra, cada nuevo país creó su propia moneda, pero todos sufrieron problemas similares a los de Alemania. La inflación atacó a todas las potencias derrotadas y las monedas de Austria, Hungría, Checoslovaquia, Polonia, Bulgaria y Grecia fueron derrumbándose una tras otra. El colapso, seguido de la depresión mundial de los años 30, propició el surgimiento de movimientos políticos radicalizados tanto de

izquierda como de derecha, con lo cual en cada país asumieron el poder dictadores.

En presencia de ciertos problemas y situaciones de la economía en una región determinada, la hiperinflación parece irrumpir como una plaga que devasta a un país y luego se propaga a otro. Francia, Bélgica, Italia y España vieron caer también el valor de su moneda a alrededor de un quinto de su poder adquisitivo en la preguerra. La presión ejercida sobre la libra inglesa provocó una triple alza de los precios, que Gran Bretaña frenó por la sola vía de retomar brevemente el patrón oro entre 1924 y 1925. La depresión resultante obligó a Gran Bretaña a abandonar el patrón oro una vez más, y nunca más retornó a él.

La nueva hiperinflación

La década de 1980 presenció otra ronda de hiperinflación aún más extendida y devastadora, que esta vez irrumpió en América Latina y Africa. Las circunstancias variaban de país en país, pero la inflación sobrevino por lo general tras un dilatado período de caos financiero y corrupción, de inestabilidad política y excesivo endeudamiento con los bancos occidentales. Esta mezcla social y económica de carácter letal produjo un cóctel explosivo que arrasó con las monedas locales.

Uno tras otro, Bolivia, Perú, Brasil, Argentina y Zaire se despeñaron por el conocido precipicio de la inflación, al imprimir cada vez más billetes carentes de valor. Cuando la inflación subió a una tasa de uno a diez millones de unidades por dólar, los respectivos gobiernos emitieron una nueva moneda que vino a renovar el ciclo, hasta que los burócratas del erario local se quedaron sin nombres para las nuevas monedas, momento en que tomaron prestadas denominaciones de otras lenguas o simplemente los inventaron. Perú osciló entre el sol y el inti –que significa “sol” en quechua–; Bolivia cambió del peso al boliviano y luego volvió al peso. Brasil tuvo el cruzeiro, el cruzado y finalmente el real. Argentina creó el austral, pero,

después que esa moneda perdiera a la vez todo su valor, volvió al peso.

Para la década de 1990, los países latinoamericanos habían conseguido estabilizar de algún modo sus monedas y los exhaustos ciudadanos pudieron descansar en la comodidad relativa de una inflación de apenas dos dígitos. Sin embargo, la hiperinflación siguió a la deriva por el mundo y la plaga atacó esta vez a las repúblicas de la antigua Unión Soviética, cuyos ciudadanos habían vivido con una moneda extremadamente estable por un espacio de casi setenta años, aunque ella no fuera particularmente valorada ni muy aceptada. Tan pronto como se desmembró la Unión Soviética y con ella el sistema de asignación de recursos y de precios fijos, el valor del rublo cayó en picado. Las repúblicas aliadas que habían emitido su propia moneda pero la mantenían ligada al rublo vivieron una caída incluso más acelerada de su divisa. Ucrania, que casi no tenía experiencia como nación independiente y con una moneda propia, sufrió las peores consecuencias. A comienzos de la década de 1990, la clase política y los burócratas de Ucrania no tenían siquiera un nombre apropiado para su moneda. Los llamados "cupones" eran sólo billetes pobremente impresos que carecían hasta del brillo apreciable en el dinero de juguete.

El impuesto encubierto

No es preciso que la inflación se transforme en hiperinflación para volverse relevante y provocar graves consecuencias. Puede reptar, de hecho, a un nivel relativamente bajo, como ocurre con la neumonia en progreso, que pasa inadvertida aun cuando le esté robando su energía al enfermo hasta que algún otro germen se encarga de asestarle el golpe fatal.

A una tasa inflacionaria estable de sólo un 5% anual, el dinero pierde la mitad de su valor y los precios se duplican en sólo catorce años. Así, a esa tasa del 5% de inflación anual, una vivienda que cueste cien mil dólares en 1985 se venderá

por doscientos mil en 1999. A un 10% de inflación anual, el costo de la misma vivienda se duplicará en siete años. Por ende, una casa equivalente a cien mil dólares en 1985 costará cuatrocientos mil dólares hacia 1999.

En Estados Unidos, la inflación rara vez ha superado el 10% en épocas que no fueran de conficto bélico y el país nunca ha mantenido por demasiado tiempo un índice inflacionario tan alto; en ningún caso durante una década entera. Aun cuando la divisa estadounidense ha demostrado ser bastante más estable que la de cualquiera de los países que han experimentado la hiperinflación, el dólar ha sufrido una merma casi continua a través del siglo veinte si se lo calcula en relación con el oro, con otras divisas y con el precio de una vivienda, de un automóvil o de cualquier canasta de productos.

Cuando, mediante la Ley de Acuñación de 1792, el Congreso norteamericano instauró el dólar como una moneda vinculada al oro, su valor quedó establecido en 19,75 dólares por onza troy o de oro fino. En ciento ochenta años el valor de la moneda cayó a cerca de la mitad, llegando a treinta y cinco dólares la onza por la época en que Nixon clausuró la ventana del oro. Entre entonces y mediados de la década de 1990, se hundió a aproximadamente cuatrocientos dólares por onza de oro. En otras palabras, el valor decayó a cerca de la mitad antes de 1971, pero en los siguientes veinte años descendió a menos de un décimo del que había sido su valor en 1971.

Estados Unidos jamás ha presenciado una inflación de los niveles de Alemania o Bolivia, pero de todos modos algo de esa cultura de la inflación ha quedado institucionalizada en el país. Durante la inflación severa de los años 70, los bienes raíces se convirtieron en el refugio predilecto del efectivo de que disponía la clase media norteamericana. Su reticencia ante el dinero líquido la llevaba a endeudarse con ganas a altas tasas de interés para convertir su dinero en una vivienda, la que habría de aumentar rápidamente su valor mientras que el del dólar estaba cayendo en forma drástica.

En el siglo veinte la inflación se ha convertido en un elemento tan habitual en el paisaje mundial que ha comenzado a parecer un hito natural antes que uno artificialmente provocado por los gobiernos. Es difícil creer que en realidad los precios descendieran alguna vez durante el siglo diecinueve y hasta bien avanzado el siglo veinte. Aparte de las épocas de guerra y otros episodios inhabituales en el siglo pasado, la maquinaria fabricaba bienes a un costo menor; al mejorar el transporte de mercancías, los precios disminuyeron porque el valor de las monedas estaba fijado al oro y la plata. En los veinticinco años que siguieron a la Guerra Civil en Estados Unidos, los precios al por mayor descendieron en un promedio de 60% y en ciertos sectores, como el textil, el descenso fue aún más pronunciado y sustancial. La mayoría de los bienes eran más baratos en 1900 que en 1800.[4] En un lapso apenas superior a veinticinco años, entre 1872 y 1897, "un dólar servía para comprar un 43% más de arroz que en 1872, un 35% más de frijoles, un 49% más de té, un 51% más de café tostado, un 114% más de azúcar, un 62% más de cordero, un 25% más de cerdo, un 60% más de manteca y mantequilla y un 42% más de leche".[5]

En un sentido, el tema económico de la era de la industrialización fue el de la baja de los precios a medida que había más bienes disponibles para más gente y a un costo inferior. El tema económico del siglo veinte ha sido el de las divisas en fase de declinación. Al compararlas entre sí, se aprecia que ciertas monedas –como el marco alemán y el yen– han tenido un buen desempeño a finales del siglo veinte, en tanto el de otras como la lira, el peso mexicano y el rublo ha sido más bien pobre. Pese a las variantes, la centuria ha visto declinar el valor de todas las monedas del mundo. Incluso el marco y el yen están hoy muy por debajo de donde se encontraban al despuntar el siglo. Un gobierno tras otro han jugueteado con el sistema y permitido que el valor de su moneda decaiga continuamente, conformando un impuesto encubierto que

comporta un beneficio transitorio para los gobernantes, pero a un precio altísimo para la población, que depende del dinero para su sobrevivencia.

Al iniciarse el siglo veinte, los tipos de cambio eran tan estables entre las monedas europeas que American Express imprimía en sus cheques de viajero el valor del dólar en doce divisas del Viejo Continente. Por aquella época los viajeros difícilmente concebían la idea de visitar un país sin saber de antemano y con exactitud el tipo de cambio. En 1919, sin embargo, cuando las tasas aún no se habían estabilizado después de la Primera Guerra Mundial, American Express desechó la práctica de imprimir las diversas divisas y comenzó a advertir en sus oficinas los tipos de cambio variables.

En una sociedad democrática, los políticos suelen mostrarse renuentes a subir los impuestos, pues desean evitar las iras del votante. Para ellos, la inflación y devaluación de la moneda resulta bastante más útil, en tanto constituye un impuesto encubierto. El gobierno libera más dinero dentro del sistema y los políticos y burócratas cuentan con más dinero para gastar en sus proyectos. La liberación de nuevo dinero, sin embargo, hace que todo el dinero existente valga algo menos, con lo cual acaba devorando el dinero de la nación y su vitalidad comercial. Como señala William Greider, experto en la evolución histórica de la Reserva Federal, "la experiencia reiterada de las espirales inflacionarias sugiere claramente que la fuente de esos traumas no reside en la economía sino en la política: en las opciones escogidas por el gobierno o, más exactamente, en las opciones que el gobierno se niega a escoger".[6]

Inicialmente, puede parecer que el impuesto de la inflación se aplica por igual a toda la gente, pues todos empleamos la misma moneda, o incluso que puede afectar mayormente a los que tienen más dinero. Pero ocurre que la tasa de inflación es simplemente un índice numérico, un promedio basado en circunstancias vitales muy diversas. Sitúa juntos y en la

misma categoría al billonario y al indigente, y en ello radica una enorme inequidad.

Si una persona con una fortuna de mil millones pierde el 10% de ella, la pérdida asciende a cien millones de dólares; para una persona que gana cincuenta mil dólares al año, la pérdida es de sólo cinco mil dólares. Así y todo, el millonario no se resiente tan claramente con la inflación, no sólo porque sea acaudalado, sino porque no mantiene sus millones de dólares en su velador o siquiera en su cuenta corriente; el dinero está invertido y generará ganancias incluso mayores en épocas inflacionarias. Sus balances tenderán a aumentar en forma paralela a la inflación y, aun careciendo de toda habilidad, debería conseguir resultados incluso mejores que eso. En cambio, para los trabajadores asalariados y los pensionistas, la pérdida total de poder adquisitivo ocurre en su vida diaria, no en sus inversiones. La pérdida de cinco mil dólares representa un descenso sustancial de su poder adquisitivo, que no se recupera incrementando la rentabilidad de ninguna inversión.

El impuesto de la inflación es el más regresivo de todos, porque afecta mayoritariamente a los más pobres. Y bien cabe designar a la inflación simplemente como un impuesto a la pobreza. El pobre emplea más efectivo y es más propenso a vivir de fuentes de ingreso fijas como la pensión de retiro o los subsidios estatales, los que se incrementan sólo muy lentamente y muy por debajo de la tasa inflacionaria. Los impuestos a la compraventa o al valor añadido, otra forma de impuesto regresivo, recaen únicamente sobre lo que un individuo en realidad gasta. Como contrapartida, la inflación afecta a todo el dinero que la clase media y particularmente las clases más desposeídas poseen o esperan recibir en el futuro.

El impuesto de la inflación daña a su vez a vastos segmentos del mercado informal y de los mercados ilegales. Por ejemplo, el gobierno tiene serios problemas para cobrar impuestos a los vendedores de droga, pero mediante el recurso de la inflación consigue disminuir en forma continua el valor del

dinero al contado, que conforma el eje de su negocio. A diferencia de los negocios legítimos, que pueden transferir fácilmente su liquidez a otras formas de inversión, los expendedores de droga se enfrentan con grandes dificultades para resguardar su dinero mediante inversiones o incluso manteniendo cuentas bancarias con interés. Los muros de la estructura financiera de la clase media mantienen la liquidez de los narcotraficantes en el exterior, dejándolos continuamente expuestos a los estragos de la inflación.

Junto con el contrabando de droga, la expansión del mercado negro y el deterioro general de las divisas mundiales, la inflación ha sido un factor emblemático del siglo veinte. Resulta ciertamente irónico que el auge de la inflación haya seguido tan de cerca a la expansión del mercado mundial de la droga.

La inflación provocó que todo el mundo le huyera al dinero al contado y la liquidez durante la segunda mitad del siglo veinte. Aun cuando se volvió cada vez menos relevante en los negocios, en particular en los negocios trasnacionales, la liquidez conserva su importancia en el comercio de la droga y en otros afanes ilegales. En las décadas finales del siglo veinte, el dólar norteamericano se transforma en la divisa predilecta de quienes participan en el mercado internacional de la droga, desde los traficantes de opio en Birmania [Myanmar] a los distribuidores de cocaína en Colombia. A causa de la naturaleza ilegal de sus productos y su uso limitado de cheques, de tarjetas de crédito y de los habituales servicios bancarios, el mercado de la droga ha funcionado principalmente sobre la base del dinero al contado, empleando dólares norteamericanos. Las grandes sumas de efectivo requeridas para el mercado trasnacional de la droga han sustraído varios miles de millones de dólares líquidos del mercado legal.

14
El ghetto *del efectivo*

El mayor de todos los males y el peor
crimen de todos es la pobreza.
GEORGE BERNARD SHAW

La University Avenue abarca unos once kilómetros de este a oeste y conecta la Universidad de Minnesota, en Minneapolis, con la sede del gobierno del estado, en la vecina Saint Paul. En lo que solía ser un próspero suburbio en las décadas posteriores a la Segunda Guerra Mundial, la avenida funcionaba como un floreciente centro comercial y estaba flanqueada por bancos, concesionarios automovilísticos, restaurantes y grandes tiendas. En la década de 1970, la construcción de una autopista paralela a la avenida unas pocas manzanas más al sur brindó a los automovilistas una ruta más expedita entre las dos ciudades e inició un proceso de declive económico del sector. La comunidad negra de clase media desapareció del lugar: quienes podían hacerlo se mudaron a los nuevos suburbios, y quienes no, se vieron forzados a instalarse en los nuevos complejos habitacionales del gobierno, edificados para sustituir los hogares derribados por la construcción de la autovía.

La University Avenue evolucionó hasta convertirse en un nuevo tipo de eje comercial. Los comedores familiares se transformaron en concesionarios de comida para llevar y los restaurantes se volvieron tabernas donde se expende cerveza, con un tiro a los dardos en el rincón, mesa de billar y grandes televisores sintonizados en el canal de deportes. Los concesionarios de automóviles dieron paso a solares donde se venden coches usados y proliferan los talleres mecánicos y de reparación de carrocerías. Los bancos siguieron a sus clientes a los

nuevos barrios y sus edificios se transformaron en casas de empeño y negocios de cambio de moneda. Las tiendas ahora ofrecen tatuajes, libros usados de historietas y quiromancia, y se llenó de pequeños negocios de comida asiática. El cine "Fausto" derivó de las películas para toda la familia a la pornografía antes de que fuera demolido en 1995. Algunas de las tabernas cercanas comenzaron a exhibir bailarinas exóticas en la barra y las mesas. Siguieron apareciendo los almacenes de abarrotes, las tiendas de descuento y las de licores, pero otros negocios de venta al detalle se transformaron en expendios de ropa con alguna falla o de segunda mano, u ofrecían mercancías descontinuadas.

Proliferaron a su vez las tiendas de alimentos a granel, los pequeños negocios abiertos a toda hora y los restaurantes de comida rápida, pero los concesionarios de más alto rango rehuyeron el sector, dejándolo convertido en largas hileras de tienditas con anuncios pintados a mano y decorados reciclados de algún otro negocio: el rubro podía ir desde lecciones de karate o tae kwon do a artículos domésticos usados, lápidas sintéticas y flores de plástico, recambios para automóviles y servicios mecánicos, cauciones y servicios de guardería. Las congregaciones religiosas más importantes abandonaron la zona y fueron sustituidas por movimientos religiosos marginales e instituciones creadas por líderes espirituales carismáticos de la vecindad.

Unos pocos proyectos artísticos se mudaron al espacio dejado por el comercio minorista en la zona, pero sólo abastecían el gusto de gente que no vivía en el barrio y contribuyeron escasamente a la economía del vecindario. El gobierno municipal y el gobierno del estado se unieron en sucesivos intentos por mejorar el área erigiendo edificios públicos –una biblioteca, una estación de policía, una oficina de empadronamiento automovilístico y una oficina de empleo y capacitación–, pero las nuevas edificaciones sólo sirvieron para aumentar la decadencia reinante. Cada nuevo edificio de concreto sin venta-

nas, con muros como de fortaleza, aumentaba el número de fachadas estériles donde hasta el grafiti parecía un aporte para mejorar su aspecto. Los nuevos edificios arrasaron con más bloques de antiguas viviendas y tenderetes e hicieron que el área luciera cada vez menos como un barrio y más como un experimento social abandonado a medio camino.

Una cultura de la pobreza

A principios del siglo veinte, el escritor francés Anatole France advertía que "tan sólo los pobres pagan al contado, y no por una cuestión de virtud, sino porque se les niega el crédito".[1] En la década de 1950, los antropólogos que estudiaban las comunidades más pobres de todo el mundo advertían su tendencia significativa a apoyarse en múltiples y pequeñas transacciones monetarias que se llevaban a cabo casi exclusivamente al contado. El apoyo significativo en la liquidez se convirtió en un rasgo de identidad cuasi universal de la gente pobre. En un estudio de los inmigrantes indígenas desplazados de las zonas rurales a Ciudad de México, Oscar Lewis comprobó que rara vez compraban al por mayor y que, por el contrario, lo hacían en cantidades ínfimas.[2] En lugar de comprar en una gran tienda de comestibles, los indios compran más frecuentemente pequeñas comidas o refrigerios, como tacos, helados, piñas o un plato de arroz con frijoles a un vendedor local. Compran un cigarrillo a la vez de algún otro comerciante local, aun cuando les cuesten dos veces más que los cigarrillos comprados en paquetes o cartones en cualquier tienda.

De manera muy similar, la gente de las áreas más pobres de las ciudades norteamericanas actuales compra hamburguesas o pollo frito con efectivo y una comida aislada en cada ocasión. Incluso en las tiendas de comestibles, compra víveres equivalentes a un refrigerio aislado y envasados en pequeñas porciones y, por ende, a un costo más elevado.

En el *ghetto* del pago en efectivo, la gente emplea también los teléfonos públicos, el menaje y los televisores de alquiler, y

los taxis o autos alquilados. Si compra un periódico para revisar la oferta de empleos, es más probable que pague en efectivo por él en un negocio abierto a toda horas que por una suscripción con tarjeta de crédito o cheque, pagando así más de lo que paga el suscriptor. Tiende a pagar en efectivo por la compra o el alquiler de un videograbador y a ver películas alquiladas en lugar de abonarse a la televisión por cable.

Las tiendas de licores venden muchísimo más alcohol en botellas de una pinta (menos de medio litro) o hasta de media pinta en los vecindarios pobres que las de los suburbios acomodados, donde la gente puede comprar el licor en cuartos de galón, en galones o en cajas y no pagar por ello en efectivo. Incluso cuando compra drogas ilegales, la gente del *ghetto* adquiere dosis menores, y más caras, que los clientes de clase media o acaudalados. Los usuarios más pobres compran *crack* en una única dosis, marihuana en un único cigarrillo o heroína en una única jeringa, mientras que los habitantes de vecindarios más prósperos pueden permitirse comprar su droga en grandes proporciones, por bolsas, gramos, onzas, libras o kilos.

En proporción, el pobre paga sustancialmente más por tales bienes y servicios legales o ilegales, los que adquiere en pequeñas cantidades. Incluso cuando apuesta, emplea dinero en efectivo en una partida de póquer, en otra de *pool* o a cambio de unos boletos de lotería con mayor probabilidad que lo hace la gente de clase media, que juega en los casinos con fichas y tarjetas de plástico o se vale de partidas organizadas y corredores de apuestas profesionales, que también aceptan cheques. El dinero en efectivo no sólo es patrimonio de la clase baja, sino parte de un sistema mucho más caro de operar que el sistema sin efectivo de las clases medias y altas.

A finales del siglo veinte, el dinero en efectivo en todas sus formas, incluidas las monedas y el papel moneda, ha decaído en importancia en todo el mundo. Incluso antes de que el dinero perdiera su respaldo en oro, se había vuelto menos

relevante para la elite financiera y por ende para la sociedad en su conjunto. Pese a ello, el pago en efectivo se volvió cada vez más útil para la gente pobre. En el moderno sistema bipolar de clases sociales, el pobre paga en efectivo mientras que los consumidores de clase media se valen del plástico y los cheques.

Con la segregación del pobre hacia una economía de dinero en efectivo y el resto de la sociedad operando en otro dinero, electrónico, de plástico y papel, ha surgido la necesidad de instituciones intermediarias que conecten ambas esferas. Mucha gente pobre no dispone de cuentas bancarias o tarjetas de crédito, pero sí recibe cheques de sus empleadores o de los servicios de bienestar, de la jubilación, de reembolso de impuestos o el de la Seguridad Social, y carece de un medio para cambiarlos. Algunos comerciantes, como los propietarios de tiendas de víveres, brindan este servicio, pero al aumentar el volumen de cheques recibidos en los vecindarios más pobres comenzaron a surgir los negocios de cambio de cheques. Cualquiera con un cheque y una identificación apropiada puede entrar en una oficina de cambio de cheques y, pagando una comisión sustancial, convierte el cheque en efectivo.

Varios de esos negocios de cambio de cheques se alinean hoy en la University Avenue en Minnesota; el mayor de todos se yergue en la esquina con Lexington Avenue, otra arteria principal. Aunque la tienda posee ventanales de cristal que dan a las dos avenidas y desde afuera parece otro negocio minorista, por dentro luce más como una fortaleza, con todos los empleados y el dinero celosamente resguardados detrás de cubículos de cristal a prueba de balas. Los clientes y los dependientes se comunican de forma extraña a través de boquillas de metal y se traspasan el papel y las monedas de ida y vuelta a través de cajetines curvos de metal que impiden cualquier contacto directo entre uno y otro.

Los mismos negocios que convierten los cheques en efectivo realizan la operación contraria, transformando el dinero

en cheques para aquellas personas que necesitan enviar por correo el pago de un automóvil o un seguro, remitir dinero a un familiar o pagar alguna deuda. El negocio de "liquidación de cheques" brinda a la vez cierto número de servicios relacionados que conectan a los pobres y los asalariados inmersos en la economía en efectivo con la economía basada en el papel de las capas medias. Expiden órdenes de pago y envíos de dinero a lugares distantes y algunos realizan pequeños préstamos o anticipos sobre los cheques que aún no han recibido. Toman fotografías y otorgan tarjetas de identificación a su clientela y venden bonos para el autobús y el ferrocarril subterráneo. Legalizan documentos, los fotocopian y los faxean, o bien disponen su envío por correo certificado o algún otro sistema privado de envío de correspondencia. Todos esos servicios se rinden a precios más o menos exorbitantes en comparación con su costo en los bancos, las oficinas de correos y los negocios de fotocopias.

Atentas al rostro siempre cambiante de la pobreza en Norteamérica, estas empresas publicitan sus servicios en varios idiomas –castellano, chino, vietnamita, creole–, y en ciertas comunidades ofrecen transferencias de dinero a otros países y en múltiples divisas. A menudo ofrecen sus servicios durante las veinticuatro horas del día y todos los días del año. Por tarifas incluso más altas, pueden transformar en dinero en efectivo los cheques de otros países o comprar monedas de oro y plata o pequeños lingotes que sus clientes pueden haber traído consigo al abandonar su país de origen.

Muchos de estos establecimientos adoptan la apariencia de un banco, con nombres como *My Bank, Un-Bank* (Banco de la ONU), *Bank Teller* (Cajero) o incluso *John's Bank.* Con frecuencia, los nombres se asemejan a los de los cajeros automáticos en los principales bancos del país: *Money Express, Money Exchange* o *Check-X-Change.* También algunas casas de empeño, el tradicional "banco de los pobres", brindan servicios de cambio de dinero, además del servicio tradicional de transformar

en dinero los bienes que les llevan. Algunas casas de empeño se especializan en ítemes caros, como armas, joyería o incluso automóviles; otras se dedican a una amplia variedad de objetos, desde equipos de música para el automóvil y herramientas de carpintería a computadores y diamantes. Las casas de empeño y los establecimientos de cambio de cheques sirven, pues, como intermediarios entre el *ghetto* del efectivo y el conjunto de la sociedad.

Economía informal

La gente del *ghetto* del efectivo está más expuesta que el resto de los ciudadanos a tener que realizar determinados servicios a cambio de pagos en efectivo y a hurtadillas, incluso cuando trabajan fuera del *ghetto* para empresas legales o como parte del servicio doméstico en hogares pudientes. Buena parte de su trabajo consiste en labores temporales de recogida. Los hombres holgazanean en pequeños grupitos en la acera frente a la oficina de empleo o ante el centro de capacitación del gobierno, a la espera de que alguien asome por allí y se dirija al grupo para contratar a uno o dos de ellos para que realicen alguna labor transitoria como descargar un camión, limpiar un solar, barrer la nieve, excavar un agujero para un estanque o cualquier otra ocupación que les significará la paga al contado de un día de labor.

Otra gente ofrece servicios especializados que sus vecinos requieren de vez en cuando. Alguno sabe reparar automóviles; otro corta el cabello. Uno hace reparaciones hogareñas y el otro sabe cómo "colgarse" al tendido de la televisión por cable o cómo instalar un dispositivo para decodificar el canal de pago. Uno vende leña y carbón; el otro costillas y pollos asados los fines de semana. Uno opera como taxista *ad hoc*, mientras que alguna vecina cuida a los niños por el día o incluso por el mes. En comparación con las comunidades de mejores ingresos, los barrios pobres cuentan con más vendedores que ofertan su mercancía en efectivo en las calles o de

puerta en puerta, y con más subastas de garaje, mercados de las pulgas y reuniones para hacer trueques, donde se vende mercancía robada o de segunda mano a cambio de dinero en efectivo.

Este sistema económico para el intercambio de bienes y servicios opera como una economía informal o paralela, en buena medida fuera del control y la supervisión del aparato legal y fuera de las estructuras y normas financieras habituales. Logra este grado de autonomía y flexibilidad precisamente porque funciona con efectivo. No es tanto un mercado negro como un mercado gris, y no opera tanto contra la ley como simplemente más allá de ella.

El dinero en efectivo se ha vuelto tan importante en la vida de la gente pobre que el gobierno ha emitido nuevas formas de *cash*, como los cupones de alimentos, que circulan casi exclusivamente como un tipo de dinero para uso de los más pobres. En el *ghetto* del pago en efectivo, las grandes tiendas de comestibles y los pequeños negocios abiertos a cualquier hora compiten vigorosamente entre sí por los cupones alimenticios. Los comerciantes dispuestos a operar más allá de lo que está permitido también aceptan cupones de alimentos a cambio de otras mercancías que no son alimento, pero evidentemente el cliente ha de pagar más por la conveniencia de utilizar esta liquidez de segunda clase y por el riesgo legal y financiero que el comerciante asume al aceptar los cupones. En la calle, la gente intercambia ilegalmente cupones alimenticios por efectivo, con descuentos exorbitantes que también resultan del estatus peculiar de los cupones como dinero de segunda clase, menos deseable y menos útil que otras modalidades de pago.

El valor del efectivo

Entre los sectores más pobres, el efectivo sigue operando como un obsequio apropiado a lo largo de la vida y bien puede ser que regalen dinero en un cumpleaños, que pasen literalmente

el sombrero para un amigo en dificultades o lo empleen en un variado número de ceremonias. Durante las bodas que se celebran en algunos grupos de campesinos y trabajadores, los invitados obsequian abiertamente dinero en efectivo a la novia, a veces incluso introduciéndolo entre sus ropas o adhiriéndolo a su vestido. Entre los pueblos nativos de Norteamérica, en los *powwows* [conferencias] se efectúa una danza con una manta para la gente que necesita dinero y los convocados arrojan efectivo sobre ella. De manera muy similar, los invitados arrojan dinero dentro del tambor al final de un *powwow*, para ayudar con los gastos del grupo de tamborileros.

Cuando la gente pobre ahorra, lo hace con frecuencia invirtiendo en bienes que sean fácilmente vendibles o empeñables, para cuando necesiten liquidez nuevamente. En muchos puntos del Medio Oriente los varones de escasos recursos compran brazaletes y otras alhajas de oro para sus esposas y las restantes mujeres de su familia siempre que disponen de algún dinero extra. Estos livianos objetos de oro y plata suelen adquirirse y venderse según su peso. En contraposición a ello, se compran relativamente pocas gemas, pues su valor es mucho más difícil de evaluar en términos de pureza, de su transparencia y su tallado. En épocas difíciles o cuando quieren comprar algo más costoso, como un animal o un trozo de terreno, pueden vender fácilmente y por su peso el oro o la plata, que llevan grabadas unidades estandarizadas de pureza, en las tiendas de muchas clases de comerciantes.

Cuando los gobiernos del mundo acuñaron monedas de oro y plata, la gente pobre las utilizó como ornamentos. Las cosían a sus ropas o las adosaban a sus aretes, collares, brazaletes y cinturones. Al llevarlas consigo o adosarlas al cuerpo, las ponían a salvo y las tenían siempre disponibles para cuando las requirieran, pues era fácil arrancarlas y utilizarlas como medio de pago. En el Medio Oriente eran las mujeres quienes utilizaban el dinero de la familia como alhajas; en Argentina, en cambio, los gauchos, siempre tan machistas, se confeccionaban

cinturones de cuero de hasta treinta centímetros de ancho y los llenaban con grandes monedas de plata de Perú y de otras regiones productoras de plata de América del Sur.

Palabras como *sequin* se derivan de la práctica de emplear el oro y la plata en monedas y como alhajas u ornamentos cosidos a las ropas. La palabra se deriva de *zecchino,* moneda acuñada en Venecia con distintos valores y que fue ampliamente utilizada en el imperio otomano como dinero y como decorado en las bufandas, los velos y otras prendas femeninas. La palabra inglesa algo menos habitual de *bezant* y la castellana "besante" poseen un significado similar, aluden a los discos ornamentales empleados en la arquitectura y se derivan de las pequeñas monedas de oro de Bizancio.

Cuando los gobiernos devaluaron sus monedas en el siglo veinte y las despojaron de buena parte de los metales preciosos que las componían, la gente pobre dejó de utilizarlas como ornamento. En lugar de ello compró ahora más alhajas confeccionadas en oro y plata, las que servían para el mismo fin pero conservaban su valor, independientemente del gobierno que ocupara el poder o de cuál ejército de ocupación, cuál credo religioso o partido político arribaran al poder o lo dejaran.

Los campesinos y otros sectores modestos de las más variadas sociedades suelen comprar ítemes muy valorados y de alto costo, como relojes aunque no sepan ver la hora o videograbadores y televisores aunque no dispongan de electricidad. Pueden parecer adquisiciones absurdas a los ojos del observador externo, pero representan una forma de inversión o ahorro, considerando que el ítem es tan valorado que se lo puede vender fácilmente cuando el propietario necesita dinero. Un reloj o un televisor, aunque no tengan utilidad alguna para su propietario, pueden conservar su valor en mejor forma y resultar más duraderos que el propio dinero. Con todo, la meta es adquirir productos que puedan convertirse fácilmente en dinero en efectivo o utilizarse cuando sea preciso.

La economía del *ghetto,* del barrio, desde Ciudad de México a Milwaukee, y de Seattle a Estambul, opera sobre la base del dinero en efectivo, pero esa misma liquidez que mantiene en funcionamiento la economía de los pobres opera a la vez como una barrera para su participación en la economía global, que funciona con cheques, tarjetas de plástico y señales electrónicas. La sociedad ha erigido sus propios muros para mantener al efectivo proveniente del *ghetto* alejado de la economía de las capas medias. Aunque invisibles para la mayoría de la gente en su diario vivir, tales barreras crean áreas como la de University Avenue en todas las ciudades del mundo moderno.

En Estados Unidos y otros países occidentales, las leyes y prácticas empresariales dificultan muchísimo a la mayoría de la gente la transferencia de grandes sumas al contado. Los bancos deben informar al gobierno de transacciones en efectivo por encima de los diez mil dólares, aunque no existe el mismo requerimiento de informar si las sumas se transfieren mediante tarjetas de crédito, cheques o en transferencias electrónicas. El Internal Revenue Service (Departamento de Hacienda) y el FBI exhiben un sospechoso interés en las cuentas bancarias de individuos o empresas que excedan lo que ellos mismos juzgan que debe ser un volumen apropiado en las transacciones en efectivo.

Aun cuando a las personas con cuentas bancarias en el extranjero y que realizan transferencias electrónicas de dinero se les permite traspasar varios millones de dólares en un solo día sin ninguna forma de fiscalización por parte del gobierno, la gente que ingresa a Estados Unidos está obligada a declarar cualquier suma en efectivo por encima de los diez mil dólares al servicio de aduanas, y se expone a perder todo el dinero que exceda esa cifra en caso de no declararlo. Es mucho más fácil transferir mil millones de dólares de un banco en Tokio a otro de Atlanta que cruzar en automóvil la frontera desde Vancouver o desembarcar en el aeropuerto de Dallas con más de diez mil dólares en el bolsillo.

Puesto que la gente del *ghetto* del efectivo depende de este tipo de dinero pero se topa con grandes dificultades para transferirlo a las instituciones financieras establecidas, a veces acumula grandes sumas de dinero ilegítimo. Aparte del dinero en efectivo que manejan los proxenetas, los traficantes de drogas, los apostadores profesionales y otros tipos involucrados en negocios ilegales, las tiendas y negocios legítimos disponen con frecuencia de mucho más liquidez que el efectivo de que disponen negocios comparables en vecindarios más pudientes.

La gente que habita en el *ghetto* del efectivo a menudo lleva consigo mayores sumas de dinero que las que porta la gente acomodada, en cuyos bolsillos suele haber únicamente tarjetas de crédito y tarjetas bancarias. Los varones del *ghetto* suelen portar fajos de billetes sujetos con una goma elástica. Las mujeres los llevan en sus bolsos o bien ocultos entre sus ropas. Y es muy probable que toda esa gente mantenga su dinero oculto en casa en una lata en el fondo del armario, en un bote de plástico en la cocina, bajo el colchón o incluso en el proverbial frasco de galletas.

En la cultura del *ghetto* del efectivo, todos saben quién es el que probablemente dispone de liquidez. Aparte de los tenderos y pequeños comerciantes, tienen dinero quienes reciben con regularidad los cheques del gobierno: las madres solteras, que gozan de las ayudas sociales, y los más ancianos, que reciben ayuda de la seguridad social o el cheque de su jubilación, los que convierten rápidamente en efectivo. Esa gente, en particular los más ancianos y los que no tienen familia, se transforman con frecuencia en víctimas propicias del delito.

Algunas de las personas de más edad abandonan su hogar tan sólo durante el día; otras no salen en absoluto. Las que habitan en viviendas estatales se llevan a menudo la peor parte, especialmente cuando cohabitan con pacientes psiquiátricos dados de alta, drogadictos y alcohólicos en tratamiento y

ex convictos bajo palabra. En algunos edificios de altura, los pensionistas más ancianos no pueden abandonar sus apartamentos o subir en los elevadores sin temor a ser atracados por jovencitos y chicas de trece o catorce años a lo más. Si no cuentan con parientes que los protejan, esas personas deben pagarle a alguien –con frecuencia un individuo de mediana edad– para que les cambie los cheques por dinero en efectivo y les traiga las provisiones, medicinas y otros productos que requieren. Atrapadas día y noche en su propio hogar, estas personas se convierten, literalmente, en prisioneras del *ghetto* del efectivo.

Los ladrones huelen el dinero y buena parte del dinero, o cuando menos del dinero contante y sonante, se encuentra hoy en las áreas más pobres de las ciudades modernas. Un ladrón cualquiera puede obtener tanto dinero de una tienda local de licores o una casa de cambio de cheques en el *ghetto* como de un banco en los suburbios. Pero, aparte de ello, el robo de un banco es un delito federal que involucra al FBI, mientras que el ratero que asalta una tienda de licores o la casa de cambio en el *ghetto* se expone tan sólo a la acción del cuerpo de policía local o del estado.

15
Interludio en plástico

Y perdónanos nuestras deudas, como nosotros perdonamos a nuestros deudores.

MATEO 6:12

A treinta grados bajo cero, ya sea que se los mida en grados Fahrenheit o Celsius, un cuerpo expuesto se congela en cosa de minutos, un salivazo se endurece como la roca antes de llegar al suelo y el caucho o la goma pueden resquebrajarse y desintegrarse con la fragilidad del cristal al dar contra la piedra. El monóxido de carbono que expelen los automóviles se congela y transforma en escarcha renegrida a lo largo de las carreteras, y los lagos se solidifican a tal punto que los camiones pueden cruzarlos como si fueran de concreto. Así y todo, en Bloomington, Minnesota, sin importar la estación del año o la temperatura ambiente, o cuán sólidamente congelados estén el suelo y los lagos, la atmósfera resulta parecida a la de una eterna primavera de 22º dentro del *mall* más grande de Estados Unidos. Los chicos se deslizan por la caída de agua, las palmeras de una docena de metros se alzan hasta el techo de cristal y las flores brotan durante todo el año.

El sinuoso y enrevesado tobogán de agua impregna de un halo de neblina la atmósfera circundante, otorgando al eje del centro comercial una permanente y viva fragancia a clorina. Cada tienda, cada *boutique,* cada negocio y cada carrito diseminados a lo largo y ancho de los pasillos emite un aroma distinto: desde la fragancia del popurrí floral proveniente de los grandes almacenes al perfume que llega de las tiendas de cosméticos; o el aroma del cuero en las zapaterías, el mimbre en las mueblerías, el chocolate y el maní

tostado en los puestos de caramelos, las palomitas de maíz en los cines y la colonia de almizcle en las tiendas de ropa masculina. Cada uno de los cuarenta y cinco restaurantes y puestos de comida rápida genera su propio olor: a queso y orégano en las pizzerías, a las especias utilizadas en el *gumbo* del restaurante creole; a los rollos de huevo en el mesón de especialidades asiáticas; al pan fresco en la caseta de los bocadillos; a canela en la panadería; a patatas fritas, ketchup y hamburguesas en el Palacio de la Hamburguesa; a grano tostado de la cafetería.

En un día normal, unos cien mil clientes realizan sus compras en el Mall de América. Durante los fines de semana y en fechas especiales como la Navidad, el clamor incesante de unos doscientos mil clientes se deja sentir en los pasillos cavernosos de la estructura. Los coches llegan al centro comercial muy temprano por la mañana desde los hogares de la región septentrional del medio oeste y el centro de Canadá. Los fanáticos de las compras llegan del aeropuerto cercano. Vuelos *charter* que transportan a los consumidores provenientes de cualquier rincón de Estados Unidos y Canadá llegan temprano por la mañana y se van muy tarde por la noche, con los compartimientos de equipaje desbordantes de lo que la gente adquiere durante la jornada. Los vuelos especiales entre Japón y Europa hacen escala en el aeropuerto de Minneapolis-Saint Paul para permitir a sus ocupantes una parada de unas horas, o incluso unos días de compras en el lugar. Para satisfacer a los muchos clientes que llegan por vía aérea, el *mall* cuenta con un servicio continuo de transbordadores al aeropuerto y varias áreas en su interior se parecen muchísimo a un aeropuerto, con mesones con pantallas que informan a la clientela de las horas de arribo y salida de los vuelos y las puertas de embarque respectivas. Incluso los pacientes de la Clínica Mayo, situada en la cercana ciudad de Rochester, programan una tarde o un día completo de compras entre los diversos exámenes médicos a que deben someterse.

Los constructores erigieron el *mall* a sólo unos pocos kilómetros en autopista del primer centro comercial techado que hubo en Estados Unidos, el Southdale Center, que fue inaugurado en 1956 en Edina. A mediados de la década de 1990, había en el país más de 37 mil *malls*, que atraían a unos 175 millones de clientes cada mes.[1]

En el momento de su inauguración, en 1992, el Mall de América representó la cima de la experiencia del *shopping* en el siglo veinte. Los arquitectos le dieron la forma de un gigantesco cuadrado, y cada esquina alberga a una de las grandes tiendas por departamentos del país. Teniendo en cuenta las arcadas de cuatrocientos metros de largo que unen los grandes almacenes con las tiendas vecinas, se dio a los vestíbulos del *mall* el nombre de algunas calles, como Broadway. Entre uno y otro de los grandes almacenes hay unos cuatrocientos negocios distribuidos en tres niveles. Cada piso cuenta con un kilómetro y medio de tiendas, y hay tres pisos. El cuadrado incluye un gran parque de diversiones con árboles naturales, una montaña rusa y una caída de agua con un paseo de troncos, todo ello resguardado del tremendo frío de Minnesota por un techo de vidrio situado a cuatro pisos por encima del parque. Para los adultos hay también pasatiempos en un cuarto piso adicional del complejo, donde la clientela cuenta con restaurantes, bares con diversos deportes y salones de baile *country*, además de catorce salas de cine y una variedad enorme de salones de juego y de videojuegos.

En el *mall* laboran unos doce mil empleados y su esfuerzo conjunto genera un total de ventas que alcanza un promedio de dos millones de dólares al día. Resulta menos un centro comercial que una ciudad por derecho propio. Además de los habituales servicios complementarios, como un banco, una agencia de viajes y un centro médico, cuenta con su propio cuerpo de policía y hasta con su propia escuela, donde los alumnos estudian gestión empresarial y negocios aparte de las asignaturas tradicionales. Los padres trabajan en el *mall* mien-

tras sus hijos asisten a esta escuela; luego se reúnen todos en los puestos de comida para almorzar y por la tarde los estudiantes trabajan a su vez en uno de los cientos de negocios del centro.

El mayor almacenamiento de efectivo dentro del *mall* parece ser el que forman los miles de monedas que se arrojan a diario en las fuentes decorativas. Una madre sostiene con delicadeza a su pequeño y lo ayuda a arrojar una moneda a la fuente, con gran alborozo de su parte cuando el metal toca la superficie del agua. Un menor de cuatro años ruega a su padre que le dé un penique, corre a arrojarlo a la pileta y luego corre de vuelta hasta su progenitor para pedirle otro más. Dos quinceañeros enamorados sujetan al unísono una moneda y, de espaldas a la fuente, la arrojan por sobre su hombro, a la espera de que se les cumpla un deseo que sólo ellos conocen. A medida que los peniques, los cuartos de dólar, las monedas de diez y cinco centavos y también las monedas extranjeras se van acumulando a lo largo de la jornada y por la noche, los operarios de mantenimiento emplean largas escobas para barrer la gruesa capa que forman hacia el centro de la pileta, fuera del alcance de nadie, para que nadie se tiente con sustraerlas. Al concluir la semana, los trabajadores drenan la pileta, recogen a toda prisa las monedas y las vierten en una máquina clasificadora de monedas que las empaca en prolijos rollos de papel para destinarlas a obras de caridad.

Salvo por su tamaño, el Mall de América no difiere mayormente, en su diseño o en sus actividades, de los antiguos mercados de Sardes, Roma, Malaca o el Londres medieval. El comercio detallista es siempre igual. Así y todo, si comparamos más de cerca las actividades diarias del Mall de América con las de los antiguos mercados, podremos apreciar una diferencia fundamental: pese a la enorme cantidad de mercancías que cambian de manos por sobre los mesones de las infinitas tiendas, y pese al continuo resonar de las cajas registradoras, muy poco dinero *efectivo* cambia de manos en el lugar.

Aparte de arrojar monedas a la fuente, la clientela emplea el efectivo sólo para realizar pequeñas compras como bebidas gaseosas y refrigerios, y para jugar a los juegos que se ofrecen en las arcadas y en los videojuegos. Incluso el área de diversiones del *mall* ha descartado el efectivo por el dinero electrónico. Para disfrutar de los turnos de montar y las restantes diversiones en el parque temático de Snoopy, los niños pagan con tarjetas prepagadas, en sumas variables, que sus progenitores adquieren para ellos. No es preciso, pues, que el niño sepa diferenciar un cuarto de dólar de una moneda de diez centavos o leer los distintos valores impresos en los billetes reales, mucho menos sumar, restar o calcular el cambio adeudado por cualquier compra. Tan sólo debe insertar la tarjeta en una ranura. La máquina le carga el valor correspondiente y la portezuela se abre para que el chico se suba a la montaña rusa o el tobogán de troncos. Cuando el chico ha agotado el dinero electrónico de que disponía, la tarjeta deja de funcionar y el muchachito, sin dudarlo un minuto, la arroja a la basura.

Por las comidas en los grandes restaurantes y por compras mayores en las tiendas, la mayoría de los adultos paga con cheques o mediante el sistema de cargo electrónico a su tarjeta, que adopta formas muy diversas. La clientela puede utilizar sus tarjetas de crédito, que incrementan la deuda total, o tarjetas de cajero, que automáticamente deducen la cifra de la compra de su cuenta bancaria y la depositan en la cuenta del comerciante. Los clientes que precisan de efectivo pueden emplear la tarjeta electrónica en cualquiera de los cajeros automáticos disponibles por todo el banco. Si un cliente paga con cheque, la disponibilidad de fondos en su cuenta bancaria o de una línea de crédito apropiada se verificará electrónicamente. Todo cliente con el crédito suficiente pero que no disponga de liquidez electrónica puede conseguir fácilmente más dinero electrónico telefoneando al banco o la empresa emisora de la tarjeta de crédito y requiriéndoles una transfe-

rencia electrónica de fondos de una cuenta a la otra, o bien que activen una línea de crédito.

Democracia para las deudas y socialismo para los riesgos

Al concluir la Segunda Guerra Mundial, justo antes de los grandes cambios en la banca y en el uso de cheques y del crédito en Norteamérica, la mayoría de los estadounidenses –como le ocurría a casi todo el mundo– empleaba aún el efectivo para comprar y vender. Pero se mostraron particularmente ávidos de cambiar a nuevas formas de pago y, hacia 1990, se traspasaban unos treinta billones de dólares al año mediante cheques. En 1993, cerca de cuatrocientos billones de dólares se transferían cada año por distintos medios electrónicos.[2]

Tal como los distintos bancos, prestamistas y entidades gubernamentales solían emitir en alguna época diversos tipos de papel moneda, hoy en día distintas instituciones crean dinero electrónico de muy diversos tipos. No hay una casa de moneda electrónica única que genere este nuevo dinero, ni grandes bóvedas electrónicas que lo protejan. Se deriva de redes tan vastas como la de la Reserva Federal y tan limitadas como las de las tarjetas prepagadas que los niños emplean como dinero en el Parque Snoopy.

En la era del efectivo, antes de la Segunda Guerra Mundial, el crédito seguía siendo exclusividad de los acaudalados en todo el mundo. Los bancos prestaban a la gente que tuviera propiedades, las que servían de garantía prendaria, o que ostentara un historial impecable de desempeño económico para asegurarse de que pagarían su deuda. Aparte de los agricultores, la mayor parte de las capas medias y asalariadas no tenía deudas con los bancos, simplemente porque nadie les prestaba dinero.[3] Sus casas eran de alquiler y, en las raras ocasiones en que eran propietarios de la vivienda, pagaban por ella a medida que la iban edificando. Un comerciante podía autorizar a sus clientes más confiables a que pagaran a plazos por un ítem determinado o bien les permitía que

mantuvieran cuenta en la tienda de abarrotes, pero estas relaciones seguían siendo altamente personalizadas y las sumas involucradas eran bastante menores en comparación con las del entorno financiero más vasto. Una persona de clase media necesitada de liquidez podía empeñar una parte de las joyas o una reliquia de su familia, o, como último recurso, conseguir dinero de manos de un usurero, el que cobraba un interés exorbitante y amenazaba con duras represalias físicas en caso de que no se le pagara.

En 1928, el National City Bank de Nueva York comenzó a experimentar con una idea nueva y radical: ofreció pequeños empréstitos a trabajadores. El banco se embarcó en este programa de préstamos al consumidor a raíz de las fuertes presiones que ejercía el Procurador General del estado, interesado en frenar la rapacidad de los usureros. El primer día de la nueva operación, el departamento de créditos al consumidor recibió quinientas solicitudes de préstamo. Y el sector trabajador de Nueva York representó un riesgo razonable en términos crediticios: el banco perdió menos de tres dólares por cada mil que prestó. Con una tasa de interés del 12% y un índice muy bajo de deudas impagas entre los concienzudos deudores, el banco descubrió muy pronto que los préstamos al consumidor eran una nueva y maravillosa fuente de ganancias.

Durante la Gran Depresión de los años 30, los gobiernos de todo el mundo comenzaron a buscar nuevas formas de estimular sus economías. La nueva política, particularmente en Estados Unidos bajo el mandato de Franklin D. Roosevelt, consistió en incentivar a los bancos y otras instituciones financieras para que prestaran dinero a los consumidores, permitiéndoles adquirir bienes durables como modestas viviendas y automóviles. Para alentar esta práctica el gobierno respaldó y garantizó los préstamos a un bajo interés. Tras la Segunda Guerra Mundial, el gobierno estadounidense garantizó los préstamos hipotecarios para los veteranos de guerra. Los bancos

todavía podían extraer modestas utilidades a partir de esos préstamos, y su margen de riesgo era muy bajo, pues el gobierno estaba aceptando una responsabilidad cada vez mayor por el riesgo.

El analista económico James Grant denominó este proceso "la democratización de la deuda y la socialización del riesgo".[4] Los norteamericanos aprendieron muy pronto a solicitar préstamos no sólo para viviendas, automóviles y educación, sino también para televisores, artefactos de cocina o botes, y también para sus vacaciones. En el lapso de una sola generación, la deuda se convirtió no sólo en la norma, sino en un derecho que se le suponía a casi toda la clase media y trabajadora.

Al tiempo que los bancos entraban a todo galope en el nuevo mercado del crédito, el gobierno federal ideó nuevas formas de incentivar los préstamos y garantizar las deudas. En la década de 1970, el potencial propietario de una vivienda podía solicitar un préstamo garantizado por cualquiera de una media docena de organismos estatales. La gente que había servido en las fuerzas armadas podía solicitar a sus bancos locales préstamos garantizados por la Dirección de Veteranos; los agricultores y residentes en áreas rurales podían postular a préstamos garantizados por la Dirección de Préstamos para Viviendas Agrícolas. Los trabajadores que no encajaban entre los veteranos de guerra ni entre los agricultores podían solicitar préstamos a un bajo interés, garantizados por la Dirección Federal de la Vivienda. En los años ochenta y a comienzos de la década de 1990, el número y la variedad de tales programas aumentó enormemente bajo los auspicios del Departamento de la Vivienda y el Desarrollo Urbano.

En 1989, las hipotecas sobre la propiedad inmobiliaria garantizadas por los programas federales constituían cerca del 40% de todas las hipotecas en Estados Unidos, y la suma total de la deuda subvencionada y garantizada por el gobierno llegaba a cerca de un billón de dólares.[5] Por entonces, aunque el financiamiento de hipotecas se realizaba todavía a través de

los bancos locales –que obtienen con ello considerables ganancias–, se había transformado en lo fundamental en un negocio del gobierno. El compromiso del gobierno permitió que millones de norteamericanos poseyeran casa propia, hablando de gente que de otro modo no hubiera sido capaz de afrontar el gasto. La misma política generó, sin embargo, la mayor inflación de precios de la propiedad inmobiliaria en la historia del país y contribuyó a crear el mayor índice de gente sin hogar dentro del mundo desarrollado. Redundó a la vez en un desastre financiero cuando la burbuja inmobiliaria estalló por fin en la década de 1990 y provocó el derrumbe de los bancos y asociaciones de ahorro y préstamo a todo lo largo y ancho de Estados Unidos.

Antes de que sobreviniera la quiebra del sistema de ahorro y préstamo y la crisis de impagos de las décadas de 1980 y 1990, numerosos analistas habían asumido que el respaldo de la FDIC (Federal Deposit Insurance Company, compañía de seguros del Depósito Federal) bastaría para resguardar a las instituciones financieras de graves tropiezos y, con seguridad, del colapso. Sin embargo, la FDIC estaba pensada para constituir ante todo un garante de la confianza pública en los bancos y una herramienta de relaciones públicas antes que una red auténticamente segura. Pocos se dieron cuenta a tiempo de que este aval había alentado a los funcionarios de ahorro y préstamo a asumir cada vez mayores riesgos, con sumas cada vez más grandes de dinero protegido por el gobierno. Al final, tan sólo la intervención en gran escala del gobierno con una inyección significativa de dinero salvó al FDIC de la bancarrota.

El gobierno federal respaldaba los préstamos de quienes buscaban proseguir su educación, obtener una hipoteca, abrir un pequeño negocio o administrar una granja, pero no respaldaba directamente los préstamos solicitados para la adquisición de artefactos hogareños, vehículos de carácter recreativo o las vacaciones familiares en México. Los bancos que emitían tarjetas de crédito respaldaban tales empréstitos, pero detrás

de ellos y sus responsabilidades y cargas estaban el poder y la estabilidad financieros del gobierno federal, en la forma del FDIC. Sin importar cuán riesgosos fueran los préstamos, el dinero del ahorrante estaba seguro.

La tarjeta mágica

Las tarjetas de crédito se mencionan en ciertas obras de ficción mucho antes de que se hicieran un lugar en la economía del siglo veinte. El periodista Edward Bellamy, ardiente partidario de la filosofía populista de su época, desarrolló el concepto en plenitud en 1888, en su novela utópica *Looking Backward: 2000-1887* (*Mirando hacia atrás: 2000-1887*). Bellamy narra la historia de un individuo que se queda dormido el 30 de mayo de 1887 y despierta ciento trece años después, el 30 de septiembre del 2000. En esta utopía futurista de la Norteamérica del siglo veintiuno, Bellamy describía un gran "ejército industrial" que producía todo lo que alguien podía requerir; y lo hacía únicamente por el anhelo de servir a la humanidad y no a cambio de un salario. No había monedas, billetes u otra divisa en circulación, ni los tradicionales procedimientos de compra y venta de mercancías. En un resabio anacrónico de otras épocas, los norteamericanos hablaban aún en términos de dólares y centavos, pero ni las monedas ni los billetes circulaban ya en el país. En lugar de ello había cuentas a las que se accedía mediante "tarjetas de cartón" que todos los ciudadanos poseían; se empleaban para conseguir todos los bienes desde unos enormes depósitos centrales.

Considerando que, en el siglo veinte, la tarjeta de crédito ha llegado a ser en realidad un instrumento esencial de la banca y la empresa capitalista, resulta extraño que la tarjeta de crédito ficticia de Bellamy correspondiese a una sociedad poscapitalista, en la que el gobierno distribuía todas las mercancías. Cada persona recibía una cuota de dinero basada en el rendimiento total de la nación durante el año precedente, pero, como las tarjetas de crédito eran personalizadas, los

ciudadanos no podían intercambiarlas, emplearlas para pagar por mercancías que no fueran expendidas por el gobierno o utilizarlas para ahorrar de un año al siguiente. En la Norteamérica del siglo veintiuno que Bellamy imaginó, la tarjeta de crédito servía como un recurso de contabilidad fácil en un mundo en que la gente ya no compraba ni vendía ningún bien, y en que el gobierno había sustituido al mercado. El dinero ya no tenía ninguna valía en términos de oro, plata o cualquier otra mercancía. Se había vuelto pura y simplemente "un símbolo algebraico para comparar los valores de los productos entre sí".[6]

Fue el automóvil lo que dio origen a las primeras tarjetas de crédito. Los primeros coches trasladaban a las personas a lugares en los que no tenían vínculos personales con los comerciantes locales, y podía suceder que no siempre llevaran efectivo para la gasolina, el aceite y las frecuentes reparaciones que exigían los automóviles de la primera hora. Para resolver este problema y favorecer la lealtad del consumidor, las empresas productoras de combustible comenzaron a emitir sus propias tarjetas de crédito para que se las empleara en la adquisición de sus productos a cualquier comerciante que los distribuyera. A imitación de las empresas de combustibles, muy pronto las grandes cadenas de almacenes comenzaron también a emitir sus propias tarjetas de crédito.

En 1950, Diners Club [Club de comensales] creó la primera tarjeta de crédito de la era moderna. Se aceptaba en veintisiete de los mejores restaurantes del país, y los primeros en utilizarla fueron los hombres de negocios bien situados, como una forma muy conveniente de cargar los costos de sus viajes de negocios y otros relacionados con sus empresas. La tarjeta se diseñó como parte de un esquema elaborado por Frank McNamara, de la New York's Hamilton Credit Corporation. Las primeras tarjetas de crédito con el logo *Diners Club* eran simples cartones con el nombre del cliente en una cara y un listado de los restaurantes miembros al reverso. En 1955, Di-

ners Club se pasó al plástico, inaugurando toda una nueva tendencia monetaria en la cultura de los consumidores.[7]

Entre 1958 y 1959, la American Express Company, que se había establecido sólidamente como "la empresa de los cheques viajeros", apuntó a su vez al mercado de los hombres de negocios, emitiendo las primeras tarjetas de pago de plástico. A esas alturas, los bancos se dieron cuenta de que estaban perdiendo el control del mercado crediticio frente a estas nuevas empresas no bancarias.

El Bank of America introdujo en 1958 su *BankAmericard,* una versión bancaria de la tarjeta de crédito, y, puesto que contaba con todo el estado de California como su base de operaciones, la tarjeta se convirtió rápidamente en la más conocida del país. Muy pronto, otros bancos demasiado pequeños para tener su propia tarjeta se unieron al sistema de *BankAmericard.* En 1977, acortó su denominación a *Visa.* A mediados de la década de 1990, *Visa* se había transformado en la tarjeta de crédito más popular, con cerca de cuatrocientos millones de tarjetas en circulación en todo el mundo, para su uso en unos doce millones de puntos de venta.

El Barclay's Bank de Gran Bretaña siguió la tendencia con su *Barclaycard* en 1966 y, en 1967, el City Bank de Nueva York introdujo la *Everything Card,* una tarjeta plástica de crédito que permitía a sus depositantes de elite, aquellos con los mejores informes financieros, cargar sus compras a la tarjeta, tuvieran o no dinero en el banco. Dos años después, esta tarjeta se convirtió en *MasterCharge* y, más tarde, simplemente en *MasterCard.*

La tarjeta de crédito amplió el crédito, pero también dejó de lado el factor personal. Por una pequeña comisión, la empresa emisora de la tarjeta asumía ahora la responsabilidad y el riesgo de evaluar la viabilidad crediticia del cliente. La difusión de tarjetas de crédito que se inicia en la década de 1960 provocó cambios sustanciales en los patrones de compra y de pago de los consumidores. La tarjeta de crédito liberó al dinero

de los constreñimientos temporales, al permitirle a la gente que lo empleara aunque no lo hubiera ganado o recibido aún, pero tuviera expectativas de recibirlo en el futuro.

Al apoyarse en el ingreso eventual, el poseedor de una tarjeta crea nuevo dinero por el sencillo expediente de comprar cualquier cosa. La compra de una blusa de cien dólares incrementa en esa cifra las ventas de la tienda por ese día, sumando los cien dólares al mercado. Para la tienda, el ingreso por la venta de la blusa es el mismo, sea que el cliente tenga ese dinero en el banco o no. El fabricante recibe su pago, el empleado recibe una comisión, el gobierno recibe el impuesto sobre las ventas y la tienda se hace con una utilidad. En esencia, la compra crea nuevo dinero al tomarlo prestado del futuro y depositarlo en el mercado del presente. Con una tarjeta de crédito válida para cargos por encima de los cinco mil dólares, o incluso sobre los diez mil dólares, un consumidor puede crear cualquier cantidad de dinero hasta esas cifras o no crear ninguno si resuelve no utilizar su tarjeta.

El usuario de una tarjeta puede emplearla para crear unos pocos miles de dólares de lo que el economista Joel Kurtzman califica como "cuasidinero", pero esa creación sigue estando sujeta a la política y la habilidad del banco para apoyarla. Cuando la cuantía del crédito se multiplica por los dieciocho millones de usuarios de tarjetas American Express o los veinticinco millones de tarjetas de crédito respaldadas por el Citibank, la cantidad que estas instituciones pueden crear aumenta de manera vertiginosa. En total, ese cuasidinero excedía, a mediados de la década de 1990, los 150 mil millones de dólares al año.[8]

La tarjeta de crédito incentivó el consumo y, por lo tanto, la producción y los servicios, pero lo hizo al costo de un mayor endeudamiento individual y de una inflación internacional. A mediados de la década de 1990, la deuda de los consumidores, sólo en Estados Unidos, superaba el billón de dólares. Tan sólo veinte años antes, el producto nacional bru-

to había recién superado esa cifra por primera vez en la historia. Al cabo de dos décadas, los consumidores se las habían ingeniado para acumular igual cantidad en deuda, buena parte de ella a través de las tarjetas de crédito. Y como muchos usuarios de tarjetas compraban automóviles y bienes electrónicos hechos en Japón y en otros países de la cuenca del Pacífico, buena parte del dinero se desplazaba fuera de Estados Unidos, rumbo a Asia, exacerbando las tensiones provocadas por la avidez crediticia de Estados Unidos.

Prestigio en platino

Conscientes de la importancia que la forma de pago adquiere en la estructura de clases y de prestigio social de un país, los fabricantes de tarjetas de crédito de plástico recurren con frecuencia a campañas publicitarias que hacen hincapié en el prestigio como un beneficio añadido del empleo de su tarjeta. Los anuncios suelen mostrar a la gente que emplea tarjetas de crédito elegantemente vestida, en lujosos entornos, como *country clubs*, hoteles caros y restaurantes, barcos de lujo, limusinas y la primera clase de las líneas aéreas, y están impregnados de términos como "exclusivo", "refinado", "sólo con invitación" y "prestigio".

Las instituciones ofrecen a menudo varios niveles de una misma tarjeta, como *Visa regular* y *Visa gold* o American Express verde, oro y platino. Al emplear las palabras "oro" y "platino", buscan que se los asocie con el prestigio que antaño ostentaban los metales preciosos que se empleaban en la fabricación del dinero.

American Express fue la pionera de este sistema de jerarquización de las tarjetas. En 1958, partió con una categoría única de servicios y unos 250 mil usuarios de la tarjeta, que por entonces era de color púrpura. Para competir con el prestigio ya alcanzado por Diners Club, American Express se orientó fundamentalmente al segmento de los hombres de negocios refinados que viajaban con frecuencia, para que la emplearan

en tres rubros principales: transporte, hoteles y restaurantes. Tal como Diners Club, American Express mantuvo una ilusión de pertenencia exclusiva: quería ser más un club privado que un sencillo negocio minorista.

Pocos años después la empresa cambió del púrpura, el color de la realeza, al verde, el color de la divisa norteamericana. Al ampliarse el número de sus miembros y aumentar el espectro de los servicios y negocios involucrados, American Express añadió a su oferta la "tarjeta dorada", en 1966, para sus miembros de más alto consumo. En la próspera y rutilante década de 1980, la empresa contaba con medio millón de usuarios de la tarjeta dorada, a los que hubo de refinar todavía más por categorías. En 1984 y durante algún tiempo, la empresa intentó un servicio aún más exclusivo con una "tarjeta negra", pero pronto optó por la tarjeta de platino, en 1985. MasterCard y Visa sacaron sus propias tarjetas de platino a mediados de la década de 1990. El sistema de tarjetas de crédito platinadas, doradas y normales se correspondía, poco más o menos, con las clases alta, media y asalariada dentro de la estratificación de la deuda en Estados Unidos.

De este modo, una vez más el concepto global de lo que es el dinero ha adquirido un significado nuevo. Su propia existencia adopta hoy un tono metafísico, similar a la que subyace a la pregunta de si un árbol hace o no ruido cuando cae en un bosque y nadie lo oye caer. Las tarjetas de crédito, sobre todo cuando se las combinó con la tecnología electrónica, otorgaron al dinero un estatus ontológico enteramente nuevo.

Gratificaciones de clase media

En el último decenio del siglo veinte, Estados Unidos ha desarrollado un sistema monetario en varios niveles. La gente pobre sigue utilizando hasta hoy el efectivo, fundamentalmente en la forma de dólares impresos por el gobierno y de cupones de alimentos, vales y otras formas de cuasidinero emitidas por el gobierno federal. El resto de la población emplea cheques y

elementos plásticos emitidos por los bancos en todas sus transacciones monetarias fundamentales.

Tal como el gobierno distribuye los cupones alimenticios como una modalidad de cuasidinero para los más pobres, las empresas desarrollaron nuevas formas de cuasidinero para la clase media. En las décadas finales del siglo veinte, una de las formas más difundidas de cuasidinero surgió en la forma de las "millas aéreas". Cuando American Airlines anunció que estaba otorgando "viajes gratuitos" a sus viajeros frecuentes, le estaba ofertando a sus clientes un bien concreto: un pasaje aéreo. Otras compañías aéreas se apresuraron a igualar la oferta de American. Como premio por volar un número preestablecido de millas con una aerolínea, el cliente recibía un pasaje de ida y vuelta sin costo alguno. El programa funcionó bien a la hora de asegurarse la lealtad del cliente. La industria de aerolíneas desarrolló asimismo un pequeño reducto inexplotado del sistema económico moderno. La mayoría de los pasajes de los viajeros por negocios los financia su empleador, pero el propio viajero puede elegir la aerolínea de su preferencia. Había más gente volando que nunca antes en la historia y el sistema del viajero frecuente sirvió para asegurarse de que quienes más viajaban lo hicieran en una aerolínea de su preferencia siempre que fuera posible. Los viajeros pagaban por su pasaje con los fondos de sus empleadores, pero a cambio recibían "millas" que podían reservarse para ellos.

Los pasajes obsequiados por el programa del viajero frecuente no eran en rigor dinero, por lo que no podía contárselo como ingreso. Por ende, quedaban liberados de la tributación estatal y federal. En cierto sentido esto los volvía incluso mejores que los premios en dinero, y pronto condujo a la creación de ese nicho monetario específico que se basa en las millas acumuladas por el viajero frecuente.

Al principio, las aerolíneas otorgaban como premio una milla contable por cada milla volada, pero inmediatamente apareció la inflación, con la competencia de las aerolíneas por

ofrecer la mayor cantidad de millas posible a su clientela. Premiaban, por ejemplo, con millas extra por vuelos en rutas que no vendían en exceso o por vuelos a ciertas horas del día, y los pasajeros de primera clase recibían doble millaje por cada milla volada. Para incentivar aún más la lealtad del cliente, las aerolíneas jerarquizaron a sus viajeros frecuentes en categorías plateada, dorada o platinada según lo mucho que volaran, y les otorgaban un millaje ponderado de acuerdo con ello. El viajero en la categoría plateada podía recibir 1,25 millas contables por cada milla volada; el viajero "dorado" recibía en cambio 1,5.

El concepto de "milla" se relaciona cada vez menos con las millas realmente voladas. La gran escisión entre las millas contables y las verdaderamente utilizadas sobrevino cuando las líneas aéreas vincularon su programa a las empresas hoteleras y de alquiler de automóviles, que comenzaron a ofrecer a la vez "millas aéreas" a sus clientes. De un modo similar, las empresas telefónicas premiaban a los usuarios frecuentes con su propio "millaje", basándose en el número y la extensión de las llamadas telefónicas realizadas, y las empresas emisoras de tarjetas de crédito ofrecían su propia "milla" por cada dólar cargado en sus respectivas tarjetas. Los clientes pudieron muy pronto acumular "millaje" por sus visitas al dentista, por comprarle alimentos al perro o cortarse el pelo, y a nadie parecía importarle que todo ello se tradujera en un aumento de la deuda de los consumidores.

Lo que había partido como una simple y fugaz campaña publicitaria y de promoción, para dar un empujoncito a los viajes en avión, había crecido hasta transformarse en un vasto sistema en que la gente no debía viajar en avión para conseguir un elevado millaje como viajero frecuente, el que podía aprovechar no sólo en pasajes aéreos y vacaciones familiares, sino también en una enorme variedad de bienes y servicios libres de impuestos, por lo menos en un principio.

Aunque su objetivo inicial era pura y simplemente incrementar sus utilidades, el sector de aerolíneas había creado sin

darse cuenta una nueva forma de dinero, un bien intangible al que denominaban "millas" pero que podía utilizarse ahora para comprar servicios y mercancías muy concretos. Las millas del viajero frecuente pasaron a ser, para la clase media acomodada, lo que antes habían sido para las amas de casa de la clase trabajadora los sellos y cupones de descuento.

Así pues, durante la segunda mitad del siglo veinte diversas entidades comerciales crearon nuevas modalidades de dinero y de pseudodinero, desde las tarjetas de crédito y cargo directo a la cuenta corriente hasta las millas del viajero frecuente. Otras novedades comerciales e innovaciones financieras adoptaron los rasgos habituales del dinero sin ser exactamente dinero. Los cupones de premios y las millas por volar representaban bienes y servicios futuros prometidos al consumidor, pero la abrumadora mayoría de esas nuevas formas de dinero constituían una escalada vertiginosa en el endeudamiento de los consumidores con las grandes entidades financieras. Las innovaciones comerciales y nuevas modalidades de deuda alteraron la forma en que el cliente pagaba por sus compras, pero a su vez estaban modificando la misma naturaleza del dinero y la relación de la gente con él.

16

Vida erótica del dinero electrónico

Cuando el dinero permanece quieto, deja de ser dinero.
GEORG SIMMEL

Desde tiempos muy remotos, cuando en los templos del Medio Oriente las prostitutas ofertaban sus servicios a los fieles a cambio de algún donativo en monedas de oro a los dioses, el dinero estuvo íntimamente ligado con el sexo. La conexión se intensificó con el advenimiento del capitalismo. Como dijo Benjamín Franklin en los albores de la era capitalista, "el dinero puede engendrar más dinero y sus crías pueden engendrar otras nuevas, y así sucesivamente". Como si fuera un ser viviente, el dinero tiene la habilidad de reproducirse. Algunos espíritus victorianos como Karl Marx y Friedrich Engels se sintieron irritados ante esta enigmática facilidad con que el dinero imita al sexo.

Como reacción a los constreñimientos victorianos, el siglo veinte se transformó en una época de rebelión, durante la cual el sexo y el dinero se volvieron mucho más libres y de fácil acceso. Durante la segunda mitad de esta centuria, los computadores han hecho por el dinero lo que la píldora anticonceptiva ha hecho por el sexo. El fruto de ello es una era de una promiscuidad monetaria sin precedentes.

Dinero invisible

Nada más inventarse el telégrafo, la gente comenzó a pensar en las formas de enviar dinero por medios electrónicos. Valiéndose del telégrafo, los bancos podían acelerar determinados servicios a su clientela, pero las transacciones en dinero

todavía debían realizarse personalmente. No fue sino hasta la era del cheque y la tarjeta de crédito, tras la Segunda Guerra Mundial, que los bancos se pusieron finalmente a tono con la nueva tecnología. Como cada vez más gente pagaba con tarjetas y cheques, los bancos debían dar con formas más rápidas y expeditas de desplazar grandes sumas de dinero a todas partes.

En cierto sentido, la era de la banca electrónica se inició en 1960 cuando la compañía American Express comenzó a emplear tinta magnética para codificar sus cheques viajeros, con miras a su procesamiento mecanizado y más rápido. Puesto que la empresa sólo emitía cheques de unas pocas denominaciones, y no contemplaba cifras pequeñas, su procesamiento electrónico era mucho más fácil que el de los cheques de las cuentas individuales, que se emitían por cifras distintas en cada ocasión.

En 1972 se dio un paso aún más relevante en la creación del dinero electrónico, cuando el Banco de la Reserva Federal de San Francisco comenzó a experimentar con pagos electrónicos que evitaban los cheques en las transacciones entre su casa matriz y la filial de Los Angeles. Para 1978, la red se había expandido hasta abarcar a todos los bancos y filiales de la Reserva Federal, pero el asunto siguió constituyendo ante todo una forma que los diversos componentes de la Reserva Federal adoptaron para mover los fondos dentro de su propio sistema. El proceso se amplió de nuevo en 1980, cuando el Congreso norteamericano aprobó la Ley de Control Monetario, que amplió la red del dinero electrónico para incluir a otras instituciones financieras vinculadas a la Reserva Federal.

El sistema electrónico incidió por primera vez en las vidas de un número significativo de norteamericanos en 1975, cuando la seguridad social y el sistema federal de pensiones ofrecieron a sus beneficiarios la opción de que se les depositara su dinero directamente en sus cuentas bancarias. A ello se sumaron otros sistemas de pensión y pago de salarios. El depósito

electrónico de cheques se difundió al resto de la fuerza laboral, y muy pronto el sistema federal de pensiones se estaba empleando para realizar deducciones automáticas de planilla para destinarlas a los títulos de ahorro, las hipotecas, los seguros, la pensión de retiro y los impuestos.

El sistema inicial era más bien rudimentario. Las instituciones transferían dinero a través del sistema grabando las grandes cifras de los depósitos y pagos en cintas magnéticas, que los bancos de la Reserva Federal enviaban por estafeta de un banco al otro. Estas cintas de computador sustituyeron a las grandes cantidades de papel que de otro modo se hubiera requerido. Con el desarrollo de una tecnología más refinada, pronto la Reserva Federal pudo sortear la fase de descarga, transferencia y recarga humana de las cintas y los computadores pudieron enviarse directamente la información entre sí por vía telefónica, dando pie a un sistema de dinero absolutamente electrónico a comienzos de la década de 1990.

En 1992, veinte años después de la creación del sistema federal computarizado, la red efectuaba 67 millones de transferencias anuales, con un valor total de aproximadamente doscientos billones de dólares electrónicos. A mediados de la década de 1990, el sistema de la Reserva Federal mantenía un promedio de transferencias electrónicas de unos veinte mil millones de dólares diarios, en comparación con los 47 mil millones de dólares al día en pagos con cheques. De todas formas, la banca electrónica seguía siendo en buena medida una actividad entre bastidores y de profesionales. Y el consumidor promedio se beneficiaba de ella a través de servicios como el depósito de su sueldo y la transferencia más rápida de dinero.

Antes de formarse el hábito de retirar electrónicamente el dinero de su cuenta, mucha gente se fue acostumbrando a que su sueldo le fuera depositado electrónicamente desde su lugar de trabajo. Los alemanes y algunos europeos occidentales se habituaron a tales procedimientos en la década de 1970,

y en los ochenta la práctica comenzó a difundirse a toda Norteamérica. Con el correr de los años, cuando los empleados habían llegado a confiar en que el dinero *estaría* efectivamente en sus cuentas, comenzaron a transferir sus recursos de una cuenta a otra, a pagar automáticamente sus cuentas y a realizar depósitos o giros automáticos de dinero. Así y todo, aparte de los fanáticos de la computación y los tecnófilos probados, relativamente poca gente se vale de la banca electrónica en sus cuentas personales. El muy debatido concepto del ciudadano medio que realizaría sus operaciones bancarias en el computador familiar, valiéndose de las líneas telefónicas, resultó bastante más infrecuente de lo que preveían los futurólogos y los propios tecnófilos. Las instituciones financieras han tenido dificultades a la hora de presentar una tecnología que agrade a la gente y le resulte confiable.

Los sistemas de dinero electrónico evolucionaron de manera distinta en los diversos países desarrollados. Los alemanes prefieren pagar con tarjetas de prepago y se valen de las tarjetas de crédito con bastante menos frecuencia que los norteamericanos. Los europeos jamás acogieron el cheque de forma tan entusiasta como lo hicieron los estadounidenses; muchos de ellos se saltaron esa etapa y pasaron directamente del efectivo a las tarjetas electrónicas. Los japoneses, por otra parte, tienen cierta predilección por pagar en efectivo incluso grandes sumas de dinero. Pese a estas diferencias, la tendencia en todas las naciones desarrolladas y entre las elites financieras de todo el mundo es alejarse del efectivo y optar por el pago, el procesamiento y el registro electrónicos de las transacciones financieras.

La aceptación de la banca electrónica por el gran público ha resultado bastante más rápida en otros puntos del mundo. En la presente década, cerca del 100% de los trabajadores japoneses y cerca del 90% de los trabajadores en los países avanzados de Europa Occidental reciben su paga mediante un depósito automático. En comparación, en Estados Unidos la

cifra está rezagada en alrededor de un tercio del total de trabajadores.[1]

También en Estados Unidos durante los años noventa las tarjetas electrónicas han ido sustituyendo en ciertas áreas a los cheques fiscales y los cupones de alimentos. La transferencia electrónica de los beneficios que entrega el sistema de bienestar ha contribuido a evitar el robo de los cheques fiscales desde los buzones del beneficiario, pero ha abierto una vía al fraude electrónico por parte de comerciantes inescrupulosos y los habituales estafadores callejeros.

A medida que los países expandieron sus redes electrónicas internas para la transferencia de dinero, experimentaron la necesidad de contar con un medio para efectuar transferencias entre ellos. En 1977 comenzó a operar en Bruselas la Society for Worldwide Interbank Financial Telecommunication (SWIFT), para coordinar el movimiento electrónico de dinero a través de las fronteras nacionales. SWIFT creció hasta convertirse en la mayor red electrónica existente, capaz de vincular los sistemas bancarios de cerca de cien países.

El embotellamiento de las máquinas expendedoras

La invención del dinero, hace unos dos mil quinientos años, marcó el inicio de una era en que dominaba la moneda. A ello le siguió la era del papel moneda, que se inició unos quinientos años atrás, con la invención de la imprenta. La tercera gran innovación en el dinero se inició en 1971. Ese año, un banquero de Burbank, California, tuvo una idea: ¿por qué no fabricar una máquina que expenda dinero? Un cajero de banco electrónico podría entregar efectivo por la noche y durante los fines de semana a clientes que tuvieran problemas para acudir al banco en sus horas de labor. A partir de esta modesta innovación, nació el cajero automático. Ese mismo año, el mercado de valores se volvió electrónico con la creación del NASDAQ, un sistema computarizado de compra y venta de acciones; simultáneamente, la Reserva Federal comenzó

a experimentar con su propio sistema electrónico de depósitos automáticos y obtención del dinero sin tener que escribir un cheque. Juntos, estos hechos dieron el puntapié inicial a una forma enteramente nueva de relacionarse con el dinero. Al sumarse, la red electrónica de la Reserva Federal, los cajeros locales y el número creciente de computadores dieron lugar a una nueva modalidad de dinero electrónico.

Tras la consolidación de las tarjetas de crédito en los años setenta, los bancos comenzaron a experimentar con nuevas tarjetas, empleando diversas opciones tecnológicas y concibiendo para ellas funciones ligeramente distintas. Las tarjetas para obtener dinero, habitualmente con una banda magnética al reverso, surgieron al principio como una vía para que los clientes del banco retiraran su dinero en los cajeros automáticos. Así, la tarjeta operaba fundamentalmente como un cheque electrónico para obtener liquidez. La tarjeta reemplazó al cajero de carne y hueso del banco, y para el cliente el resultado siguió siendo el mismo.

Muy pronto se descubrieron nuevas aplicaciones de la tarjeta para extraer dinero. En un programa experimental desarrollado ya en 1974, el First Federal Savings y Loan de Lincoln, Nebraska, instaló nuevas máquinas en las cajas registradoras del supermercado local Hinky Dinky. Los clientes ya no tenían que dirigirse a un cajero automático para sacar dinero antes de ingresar a la tienda de víveres. Los expendios de alimentos y los banqueros eliminaban así la fase del efectivo. Con las nuevas máquinas, los clientes simplemente deslizaban la tarjeta a través de la máquina del almacén y ésta deducía de su cuenta bancaria la suma de la cuenta del supermercado. Con este paso adelante, la tarjeta había dejado de constituir una forma conveniente de obtener efectivo y se había transformado en un sucedáneo de éste y de los cheques. La transferencia electrónica hizo que la transacción entre el cliente y el comerciante fuera mucho más rápida, porque el cliente ya no debía rellenar ningún cheque a mano y el comerciante no tenía que verificarlo.

La mayor inconveniencia de las tarjetas de prepago y para extraer dinero es que deben estar conectadas a una vasta red de telecomunicaciones, que normalmente opera a través de las líneas telefónicas que conectan a los computadores. Cada transacción debe transmitirse al banco –o a alguna entidad maestra que centraliza los datos–, verificarse, aceptarse y luego ejecutarse. Estos acoplamientos electrónicos son muy rentables cuando están ligados a las cajas registradoras, que dejan constancia de grandes ventas en los supermercados o los grandes almacenes o incluso en las gasolineras, pero resultan demasiado costosos en negocios con un menor volumen de ventas. Las tarjetas sirvieron de poco a la hora de liberar al cliente o el pequeño comerciante de tener que manipular grandes cantidades de monedas y de billetes por pequeñas adquisiciones, como las de las máquinas expendedoras y los sitios de estacionamiento.

Así pues, el mayor impedimento para una difusión más completa del dinero electrónico provino de las compras más insignificantes, como las que se hacen en las máquinas expendedoras. La era mecanizada y la tecnología que busca ahorrar fuerza de trabajo, tan propias del siglo veinte, contribuyeron sin darse cuenta a frenar la novedosa evolución del dinero mediante la invención de las máquinas expendedoras. El auge de estos artilugios en este siglo provocó una urgencia tremenda de monedas, pero el manejo, el transporte y el conteo de ellas tiene un costo de entre un 2% y un 6% del valor total del efectivo.

Incluso aunque la industria de las máquinas expendedoras dio con la forma para que los clientes paguen con papel moneda, los costos de operación siguen siendo altos. Una empresa que debe recolectar y transportar un millón de dólares en billetes está recolectando, inspeccionando, contando y procesando más de una tonelada de papel cortada en un millón de tiras pequeñitas. Las tarjetas para extraer dinero eliminaron esos costos en otros rubros.

Al tiempo que comenzaron a idear formas de suprimir los costos de operar con monedas, los bancos se propusieron ampliar las aplicaciones de las tarjetas bancarias. Y hallaron, casi de inmediato, una tarjeta a la que se incorpora un chip o microprocesador computacional. La nueva tarjeta contenía una suma autorizada de dinero. Se la podía insertar en una máquina y la suma total de la compra se restaba sin que fuera preciso acceder electrónicamente a los archivos centrales del banco, donde habitualmente se almacena la información de la antigua tarjeta para extraer dinero.

Los defensores de esta "tarjeta inteligente" esperan que sustituya muchos de los pagos rutinarios en efectivo que la gente realiza cada día. Al insertar la tarjeta en un receptáculo electrónico en lugar de pagar con monedas o billetes, el usuario puede adquirir un periódico de una máquina equipada con un detector de la tarjeta, o un refrigerio o una bebida en las máquinas expendedoras. También puede utilizarla para realizar llamadas telefónicas, para comprar bonos de trasporte público y realizar muchas de las compras rápidas de cada día.

La tarjeta inteligente brinda además pago exacto, eliminando la necesidad de dar cambio. Dar con la combinación exacta de calderilla para una sola compra constituye una de las más pequeñas y persistentes inconveniencias a que se enfrentan los consumidores en todo el mundo. Pero lo que para el consumidor es un simple inconveniente, para el comerciante se transforma en un gasto enorme y una pesada carga. Los pequeños comerciantes han de mantener una provisión constante y muy variada de cambio en la caja registradora; los dueños de las máquinas expendedoras deben controlar y monitorear constantemente el cambio en las máquinas; y todas las monedas –que pesan lo suyo– y los billetes deben contabilizarse, ordenarse y transportarse repetidamente..., a un costo elevadísimo.

A mediados de la década de 1990, las transacciones en efectivo ascendían a más de ocho billones de dólares al año y

cerca de un cuarto de ellas eran transacciones inferiores a diez dólares. Tan sólo en Estados Unidos, los consumidores realizan al año trescientos mil millones de transacciones en efectivo, totalizando 455 mil millones de dólares. Cerca de 225 mil millones de esas transacciones –el 75%– son por sumas inferiores a veinte dólares. Esto representa un lucrativo mercado para quien encuentre la forma de sustituir el dinero en efectivo, tan engorroso, por una modalidad de dinero más barata y más fácil de manejar.

La tarjeta con un microchip incorporado podría contener más información que la indicativa de la cantidad de dinero disponible en ella: podría contar con vales electrónicos e incentivos de compra codificados; podría cumplir además otra función, la de tarjeta de cliente frecuente, aquella que entregan las aerolíneas, los hoteles, los servicios de alquiler de coches, los restaurantes y otros negocios y que ofrecen pasajes aéreos, descuentos, *upgrades* y otros servicios al cliente dependiendo de cuán a menudo se emplee el servicio.

Los casinos han puesto en marcha un programa semejante, empleando tarjetas para los clientes asiduos. Cada vez que un cliente juega a las máquinas tragamonedas u otros dispositivos de apuestas, inserta su tarjeta de cliente asiduo, que registra todas sus transacciones durante el juego. Un jugador que gana con esa tarjeta recibe después un premio mayor que el que gana sin ella. Aun los jugadores que no ganan reciben una pequeña gratificación en compensación, que se basa en la frecuencia de uso de la tarjeta.

El English National Westminster Bank desarrolló un sistema electrónico de pago en efectivo al que denominó Mondex, que hace de sus tarjetas para girar dinero algo parecido al dinero contante y sonante, al permitir que el dinero sea transferido directamente de una tarjeta a otra. Al insertar la tarjeta de retiro de dinero en un pequeño y muy sofisticado artilugio, el usuario puede transferir cualquier suma de dinero directamente a la tarjeta del proveedor. Este puede traspasar el mis-

mo pago electrónico a otra persona. Las señales electrónicas siguen pasando de persona en persona sin necesidad de recibir continuamente el respaldo de un banco. La tarjeta puede utilizarse incluso para pagar las cuentas por teléfono o para retirar dinero de una cuenta bancaria y transferirlo a la tarjeta por vía telefónica, de la misma forma que puede traspasárselo entre varias cuentas bancarias. El Westminster Bank introdujo el sistema en Swindon, Inglaterra, en una prueba realizada en 1995, y comenzó a ensayarlo al cabo de un año en Estados Unidos.[2] La empresa Visa introdujo su versión simplificada de la tarjeta de retiro de dinero en las Olimpíadas de 1996 en Atlanta.

Las guerras por el efectivo electrónico

A mediados de la década de 1990 se había iniciado una batalla significativa por el control de este nuevo tipo de dinero. Al ingresar en la era electrónica y transferir dinero por las redes de telecomunicación, los bancos estaban operando en algún sentido como verdaderas empresas de comunicaciones. Entretanto, las empresas de comunicaciones propiamente tales habían descubierto que podían ofertar los mismos servicios y, por ende, funcionar en algún sentido como auténticos bancos. Cualquiera de los dos bandos que obtuviera el control del sistema parecía destinado a conseguir grandes utilidades de los millones de ínfimas transacciones de efectivo que se efectuaban en el sistema. El control del nuevo efectivo electrónico le brindaría al bando ganador el poder de elaborar dinero por sí mismo.

Los contendientes fundamentales –las empresas computacionales, los bancos, los sistemas de tarjetas de crédito, las empresas telefónicas, las empresas de televisión por cable y muchos intereses minoristas– se situaron en la línea de partida para la gran competencia en ciernes. Con tantos rivales ingresando en el campo de juego, muy pronto se hizo evidente que ninguno de ellos saldría victorioso por sí solo; así,

comenzaron a negociar entre ellos para formar alianzas y unirse detrás de determinados productos. En Estados Unidos, la mayor parte de los contrincantes provenía del sector empresarial.

Variantes de la misma batalla se dieron en forma simultánea en diversos frentes de Norteamérica, Europa y la cuenca del Pacífico. Tecnológicamente, los europeos iniciaron la carrera con cierta ventaja, pues desde hacía algún tiempo empleaban dichas tarjetas para pagar en los teléfonos públicos y en el autobús. En 1995 había en uso en todo el mundo cerca de 1.800 millones de tarjetas de prepago, que representaban unos catorce mil millones de transacciones en dinero. La mayor parte de esas tarjetas operaba dentro de sistemas cerrados, como campus universitarios, parques de diversiones, cruceros, centros de vacaciones o casinos. El volumen de tarjetas representaba un vasto mercado para cualquier empresa que pudiera forjar una red para unirlas entre sí, de modo que la misma tarjeta pudiera utilizarse para hacer una llamada telefónica, utilizar el tren subterráneo, pagar el almuerzo y comprar el periódico.

Varias compañías formaron redes para quedarse con el mercado del efectivo. Visa experimentó con una tarjeta unificada y con fondos de reserva en Australia, Argentina y Chile. En Estados Unidos, en 1995, introdujo la tarjeta TravelMoney, que promovió comercialmente como un sucedáneo de los cheques viajeros, aun cuando se esperaba que los clientes ampliaran su utilización a otras compras.

El desplazamiento en favor del dinero electrónico no ha sido fruto de exigencias del público, formuladas por gente insatisfecha con las antiguas formas del dinero. El giro se ha visto tecnológicamente impulsado por empresas que buscan nuevas formas de hacer dinero. Son ellas las que han ideado mecanismos que hacen más fácil y más seguro el empleo del dinero por los clientes, y si tienen éxito, sus ingresos aumentan de modo significativo. Para tener éxito, sin embargo, los

propulsores de este nuevo dinero deberán educar y alentar a la gente a que pruebe el sistema, a que desarrolle la confianza en él y luego a que sustituya el antiguo sistema por el nuevo. Han de lograr que la gente quiera usar dinero electrónico en lugar del efectivo y los cheques a que está tan habituada. Una forma posible de atraer a esa clientela potencial es ofrecerle seguridad y la posibilidad de verse liberada del temor. La gente siente miedo de llevar consigo mucho dinero, porque se lo pueden robar sin mucha dificultad. Las tarjetas, sin embargo, no tienen utilidad alguna para un ladrón al que le falte la identificación o el código para utilizarlas.

Aun cuando la cuestión de la seguridad constituya el mayor atractivo para los nuevos clientes, a su vez supone el mayor riesgo para los comerciantes, los banqueros y los otros auspiciadores. Sus productos y servicios son vulnerables al robo y el fraude electrónicos, lo que no ocurre con el efectivo y las tradicionales cuentas corrientes. En su mayor parte las tarjetas para girar dinero atraen a los rateros de poca monta y merodeadores solitarios, que esperan en las cercanías de un cajero automático y asaltan a algún cliente cuando ya ha retirado el dinero. Los rateros más refinados observan al cliente en el momento en que éste emplea la tarjeta para leer sobre su hombro el número secreto, y luego, valiéndose del comprobante de la transacción que el cliente desecha y la secuencia apropiada de números, vacían su cuenta corriente.

A medida que los sistemas electrónicos se fueron complejizando para el retiro de dinero, el traspaso entre cuentas y los pagos automáticos, organizaciones criminales algo más profesionales comenzaron a interesarse en el campo del dinero electrónico. El carácter internacional de este nuevo dinero vuelve las transacciones particularmente vulnerables cuando se inician desde los países más pobres, donde los criminales pueden acceder al sistema a través de acoplamientos computacionales y por la simple vía telefónica.

En general los gobiernos no han dado muestras de una inclinación resuelta a liderar este complicado proceso electrónico, pero varias agencias gubernamentales han evidenciado un gran interés por conservar la facultad de monitorearlo. Las agencias del servicio de impuestos, las de lucha contra la droga, los departamentos de policía y otros reconocen claramente que las nuevas redes electrónicas permiten a la gente mover dinero en forma subrepticia y rápida, en nuevas formas que no estaban disponibles en la banca tradicional.[3]

A un paso del siglo veintiuno, la competencia entre los contendientes se acelera y, con la nueva tecnología electrónica, puede que surjan nuevos adversarios en configuraciones que no podemos siquiera imaginar. Por ahora, la batalla parece darse entre los intereses del sector privado en competencia, pero es posible que muy pronto el gobierno deje de constituir un rival menor dentro del sistema. Las potencias monetarias que son los gobiernos de Alemania, Japón y Estados Unidos tarde o temprano deberán atender a la forma de regular el dinero electrónico. El efectivo electrónico parece hoy confiado en sustituir al dinero tradicional en buena parte de sus propósitos. Existe, pues, una gran rivalidad entre los intereses financieros en juego para determinar cuál atraerá al consumidor hacia el dinero electrónico y cuál le proporcionará la tarjeta más adecuada.

Las tarjetas de prepago y tarjetas inteligentes resultan más eficaces para el transporte del dinero; operan como una versión rápida de la diligencia, con el computador y el teléfono en lugar de los caballos. Con todo, la plena aplicación de la electrónica al dinero aguardó hasta la repentina popularización, en los años noventa, de la red global Internet. La rápida difusión de la red computacional internacional creó un tipo enteramente nuevo de mercado para las empresas y para nuevos tipos de dinero en los que realizar las transacciones.

Internet brindó a la gente la posibilidad de ordenar una mercancía de un catálogo asociado al correo electrónico y de pagarla electrónicamente cargando la suma a una tarjeta de crédito de las tradicionales o firmando un cheque electrónico en una cuenta bancaria convencional. Los entusiastas predijeron que el *cybermall* del universo entero desplazaría a los centros de ventas al detalle como el Mall de América, tal como los *malls* habían sustituido a los distritos comerciales en torno de las avenidas principales. El primer efluvio de entusiasmo comercial por Internet condujo a predicciones radicales, como que el público terminaría comprando sus víveres, las prendas de moda o el regalo para el abuelo, o bien reaprovisionando su bodega de vinos, a través de pedidos enviados por la red.

Al madurar Internet, se hizo evidente, por varias razones sociales y prácticas, que el sistema planteaba tan sólo una amenaza limitada a los comerciantes minoristas. Para una reducida porción de clientes, los catálogos electrónicos servían para tareas específicas como enviar obsequios o flores o encargar una pizza. Pero, hasta donde se sabe, esa clientela seguirá efectuando la mayor parte de sus compras al modo tradicional. Aun cuando no le es posible "bajar" del computador el vino, una joya u otros bienes, sí puede "bajar" gran variedad de otros bienes y servicios, como software, información, boletines noticiosos, juegos, reimpresiones de artículos y hasta pornografía. Puede asimismo utilizar los servicios de conexión (*on-line*) para comprar pasajes de avión, reservar entradas para el béisbol o la ópera y realizar múltiples transacciones en que no es preciso enviar por correo una mercancía concreta. Esa parte de la clientela que desde ya posee afinidad con los computadores y con la tecnología más reciente puede utilizar muchos de los servicios bancarios tradicionales a través de la red, como el pago de cuentas o la solicitud de un préstamo. Puede adquirir acciones y bonos, extraer o ingresar dinero de un fondo mutuo y revisar sus fondos de pensión o retiro. Internet brinda una opción ideal de hacer aquello para lo cual están

diseñados los computadores –el procesamiento de información–, y el dinero posee cada vez más las características de la información. En Internet, el dinero no es algo tangible; es apenas un registro de que una determinada suma se ha anotado en la cuenta de un cliente o se ha traspasado a la cuenta de un comerciante. Esa información puede almacenarse y transferirse de modo más rápido y eficiente a través de una red computacional que por ningún otro medio.

En 1995, el Mark Twain Bank y el First Bank of the Internet comenzaron a operar estrictamente como bancos de Internet en lugar de constituir simples filiales de los bancos tradicionales. En sus primeros años, estos ciberbancos constituyeron ante todo una novedad para los fanáticos de la computación, porque no había aún en el ciberespacio la tecnología indispensable, la necesidad comercial y el grado de aceptación social que precisa un distanciamiento tan radical de las formas tradicionales de manejar el dinero. De todos modos contribuyeron a forjar los cimientos para una nueva generación de servicios financieros dentro de la red.

Internet prometía grandes cosas en tanto mercado financiero, pero muy pronto se entendió que necesitaba de un sistema de pago más refinado que el que suponía simplemente transferir los números de las tarjetas de crédito y de las cuentas bancarias, los cuales pueden ser interceptados, copiados y utilizados por delincuentes. Los especialistas en computación de todo el mundo buscaron desarrollar sistemas de codificación –"encriptación"– y formas de salvaguardar los pagos, y casi de inmediato comenzaron a buscar formas de crear un dinero absolutamente electrónico, que fuera elaborado en el ciberespacio y existiera sólo allí. Los clientes podrían utilizar la divisa tradicional para adquirir estas unidades recién diseñadas de dinero electrónico. Tendrían cuentas para este ciberdinero y podrían utilizarlas para comprar y vender en el ciberespacio. Al desarrollarse la cibereconomía, los servicios se otorgarían y se pagaría por ellos en el ciberespacio, valién-

dose del ciberdinero. Así, tan sólo una fracción de esta moneda electrónica debería ser convertida en moneda convencional y viceversa. La nueva divisa no sustituiría por completo al viejo dinero o a las cuentas bancarias al estilo tradicional; vendría a sumar otro nivel de transacciones financieras al sistema y un conglomerado adicional de cuentas, distintas a las que la gente estuviera ya habituada a utilizar. En un futuro cercano, mucha gente mantendrá cibercuentas en forma muy parecida a como hoy poseen cuentas en diversas entidades financieras, como las asociaciones de ahorro y préstamo, los bancos, las uniones crediticias, las firmas de intermediación bursátil y los sistemas previsionales.

En los primeros años, buena parte del comercio del ciberespacio será liderado por empresas y grandes instituciones interactuando entre sí antes que con la masa de consumidores, pero poco a poco el comercio se difundirá al mercadeo masivo de bienes y servicios. El dinero electrónico se moverá a otras áreas de la vida y asumirá otros de sus usos sociales. La abuela podrá enviar una tarjeta de cumpleaños con dólares electrónicos que serán directamente traspasados a la pantalla del computador de su nieto y depositados en una cuenta de ciberahorros que le servirá para pagarse la universidad o para que se compre luego lo que desee en el ciberespacio. El aficionado al juego no tendrá que ir al casino a jugar en las máquinas tragamonedas, ni visitar un negocio abierto por la noche para comprar un billete de lotería; esas formas de apostar podrán realizarse con suma facilidad a través de Internet. Los clientes podrán comprar billetes de lotería de todo el mundo o jugar en el casino de Montecarlo o en las islas Turcos y Caicos.

Como suele ocurrir en toda época de innovaciones tecnológicas y sociales radicales, diversos proyectos con nuevos tipos de dinero fueron propuestos y puestos a prueba en los primeros años de Internet. Algunos de los más lógicos resultaron insostenibles y algunos de los más extraños se mostraron

muy adaptables a los requerimientos del sistema en desarrollo. En un plazo muy breve, los principales problemas tecnológicos, políticos y culturales que plantea el uso del dinero electrónico en Internet quedarán resueltos, y el nuevo ciberdinero promete desempeñar un papel fundamental en la economía del siglo veintiuno.

Cuando madure, el nuevo dinero generará su propia secuela de problemas y delitos, aparte del robo y la falsificación electrónicos. Como el ciberespacio no está en ninguna parte y está a la vez en todas, la gente puede realizar transacciones alrededor del mundo en forma instantánea. Su cibercuenta podrá estar en Suiza o en las Islas Caimán, o en el banco a la vuelta de la esquina. La dificultad de averiguar con exactitud dónde acontece una transacción hará cada vez más arduo su seguimiento para los gobiernos locales y la aplicación de la correspondiente tributación. Este mismo rasgo aumenta la dificultad de rastrear el dinero, haciendo aún más borrosa la distinción entre empresas legítimas e ilegítimas.

Cada transacción electrónica representa una oportunidad de cobrar una tarifa. Los cargos serán con seguridad mucho menores que las tarifas de las transacciones habituales que los comerciantes pagan por emplear una tarjeta de crédito, o menores que las comisiones que aplican los bancos al cambio de cheques o el uso de los cajeros automáticos, pero el volumen anticipado de esas transacciones generará enormes ganancias. Las compañías que controlen este proceso tendrán la oportunidad de hacer dinero a través del *seigniorage,* la ganancia tradicional que los gobiernos obtenían por acuñar la moneda en circulación. El *seigniorage* electrónico será una llave para la acumulación de riqueza y de poder en el siglo veintiuno. Como tal, representará un distanciamiento radical de las prácticas del siglo veinte, en que la mayoría de la gente llegó a sentirse muy cómoda con un sistema por el cual el gobierno ejercía un cuasimonopolio sobre la creación y el control de la divisa.

Entre bastidores, a espaldas del mercado interconectado de nuestros días, se libra una fiera batalla por el control del dinero. La clave del futuro poder descansa no sólo en controlar a las naciones con grandes cantidades de territorio y de habitantes, y no sólo en controlar a las corporaciones multinacionales que se extienden por todo el globo. De mucha mayor importancia es saber quién controlará la creación y distribución del dinero: la substancia sobre la cual descansa la riqueza de las naciones, el poder de las corporaciones y el éxito de los individuos.

La gran batalla de todos los tiempos ha consistido en la lucha por el control del dinero. Es casi tautológico afirmar que el control de la producción y distribución del dinero equivale a controlar la riqueza, los recursos y a los habitantes del globo. En el curso de la historia, los adversarios se han alineado en facciones, en instituciones, gobiernos, bancos, gremios, corporaciones, órdenes religiosas y grandes familias; pero desde que fuera acuñada la primera moneda hasta nuestros días, la lucha no ha cejado, salvo por un breve respiro de uno o dos siglos.

La guerra por el dinero ha sido en ocasiones literal y se ha librado en grandes campos de batalla, con grandes ejércitos, tanques, barcos de guerra y misiles. Otras veces ha sido una batalla de naturaleza metafórica, no por ello menos seria, librada en aposentos privados y juntas de directorio, en los tribunales de justicia y los parlamentos del mundo, así como en los pisos de los grandes complejos bursátiles y mercantiles del planeta. Tan pronto como se resuelve la batalla en alguna arena, los actores e intereses involucrados se mueven hacia alguna otra, donde pelean con nuevas reglas y nuevas armas.

A lo largo de la historia, siempre que una facción o institución pareció obtener el control total del dinero, un rival externo ideó alguna otra modalidad basada en una nueva tecnología y así surgió una nueva batalla. Las monedas fundidas desplazaron a las formas más sencillas del dinero primitivo.

La banca y el papel moneda socavaron el uso generalizado de monedas y hoy en día hemos iniciado la transición hacia el dinero electrónico, respecto del cual la lucha está recién comenzando, con los principales contrincantes en el punto de partida, en lo que promete ser la gran competición del siglo venidero.

De vuelta al dinero primitivo

El dinero electrónico ofrece al usuario la opción de mantener sus recursos en dólares, marcos, yenes o cualquier combinación de monedas. En un futuro no lejano, puede que las corporaciones financieras comiencen a ofertar su propio dinero electrónico para competir con las monedas nacionales hoy en uso. Puede que se inventen monedas privadas con base en el oro, en una mezcla particular de mercancías o divisas o, simplemente, en la reputación y la potencia financiera de una entidad emisora de moneda en particular. Puede que tengamos una divisa Citicorp, un yen Yamamoto o un taler Dresdener, cada uno basado en la fortaleza financiera y la reputación de su auspiciador.

La red electrónica permite que el dinero se torne un punto más personalizado, aun cuando vuelva más impersonales los nexos entre la clientela y los proveedores.[4] El dinero electrónico viene en muchas más variedades que la divisa tradicional: *e-cash, e-money,* ciberefectivo, *DigiCash, cyberbucks* y tantas otras modalidades como la gente se moleste en crear y propagar. Las fuerzas del mercado relegarán hasta dejar fuera de curso a muchas de esas divisas, pero en lugar de reducir el dinero a unas pocas marcas –de la forma en que las tarjetas de crédito quedaron reducidas a Visa, Discover, MasterCard y unas cuantas más–, las nuevas divisas se convertirán en dinero con fines específicos. Es muy probable que, en un futuro no muy lejano, los consumidores empleen varios tipos de dinero electrónico, dependiendo del tipo de servicio o producto que estén adquiriendo. Además de las formas vivas de dinero elec-

trónico que circulen por el cableado, habrá varias clases de tarjetas de efectivo en sus bolsillos o, cuando menos, varios tipos de cuentas en una sola tarjeta.

El dinero electrónico se parece a las formas diversas que adoptaba el dinero primitivo –las conchitas de caurí, los dientes de animales y las cuentas de vidrio–, en tanto permite a los individuos un mayor control sobre su gestación y empleo. El nuevo dinero tiene múltiples fuentes y puede ser manejado de muy diversas formas. Posee bastante más flexibilidad que la que los gobiernos y los bancos le han conferido a la divisa metálica o de papel en los últimos dos milenios.

La invención de nuevas formas de producción de dinero y cuasidinero por instituciones privadas significa que el dinero puede llegar a ser bastante más variado de lo que ha sido. Cada salto tecnológico en la producción del dinero añadió un nuevo tipo de dinero y difundió su empleo a nuevas áreas, pero los cambios no erradicaron los tipos precedentes. Las monedas sobrevivieron a la introducción del papel moneda. Incluso hoy, cuando nadie usa monedas de oro en sus interacciones diarias en efectivo, hay más monedas de oro en las bóvedas de los bancos y ocultas en los hogares de las que nunca hubo. El papel moneda simplemente añadió una nueva forma de dinero al que ya había. Alteró el protagonismo de las monedas de oro y plata, pero no erradicó su utilidad. De modo similar, el dinero electrónico ha sumado incluso más tipos, pero sin acabar con el papel o las monedas. Ahora mismo hay más papel moneda circulando en todo el mundo que el que nunca hubo en otro momento de la historia.

El dinero electrónico promete expandir el papel del dinero en nuestra sociedad, incluso más lejos de lo que el metal, el papel y el plástico fueron capaces. La gente dará con nuevas aplicaciones que hoy no imaginamos y que hubieran sido imposibles con sus modalidades más tempranas.

La humanidad ha empleado el dinero durante veinticinco siglos. En todo ese tiempo, el dinero ha crecido y se ha

estancado alternativamente, ha sido abandonado y ha resurgido, ha sido degradado y restaurado, inflado y deprimido. Después de un período particularmente largo y exitoso de empleo de un dinero con base en el oro y la plata, el recurso mutó una vez más en el siglo veinte y se transformó en señales electrónicas que en un principio parecieron poco más que una modalidad contemporánea y más eficaz de la tinta, con la cual se registraban ahora los números y la información. Pero esta nueva mutación ha demostrado ser más flexible de lo que pudo predecir ningún académico o comerciante, y ningún gurú o psíquico. Libre al fin de los confinamientos del tiempo y el espacio, del control de cualquier gobierno, de ningún conglomerado de grandes corporaciones y hasta de las fuerzas habituales de la economía, el dinero ha evolucionado hasta otro nivel, para convertirse en una entidad absolutamente nueva. Y nunca más será lo que alguna vez fue.

Durante el siglo veinte, lo vimos pasar rápidamente del papel al plástico y luego transformarse en simples impulsos electrónicos, generados por los computadores, transferidos por vía telefónica y a través de terminales computacionales, carente de existencia concreta fuera del ámbito electrónico. Históricamente, el dinero se ha vuelto cada vez más abstracto. Desplazándose a la velocidad de la luz, el dinero electrónico se ha transformado en la fuerza financiera, política y social más poderosa del mundo. Se ha convertido en algo muy parecido a Dios: una entidad abstracta, sin existencia corpórea.

El Presidente Harry Truman tenía sobre su escritorio un famoso lema: "El dólar se para aquí". De vez en cuando, los funcionarios del Departamento del Tesoro y de la casa de moneda estadounidense han ostentado su propio lema, que dice: "El dólar parte de aquí". Hoy en día, el dólar electrónico no se para ni parte de ningún lado; está en movimiento constante.

En la isla de Yap, en Micronesia, subsiste la modalidad de dinero más grande del mundo.[5] La moneda tradicional del

lugar luce más como las grandes piedras de un molino y consiste en tabletas circulares de piedra arenisca con un agujero de forma cuadrada en el centro. Algunas son lo suficientemente pequeñas como para que un niño pueda levantarlas en el aire, pero otras son de tal altura que hacen parecer un enano al individuo más alto de la isla. Los antiguos yapeses extraían las grandes tabletas de piedra de un sitio a varios kilómetros de allí, en la isla de Belau, y las llevaban a Yap a través del océano en grandes canoas de doble casco.

La clase aristocrática de Yap era la dueña de ese dinero de piedra y lo utilizaba ante todo con fines rituales. En la vida diaria, los ciudadanos comunes empleaban como dinero unas conchitas algo más baratas y más fáciles de transportar. Pero incluso las conchitas tenían un rango diverso según el color, pues las de bordes azulados, más exóticas, tenían mayor valor que la variedad más común, de bordes amarillos. Cuanto más bajo el estatus de la persona, más bajo el estatus del dinero que debía emplear.

Aun cuando algunas unidades de ese dinero gigante de Yap estén hoy en museos de los más variados rincones del globo, la mayor parte de ellas permanece en Yap, donde los nativos las paran de canto junto al camino, como una gran cerca de piedra, que constituye el banco público tradicional de la isla. Cada piedra tiene su dueño. Ocasionalmente, a través de los años, la propiedad de una de ellas cambia, pero las piedras siguen estando en el mismo lugar.

Las piedras y conchitas de Yap siguen siendo una parte importante de la cultura yap tradicional, pero la gente que pasa rauda junto a ellas usa además dólares norteamericanos o yenes. Y negocia fácilmente con cheques viajeros, tarjetas de crédito, facturas y transferencias electrónicas de fondos. Así y todo, el dinero de piedra de Yap sigue allí en posición vertical, como un recordatorio dramático de otro sistema que solía dominar casi cada faceta de la vida social y cultural de la isla, pero que ahora sobrevive únicamente como una sombra de su

anterior poderío y grandeza. La historia monetaria de la isla se parece a los estratos de una fosa arqueológica, donde un sistema se formó por sobre el otro y sustituyó a su predecesor.

En ciertos sentidos, el nuevo dinero electrónico del mundo de hoy puede resultar quizás más parecido al viejo sistema de Yap que el sistema de las monedas nacionales aún en circulación. Al acercarnos al fin del sistema de la divisa nacional controlada por los respectivos gobiernos, comienza a perfilarse un mercado enteramente nuevo en el ciberespacio, donde operan muy diversos tipos de dinero en forma simultánea. Como el antiguo pueblo de Yap, los futuros usuarios del dinero se verán confrontados a un abrumador despliegue de tipos de dinero, con usos distintos y en ocasiones muy específicos. Como las conchitas multicolores y las tabletas de piedra arenisca de varios tamaños, el dinero del futuro vendrá en muchos tamaños y formas que dependerán bastante menos del país de origen como de la clase y el tipo de persona que los emplee.

Nos hallamos en el último tramo de un largo proceso de evolución histórica, en que el dinero cambió de las conchitas y las mercancías a un complejo sistema de monedas de carácter global. Estamos a la vez en el inicio de lo que promete ser la mayor revolución social y cultural desde la invención del dinero.

17
El arte de manejar las divisas

Jesús entró en el Templo de Dios y [...]
derribó las mesas de los que cambiaban monedas.
MATEO 21:12

Un negocio que da sólo dinero es muy pobre como negocio.
HENRY FORD

Un fantasma recorre el mundo: el del dinero en su condición inmaterial, electrónica, carente de forma y figura. Acecha con avidez por todo el globo terráqueo durante el día y también por la noche; no reconoce las fronteras nacionales ni las estaciones del año. Esta bestia extraña irrumpió en fecha tan reciente en la escena mundial que no disponemos aún de un nombre para designarla. El fantasma que obsesiona al mundo está hecho de esa nube vasta pero invisible del dinero en forma de energía que se transforma de una divisa en otra con sólo pulsar una tecla electrónica o abrir un programa computacional. Habita tan cerca de nosotros como una tarjeta de crédito, como el teléfono o un computador, pero está tan lejos de nuestro control como las mareas. Es una mezcla de los deseos, los temores y creencias más básicos de la humanidad.

En los albores del siglo veintiuno, hemos llegado a una encrucijada en la relación de la sociedad con el dinero, esta fuerza que parece animada, que los humanos crearon pero que se muestran incapaces de controlar. El dinero se ha transformado en un dispositivo global y en el pivote de un sistema económico que domina cada rincón del globo. Ahora que casi todos los sistemas comunistas del mundo se han derrumbado bajo su propio peso, el sistema capitalista –edificado sobre el dinero– se yergue victorioso en todo el orbe. El dinero domina no sólo los sistemas económicos de producción, de propiedad,

del trabajo y el consumo, sino que posee una influencia primordial en casi todas las facetas de nuestra vida privada. Tras un preludio de más de dos mil años en que los seres humanos desarrollaron complejas formas y variedades del dinero y establecieron un vasto espectro de instituciones en torno de él, la historia del mundo ha entrado en la era cibernética, que bien puede equivaler a la era del dinero.

La irrupción del sistema global de dinero electrónico, unida a la flotación de las divisas, permite que puedan transferirse millones de dólares de una divisa a otra en forma instantánea y en cualquier momento y cualquier día del año. En 1995, las transacciones en este dinero apátrida habían sobrepasado los 1.300 billones de dólares al día, con los negociadores abandonando el dólar a su suerte, fortaleciendo el marco alemán, corriendo luego en pos del yen o de alguna otra divisa de momentánea popularidad en los rincones más apartados del globo.

Es difícil visualizar el volumen que suponen transacciones estimadas en billones de dólares, pero, si convertimos a billetes de un dólar esa suma de 1.300 billones de dólares, pesarían más de lo que pesan treinta y dos barcos de acero del tamaño del *Titanic*. Con todo, el nuevo dinero no requiere de ninguna flota de barcos para que lo transporte alrededor del mundo, puesto que viaja en forma instantánea.

El fantasma del dinero electrónico maneja mucho más poder que el del mayor banco o corporación del mundo; hasta tiene la habilidad de obligar a los políticos de las economías más poderosas a someterse con humildad a sus erráticos designios y sus movimientos impredecibles. Los movimientos del fantasma los determinan miles de negociadores o corredores de divisas respaldados por los millones de decisiones que toman diariamente los individuos: un norteamericano que decide comprarse un automóvil japonés, por ejemplo, o un ruso que compra un televisor coreano; un alemán que emplea el gas natural ruso o un japonés que escoge un programa computacional norteamericano.

En cualquier momento de la jornada, miles de negociadores permanecen listos para reaccionar, e incluso más computadores que ellos permanecen listos para comprar y vender tan pronto como las cifras alcancen algún monto predeterminado. Las múltiples decisiones casi simultáneas de gente en todo el mundo crean una gran masa de dinero electrónico que se mueve como una bandada de pájaros cuidadosamente entrenados en sus coreografías, que alzan el vuelo en un momento determinado, con todos sus miembros volando en la misma dirección, y además son capaces de cambiar de rumbo a mitad de camino. Esta bandada de divisas vaga noche y día por la Tierra, posándose aquí o allá antes de despegar nuevamente en pos de alguna otra laguna o campo en el confín más distante.

Pegados al monitor

Los corredores que operan en una típica agencia de compra y venta de divisas alternan aburridos períodos de ocio casi absoluto con otros de frenética actividad. En un momento parecen relajados, con los pies sobre la mesa, bebiéndose su café a sorbitos o leyendo una revista, jugando a algún videojuego u oyendo rock a todo volumen con los fonos puestos, bromeando y arrojando una pelotita de esponja en el cesto de los papeles. Y al minuto siguiente saltan de la silla y se ponen en acción, como si repentinamente los hubiera atacado un enjambre de avispas. Su foco de atención real no se halla en la habitación donde se encuentran, sino en el ciberespacio, que captan en las pantallas de los numerosos monitores y terminales en sus escritorios. De pronto están dando alaridos en dos o tres teléfonos a la vez y yendo de uno a otro monitor. Esos torbellinos de actividad pueden durar unos pocos minutos o prolongarse durante varios días.

A veces, los corredores no pueden pararse a comer o despegarse ni siquiera un segundo de la pantalla y los teléfonos, aunque sólo sea para comerse un sandwich, unas patatas fritas

y una bebida que les traen hasta su escritorio. Sólo en ocasiones uno tiene la mano libre el tiempo suficiente para alcanzar el café ya frío que descansa sobre la mesa en un vasito de poliestireno.

El mercado sin fronteras no abre ni cierra jamás; simplemente late a toda hora. No distingue el verano del invierno y no sabe del día o la noche. Nunca se toma vacaciones, un feriado, una siesta o siquiera un recreo para almorzar. Cuando los bancos cierran en Suiza por la noche, las oficinas ya están abiertas para iniciar las transacciones en Tokio y en Sydney. Cuando las agencias de divisas cierran por algún feriado nacional en Shangai, las oficinas de Londres y Nueva York bullen de actividad. Cuando los corredores norteamericanos hacen una pausa para la cena del día de Acción de Gracias o las agencias europeas cierran en Navidad, el pulso de las ventas continúa en Bombay, Tel Aviv, Hong Kong y Seúl. Las agencias individuales abren y cierran regularmente y los corredores individuales se conectan o desconectan a la red, pero el mercado sigue operando cada milésima de segundo de una nueva jornada. Para cumplir con las exigencias de un mercado como ése, los principales contrincantes del mercado de divisas han de permanecer activos toda la noche. En el interior sin ventanas pero climatizado de los bancos neoyorquinos, de la bolsa mercantil de Chicago y las corredoras de Londres, los agentes operan las veinticuatro horas del día bajo un cielo raso de luces fluorescentes, entre el parpadeo constante de los computadores, los agudos pitidos electrónicos y la estridencia de los timbrazos.

El mercado de divisas es hoy el mercado más grande del mundo. El dinero que allí se intercambia sobrepasa el producto nacional bruto anual de las principales economías de la Tierra. En un solo año, un único centro de negociaciones como la bolsa mercantil de Chicago promueve intercambios de dinero cuyo valor sobrepasa al del producto nacional bruto combinado de todo el planeta.

El siglo veinte partió con sólo unas pocas monedas en el mundo, y todas ellas guardaban una paridad con el oro. Al concluir la centuria existen cerca de doscientas monedas de diversos países, desde el dólar estadounidense a las monedas locales que no circulan fuera del área de influencia de sus respectivos gobiernos. Cada nueva divisa brinda una oportunidad de nuevas especulaciones, pero las divisas fundamentales siguen siendo las de Europa Occidental, Norteamérica y Japón, con las restantes entrando y saliendo esporádicamente del tablero.

El mercado del dinero se extiende sobre el globo como una red y, tal como ocurre con cualquier otro entramado en forma de red, cuenta con ciertos nódulos de importancia singular, como el International Money Market en la bolsa mercantil de Chicago, y la bolsa de Filadelfia, los dos mayores mercados de negociación de divisas a futuro de Estados Unidos. Hasta quinientos corredores pueden llegar a reunirse en las gradas del foso en Chicago y, como los negociadores de cualquier otro mercado, gritan, se valen de señas y visten de distinto modo para conectarse con la gente con quien esperan hacer negocios, esto es, vender divisas a futuro. Tal como a veces se negocian a futuro la panza del cerdo, los frijoles de soja o el oro, los corredores de dinero venden el derecho de adquirir una divisa de determinado país a un determinado precio en una fecha futura conocida. Si una empresa ordena mercancías equivalentes a un millón de yenes, pagaderos en una fecha específica al cabo de un año, la empresa en cuestión prefiere no correr el riesgo de que el yen pueda subir hasta un 15% ese año. Para asegurarse de tener un millón de yenes a un tipo de cambio razonable, compra divisas a futuro, que le garantizan el derecho a comprar el yen a un precio específico en dólares al año siguiente. Si el yen aumenta de valor, comprar la divisa a futuro le ahorró dinero. Si el yen no sube, el costo a futuro de la divisa le sirvió como una póliza de seguros. En un mundo en que el precio de las divisas varía

constantemente, los mercados de futuros permiten a los comerciantes hacerse una idea del rango de costos e ingresos que se verán involucrados en futuras negociaciones internacionales.

Mientras el negocio de divisas servía tan sólo para facilitar el comercio, se hallaba relegado en enmohecidas oficinas de funcionarios bancarios y de otras instituciones financieras. Operaba en el cuarto trasero, por así decirlo, y el intercambio de divisas apenas requería de algunas habilidades básicas de oficina y escasa imaginación; prácticamente el único error que alguien podía cometer era un fallo de computación. Esta apacible obscuridad se acabó el 16 de mayo de 1972, cuando el "foso de dinero" de Chicago abrió el primer mercado de futuros.

Aun cuando las plataformas de negociación de divisas parezcan bullir de actividad cuando están en pleno funcionamiento, su participación global en el mercado de divisas ha ido decayendo. En comparación con el nuevo mercado del ciberespacio, que discurre entre bastidores, los viejos mercados cara a cara son como dinosaurios extraviados en el nuevo universo del mercado del dinero. De modo independiente del vasto equipo electrónico adosado al piso, o de que tengan puntillosamente codificado el color de las chaquetas que utilizan sus empleados, aún abren y cierran sus puertas y pasan más horas de la semana cerrados que abiertos. A mediados de 1995, la opción por divisas en todo el sector bursátil de Filadelfia alcanzó unos lastimosos 1.500 millones de dólares al día, una cifra que ni siquiera se aproxima a la que se requiere para ser un gran jugador en el mercado de los billones de dólares.[1]

Con las fluctuaciones que experimentan las divisas en un mercado abierto, y con la avanzada tecnología computacional y las comunicaciones satelitales, ningún centro puede controlar por sí solo el mercado de divisas en la forma que unos pocos centros dominan hoy el mercado bursátil, el de mercaderías, el de seguros y la banca. Hoy, la información de todos

esos mercados llega hasta un hombre de negocios alemán que esté en Singapur al mismo tiempo que le llega a un corredor de bolsa francés de vacaciones en un crucero por el Caribe, a un millonario excéntrico y ermitaño que viva en los descampados de Australia y a un club de inversiones conformado por un grupo de señoras de Minneapolis.

El mercado de divisas difiere de todos los demás en otro rasgo incluso más primordial. En los otros mercados, los comerciantes intercambian bienes por dinero; en el de divisas, los corredores intercambian el dinero de un país por el de otro, sin ningún otro bien involucrado en la transacción. Tan sólo deben regatear acerca de la oferta y el precio de entrada. No precisan ponerse de acuerdo entre el sistema métrico o el de medidas norteamericanas, el voltaje o las líneas de embarque posibles. La única cifra en juego es la del dinero involucrado. El intercambio, ya sea que se realice hoy o dentro de un año, se hará en forma instantánea mediante una transferencia electrónica. El mercado del dinero es, pues, el mercado más puro de todos. Es todo transacciones y nada de bienes. Sin necesidad de plantar, sembrar, cosechar, embarcar, fabricar o cambiar los bienes del modo que sea, el mercado del dinero no sufre demoras; sus transacciones son instantáneas. A la velocidad de la luz, los impulsos electrónicos se desplazan alrededor del globo y los dólares corren de Singapur a Sao Paulo, el yen inunda el banco central de Zaire, las libras turcas se fugan a Alemania y los rands sudafricanos se convierten en dólares canadienses.

Aun con el uso del telégrafo, se requería de algún tiempo para que el anuncio de un alza en las tasas de interés por parte del Banco de Inglaterra llegara a Nueva York, Sydney, Buenos Aires y Ciudad del Cabo. Si la oficina estaba cerrada porque era de noche o por el fin de semana, no recibirían la noticia sino hasta varios días después, y aún podía suceder que discurrieran varios días más antes de que los periódicos pudieran imprimir la información y difundirla a los rincones

más alejados del país. En ese contexto, unos pocos centros neurálgicos dominaban la vida financiera de regiones enteras y una sola área –la City de Londres y más tarde la ciudad de Nueva York– dominaba la economía mundial. La red interconectada de los banqueros, los burócratas de la época y los directorios de las empresas servía para informarlos a todos del cambio a través de llamadas telefónicas de carácter personal, pero el público en general debía rapiñar la información desde el fondo de la pileta. En ese universo, las divisas cambiaban muy lentamente, y sólo cuando el farragoso mecanismo del gobierno decidía que ello debía ocurrir. Y, como cada nación mantenía una paridad de su divisa con el oro o la plata –o con una moneda más dura, como el dólar norteamericano, la libra esterlina o el franco francés–, los valores de todas las monedas del mundo permanecían inalterados por décadas.

Buena parte del ágil movimiento del dinero se basa en estados de ánimo, intuiciones y prejuicios intangibles. Tales movimientos suelen reflejar la confianza de los inversores en los líderes de un país en determinado momento. Estos confiaban en que Ronald Reagan actuaría como lo hacía Ronald Reagan, y durante su mandato el dólar se negoció sistemáticamente a precios más altos que lo que los datos objetivos hubieran permitido suponer. Los inversores no tenían esa misma confianza en George Bush y Bill Clinton, lo cual provocó la caída del dólar.

Factores intangibles como éstos dan cuenta con toda probabilidad de un 75% de las fluctuaciones del dinero, mientras que sólo el 25% restante puede relacionarse con factores económicos verdaderamente cuantificados e indicadores estadísticos.[2]

La misma tecnología que sirve para difundir tan rápidamente las noticias alrededor del globo permite que los receptores recién advertidos de la información tomen rápidas decisiones de mercado, ya sea que el corredor esté sentado en la plataforma de negociaciones más ajetreada de Amsterdam

o llamando desde un teléfono móvil desde la Patagonia. Los especuladores pueden comprar y vender divisas en cualquier punto del globo por la sola vía de presionar unas pocas teclas de su computador o hacer un clic en un icono determinado, pero incluso, para los que consideren tales procedimientos excesivamente lentos, los programas computacionales automáticos pueden llevar a cabo esas simples tareas. Los corredores programan sus computadores de modo que vendan automáticamente los dólares si el precio cae por debajo o sube por encima de una cifra determinada. Cada uno es libre de estructurar una estrategia negociadora individual, así que los programas computacionales adoptan formas en extremo complicadas y digieren un manantial de información cada día. Los programas pueden calibrar el flujo cambiante en los valores de las divisas, al igual que las tasas de interés relativas, los niveles de endeudamiento fiscal, el costo de las mercancías, las alzas y bajas en las balanzas comerciales o los cambios verificados en la edificación de nuevas viviendas, en los rendimientos de las grandes corporaciones o cualquier otro factor como la temperatura y la lluvia caída en zonas agrícolas, o incluso el resultado por partidos de su equipo deportivo preferido.

Bellum Omnium in Omnes

A finales de la década de 1980, y luego en los años noventa, el mercado internacional de divisas ofrecía a las instituciones financieras una oportunidad de hacer dinero con muchos menos empleados de los que tenían hasta entonces. Un banco que empleaba los métodos tradicionales y ofrecía el espectro habitual de servicios al cliente requería de un auténtico ejército de cinco mil trabajadores para que administraran los depósitos, los préstamos y otros haberes equivalentes a unos diez mil millones de dólares. Una sección de sólo veinte personas podía, sin embargo, manejar la misma cantidad de dinero en los mercados de divisas, con lo que se ahorraban el sueldo, la

capacitación y los costos administrativos de 4.980 empleados.[3] Cada tres días, las instituciones financieras de la ciudad de Nueva York manejan tanto dinero como el que pasa por todas las principales corporaciones norteamericanas en un año entero. En un mes, manejan el equivalente en dinero al doble de la producción industrial anual de todo el mundo.

A mediados de la década de 1990, el negocio de las divisas se había vuelto la forma más rápida de hacer dinero. Adolecía sin embargo de una serie de vicios, desde el arbitraje[4] y los "bonos basura" hasta las tierras agrícolas infladas. Algunas de las mayores corporaciones internacionales estaban haciendo más dinero con la especulación financiera que por la fabricación o comercialización de sus productos. Las instituciones financieras, desde grandes bancos a gobiernos de condado o *colleges* comunitarios, estaban especulando en el mercado de divisas como una forma de obtener ganancias rápidas.[5]

Aunque el mercado mundial del dinero esté, en teoría, abierto sin restricciones a cualquier apostador, en la práctica los contendientes en la vanguardia tienden a ser hombres, jóvenes y solteros. Sólo los jóvenes parecen capaces de asumir los riesgos desmedidos que supone el manejo de decenas de millones de dólares que representan los activos de otras personas. Antes de casarse, y sin las exigencias de la cena en familia, de los cursos de paternidad, las tareas escolares y los acarreos en coche a los partidos de béisbol, los hombres jóvenes pueden poner toda su energía, dedicación e histamina en un mercado que funciona sin interrupciones.

Pese al alto grado de refinamiento electrónico que lo caracteriza y a la falta de un lugar y un horario específicos de operaciones, el mercado no es algo impersonal. Reacciona incluso de manera más sensible y más intensa que otros mercados a los factores subjetivos, las opiniones, los temores y esperanzas que surgen o se hunden. Quizás porque operan en un mercado tan disperso y automático, muchos de los participantes fundamentales se mantienen en permanente comuni-

cación entre sí a través del teléfono. Llaman a sus socios en Nueva York, Singapur, Ginebra, Francfort, Sydney y Tokio con la esperanza de detectar alguna leve tendencia unos minutos antes de que se muestre en los números en pantalla o se informe públicamente en la red financiera internacional. Los mayores contendientes deben conocer bien a sus socios y saber interpretar lo que les dicen, al igual que lo que hacen. ¿Está la persona al otro extremo de la línea diciendo algo importante, dejando escapar una confidencia a la espera de un futuro favor? ¿Está pagando un favor, tramando una revancha o repitiendo un rumor infundado? ¿Será que ignora la importancia de lo que está diciendo y está simplemente ocupando la línea en divagaciones ociosas, mientras espera a la siguiente ronda de acción trepidante?

Para conseguir aunque sea una pequeña ventaja sobre los demás, cada corredor debe contar con docenas de contactos en todo el mundo y ser capaz de enjuiciar a cada uno de ellos con cuidado. No hay equipos permanentes operando en el mercado de divisas, pero cada corredor necesita desesperadamente interactuar para deducir cómo anda el mercado y negociar sus ventas. Por ende, hacen y rehacen alianzas y sociedades *ad hoc*, que pueden desmantelarse rápidamente en favor de otras nuevas. El rival de hoy puede ser el nuevo socio de mañana y el socio de hoy puede transformarse en el adversario de esta noche. El mercado de divisas probablemente se aproxima a la proverbial *bellum omnium in omnes* –guerra de todos contra todos– más que ninguna otra institución en la historia del hombre.

El operador de este mercado rastrea constantemente en busca de pequeños retazos de información, perspectivas globales y actitudes ambiguas que no son susceptibles de cuantificarse o de introducirse en un programa computacional. Desplegando meticulosamente uno junto a otro todos los fragmentos de información personalizada en un campo sujeto a permanentes fluctuaciones, espera colocarse, aunque sea por unos pocos segundos, por delante de los demás.

Rara vez han ideado los seres humanos una herramienta que no utilizaran. En el proceso de crear esta vasta red de máquinas y programas, y de capacitarlas para reaccionar con tanta premura, los competidores financieros crearon a la vez el imperativo de emplearlas en forma constante. No pudiendo ya esperar hasta el lunes por la mañana o incluso a que amanezca, el corredor debe reaccionar en forma instantánea en un mercado mundial en el que unas milésimas de segundo pueden determinar la diferencia entre la solvencia o la bancarrota. El imperativo de la velocidad asociado a la nueva tecnología ha reforzado la mentalidad de rebaño entre los corredores y ha incrementado la tendencia del capital a moverse en masa. Como ya no está en posición de digerir la información durante varios días, el corredor ha de tomar decisiones al instante para diferenciar los hechos de los rumores o anticipar la forma en que reaccionarán los japoneses a las noticias de un aumento en la balanza comercial de Alemania. Para cualquier corredor que vacile y sea incapaz de reflexionar adecuadamente en cada momento, el curso de acción más apropiado será el de seguir al rebaño. En lugar de evaluar por sí mismos los fragmentos de información financiera en flujo constante ante ellos, en la pantalla del computador y las líneas telefónicas, los corredores aprenden a descifrar las señales que les envían otros corredores. Reaccionan no tanto a los informes de las corporaciones, de otros mercados y a los anuncios del gobierno, sino a los gestos de otros corredores.

Para quienes negocian con divisas, es menos importante conocer el significado real de un nuevo trocito de información que anticipar la forma en que reaccionará el mercado. Incluso cuando el propio corredor piensa que la caída momentánea en las tasas de interés en Francia no es muy relevante, si deduce que otros corredores la considerarán importante, debe actuar como si efectivamente lo fuera.

El espíritu de rebaño de los corredores aumenta la masa y el poder del enorme córpus flotante de dinero que circunda el mundo. La masa y el poder aumentados realzan a su vez la importancia de cualquier movimiento de este mercado. Puesto que los corredores son incapaces de actuar con sutileza, las decisiones corretean con la quietud y la delicadeza de una manada de elefantes entrando en una cacharrería. Un pestañeo fugaz se transforma de pronto en una estampida de proporciones, que abarca desde el dólar al franco suizo y el marco alemán. Cada movimiento genera ondas financieras que rápidamente inciden en cada segmento de la economía. Al igual que esos movimientos pueden tener un gran impacto en la divisa de economías grandes y poderosas, como la de Estados Unidos y Japón, el efecto puede ser absolutamente paralizante si el rebaño del capital decide repentinamente abandonar el peso mexicano, el dólar neozelandés o la lira italiana, o si demuestra un inesperado interés por comprar rublos, libras egipcias o dracmas griegos.

"El sida de nuestras economías"

En la reunión cumbre de los jefes de Estado de las siete potencias del mundo en Halifax, Canadá, en junio de 1995, el Presidente francés Jacques Chirac puso de manifiesto la general desconfianza hacia los mercados de divisas cuando calificó la especulación financiera como "el sida de nuestras economías".[6] Lo que olvidó señalar fue que la fuente de esa enfermedad económica son los propios gobiernos.

Con tantos contendientes y tan enormes sumas de dinero en riesgo, alguien tiene que perder. Con todo, por raro que parezca, queda la sensación de que los jugadores fundamentales están todos obteniendo ganancias. Ocasionalmente, alguna firma inversora de envergadura experimenta una caída sustancial o algún banco se derrumba, pero la mayoría de las veces parece que todos ellos obtienen mayores ganancias de la especulación monetaria que de otras inversiones más conservadoras.

En vez de constituir un medio para el mercado, *el dinero se convirtió en el mercado.* Como escribe William Greider, "se suponía que el dinero sería un agente neutral del comercio. Hoy se ha transformado en su neurótico amo".[7]

Al abandonar el patrón oro y dejar de lado los tipos de cambio fijados en el acuerdo de Bretton Woods, los gobiernos de todo el mundo permitieron que la divisa de cada país tuviera su propio tipo de cambio. Y esos mismos gobiernos realizan todavía intentos de influir en el corto plazo en el tipo de cambio, pero carecen del poder suficiente para mantenerlo bajo control. Una forma de influir en ello son las tasas de interés que pagan por sus emisiones de bonos. Por ejemplo, si Estados Unidos ofrece una rentabilidad más elevada que Alemania, más inversores buscarán dólares para adquirir los bonos estadounidenses y menos inversores se interesarán en el marco, haciendo que suba el valor del dólar en relación con el marco. Al igual que las corporaciones compran a veces su propio paquete bursátil para que escasee en el mercado y aumente la demanda de sus acciones, obteniendo así un alza en su precio, los gobiernos pueden influir en el tipo de cambio de su propia moneda. Sus bancos centrales pueden comprar grandes cantidades de su propia moneda en un intento de hacer subir el precio, o bien vender grandes cantidades en el mercado internacional para forzar a una baja.

Pese a estos intentos, los gobiernos no consiguen frenar la marea del mercado. Cuando el peso mexicano perdió fondo en 1995, el Presidente Clinton se apresuró a ir en su ayuda con un salvavidas de 53 mil millones de dólares, cifra que resultó demasiado pequeña para salvar al peso mexicano en el mercado internacional de divisas. La economía mexicana desempeña un papel menor en la escena mundial y su divisa ha sido tradicionalmente una moneda "blanda", pero incluso los banqueros dentro de la esfera política de las naciones más grandes no lo hacen mucho mejor. Sin importar los muchos recursos que aporten para mantener el marco o

el dólar en un valor determinado, si todos los inversores creen que estas dos monedas van a variar y esperan esa variación, el gobierno sólo puede protegerse con sacos de arena contra el sentimiento prevaleciente en el mercado, y por un lapso relativamente breve. Al final, la opinión del mercado es la que prevalece.

Incluso en esas raras ocasiones en que varios países han combinado sus esfuerzos para controlar el mercado, no lo han conseguido. El 22 de septiembre de 1985, Estados Unidos, representado por el secretario del Tesoro Donald Regan, y los ministros de Relaciones Exteriores de Japón, Alemania, Gran Bretaña y Francia se reunieron en Nueva York. En el majestuoso hotel Plaza anunciaron un acuerdo de los cinco gobiernos para permitir una lenta devaluación del dólar. El mercado reaccionó de inmediato ante el término "devaluación" e ignoró el adjetivo "lenta", provocando la caída del dólar a niveles impensadamente bajos.

Las grandes instituciones financieras, como Salomon Brothers, Citibank, ING Bank o Goldman, Sachs pueden valerse a veces de prácticas similares para dar un empujoncito al valor de una divisa o refrenarla por un tiempo. Sin embargo, pese a estas influencias de corto plazo, a largo plazo el mercado opera sobre la base de miles de decisiones tomadas por inversores e instituciones diversos, que actúan sobre la base de su propia información, sus propios análisis y sus intereses, requerimientos y metas. A veces los perdedores del juego son otras instituciones financieras de envergadura; pero en general los que pierden son los contribuyentes cuyos gobiernos se empeñan en impulsar una divisa cuando la marea está en contra o en mantener bajo su valor para resguardar las exportaciones.

Los corredores al servicio de inversores privados han de ser más rápidos y más perspicaces. Si pierden dinero en forma continua, perderán a sus clientes. Los bancos centrales no operan con estas limitaciones; en última instancia, trabajan

para el gobierno y el fin del gobierno no es obtener utilidades sino ejecutar una política monetaria: expandir o restringir la oferta de dinero, mantener alto el valor de la moneda local o dejarla deslizarse hacia abajo. Los burócratas bancarios evalúan su desempeño no por cuánto dinero ganan o pierden, sino por lo bien que cumplieron con la política monetaria. Los contribuyentes, a sabiendas o no, han de pagar la cuenta; es parte del precio que cobra el gobierno. De esta forma, el gobierno subvenciona el mercado de divisas y la especulación. Sin la intervención gubernamental, las ganancias de esos afanes serían lastimosamente bajas.[8] Cuanto más batallan los bancos centrales por controlar el mercado de divisas, más dinero puede hacerse en la especulación con divisas, puesto que el gobierno opera casi siempre en contra del mercado.

Al concluir el año, cuando las instituciones amparadas por el gobierno muestran sus pérdidas y ganancias en los negocios, las cifras resultantes pueden dar la sensación de que están compitiendo –y, por ende, perdiendo y ganando– con otras instituciones, pero en realidad sólo están perdiendo. El Departamento del Tesoro y la Reserva Federal tienen considerablemente menos poder para controlar el valor del dólar que la banca italiana para controlar la lira o el gobierno tailandés para controlar el baht. Mientras más dinero se negocie, menor será el poder de ningún gobierno sobre él; cuanto menos se negocie, más poderosa y significativa se torna cualquier intervención particular del gobierno. Como explica el antiguo corredor de divisas Ted Fishman, incluso si un corredor individual gana como tal, pierde como ciudadano: "Mientras el Tesoro de los Estados Unidos y la Reserva Federal sigan gastando los dineros fiscales en sus intervenciones, regalando los dólares a los chicos delante de las cajas rechinantes y los computadores, soy un perdedor como ciudadano y como contribuyente".[9]

Si los corredores de divisas juegan en contra de los burócratas, casi invariablemente acaban derrotándolos. Los inver-

sores y banqueros siempre sabrán cómo derrotar a los funcionarios de gobierno y sus asesores económicos. El negocio de las divisas de la última década del siglo veinte ha otorgado un significado nuevo y un matiz de cinismo al comentario de Voltaire de que "en general, el arte de gobernar consiste en quitarle el mayor dinero posible a una parte de la ciudadanía para dárselo a alguna otra".[10]

18
La era del dinero

Es algo decididamente nuevo, revolucionario...,
y tendríamos que estar todos muertos de miedo.
SHOLOM ROSEN, *banquero*

El dinero partió siendo una sencilla mercancía de cobre, de plata, de conchitas y oro; hoy en día incluye monedas y billetes, cheques y cuentas bancarias, las cifras en libros de contabilidad e impresas en tarjetas de plástico, los destellos electrónicos en pantallas de computador y los dígitos almacenados en microprocesadores de silicio. Los diarios financieros monitorean con regularidad la oferta de dinero existente, valiéndose de múltiples definiciones de lo que puede ser el dinero y de cuándo debería incluir ítemes como las emisiones de deuda pública, las cuentas bancarias y otros instrumentos financieros. Los expertos monetarios parecen algo confundidos sobre cómo definir hoy el dinero, mucho más acerca de cómo calcular su monto total.

Desde la invención del dinero hace unos tres mil años, la gente se lo ha disputado y ha librado batallas para conseguir tanto dinero como le sea posible, cualquiera fuera su forma: lingotes de oro, barras de plata, monedas de cobre, billetes o conchitas de caurí. El dinero nunca fue una herramienta inmóvil, pasiva, y nunca permaneció por mucho tiempo en el mismo lugar o en las mismas manos. Durante siglos, la mitología y la literatura occidentales han escrito la crónica de los goces y pesares de la gente en el proceso de obtener o perder grandes sumas de dinero, pero detrás de tales historias subyace otra historia incluso más importante: la de la lucha incesante entre los grandes países, las instituciones y las personalidades

más poderosas por controlar la producción y distribución del dinero en sí mismo... y de determinar incluso la definición de lo que lo constituye. En el curso de la historia, diversas facciones e instituciones han controlado la producción y regulación del dinero –el Estado y sus varias subdivisiones, la Iglesia o ciertas órdenes religiosas, las ligas de comerciantes y los gremios, las grandes familias de banqueros y los industriales privados, los bancos centrales de todo el mundo y los corredores de divisas– y cada cual ha ejercido un papel particular en cada momento histórico. Los seres humanos han batallado por el dinero no sólo porque nos provee de riqueza y lujos sino, lo que es más importante, porque confiere poder a sus amos. Es la llave mágica que mueve ejércitos enteros y montañas, que edifica castillos y ciudades, que controla la tierra, el agua y la atmósfera; que construye canales y despacha flotas de guerra, y es lo que permite detentar y perder un poder de la más variada índole sobre otros seres humanos.

El moderno sistema mercantil mundial se inició con los viajes de Cristóbal Colón al Nuevo Mundo y los de Vasco da Gama a India. Por primera vez en la historia, los barcos surcaron los mares y arribaron a puertos situados en otros continentes, en una red mercantil de carácter global. Los viajes de Colón y Da Gama inauguraron la gran era mercantil del comercio internacional. La vía al poder y la riqueza en la era mercantil descansaba pues en la navegación y el comercio.

Transcurridos dos siglos de comercio global, las rutas se consolidaron y muchos competidores entraron a disputar el envío de especias y sedas desde Asia a Europa, esclavos de Africa a América y plata y azúcar de América a Europa. El control del comercio pasó de Portugal y España a Inglaterra, Holanda y otras naciones europeas. Poco a poco, en la segunda mitad del siglo dieciocho, surgió una nueva ruta hacia la riqueza, el desarrollo de la producción industrializada en Inglaterra. El centro de la actividad humana y la mayor fuente

de ganancias se desplazó desde el comercio a la producción, un foco que perduró casi hasta fines del siglo veinte.

La riqueza pasó de los mercaderes a los industriales que fabricaban una serie de bienes, partiendo por los textiles y derivando rápidamente al acero y otros metales. En los términos de Karl Marx, el gran crítico del capitalismo industrial, el poder y la riqueza estaban en manos de quienes detentaban los "medios de producción": los propietarios de la fábrica. Durante el siglo veinte, la producción se centró en los bienes de consumo, desde los coches a principios de la centuria a los computadores al concluir la misma, y en el aprovisionamiento continuo de armamento para las frecuentes guerras que dominaron todo el siglo.

Así como portugueses y españoles no pudieron mantener sus respectivos monopolios sobre el comercio global en los siglos que siguieron a Colón y Da Gama, los países industrializados no pudieron mantener su monopolio sobre la producción, que se difundió rápidamente a América del Norte y Japón y muy pronto al resto del mundo. La fabricación de bienes pasó de ser una novedad económica a algo dado. Antes de lo esperado, Brasil e India consiguieron sobrepasar en producción a sus antiguos amos coloniales. Los computadores y textiles podían fabricarse a precios más bajos en Malasia y en México que en Alemania o en Estados Unidos.

En las décadas finales del siglo veinte, quedó claro que la producción ya no lideraba la economía en la forma que lo había hecho en el siglo precedente. Los dueños de los medios de producción sólo rara vez eran individuos o familias, y por cierto que ya no conformaban una clase social específica. Las empresas pertenecían a millones de accionistas: desde los jubilados, que viven de un ingreso fijo y limitado, a los billonarios con acciones en un centenar de corporaciones.

En el sistema emergente, el poder fluye bajo el control de una nueva casta de financistas que posee o solamente controla grandes sumas de dinero a través de las firmas de corredores,

los bancos, los planes previsionales, las compañías de seguros o las administradoras de fondos mutuos. Ya no mueven especias, seda o esclavos alrededor del mundo en mayor grado que lo que controlan la producción de misiles, videograbadores o cafeteras. Controlan el flujo de dinero o, más exactamente, la forma del dinero. Después de que el dinero ha cambiado del metal y el papel al plástico y los chips, estos financistas controlan su conversión de una divisa en otra, su transformación de acciones en bonos municipales, de certificados de depósito en opciones de compra, de hipotecas en fondos mutuos, o su derivación del mercado de futuros a "bonos basura".

Al crecer la importancia del dinero, comienza una nueva batalla por su control en el siglo que se anuncia. Seguramente veremos una prolongada era de gran competitividad en la que muchos tipos de dinero aparecerán, proliferarán y desaparecerán en oleadas muy rápidas. En ese afán por controlar el nuevo dinero, muchos contrincantes luchan desde ya por transformarse en la institución monetaria fundamental de la nueva era.

La historia ha demostrado repetidas veces que ni el gobierno ni el mercado por sí solos son capaces de regular el dinero. Del viejo Nerón a Nixon, los burócratas y los financistas han explotado su poder de regular el dinero en beneficio propio y a corto plazo. Los emperadores romanos redujeron el contenido de plata en las monedas para pagar el costo de un ejército y una burocracia crecientes; y los banqueros y financistas franceses emitieron papel moneda y acciones carentes de valor para un público desprevenido. Desde el denario romano del reinado de Nerón al *assignat* galo de la época del duque de Arkansas, los políticos y financistas han creado originales sistemas monetarios que en un principio lograron mejorar la situación económica, pero con el tiempo, cuando la intoxicación hubo pasado, cuando llegaron las cuentas impagas y hubo que volver a la realidad, el sistema basado en un dinero sin respaldo acabó derrumbándose.

El dinero, como el calendario y el sistema de medidas, es un constructo cultural, con ciertas facetas arbitrarias, pero que para funcionar apropiadamente requiere de estabilidad y de cierto grado de predictibilidad. Una sociedad puede basar su calendario en el sol, en la luna o incluso en una combinación de ambos, pero ha de tener un asidero en el mundo real. Lo importante es que el calendario funcione como parte de un sistema estable y que toda la gente lo comprenda. De modo similar, en la medida que el dinero sea estable, puede basarse en conchitas o cuentas de vidrio, en el oro y la plata, o en el plástico y los electrones, pero debe ser necesariamente práctico y predecible.

En los últimos siglos los gobiernos han proporcionado esa estabilidad por la vía de regular su moneda o controlar a los bancos para que la regularan. Las monedas nacionales están hoy perdiendo la importancia que tenían y nos hallamos ante un sistema enteramente nuevo. Estamos entrando en un período de transición en el que competirán múltiples sistemas generadores de dinero, sin que ninguno de ellos domine sobre el resto.

En ciertos aspectos, el nuevo sistema lucirá como el sistema primitivo, en el que muchos tipos distintos de dinero y de mercancías valiosas operaban a la vez. Ahora tenemos sistemas monetarios paralelos y superpuestos.

Puede que las monedas nacionales, como el dólar y el yen, continúen existiendo, pero la tecnología electrónica está produciendo dinero en tantas formas diversas que, por lo menos por un tiempo, el Estado no será capaz de controlarlo. Y, una vez libre del control estatal, el dinero desempeñará un papel incluso más importante en nuestras vidas que el que ha cumplido hasta aquí y en el pasado.

Desde que irrumpió en la historia de la humanidad, el dinero creó nuevas instituciones y formas de vida, al tiempo que fue corroyendo y sustituyendo los viejos esquemas. Cada salto tecnológico y cada vuelco social en la forma que adoptó

ampliaron todavía más su función en nuestras vidas. Con el correr de los siglos, el dinero se ha convertido en la variable definitoria no sólo de las relaciones comerciales sino cada vez más de toda clase de relaciones, desde las religiosas y políticas a las sexuales y familiares.

En la economía global aún en fase de emerger, el poder del dinero y las instituciones surgidas a su alrededor sustituirá al de cualquier nación o cualquier combinación de naciones u organización internacional de las que hoy existen. Impulsada y protegida por el poder de la tecnología electrónica, acaba de surgir en el horizonte una nueva elite global, una elite sin lealtades hacia ningún país. Pero la historia ha demostrado muchas veces que la gente que hace las revoluciones en el ámbito del dinero no es siempre la que se beneficia de ellas. La actual revolución electrónica en lo que hace al dinero promete incrementar incluso más el papel del dinero en nuestras vidas públicas y privadas, sobrepasando al parentesco, la religión, los oficios y la ciudadanía como elementos definitorios de la vida social. Nos hallamos en los albores de la era del dinero.

El homo economicus *no está a nuestras espaldas,*
sino ante nosotros.
MARCEL MAUSS

NOTAS

Introducción: El mercado mundial

1. Saikaku Ihara, *The japanese family storehouse or the millionaires' gospel modernized*, Libro I, trad. al inglés de G. W. Sargent (Londres: Cambridge University Press, 1959).

1. Caníbales, chocolate y efectivo

1. La estimación del tiempo es de Francis Robicsek, citado en Frances F. Berdan, *The aztecs of Central Mexico: an imperial society* (Nueva York: Holt, Rinehart and Winston, 1982), p. 114.
2. Inga Clendinnen, *Aztecs: an interpretation* (Cambridge: Cambridge University Press, 1991), p. 137.
3. Para un excelente análisis de los complejos sistemas económicos de Mesoamérica y de si cabe calificarlos como sistemas de mercado, ver Pedro Carrasco, "Some theoretical considerations about the role of the market in ancient Mexico", y Frances E. Berdan, "The reconstruction of ancient economies", en Sutti Ortiz (ed.), *Economic anthropology: topics and theories* (Lanham, Md.: University Press of America, 1983), pp. 67-82.
4. Para un análisis más a fondo del sistema monetario y económico de los aztecas, ver Berdan, nota 1 sup.
5. Paul Einzig, *Primitive money*, 2ª ed. (Londres: Pergamon Press, 1966), p. 15.
6. A. M. Hocart, *The life-giving myth* (Londres: Methuen, 1952).

2. El quinto elemento

1. Glyn Davies, *A History of money: from ancient times to the present day* (Cardiff: University of Wales, 1994), p. 63.
2. Georg Simmel, *The philosophy of money* (Routledge, 1978), p. 152.
3. *Id.*, p. 311.

4. Citado en William Camden, *Remains concerning Britain,* 1586, y en Kevin Jackson, ed., *The Oxford book of money* (Oxford: University of Oxford Press, 1995), p. 35.

3. La prematura muerte del dinero

1. H. G. Wells, *Outline of History* (Nueva York: Macmillan, 1920), pp. 497-98.
2. Joseph Tainter, *The collapse of complex societies* (Cambridge: Cambridge University Press, 1990), p. 129.
3. Norman Angell, *The story of money* (Garden City, N. Y.: Garden City Publishing, 1929), p. 118.
4. Arnold Hugh Marlin Jones, *The roman economy* (Totowa, Nueva Jersey: Rowman and Littlefield, 1974), p. 191.
5. *Id.*, p. 164.
6. Tainter, p. 69.
7. Jones, p. 82.
8. Tainter, p. 132.

4. Caballeros del comercio

1. Malcolm Barber, *The trial of the templars* (Cambridge: Cambridge University Press, 1978), p. 45.
2. Paul Einzig, *The history of foreign exchange,* 2ª ed. (Nueva York: Macmillan, 1970), p. 67.
3. Simon Schama, *The embarrassment of riches: an interpretation of dutch culture in the golden age* (Nueva York: Knopf, 1987), p. 330.

5. El Renacimiento: dinero renovado para un arte de siempre

1. René Taton, ed., *The beginnings of modern science,* trad. al inglés de A. J. Pomerans (Nueva York: Basic Books, 1964), p. 15.
2. J. D. Bernal, *Science in History* (Nueva York: Cameron Associates, 1954), p. 445.
3. *Id.*, p. 400.
4. Simmel, *Philosophy,* p. 277.
5. Citado en John Garraty y Peter Gay, *The Columbia history of the world* (Nueva York: Harper & Row, 1972), p. 510.
6. Pico de la Mirandola, "The dignity of man", en *The portable Renaissance reader,* eds. James Bruce Rosi y Mary Martin McLaughlin (Nueva York: Viking Press, 1952), pp. 476-79.

6. Dorada maldición

1. Citado en James Bruce Ross y Mary Martin McLaughlin, eds., *Renaissance Reader* (Nueva York: Viking, 1953), p. 232.
2. Eric R. Wolf, *Europe and the people without history* (Berkeley: University of California Press, 1982), p. 237.
3. Ward Barrett, "World bullion flows, 1450-1800", en James D. Tracy (ed.), *The rise of merchant empires* (Cambridge, Londres: Cambridge University Press, 1990).
4. *Id*, p. 228.
5. Carla Rahn Phillips, "The growth and composition of trade in the iberian empires, 1450-1750", en Tracy, p. 65.
6. John A. Crow, *The epic of Latin America*, 3ª ed. (Berkeley: University of California Press, 1980), p. 395.
7. Adam Smith, *An inquiry into the nature and causes of the wealth of nations* (reed., Oxford: Oxford University Press, 1993), p. 39.
8. Citado en John Huxtable Elliot, *Imperial Spain 1469-1716* (Nueva York: St. Martin's, 1964), p. 183.
9. Citado en Antonio Domínguez Ortiz, *The golden age of Spain: 1516-1659*, trad. al inglés de James Casey (Nueva York: Basic Books, 1971), p. 299.
10. Voltaire, "Money", en *Philosophical dictionary*, tomo 12 de *The works of Voltaire*, trad. al inglés de William F. Fleming (París: DuMont, 1901), p. 8.
11. John Kenneth Galbraith, *Money: whence it came, where it went* (Boston: Houghton Mifflin, 1975), p. 12.

7. Nacimiento del dólar

1. Arthur Nussbaum, *A History of the dollar* (Nueva York: Columbia University Press, 1957), p. 55.

8. La casa de moneda del demonio

1. Lien-cheng Yang, *Money and credit in China* (Cambridge, Mass.: Harvard University Press, 1952).
2. John F. Chown, *A history of money from AD 800* (Londres: Routledge, 1994), p. 207.
3. Citado en Jackson, *Oxford book*, p. 440.
4. Galbraith, *Money*, p. 45.
5. Chown, *History*, p. 219.
6. Citado en Jackson, p. 421.
7. Gerald T. Dunne, *Monetary decissions of the Supreme Court* (New Brunswick, N.J.: Rutgers University Press, 1960), pp. 10-22.
8. *Fausto*, II.6057-62. Muchas de las traducciones inglesas del *Fausto* son versiones resumidas y no incluyen las escenas de cuestiones financieras y políticas en las

que Fausto y el demonio se presentan ante el emperador. El texto completo en inglés del que están tomadas estas citas se halla en *Faust*, trad. de Stuart Atkins, tomo II de *Goethe's Collected Works* (Cambridge, Mass.: Suhrkamp/Insel, 1984).
9. *Fausto*, II.6083-85.
10. Hans Christoph Binswanger, *Money and Magic* (Chicago: University of Chicago Press, 1994), p. 30.
11. Robert Ellis Dye, "The Easter cantata and the idea of mediation in Goethe's *Faust*", en *Publication of the Modern Language Association of America* 92, Nº 5 (1977): pp. 963-76.

9. Dinero métrico

1. William Hallock y Herbert T. Wade, *The evolution of weights and measures* (Nueva York: Macmillan, 1906), p. 85.
2. Bernal, *Science in History*, p. 353.

10. La comezón del oro

1. Galbraith, *Money*, p. 30.
2. Esta historia la relata Ciril Asquith al evocar un diálogo con J. M. Keynes. Citado en Jackson, *Oxford Book*, p. 46.
3. Citado en Angell, *Story of Money*, p. 235.
4. *Id.*, p. 236.
5. H. G. Wells, *The work, wealth, and happiness of mankind*, tomo I (Nueva York: Doubleday, 1931), p. 390.
6. Oswald Spengler, *Decline of the West*, trad. al inglés de Charles F. Atkinson (Oxford: Oxford University Press, 1991), p. 414.

11. El camino de ladrillos amarillos

1. Alexis de Tocqueville, *Democracy in America*, tomo I, cap. 3, 1835 (reed., Nueva York: Vintage Books, 1945), p. 53.
2. Estudio disponible en una serie de artículos de Arthur J. Rolnick y Warren Weber: "New evidence on the free banking era", *American Economic Review*, diciembre, 1983, pp. 1080-91; "The causes of free bank failures", *Journal of Monetary Economics* 14 (1984): 267-91, y "Explaining the demand for free notes", *Journal of Monetary Economics* 21 (1988): 47-71.
3. Chown, *History of money*, pp. 246-55.
4. Dunne, *Monetary decisions of the Supreme Court*, p. 106.
5. Galbraith, *Money*, p. 95.
6. Milton Friedman y Anna Jacobson Schwartz: *A monetary history of the United States: 1867-1960* (Princeton, N.J.: Princeton University Press, 1963), p. 116.

7. Hugh Rockoff, "*The Wizard of Oz* as a monetary allegory", *Journal of Political Economy* 98, Nº 4 (1990).
8. Friedman y Schwartz, *Monetary History*, p. 135.

12. El corralito dorado de la política

1. Citado por Milton Friedman, *Money mischief* (Nueva York: Harcourt Brace, 1992), p. 53.
2. Friedman y Schwartz, *Monetary history*, p. 463.
3. *Id.*, p. 485.
4. Galbraith, *Money*, p. 288.

13. Dinero fuera de control e impuestos bajo cuerda

1. James Grant, *Money of the mind: borrowing and lending in America* (Nueva York: Farrar, Straus & Giroux, 1992), p. 368.
2. Matt Moffett, "Peru seems set to stick with Fujimori", *Wall Street Journal*, 7 de abril, 1995.
3. Wells, *The Outline*, pp. 1147-50.
4. Marvin Harris, *America now: The anthropology of a changing culture* (Nueva York: Simon & Schuster, 1981), p. 61.
5. Harvey A. Levenstein, *Revolution at the table: the transformation of the american diet* (Oxford: Oxford University Press, 1988), p. 32.
6. William Greider, *Secrets of the temple: How the Federal Reserve runs the country* (Nueva York: Simon & Schuster, 1987), p. 99.

14. El ghetto del efectivo

1. Cita de Anatole France en *Quotations*, ed. Fran Alexander (Londres: Bloomsbury, 1994), p. 173.
2. Oscar Lewis, *Five families* (Nueva York: Basic Books, 1959) y *The children of Sanchez* (Nueva York: Random House, 1961).

15. Interludio en plástico

1. George Ritzer, *The Mcdonaldization of society* (Thousand Oaks, California: Pine Forge Press, 1993), p. 29.
2. Kenneth M. Morris y Alan M. Siegel, *Guide to understanding money and investing* (Nueva York: Lightbulb Press, 1993), p. 12.
3. Grant, *Money of the mind*, pp. 91-110.
4. *Id.*, p. 76.
5. *Id.*, p. 352.

6. Edward Bellamy, *Looking backward: 2000-1887* (1888; reed., Cambridge, Mass.: Harvard University Press, 1967), p. 147.
7. Carl H. Moore y Alvin E. Russell, *Money: its origin, development and modern use* (Jefferson, N.C.: McFarland, 1987), p. 74.
8. Joel Kurtzman, *The death of money* (Boston: Little, Brown, 1993), p. 83.

16. Vida erótica del dinero electrónico

1. "Automatic Clearing Houses", en la serie de referencia *Fedpoints* 31, Banco de la Reserva de Nueva York, marzo de 1993, p. 2.
2. Kelly Holland y Amy Cortese, "The future of money", *Business Week*, 12 de junio, 1995, pp. 66-78; y Nicholas Bray, "Future shop: no cash accepted", *Wall Street Journal*, 13 de julio, 1995.
3. I. Orlin Grabbe, "The end of money", *Liberty* 8, Nº 6 (julio, 1995).
4. "E-Cash", *Business Week*, 12 de junio, 1995, p. 67.
5. Cora Lee C. Gillilland, "The stone money of Yap: a numismatic survey", *Smithsonian Studies in History and Technology*, 23 (Washington, D.C.: Smithsonian Institution Press, 1975).

17. El arte de manejar las divisas

1. Suzanne McGee, "Why are currency futures languishing?", *Wall Street Journal*, 10 de abril, 1995.
2. Ted Fishman, "Our currency in cyberspace", *Harper's*, diciembre, 1995, p. 57.
3. Kurtzman, *Death of money*, p. 29.
4. La compra y venta simultánea de divisas en dos mercados financieros distintos para obtener una utilidad con la diferencia de precios, o la compra de un gran número de acciones de una corporación con la expectativa de hacer grandes utilidades en una fusión o cesión futuras. Según el *Diccionario de términos económicos* (Madrid, Acento Editorial, 1994), es una "operación combinada de compraventa de divisas en función de la importancia de los desfases que se observen en la cotización en efectivo y a plazo". (N. del T.)
5. Gregory J. Millman, *The vandal's crown: how rebel currency traders overthrew the world's central banks* (Nueva York: Free Press, 1995), pp. 157-88.
6. Citado en George Melloan, "Japanese bubble, mexican bubble: who's next?", *Wall Street Journal*, 19 de junio, 1995.
7. William Greider, *Secrets*, p. 688.
8. Michael Moffitt, *The world's money: International banking from Bretton Woods to the brinck of insolvency* (Nueva York: Simon & Schuster, 1983), p. 163.
9. Fischman, "Our currency", p. 61.
10. Voltaire, "Money", p. 13.

BIBLIOGRAFIA

Abu-Lughod, Janet L. *Before european hegemony: The world system 1250-1350 D.C.* Nueva York: Oxford University Press, 1989.

Adams, Charles. *For good and evil: The impact of taxes on civilization.* Lanham, Md.: Madison Books, 1993.

Angell, Norman. *The story of money.* Garden City, N.Y.: Garden City Publishing, 1929.

Barber, Malcolm. *The new knighthood: A history of the Order of the Temple.* Cambridge, Inglaterra: Cambridge University Press, 1994.

_____ *The trial of the templars.* Cambridge, Inglaterra: Cambridge University Press, 1978.

Barrett, Ward. *World bullion flows, 1450-1800.* En *The rise of merchant empires*, James D. Tracy, editor. Cambridge, Inglaterra: Cambridge University Press, 1990.

Baum, L. Frank. *The wonderful wizard of Oz.* 1990. Reimpresión, Nueva York: Dover Publications, 1960.

Bellamy, Edward. *Looking backward: 2000-1887.* 1888. Reimpresión, Cambridge, Mass.: Harvard University Press, 1967.

Benedict, Burton. *Money: Tokens of value from around the world.* Berkeley.: Lowie Museum of Anthropology, 1991.

Benedict, Ruth. "Configurations of culture in North America", *American Anthropologist*, 1934.

_____ *Patterns of culture.* Boston: Houghton Mifflin, 1934.

Berdan, Frances F. *The aztecs of Central Mexico: An imperial society.* Nueva York: Holt, Rinehart y Winston, 1982.

Beresiner, Yasha, y Colin Narbeth. *The story of paper money.* Nueva York: Arco, 1973.

Bernal, J.D. *Science in History.* Nueva York: Cameron Associates, 1954.

Bethell, Tom. "Inflation, confiscation, and gold." *American Spectator*, septiembre 1994.

Binswanger, Hans Christoph. *Money and magic: A critique of the modern economy in the light of Goethe's Faust*, traducido por J.E. Harrison. Chicago: University of Chicago Press, 1994.

Bohannan, Paul J. "The impact of money on an african subsistence economy". *Journal of Economic History* 19 (diciembre 1959).

Burnett, Andrew. *Coins: Interpreting the past.* Berkeley: University of California Press, 1991.

Cameron, Rondo. *A concise economic history of the world,* 2ª ed. Oxford: Oxford University Press, 1993.

Carlson, Katherine. "Reciprocity in the marketplace: Tipping in an urban nightclub". En *Conformity and Conflict,* 3ª ed., James Spradley y David McCurdy, editores. Boston: Little, Brown, 1977.

Champ, Bruce, Neil Wallace y Warren E. Weber. "Interest rates under the U.S. national banking system", *Journal of Monetary Economics* 34 (1994).

Chown, John F. *A History of money from AD 800.* Londres: Routledge, 1994.

Clarke, William M. *How the city of London works: An introduction to its financial markets,* 3ª ed. Londres: Waterlow, 1991.

Clendinnen, Inga. *Aztecs: An interpretation.* Cambridge, Inglaterra: Cambridge University Press, 1991.

Coblentz, Stanton A. *Avarice: A History.* Washington, D.C.: Public Affairs Press, 1965.

Cribb, Joe. *Money.* Londres: Dorling Kindersley, 1991.

Cribb, Joe, Barrie Cook e Ian Carradice. *The coin atlas.* Londres: Macdonald Illustrated, 1990.

Crow, John A. *The epic of Latin America,* 3ª ed. Berkeley: University of California Press, 1980.

Crump, Thomas. *The phenomenon of money.* Londres: Routledge y Kegan Paul, 1981.

Davies, Glyn. *A history of money: From ancient times to the present day.* Cardiff: University of Wales Press, 1994.

Deutschman, Alan. "Money wants to be anonymous". *Worth* 4, Nº 8 (octubre 1995).

Domínguez Ortiz, Antonio. *The golden age of Spain: 1516-1659,* traducido por James Casey. Nueva York: Basic Books, 1971.

Doyle, Kenneth, ed. *The meanings of money.* Newbury Park, Calif.: Sage, 1992.

Dunne, Gerald T. *Monetary decisions of the Supreme Court.* New Brunswick, N.J.: Rutgers University Press, 1960.

Dye, Robert Ellis. "The Easter Cantata and the idea of mediation in Goethe's Faust." *Publications of the Modern Language Association of America* 92, Nº 5 (1977).

Einzig, Paul. *Primitive money,* 2ª ed. Londres: Pergamon Press, 1966.

——— *The history of foreign exchange,* 2ª ed. Nueva York: Macmillan, 1970.

Elliot, John Huxtable. *Imperial Spain 1469-1716.* Nueva York: St. Martin's, 1964.

Evans-Pritchard, E.E. *The nuer.* Oxford: Oxford University Press, 1940.

Ferraro, Gary P. *The cultural dimension of international business,* 2ª ed. Englewood Cliffs, N.J.: Prentice-Hall, 1994.

Firth, Raymond, ed. *Themes in economic anthropology*. Londres: Travistock, 1967.

Fishman, Ted. "Our currency in cyberspace". *Harper's,* diciembre 1994.

Frängsmyr, Tore, J.L. Heilbron y Robin E. Rider, eds. *The quantifying spirit in the 18th Century*. Berkeley: University of California Press, 1990.

Frank, Andre Gunder y Barry K. Gills, eds. *The world system: Five hundred years or five thousand?* Nueva York: Routledge, 1993.

Frank, Tenney. *An economic history of Rome*. Nueva York: Cooper Square Press, 1920.

Friedman, Milton. *Money mischief*. Nueva York: Harcourt Brace, 1992.

Friedman, Milton y Anna Jacobson Schwartz. *A monetary history of the United States: 1867-1960*. Princeton, N.J.: Princeton University Press, 1963.

Galbraith, John Kenneth. *Money: Whence it came, where it went*. Boston: Houghton Mifflin, 1975.

Garraty, John, y Peter Gay. *The Columbia history of the world*. Nueva York: Harper y Row, 1972.

Gillilland, Cora Lee C. *The stone money of Yap: A numismatic survey*. Smithsonian Studies in History and Technology, Nº 23. Smithsonian Institution Press, 1975.

Gonen, Amiram, ed. *The encyclopedia of the peoples of the world*. Nueva York: Henry Holt, 1993.

Goux, Jean-Joseph. "Primitive money, modern money". En *Understanding origins,* Francisco J. Varela y Jean-Pierre Dupuy, editores. Dordrecht, Holanda: Kluwer, 1992.

Grabbe, J. Orlin. The end of money. *Liberty* 8, Nº 6 (julio 1995).

Gragg, F.A., ed. *Latin writings of the italian humanists*. Nueva York: Scribner's, 1927.

Grant, James. *Money of the mind: Borrowing and lending in America*. Nueva York: Farrar, Straus & Giroux, 1992.

Greider, William. *Secrets of the temple: How the Federal Reserve runs the country*. Nueva York: Simon & Schuster, 1987.

Gudeman, Stephen. *The demise of a rural economy: From subsistence to capitalism in a latin american village*. Londres: Routledge y Kegan Paul, 1978.

_____ *Economics as culture*. Londres: Routledge y Kegan Paul, 1986.

Hallock, William y Herbert T. Wade. *The evolution of weights and Measures*. Nueva York: Macmillan, 1906.

Hamilton, Earl J. *American treasure and the price revolution in Spain, 1501-1650*. Nueva York: Octagon, 1965.

Harris, Marvin. *America now: The anthropology of a changing culture*. Nueva York: Simon & Schuster, 1981.

Hart, Keith. "Heads or tails"? *Man* 21 (diciembre 1986).

Hassig, Ross. *Trade, tribute, and transportation: The sixteenth-century political economy of the valley of Mexico*. Norman: University of Oklahoma Press, 1985.

Herodoto. *The Histories,* traducido por Aubrey de Selincourt. Londres: Penguin, 1954.

Herskovits, Melville J. *Economic anthropology: The economic life of primitive people.* Nueva York: Norton, 1952.

Hewitt, Virginia. *Beauty and the banknote: Images of women on paper money.* Londres: British Museum Press, 1994.

Hibbert, Christopher. *The house of Medici.* Nueva York: Morrow, 1980.

Hicks, John. *A theory of economic history.* Oxford: Oxford University Press, 1969.

Hocart, A.M. *The life-giving myth.* Londres: Methuen, 1952.

Hodge, Mary G. y Michael E. Smith, eds. *Economies and policies in the aztec realm.* Volumen 6 de *Studies on culture and society.* Albany, N.Y.: Institute for Mesoamerican Studies, State University of New York at Albany, 1994.

Hughes, Robert. *The fatal shore: The epic of Australia's founding.* Nueva York: Random House, 1986.

Ihara, Saikaku. *The japanese family storehouse or the millionaire's gospel modernized,* traducido por G.W. Sargent. Cambridge, Inglaterra: Cambridge University Press, 1959.

Jackson, Kevin, ed. *The Oxford book of money.* Oxford: Oxford University Press, 1995.

Jennings, Francis. *The founders of America.* Nueva York: Norton, 1993.

Jones, Arnold Hugh Marlin. *The roman economy.* Totowa, N.J.: Rowman and Littlefield, 1974.

Junge, Ewald. *The seaby coin encyclopaedia.* Londres: Seaby, 1992.

Kadletz, Edward M. Preface - "A banker's call to action". *Strategies, American Bankers Association* 3 (Invierno 1995).

Kennedy, Paul. *The rise and fall of the great powers: Economic change and military conflict from 1500 to 2000.* Nueva York: Random House, 1987.

Kitto, H.D.F. *The greeks.* Harmondsworth, Middlesex: Penguin, 1957.

Koran, Jan, ed. *Sborník pro Dejiny Prírodních ved a Techniky Acta Historiae Rerum Naturalium nec non Technicarum: 450 let Jáchymovskych dolu.* Praga: Ceskolovenská Akademie Ved, 1967.

Kurtzman, Joel. *The death of money.* Boston: Little, Brown, 1993.

Lapham, Lewis. *Money and class in America: Notes and observation on our civil religion.* Nueva York: Weidenfeld and Nicolson, 1988.

LeClair, Edward E., Jr., y Harold K. Schneider, eds. *Economic anthropology: Readings in theory and analysis.* Nueva York: Holt, Rinehart and Winston, 1968.

Levenstein, Harvey A. *Revolution at the table: The transformation of the American diet.* Oxford: Oxford University Press, 1988.

Levy, Steven. "The end of money?" *Newsweek,* 30 de octubre, 1995.

Lewis, Oscar. *Five families.* Nueva York: Basic Books, 1959.

_____ *The children of Sanchez.* Nueva York: Random House, 1961.

Lottman, Herbert R. *The french Rothschilds: The great banking dynasty through two turbulent centuries.* Nueva York: Crown, 1995.

Lytton, Bulwer Edward. "On the Management of Money". En *Caxtoniana: A series of essays on life, literature, and manners.* Nueva York: Harper and Brothers, 1864.

Marx, Karl y Friedrich Engels. *The communist manifesto,* traducido por David McLellan. Oxford: Oxford University Press, 1992.

Mauss, Marcel. *The gift: Forms and functions of change in archaic society,* traducido por Ian Cunniso. Nueva York: Free Press, 1954.

McCurdy, David. "Savings on loans in a peasant society". En *Conformity and conflict,* 4º ed., James Spradley y David McCurdy, editores. Boston: Little, Brown, 1980.

Millman, Gregory J. *The vandal's crown: How rebel currency traders overthrew the world's central banks.* Nueva York: Free Press, 1995.

Mirandola, Pico de la. *The dignity of man. The portable Renaissance reader,* James Bruce Ross y Mary Martin McLaughlin, editores. Nueva York: Viking Press, 1953.

Moffitt, Michael. *The world's money: International banking from Bretton Woods to the brink of insolvency.* Nueva York: Simon & Schuster, 1983.

Moore, Alexander. *Cultural anthropology: The field study of human beings.* San Diego: Collegiate Press, 1992.

Moore, Carl H. y Alvin E. Russell. *Money: its origin, development and modern use.* Jefferson, N.C.: McFarland, 1987.

Morris, Kenneth M. y Alan M. Siegel. *Guide to understanding money and investing.* Nueva York: Lightbulb Press, 1993.

Neal, Larry. "The dutch and english east indian companies compared". En *The rise of merchant empires,* James D. Tracy, editor. Cambridge, Inglaterra: Cambridge University Press, 1990.

Norris, Floyd. "After eleven years, it's payday." *New York Times,* 1º de julio, 1995.

Nussbaum, Arthur. *A history of the dollar.* Nueva York: Columbia University Press, 1957.

O'Hanlon, Michael. *Paradise: Portraying the New Guinea highlands.* Londres: British Museum Press, 1993.

Ohnuki-Tierney, Emiko. *Rice as self: Japanese identities through time.* Princeton, N.J.: Princeton University Press, 1993.

Ortiz, Sutti, ed. *Economic anthropology: Topics and theories.* Lanham, Md.: University Press of America, 1983.

Pareto, Vilfredo. *The rise and fall of elites.* Totowa, N.J.: Bedminster Press, 1968.

Philips, Carla Rahn. "The growth and composition of trade in the iberian empires, 1450-1750". En *The rise of merchant empires,* James D. Tracy, editor. Cambridge, Inglaterra: Cambridge University Press, 1990.

Polanyi, Karl. *The great transformation: The political and economic origins of our time.* Boston: Beacon Press, 1944.

_____ *Primitive, archaic and modern economies.* Boston: Beacon Press, 1968.

Polanyi, Karl, Conrad Arensberg y Harry W. Pearson, eds. *Trade and market in the early empires: Economies in history and theory.* Nueva York: Free Press, 1967.

Pospisil, Leopold. *The kapauku papuans of West New Guinea.* Nueva York: Holt, Rinehart and Winston, 1963.

Radford, A.R. "The economic organization of a P.O.W". camp. *Economica,* noviembre 1945.

Richards, Gertrude R.B. *Florentine merchants in the age of the Medici.* Cambridge, Mass.: Harvard University Press, 1932.

Richards, John, ed. *Precious metals in later medieval and early modern worlds.* Durham, N.C.: Duke University Press, 1983.

Ritzer, George. *The mcDonaldization of society.* Thousand Oaks, Calif.: Pine Forge Press, 1993.

Rockoff, Hugh. "The wizard of Oz as a monetary allegory". *Journal of Political Economy* 98, Nº 4 (1990).

Rolnick, Arthur J., y Warren Weber. "New evidence on the free banking era". *American Economic Review,* diciembre, 1983.

_____ "The causes of free bank failures". *Journal of Monetary Economics* 14 (1984).

_____ "Explaining the demand for free notes". *Journal of Monetary Economics* 21 (1988).

Roover, Raymond de. *The rise and decline of the Medici bank: 1397-1494.* Cambridge, Mass.: Harvard University Press, 1963.

Ross, James Bruce y Mary Martin McLaughlin, eds. *Renaissance reader.* Nueva York: Viking, 1953.

Sahlins, Marshall. *Stone age economics.* Chicago: Aldine, 1972.

Schama, Simon. *The embarrassment of riches: An interpretation of dutch culture in the golden age.* Nueva York: Knopf, 1987.

Shelton, Judy. *Money meltdown: Restoring order to the global currency system.* Nueva York: Free Press, 1994.

Simmel, Georg. *The philosophy of money,* traducido por Tom Bottomore y David Frisby. Londres: Routledge y Kegan Paul, 1978.

Smith, Adam. *An inquiry into the nature and causes of the wealth of nations.* 1776. Reimpresión, Oxford: Oxford University Press, 1993.

Smith, Adam (George Goodman). *Paper money.* Nueva York: Summit Books, 1981.

Smith, Carol A. "Regional analysis in world-system perspective". En *Economic anthropology,* S. Ortiz, editor. Lanham, Md.: University Press of America, 1983.

Spengler, Oswald. *The decline of the West,* traducido por Charles F. Atkinson. Oxford: Oxford University Press, 1991.

Stack, Carol. *All our kin.* Nueva York: Harper and Row, 1974.

Strauss, Leo. *Xenophon's socratic discourse: An interpretation of the Oeconomicus*. Ithaca, N.Y.: Cornell University Press, 1970.

Swartz, Marc J. y David K. Jordan. *Anthropology: Perspective on humanity*. Nueva York: Wiley, 1976.

Tainter, Joseph. *The collapse of complex societies*. Cambridge, Inglaterra: Cambridge University Press, 1990.

Taton, René, ed. *The beginnings of modern science*, traducido por A.J. Pomerans. Nueva York: Basic Books, 1964.

Tocqueville, Alexis de. *Democracy in America*. 1835. Reimpresión, Nueva York: Vintage Books, 1945.

Tracy, James D., ed. *The rise of merchant empires*. Cambridge, Inglaterra: Cambridge University Press, 1990.

Trilling, Lionel. *The liberal imagination*. Nueva York: Viking, 1950.

Tweddell, Colin E., y Linda A. Kimball. *Introduction to the peoples and cultures of Asia*. Englewood Cliffs, N.J.: Prentice-Hall, 1985.

Voltaire. "Money". En *Philosophical dictionary*, volumen 12 de *The works of Voltaire*, traducido por William F. Fleming. París: DuMont, 1901.

Waateringe, W. Groenman van. "The disastrous effects of the roman occupation". En *Roman and native in the low countries*, Roel Brandt y Jan Slofstra, editores. *British Archaeological Reports International Series 184*.

Wallerstein, Immanuel. *The modern world-system: Capitalist agriculture and the origins of the european world-economy in the sixteenth century*. Nueva York: Academic Press, 1974.

Weber, Max. *The protestant ethic and the spirit of capitalism*, traducido por Talcott Parsons. Londres: Unwin University Books, 1930.

_____ *The theory of social and economic organization*, traducido por A.M. Henderson y Talcott Parsons. Nueva York: Free Press, 1947.

Wells, H.G. *Outline of history*, edición revisada. Garden City, N.J.: Garden City Publishing, 1931.

_____ *The work, wealth and happiness of mankind*. 1931. Reimpresión (2 volúmenes), Nueva York: Greenwood, 1938.

White, Jenny. *Money makes us relatives: Women's labor in urban Turkey*. Austin: University of Texas Press, 1994.

White, Lawrence H. *Competition and currency: Essays of free banking and money*. Nueva York: New York University Press, 1989.

White, Peter T. "The power of money". *National Geographic*, enero 1993.

Wittfogel, Karl A. *Oriental despotism: A comparative study of total power*. Nueva York: Random House, 1957.

Wolf, Eric R. *Europe and the people without history*. Berkeley: University of California Press, 1982.

Yang, Lien-chêng. *Money and credit in China.* Cambridge, Mass.: Harvard University Press, 1952.

Zelizer, Viviana A. *The social meaning of money.* Nueva York: Basic Books, 1994.

INDICE TEMATICO

ábaco, eliminación del, 125
Acnur, 23
acuñación de moneda, 57, 62, 65, 75, 97, 160-161, 243
Africa, 19, 21
 divisas en, 50
 eje cultural en, 29-32
 hiperinflación en, 272
 los mercados en, 19, 21-23
 mercado de esclavos en, 46, 154
ágora, 59, 66,
Al- Khwarizmi, Muhamad ibn-Musa, 128
Alaska, minas de oro en, 240
Alejandro Magno, 62, 73-74,
Alemania:
 Bundesbank, 226
 hiperinflación en, 268-271
álgebra, origen del término, 128
algoritmo, origen del término, 128
American Express, 276, 303, 305-306, 311
América:
 guerras contra los nativos de, 222
 minas de, 138-145, 240
 riqueza de, 138-145
América Latina:
 dinero electrónico en, 320
 hiperinflación en, 260-266, 272-273
 ver también por países
Anábasis (Jenofonte), 69
Aristóteles, 68, 71-72, 74
Asia:
 comercio europeo con, 89, 143, 154, 351
 dinero electrónico en, 313
 dólares comerciales y, 169
 flujo de dinero al, 89, 305
Augusto, emperador, 83, 85
aztecas, *ver* civilizaciones

bancos:
 letras de cambio en los, 111-115
 e intermediarios, 153
 y la economía del efectivo, 261-266
 centrales, 226, 346-347, 351
 y comercio, 114-115
 y comunicaciones, 316, 319, 338, 340
 electrónica, 311, 315-316, 318-319
 y la FDIC, 300-301
 internacional, 114-115, 121-124,
 en Internet, 324, 325
 familias italianas de banqueros, 108-109, 114, 117, 121-125, 130
 y préstamos, 297-298
 préstamos vs. contratos en los, 110-111
 y matemáticas, 126-129
 y cajeros automáticos, 314
 el sistema templario, 102-108
 en Estados Unidos, 230, 231
banco, origen del término, 15, 110
Banco Mundial, 16, 224
BankAmericard, *ver* Visa

Barclaycard, 303
Bauer, Georg, 161
Baum, L. Frank (*El mago de Oz*), 228, 238-239
Behn, Aphra (*The rover*), 32
Benedict, Ruth, 29
Bernal, J.D., 126, 206
bienes raíces, valor de los, 273-274
Bodino, Juan, 146
Bohannan, Paul J., 15
Bolsa de Filadelfia, 337
Bolsa de Nueva York, 23, 24, 27, 228
bolsa de valores, 25, 336
Bolsa Mercantil de Chicago, 336-338
Bolivia:
- inflación en, 259-265, 272
- minas en, 135-137, 139

Brasil, 272
- colonia portuguesa en, 144-145

Bretton Woods, conferencia de, 248, 346
Bryan, William Jennings, 237-238
buck, origen del término, 47

cajeros automáticos, 314
cálculo, y números, 66-67, 127-129
California, oro en, 221
calpixque (recolectores de tributos), 41
cambistas de dinero, 111, 117, 120-121, 265, 284
Canadá, divisa de, 168
capital:
- movimiento masivo de, 345
- origen del término, 45

capitalismo:
- el dinero como base del, 333, 334
- en Nueva York, 228
- raíces del, 45
- en Rusia, abolición del, 224
- y riqueza, 219, 220

Carlyle, Thomas, 208
Ceausescu, Nicolae, 46
chattel, origen del término, 45
Checoslovaquia, minas en, 158, 160-161
cheques:
- cambio de, 283, 291
- depósito directo de, 311-312
- eliminación de los, 313-315
- introducción de los, 116
- "liquidación de", 284-285
- viajeros, 276

China, 44, 50, 57, 175-179
- moneda de, 168, 175-179
- y el patrón basado en la plata, 217

Chirac, Jacques, 345
chocolate, *ver* dinero-mercancía
Chuquet, Nicolás (*Triparty en la science des nombres*), 127
ciberdinero, 322-326
ciberespacio, 16, 332, 338
- *ver también* dinero electrónico

Ciro de Persia, 60- 61
civilizaciones antiguas, 33, 66, 72
- asiria y babilonia, 44
- azteca, 31, 37-43,
- del Mediterráneo, 17, 61, 74,
- egipcia, 30, 50, 51, 57, 62, 74,
- fenicia, 73,
- griega, *ver* Grecia
- hitita, 45, 56
- inca, 48, 52,
- maya, 51,
- mesopotámica, 52, 57
- patrones comunes a las, 72
- persa, 60-62, 73
- romana, *ver* Roma

Clemente V, 105, 107, 108
Colorado, depósitos de oro en, 240
comercio:
- internacional, 153, 351
- en la antigua Grecia, 61, 74
- banca y, 114-115
- en China, 175-179
- y monedas, 58-59, 62, 153
- creación del, 73
- electrónico, 322-326
- el griego como lengua del, 74
- y Revolución Industrial, 351
- en Lidia, 58, 75

y clase media, 153
dinero como lengua del, 32
y papel moneda, 177-179
y poder, 80, 350
rutas para el, 73, 351
y pesos y medidas estándar, 201, 202, 207
minorista, 58, 280, 282, 295
y riqueza, 57-61
y exposiciones universales, 202
de cocaína, 278, 282
desequilibrios en el, 89, 147, 152
de los Médici, 123-124
y dólares del Pacífico, 169-170
y aranceles, 248
comunicaciones:
y banca, 316, 338, 340
electricidad y, 316
configuración cultural, 29, 30,
Congo, 50,
Constantino, 93-95
Constantinopla, 94, 95, 97
contabilidad, 67
de doble entrada, 116, 127
costos y beneficios, surgimiento del sistema de, 132
Creso de Lidia, 56-61
cristianismo:
origen del, 86-87
expansión del, 74-75
y persecución, 77, 94
Cruzadas, 98, 101
cuantificación, y dinero, 204
cuasidinero, 304, 329
millas aéreas, 307-309
mercancías como, 40-49
y deuda del consumidor, 304, 308
tarjetas de crédito y, 304
cupones de alimentos, 268, 286, 306-307, 314
cupones de descuento, 308
y los pobres, 306
Curie, Marie, 157

democracia, 65,
Descartes, René (*El discurso del método*), 129
deuda, 65
cancelación de la, 65
del consumidor, 266, 299-300, 304, 308
y tarjetas de crédito, 304, 308
de la segunda posguerra, 298, 299
y guerra, 248, 249,
diamantes, 145
dinero:
abandono del uso de, 96
y pensamiento abstracto, 67, 129, 204
y valores abstractos, 63
era del, 227, 314, 355
en el arte y la literatura, 130-133, 203, 204, 350
nacimiento del, 53, 57-58, 73, 75
capitalismo basado en el, 227, 353
chocolate como, 40-43, 46
monedas como, *ver* monedas
y comercio, 62, 286
mercancías como, *ver* dinero-mercancía
control del, 225-227, 319, 322, 327, 329, 351-354
creación de, 113-114, 267, 304, 308
y tarjetas de crédito, 304, 306, 308
como eje cultural, 63, 129, 333, 354
ciber-, 324, 325
decimalización del, 195-205
electrónico, *ver* dinero electrónico,
eliminación del, 268
como energía, 333
corpus flotante de, 345
global, 333
y conocimiento, 129
y mercados comerciales, 63, 295
metales como; *ver* metales
como metáfora, 73
nacionalización del, 227
y cuasidinero, *ver* cuasidinero
y política, 64-66, 73-74, 80, 226-227
y poder, 64-66, 122, 124, 226-227, 327, 351, 353

primitivo, 47-49, 52, 327-332, 353
y cuantificación, 203-204, 316, 350
revoluciones del, 52, 75, 327-328, 332, 353, 355
funciones del, 27, 32, 47, 49, 52, 55, 81, 353
y sexo, 310
con fines específicos, 328
de piedra, 194, 330-332
como tributo, 64
y valor, 27, 47-49, 63-64, 146
y economía mundial, 27
dinero en efectivo:
y crimen, 277-278, 290-291, 321
decadencia del, 278
economía basada en, 261-291
de cajeros automáticos, 315, 316
en un sistema monetario multinivel, 306-307
y pobreza, 277-281, 285-291
en los *malls*, 295
transferencias de, 289, 317
y máquinas expendedoras, 316
ver también monedas; papel moneda
dinero electrónico:
y competencia, 319-320, 322, 327-328, 353
confianza en el, 313, 321
y deuda del consumidor, 304
control del, 319, 327, 329
y criminalidad, 321, 326
divisas en, 327, 328
y comercio de divisas, 335-341
y declive del efectivo, 297
y encriptación, 324
comisiones por transacciones de, 319, 326
y mentalidad de rebaño, 344, 345
formas de, 296
sistema global del, 333
e hiperinflación, 260-273
e instituciones intermediarias, 319, 327
e Internet, 322-325
y decisiones de mercado, 346-347
y fuerzas del mercado, 328, 346-347
de cajeros automáticos, 314, 315
y sistemas monetarios multinivel, 306-307
y el NASDAQ, 314, 315
como cuasidinero, 304
y dinero plástico, 283-308
funciones del, 317, 318, 320, 325, 329, 354
en los *malls*, 296
chips inteligentes en el, 317-318
y el SWIFT, 314
sistemas de, 354
transferencias de, 289, 312
dinero-mercancía, 42-49
falsificación del, 42
chocolate (semillas cacao), 40-43, 45-47, 194
conchas, dientes, piedras, 15, 47, 48, 49, 194, 329, 331-332, 350
esclavos, 45,
ganado, 45,
granos, 44, 50,
pescado seco, 43-44,
pieles, 47, 51,
sal, 44, 194
tabaco, 46-47,
dinero plástico, 282-308, 350
y deuda del consumidor, 304, 308
en un sistema monetario de varios niveles, 306-307
en los *malls* 296-297
ver también tarjetas de crédito, tarjetas de cajero, tarjetas de prepago
dinero virtual, 324, 325
Diners Club, tarjeta, 302-303, 305-306
Diocleciano, emperador, 87, 91-94
distribución, sistemas de:
en el imperio azteca, 43
en Grecia, 63
divisa(s):
alternativas, 264
confianza en la, 113, 340
devaluación de la, 84-85, 96, 104, 261-263

decimalización de la, 195-198
como dinero electrónico, 325, 328-329, 332, 335-341
cambio de, 111-114, 276, 284
y mercados de futuros, 338
e hiperinflación, 263-264
mercado internacional de, 334-336, 340-343
movimiento rápido de, 334, 340
especulación en, 340-341, 345, 346
estándares de las, 115-116
corredores de, 334-337, 341, 343, 345, 347, 348
ver también monedas; papel moneda; *naciones específicas*
dólar, 15, 157-171, 226, 243, 251, 330
y narcotráfico, 263, 278
como divisa de curso forzoso, 243, 251
origen del término, 162-164
comercial, 169-170
valor del, 167, 274
divisas mundiales vinculadas al, 170
fabricación del, 172-174
mexicano, 167-169
Durero, Alberto, 138

Economía (Jenofonte), 69-70
economía:
de pura liquidez, 261, 281-286, 289
informal, 285-286
y narcotráfico, 263, 264, 277-278, 282
y gobierno, 224-225, 252
hiperinflación en la, 261-271
del dinero, 68, 96
de la pobreza, 281-291
socialista, 224, 225
mundial, 27, 28, 289,
Edad Media, 96-98
educación:
declive en la, 97
de judíos y musulmanes, 147
y Renacimiento, 125, 129
El Dorado, 51, 138
El mago de Oz (Baum), 228, 238-239
empréstitos: 109-111, 298
vs. contratos, 111
respaldados por el gobierno, 270, 298-301
Enrique II, rey de Inglaterra, 101
esclavos:
de Africa, 46, 153
en las minas de Brasil, 144
como unidad monetaria, 45
y segregación racial, 236
España, 74
y las Américas, 137-147
divisa de, 197
inflación en, 145, 149
decorados en oro en, 150-151
dólar de pilares en, 165
plata drenada desde, 154
Siglo de Oro en, 151
Estados Unidos:
bancos en, 230-232, 236, 239
y la guerra de Secesión, 232-235
monedas de, 165-168
divisa decimal en, 196-197
dólar en, 165-170
la Reserva Federal, 173, 213, 241-243, 251, 276, 297, 311, 312, 314-315, 348
abandono del patrón oro por, 244, 250
poder del gobierno en, 225
inflación en, 234, 263, 274
deterioro de las avenidas comerciales en, 279-281, 283, 289
y sistema métrico, 203
acuñación de moneda en, 167
dinero y comercio en, 228-240
sistema monetario de múltiples niveles en, 232
divisa nacional de, 166, 231-232
papel moneda en, 185, 188-190, 229-240
Partido Populista de, 235-240
pobreza en, 235, 281-286
ver también Nueva York
Europa:
comercio con Asia, 89, 143, 154

colonialismo de, 220-222
dinero electrónico en, 312, 313
hiperinflación en, 269-272
riqueza en, 147, 219
y Primera Guerra Mundial, 223, 224
ver también naciones específicas
Evans-Pritchard, E. E., 29
exposiciones universales, y comercio, 201, 202, 207

Fausto (Goethe), 190-193
FDIC (Federal Department Insurance Corporation), 300-301
Felipe II, rey de España, 148
Felipe IV, rey de Francia, 104-108
feudalismo, 45, 96-98
Filipinas, 44
Filipo de Macedonia, 62, 73
Filosofía del dinero (Simmel), 67
Florencia:
familias banqueras de, 109, 114, 116-125
divisa de, 115
historia de, 119-121
y el Renacimiento, 119-134
Fondo Monetario Internacional, 16, 224
Ford, Henry, 220, 333
Fort Knox, depósito de lingotes de, 213, 241-243, 247
Francia:
Banque Royale, 182-183
colonialismo de, 221
divisa de, 197-198
poder financiero en, 108
papel moneda de, 182-184
revolución en, 197-200
pesos y medidas en, 199-200
Franklin, Benjamín, 69, 184-188, 192, 253, 310

Galbraith, John Kenneth, 149, 184, 217
gobierno(s):
emisión de bonos por el, 188-189, 232, 346
y bancos centrales, 225-226, 348
confianza en el, 232, 233, 243, 251, 254
y la economía, 224-225, 252, 348
y dinero electrónico, 322
y tipos de cambio, 346
divisa autorizada por los, 346
mayor poder de los, 223, 252
e inflación, 252, 267, 270, 275-276
y tasas de interés, 346
empréstitos respaldados por los, 270
políticas monetarias de los, 226, 348
papel moneda controlado por los, 231-235, 253, 254
seigniorage del, 244, 326
tributación impuesta por, 275-278. *Ver también* impuestos
facultades de guerra de los, 225, 268
ver también política
Goethe, Johann Wolfgang von, 69, 190-194
Gran Depresión, 244, 252, 271, 298
Grecia:
antigua, 54-56, 62, 64-65, 68-73
comercio en, 61, 74
economía surgida en, 68-75, 79
dinero adoptado por, 61
dinero desconocido en, 54
filósofos de, *ver* Aristóteles, Jenofonte, Platón, Sócrates
guerras de, 60
Esparta, 65
Atenas, 62, 65-66, 70,
guerra(s):
de la antigua Grecia, 60
endeudamiento para financiar, 249, 250, 252
de independencia colonial, 222
e inflación, 234, 249
y papel moneda, 188-190, 223, 232-235
europeas entre los siglos XVI y XIX, 142
e impuestos, 223
de Vietnam, 248-250, 252

Primera Guerra Mundial, 223, 224, 247, 268
Segunda Guerra Mundial, 210, 252, 297
de los Cien Años, 116
Guillermo II, rey de Inglaterra, 214

habilidades contables, y mercado, 66, 67
Hamilton, Alexander, 196
Herodoto, 56, 59,
hiperinflación, *ver* inflación
Homero, 54-55, 69-70, 74,
Horacio, 135
humanismo, 130, 131

idiomas,
italiano vs. latín, 132
griego como lengua comercial, 74
Ihara, Saikaku, 33, 99, 259
Ilustración, 204-205, 208
impuesto (s):
del ciberespacio, 326
encubierto (inflación), 259-278
y pobreza, 87-88, 90, 92, 277
en Roma, 85, 86, 91, 92, 95,
en la España colonial, 140, 141
y guerras, 223
India, 52,
Indonesia, 29
industria, y ciencia, 206-208
industria de telecomunicaciones, 207, 316
Inglaterra:
Banco de Inglaterra, 182, 211, 214-218, 223, 225-226, 339
la City y la Corona, 211-214
tarjetas de crédito en, 303, 318
divisa de, 197, 218
el imperio británico, 209, 217, 221
gobierno y economía en, 218-223, 225-226
Lloyd's de Londres, 211
monarquía británica, 123
ver también Londres
inflación:
y tarjetas de crédito, 304
y declive del efectivo, 261, 266
en un sistema de viajero frecuente, 307-309
como impuesto encubierto, 259-278
e hiperinflación, 260-266, 269-273
y respaldo de la divisa en metales, 267
y bienes raíces, 273, 274
congelamiento de precios y salarios e, 249
y guerra, 234, 249
y riqueza, 145-147, 277
y divisas mundiales, 276
interés, y usura, 110-112, 117, 148, 298
Internet, 322-326
investigación científica, 205-208
instrumentos de la, 205-206
Irving, Washington, 183
Israel, 74
Italia, 17
familias banqueras de, 109-130
divisa de, 198

Japón, 33, 44
divisa de. *Ver* yen
Jefferson, Thomas, 157, 165, 196, 199, 253
Jenofonte, 69-70
Johnson, Lyndon, 248-249, 252
judíos:
expulsión de los, 104, 146
como prestamistas, 110
Julio César, emperador, 80, 90
Juno Regina, 78

Lapham, Lewis, 54
Law, John, 181-183, 192
Las leyes (Platón), 71
letras de cambio, 111-115
Liberia, 50,
Lidia (Anatolia), reino de, 56-61, 75
dinero surgido en, 17, 57-58, 73, 75
conquista persa de, 60-61

mercados minoristas de, 58
Liga Hanseática, 44
Lincoln, Abraham, 253
Londres, 209-218
la City de, 210-218, 340
influjo financiero de, 213
ver también Inglaterra

Mali, 19, 23, 26, 28
Mall de América, 292-296, 323
máquinas expendedoras, 314, 316, 317
Marx, Karl, 208, 310, 352
MasterCard, 303, 306, 328
matemáticas,
y banca, 126-129
y ferias y mercados, 66-67
y cuantificación, 203, 204
y el Renacimiento, 125-129
e investigación, 204
Mauss, Marcel, 355
Médici,
familia, 117, 118, 120-124, 130
banca, 116, 123, 124
mercado(s):
en Africa, 21-23
sin fronteras, 336
de la cocaína, 278, 282
y habilidades contables, 66-67, 203
de divisas, 334-345
decisiones de, 342-347
y dinero electrónico, 328, 346-347
global, 25-27
del oro, 243-244
gris y negro (ilegal), 286
e hiperinflación, 262-263
en Internet, 322-325
sistema mercantil de los, 59
y política, 40, 79-80, 346
puros, 334-345
minoristas, 58, 281-282, 295
eliminación en Rusia del, 224
de servicios, 59, 285
de esclavos, 154
bursátil, 27-28, 34, 314, 324, 338-339, 345-346
en sistemas tributarios, 40
mujeres en el, *ver* mujeres
Mercado Común Europeo, 23,
mercancía (s):
falsificación de, 42
como cuasidinero, 42-49
valor de las, 40
trabajo como, 63
metales, 49-50
bronce, 50
cobre, 50-51
electro, 57-58
hierro, 50-51
oro, *ver* oro
plata, *ver* plata
México:
aztecas. *Ver* civilizaciones
y California, 221
monedas acuñadas en, 153
divisa de, 167-169
minas en, 138
y patrón basado en la plata, 217
Michelet, Jules (*La Renaissance*), 131
militares:
de Roma, 82, 83
gastos en las fuerzas, 60, 83, 86, 222, 231
millas aéreas, como cuasidinero, 307-309
Milton, John, 209
minas:
de las Américas, 138-145
y Revolución Industrial, 206
ver también metales
Molay, Jacques de, 105, 107
Mondex, tarjetas de cajero, 318
monedas:
origen del término, 78
comercio y, 58, 153-154
y el ciudadano común, 152, 287
primeras, 57
inconvenientes de las, 112
de Lidia, 57
de metal; *ver* metales
y dinero disponible, 337

prohibidas en China, 177
y papel moneda, 175-180, 329
como dinero laminado, 181
imágenes de políticos en las, 168, 253
calidad de las, 97
romanas, 84, 85, 89, 353
estandarización de las, 158
monedas diversas:
ducado, 15, 115
guinea, 15, 197
taler, 160-162
taler María Teresa, 162-163
marco alemán, 15, 226, 251, 269-271, 275
denario, 84-85, 353
florín, 115
áureo, 84
libra esterlina, 226, 251, 272
corona, 268
besante, 288
zecchino, 115, 288
Montaigne, Michel de, 69, 132
mujeres:
elección del esposo por las, 59
en los mercados, 19, 21-23, 260
papeles de las, 69, 70
musulmanes, expulsión de los, 146
Myanmar, 44, 50, 278

Naciones Unidas, 16, 224
narcotráfico, 277, 278
NASDAQ, 314-315
Nash, Ogden, 119
Nerón, emperador, 77, 82, 85, 104
Newton, Isaac (*Principia Mathematica*), 129
Nueva York, 20, 26, 28, 228-229
oro almacenado en, 242
como centro financiero mundial, 228-229, 340, 342
bolsa, *ver* Bolsa de Nueva York
Nixon, Richard, 243, 248-250, 252, 353
Nobel, Alfred, 220
números:
y mercados, 66, 67
y dinero, 128-129
y el Renacimiento, 125-129
e investigación, 195-208
los ceros, 127
ver también cálculo

oro, 50-52
de las Américas, 141-145, 152
y el bimetalismo, 237-240
monedas de, 84, 115, 121, 329
como ornamento, 50, 51, 150-151, 287-288
disciplina del, 220
drenaje del, 89
nacionalización del, 243, 245-246
necesidad de, 220
como elemento funerario, 51, 60
papel moneda respaldado por el, 213, 216-220, 223
cualidades del, 50, 241-242
reservas de, 241-243, 246-247
procedencia del, 138-140
provisión de, 244
valor del, 143, 251
como divisa mundial, 217, 223

Pacioli, Luca (*Summa de aritmetica*), 127
papel moneda, 172-194, 314, 329
respaldado por metales preciosos, 95 *ver* oro; plata
billetes de banco, 181, 215-216, 261
letras de cambio, 111-115
y monedas, 329
creación de, 232
Benjamín Franklin y el, 184-185, 188
y bonos del gobierno, 189, 232
control gubernamental del, 223, 224, 231-240
"dorsos verdes", 231-235
e hiperinflación, 261-264
invención del, 175-177
emisión de, 172-174, 276
imágenes de políticos en el, 226, 253

y los pobres, 306
en Estados Unidos, 172-174, 231-240
y la guerra, 188-190, 213-235
pecuniario, origen del término, 45
Pedro el Grande, 195
pensamiento económico:
conciencia del, 132
nacimiento del, 68-72, 129
Perú:
monedas acuñadas en, 153
hiperinflación en, 266, 272
pesos y medidas,
la libra filosófica de Watt, 201
sistema métrico de, 198-208
en el comercio, 201, 202
estandarizados, 200-208
plata, 51, 52, 62
en las Américas, 138, 139, 141-145
y bimetalismo, 237-240
monedas de, 52, 85, 152, 160, 237, 329
control de la, 154
como ornamento, 288
drenaje de la, 146, 154
nacionalización de la, 246-247
fuentes de la, 62, 136-139, 288
transporte de la, 143-146
valor de la, 143
Platón, 68, 70-71
Plinio el Viejo, 82
pobreza:
y dinero en efectivo, 277-281, 285-291, 306
y economía informal, 285-286
e impuestos, 87, 88, 90, 92
en Estados Unidos, 235, 281-286
pochtecas (comerciantes), 40-41
poder:
y comercio, 79-80
y conquista, 81-82
de los gobiernos, 224
de la casta militar, 83, 85
y dinero, 345, 352, 355
política:
confianza en la, 253
como eje cultural, 30
y poder del gobierno, 224
e inflación, 276
sistemas políticos internacionales, 224
y dinero, 219, 253
Polo, Marco, 176, 177, 178
Portugal:
y las Américas, 139, 144, 145, 149,
economía de, 149
precios:
caída de los, 218, 275
congelamiento de los p. y salarios, 91, 249
préstamos al consumidor, 298-300
procedimientos electrónicos, negociación de acciones, 24, 25
propiedad, confiscación de la, 81-82, 88, 104, 107, 124
protomercados, 48
Publilio Sirio, 35

religión, 74
como eje cultural, 30-31
y emociones, 67
libertad de culto, 94
ver también cristianismo
Renacimiento, 17, 117-134
Revolución Industrial, 206
Ricardo, David, 219
riqueza:
de las Américas, 138, 145
de los capitalistas, 219, 220, 352
y caridad, 220
y comercio, 351
y conquista, 81
control de la, 154, 326, 327
creación de, 58, 351
y crédito, 297-298
en Europa, 147, 218-219
exportación de, 146
importación de, 82
e inflación, 46, 47, 145
y papel moneda, 218

la plata y el oro como, 149
fuentes de, 152-154, 351
derroche de la, 60, 150, 151
Roma, 33, 75, 76
ejército de, 82, 83
burocracia de, 83, 84, 93
persecución de los cristianos en, 93, 94
Coliseo de, 76-77, 93
imperio romano, 79-96, 353
y el feudalismo, 96
dioses de, 77, 78
acuñación de moneda en, 79
devaluación de la moneda en, 84-85, 353
saqueo de, 95-96
impuestos en, 85-86, 91, 95
desequilibrio comercial en, 89, 92
Estado de bienestar en, 90-93
Roosevelt, Franklin D., 244-246, 250, 252-253, 298
Rosen, Sholom, 350
Rumanía, 46
Rusia:
comunismo en, 224, 268
divisa de, 195, 268, 273

sacrificios humanos, 31, 37-40, 136-137
salario, origen del término, 44
Schlick, conde Stephan, 157, 160
seigniorage, 244, 326
sexo, y dinero, 310
Shakespeare, William (*El mercader de Venecia*), 133
Shaw, George Bernard, 279
Shelley, Percy B. (*Edipo tirano*), 193
Sicilia, 74
Simmel, Georg, 67, 68, 129, 310
sistemas de mercado, 65, 351
sistemas de parentesco, 63,
sistema decimal, 195-205
y sist. métrico, *ver* pesos y medidas
sistema decimal de Dewey, 203
sistema del viajero frecuente, 307-309
sistema monetario internacional, 26, 53, 213
y conferencia de Bretton Woods, 248, 346
y patrón oro, 213-224
sistemas monetarios, 15, 192, 213, 224, 254, 306-307, 332, 353, 354
y patrón oro, 213, 223, 253
internacionales, 213
de Lidia y Grecia, 57, 66
en múltiples niveles, 306-307
sistemas políticos internacionales, 224
sistemas tributarios, 41, 43, 61
vs. sistemas de mercado, 61, 97
vs. sistemas de parentesco, 63
dinero en los, 62-63
papel moneda en los, 175-180
Smith, Adam, 145, 172, 208
socialismo, 208, 224
Sócrates, 68, 70
Solón, y el derecho ateniense, 65
Spengler, Oswald, 37, 195, 227
Stein, Gertrude, 19, 33
Stewart, James Denham, 208
Sudáfrica, minas de, 240, 242
Sudán, 29, 50
Suiza, divisa de, 198
SWIFT (Society for Worldwide Interbank Financial
Telecommunication), 314
Swift, Jonathan, 241

tarjetas de crédito, 296, 301-309, 315
dinero generado por, 304, 309
dinero transferido por, 324
y prestigio, 305
tipos de, 305, 306, 318
tarjetas de cajero, 296, 314-316
tarjetas de prepago, 296-297, 313, 316, 320, 322
tarjetas inteligentes, 317, 318, 322
templarios, caballeros, 99-108

sistema bancario de los, 102-103
destrucción de la orden de los, 99, 105-108
riqueza de los, 103-105
Tíbet, 30, 51
tiempo, el dinero como criterio de valoración del, 63
Tito, emperador, 77
Tocqueville, Alexis de, 229
trabajo,
y dinero como criterio de valoración del, 63
tribu (s):
chibcha, 51, 138
cree, 30
de Borneo, 45
dinka, 45
dogón, 26, 28-33
hopi, 29, 33
kissi, 50
masai, 45
mogolas, 44,
navajo, 30
nuer, 29, 33, 45
papúa, 31
pueblo, 29
quechua, 135-137
saami (lapones), 30
samburu, 45
siberianas, 45
Trilling, Lionel, 257
trueque, 286
Túnez, 74
Turquía, 53,

usura, 110-112, 117, 148, 298

valor:
en el contexto cultural, 48-49, 64
de la divisa, 275, 276
del oro, 143
y dinero, 27, 47-49, 64, 146
de los bienes raíces, 273-274
de la plata, 143
conservación del, 47, 287
provisión y, 143-144
valores:
abstractos, 63
compartidos, 64
Vespasiano, emperador, 76
Visa, 303, 305-306, 319, 320, 328
Voltaire, 55, 147, 349

Watt, James, 200-201
Wells, H. G., 81, 224, 271

Yap, dinero de piedra de, 330-332
yen, 15, 226, 251, 275, 337

El apasionante y decisivo relato de nuestra relación con el dinero desde los tiempos en que el hombre primitivo intercambiaba conchas de moluscos hasta la inminente llegada de la tarjeta electrónica para todo propósito y el dinero virtual.

«Si usted está interesado en la revolucionaria transformación del significado y uso del dinero, éste es el libro que debe leer».

—Charles R. Schwab

«Una entretenida introducción, y económica, a lo que, precisamente, pone el mundo en movimiento».

—Kirkus Review


ISBN 84-89691-45-2
9 788489 691452

EDITORIAL ANDRES BELLO